ACERAS

Eva Perarnau

UNA NOVELA SOBRE LA SALIDA DEL ARMARIO DE UNA JOVEN LESBIANA EN EL TARDOFRANQUISMO.

13

Aceras es una narración autoficcional que describe literariamente y con algunas licencias creativas la experiencia de la propia autora como lesbiana. La novela nos sumerge en el ambiente de las décadas de los sesenta y setenta, en una Valencia plagada de prejuicios, donde la protagonista descubre su homosexualidad y donde, con veinte años, sale del armario y se introduce en el mundo LGTB de la ciudad, tan marginal como solidario y vivo. Aceras muestra un personaje en eclosión, una revelación intensa y profunda que se manifiesta íntimamente.

Eva Perarnau

Aceras

Título original: *Aceras*
Eva Perarnau, 2021

-

Revisión: 1.0
07/07/2021

A mi hija Muriel

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi más profundo agradecimiento a mi mujer, Mª Amparo Escribano, por su apoyo generoso e incondicional a mi escritura, por haberme regalado tiempo los fines de semana y en vacaciones, por su proximidad, por quererme siempre.

A mi hija Muriel Villanueva, que con tanto cariño me ha acompañado durante estos últimos años por el camino fascinante de las letras. Con ella he aprendido a disfrutar con la escritura y a amar la narrativa.

A mi hija Sushila Escribano, por sus comentarios siempre curiosos y diferentes.

A mi hija Gauri Escribano, por su disposición ilusionada a leer y comentar escenas recién salidas del teclado durante la primera escritura de esta novela.

A los *sparrings* Roger Coch, Tomás Escribano, Assum Guardiola, Gracia Guillén, Pedro Martínez, Ferrán Montenegro, Mª Amparo Palop, Reme Raga, Carlos Rodríguez y Emilia Santamaría, grandes amigos que me hicieron llegar sus críticas y observaciones tan útiles.

A Lola Gulias, por su lectura y sus buenos consejos.

A Marina Valiente, técnica de Lambda, por haber hecho suyo el reto de encontrar el mismo libro que abandoné treinta y ocho años atrás; lo consiguió y pude escribir la escena.

Y por último, a mi querida amiga Lotty Sellenberg, por haber estado ahí aquella noche del setenta y siete con la pregunta que cambió mi vida.

Lástima, el chico que me gusta es de la otra acera.

CARLOS TERRER

1
EL SILENCIO DE VERA

8 de noviembre de 1974, viernes

Se miraba las manos, unas manos de dedos largos y uñas apuradas por los dientes. Su único anillo era tan fino que se había deformado. Se frotó las rodillas del vaquero crema con las palmas húmedas. Sentía cómo la mirada de su amiga escrutaba una y otra vez las facciones de su cara. Cabizbaja, alargó la vista hasta un arañazo profundo que marcaba el suelo de madera como una cicatriz.

Allí estaban, una frente a otra, sentadas en medio del silencio. El silencio de Vera.

Había llegado a las ocho de la tarde a casa de su amiga, la casa que más frecuentaba, tan familiar. Cenarían y se irían al Acteón a ver *Amarcord*, la última película de Fellini. En cuanto Gerda la recibió la arrastró hasta la cocina y le abrió el horno:

—Mira. —Cerró sin que casi pudiera ver lo que había dentro.

Podrían ser *pizzas* muy pequeñas.

—Falta poquitín para que esté terminado.

—¿Lo has hecho con pan bimbo?

—Si quieres te explico como se hace. —Al hablar seseaba y arrastraba las erres.

Gerda, delgada y esbelta, le sacaba un palmo a Vera. El pelo, rubio, lo llevaba corto, como Jean Seberg en *Al final de la escapada*. Esa noche vestía un pantalón de tela de espigas marrón y un jersey de un marrón más oscuro con cuello cisne que le favorecía. Se había puesto el colgante de ámbar ruso, redondo y tan grande como un platito pequeño. Se acercaron a la mesa blanca con tapa de mármol:

—Es muy fácil, muy barato y muy rápido. En Suiza lo hacíamos mucho. Espera. —Sacó una botella de Paternina blanco de la nevera, la descorchó y sirvió dos copas. Dio un sorbo—: Mira, se pasa el pan por un plato con leche y luego se coloca en la bandeja que pones con mantequilla. Encima del pan se deja la loncha de queso. —Escenificaba cada paso—. Y encima del queso una rodaja de tomate con una aceituna negra y orégano.

Habían cenado en la salita-comedor ambientada con objetos que Gerda había ido acumulando de sus viajes: una tela india que a modo de mural cubría una de las paredes; una lámpara marroquí de cristales de colores que colgaba sobre la mesa; una especie de hamaca artesana de madera nudosa; la mesita centro, que también era de Marruecos; cinco espejos dispares que con marcos ingenuos cubrían la pared del sofá; y una alfombra árabe que protegía el parqué de media estancia. Pegada al brazo del sofá se erguía una pantalla de pie que había comprado Gerda en el rastro hacía años; a ella siempre le pareció un trasto viejo, pero se había acostumbrado a su presencia y casi había llegado a gustarle.

La mesa del comedor era pequeña, su amiga estaba sentada de espaldas al balcón y ella de frente. Según menguaba el Paternina las conversaciones se iban dilatando. Aunque el vino no era su fuerte, este que se mantenía frío en la cubitera modernista le entraba con facilidad. Cuando fue a darse cuenta ya estaban por la segunda botella. En el tocadiscos giraba la Veintiuno de Mozart; a ella le gustaba desde que descubrió a Angelica Huston en *Paseo por el amor y la muerte*. Cuando se acababa, el brazo de la aguja se elevaba y volvía a bajar sobre la misma cara del LP, que no había dejado de girar.

Hablaban sin parar, sobre todo Gerda. Le contó cosas de su primer novio en Zürich y de cómo había dejado de ser virgen:

—Teníamos tanto miedo que me quedo embarazada que finalmente lo hicimos cuando estaba la regla. Las sábanas se quedaron manchadas con sangre y teníamos que lavar y secar deprisa antes que vuelven mis padres.

También le habló de su primer año en Valencia luchando por

sobrevivir con independencia. Vera había puesto al día a su amiga del chico que había conocido en Capsa y con el que había quedado un par de veces, un chico muy sensible de diecisiete años. Más tarde empezó a hablar de sus padres y de cuando era pequeña:

—Mira, esto no se me ha olvidado. —Bajó la vista al mantel naranja y la volvió a levantar—. Yo ahorraba todo el año para comprar un regalo el día de la madre. Nunca se lo he contado a nadie. A veces me guardaba una peseta, a veces dos reales… ¿Sabes lo que son dos reales? Ya te lo contaré. Bueno, el real era la unidad monetaria antes de la peseta y… Ya te lo contaré —repitió batiendo el aire con la mano—. Creo que tenía diez años. Compré una botellita de colonia barata, aunque yo entonces no sabía que era barata. —Hizo una pausa—. Esa noche mi padre contó que a la vecina le había regalado su hija unos zapatos, y que eso sí que era un regalo. —La voz le salió rota—. No me quedaron ni ganas de decirle que los había pagado el padre de la chiquilla, entre otras cosas porque él lo sabía.

En ese momento su amiga fijó la vista en ella frunciendo el ceño:

—Y mientras tanto, ¿cuántos años tienes? —Con un movimiento rápido le plantó delante la palma de la mano—. ¿Veinte?

Vera asintió:

—Y tú veintiocho.

Cerda sonrió, se sacó del pantalón un reloj de bolsillo y levantó la tapa:

—¡Madre mía! —exclamó aprovechando aún más la erre—. Ya es tarde para ir al cine.

Ella se había dado cuenta hacía rato y ahora se alegraba de que su amiga hubiese desechado el plan inicial.

—Bueno, estamos muy a gusto, ¿no? —prosiguió Gerda mientras rellenaba las copas dejando la botella de la franja azul casi vacía.

Vera se acercó el vino y dio un par de tragos. En ese momento le pareció que sería capaz de decir cualquier cosa, como si hubiese perdido la vergüenza. El corazón comenzó a bombearle con más

fuerza.

Su amiga se levantó de la mesa y fue hasta la silla sobre la que el tocadiscos portátil seguía interpretando a Mozart. Vera se vio reflejada en los rectángulos de cristal que asomaban entre los visillos. Se desabrochó el primer botón de la rebeca marfil de lana y se ahuecó el cuello de la camisa blanca, así le quedaba mejor; luego bajó la vista y comparó el color del pantalón con el de la rebeca, eran prácticamente iguales. La Filarmónica de Londres enmudeció y la aguja dio paso a la inquietante voz de Edith Piaf.

—Voy a preparar un té y seguimos hablando. —Gerda recogió los últimos platos de la mesa con diligencia y se dirigió a la cocina.

Ella levantó la cabeza hacia el techo y sus ojos se tropezaron con la lámpara. Los colores habían cobrado una vistosidad y una intensidad que le daban a los cristales una belleza solo comparable a la de una vidriera gótica atravesada por los rayos del sol. Rebuscó entre los visillos, no vio ninguna ventana iluminada en la finca de enfrente. Giró la silla cuarenta y cinco grados y su mirada fue desplazándose por el salón hasta que se topó con la pequeña hamaca de madera, ¿de qué país de África dijo que era? ¿Cómo se la traería? Parecía madera de naranjo. Las huellas de la gubia resaltaban en el asiento y en el respaldo.

—¡Voilá! —Su amiga dejó con cuidado las dos jarritas de colores sobre la mesa—. Tiene el azúcar. —Antes de sentarse encendió la lámpara de pie y apagó la de encima de la mesa.

Los ojos de Vera se quedaron atrapados en la seda fruncida de la pantalla; su color naranja impregnó la habitación hasta el último rincón y ella se sintió envuelta por la intimidad de la penumbra. *La Vie en Rose* empezó a penetrarla no solo por los oídos sino por todos los poros de la piel. Los espejitos del tapiz indio reflejaban la luz anaranjada como destellos de piedras preciosas. Y fue entonces, en ese preciso momento, cuando se disponía a enumerar los cristalitos iluminados, cuando se le pasó por la cabeza contárselo a Gerda. ¡¿Pero qué estaba diciendo?! Sintió la opresión en la garganta, en la nuez. ¿Por qué no? Se desabrochó la chaqueta de lana. Le oprimía. ¿Por qué no? Sintió frío. Buscó el piloto del radiador eléctrico,

estaba encendido. Sintió calor.

Gerda se sentó junto a ella, una frente a la otra con la mesa a un lado. Vera apoyaba el codo derecho y su amiga el izquierdo.

—Cuéntame más cosas sobre ese chico. ¿Decías que tocaba la guitarra? —Terminando la pregunta se levantó y abrió un cajón del que sacó un paquete de Dunhill. Cogió un cenicero y se volvió a sentar.

—Ya no fumabas, ¿verdad? —preguntó Vera por preguntar.

—No, no fumo, pero siempre tengo un paquete escondido por si acaso. Pero no me trago el humo. —Le acercó la cajetilla—. ¿Quieres uno?

Negó con la cabeza y alcanzó la jarrita. Las estrellas verdes sobre el fondo fucsia le recordaron que podía ser capaz de hablar y empezó a notar que la sangre corría por su cuerpo a velocidad de vértigo. Se acercó el té a los labios y lo volvió a dejar sobre la mesa sin apartar los ojos de las estrellas.

—¿No quieres hablar de él?

Con la vista perdida en la jarra negó con un solo movimiento de cabeza. Su amiga apagó el cigarrillo sin consumir, dio un trago al té y con su mano cubrió la de Vera que reposaba en la mesa.

—¿Te pasa algo?

Contestó sin mirarla con el mismo movimiento de cabeza.

El disco de Edith Piaf llegó al final y se hizo un silencio solo roto por el girar continuo del plato del tocadiscos. El brazo de plástico subió y bajó mecánicamente y la música que comenzó a sonar desembocó irremediablemente en un *rien de rien*.

—¿Quieres hablar de algo?

Ni tan siquiera movió la cabeza. Estaba en un callejón sin salida, ¿cómo había llegado hasta allí? No podía hablar, y ya no tenía marcha atrás. Sus pupilas se abandonaron sobre las manos de su amiga, que con los dedos separados descansaban sobre cada una de sus piernas.

Vera levantó la vista un segundo, lo justo para ver la expresión de Gerda. Los ojos caramelo la observaban con todo el tiempo del mundo. Volvió a centrarse en sus manos y en el anillo, que de tan

fino y usado no tardaría en romperse. Las palabras no acudían a su boca ni remotamente, se le agarraban al estómago como garras de uñas largas y retorcidas. Ahora las tenía en la cabeza y le golpeaban en las sienes. Se presionó la derecha con las puntas de los dedos y pudo sentir las palpitaciones compitiendo con el corazón.

—Dime qué te pasa —le susurró su amiga con dulzura mientras se encorvaba buscando sus ojos.

Pero como si fuese un ciempiés tocado por un dedo se replegó aún más y sus ojos se deslizaron hasta dar con sus zapatos de ante. No puedo, quiero decirlo, quiero, no seré capaz, no puedo, ¡no puedo! Y la nuez presionó su garganta como una mano opresora.

—Vera, mírame —le pidió en voz baja.

Alzó la vista y la bajó al instante. Se agarró con fuerza a los bordes de ambos lados del asiento y sin soltarse giró la cabeza hacia la pantalla de pie. Luego sus ojos volvieron a los zapatos y dijo muy bajito:

—Quería contarte una cosa.

Gerda acercó su silla, rescató una de sus manos y la puso entre las suyas como si protegiéndola la protegiese entera. El silencio de Vera se hizo eterno. Sintió su cuerpo agarrotado, sabía que no hablaría, que nadie podía ayudarla, ni las estrellas de la jarra, ni Edith Piaf, ni los espejitos centelleantes.

—Vera. —La voz de su amiga le sonó como un murmullo lejano.

Levantó la mirada y sus ojos se cruzaron.

—¿Te gustan las chicas?

2
LA CARPETA AZUL

7 de octubre de 1966, viernes

Un hombre delgado de pelo castaño y una niña que apenas le sobrepasa el hombro recorren la fachada de una iglesia barroca. Un azulejo blanco con letras añiles da nombre a la Plaza del Carmen. Él lleva una camisa verde oscura con las mangas cortas marcadas por la plancha y un pantalón claro con cinturón. La niña, con una impecable blusa blanca, falda fruncida a cuadros azules con bolsillos y sandalias blancas, sujeta con rigidez una carpeta azul de gomas:

—Papá, ¿qué hora es?

El hombre se mira la muñeca:

—Las ocho y diez.

Se adentran en la calle Museo y la acera se estrecha.

—Vera, ponte aquí, no sea que pase algún coche —le ordena el hombre a su hija señalándole el muro—. La de veces que habré pisado yo esta calle. —Y recorre con la vista la acera de enfrente—. Está todo igual, ¿eh?, bueno, menos aquella finquita nueva.

Un lengüetazo de aire fresco les envuelve al pasar por delante de una puerta neoclásica adintelada. Dentro, al fondo, destacan los retazos verdes soleados de un jardín.

—Mira, esto es San Carlos. —El hombre pone la mano en el hombro de la niña.

Ella levanta la cabeza y clava los ojos en una placa de piedra grabada: Academia de Bellas Artes de San Carlos. Siguen caminando por la misma acera y se paran justo antes de que la calle quiebre a la izquierda.

—Es aquí. —El padre, desde el vado de la enorme puerta rectangular, observa el interior guiñando los ojos.

La vista de la niña trepa por el marco hasta tropezar con el

dintel. Y sigue con la cabeza levantada al entrar en el vasto vestíbulo de techos altísimos.

—Ya hay gente —le comenta el hombre a su hija.

—He contado diez.

El hombre da un repaso rápido a cada una de las personas que están allí.

—Ven —le espeta a su hija. Y comienza a andar con la vista puesta en el grupo de chicos más mayores—: Buenas, ¿sois del primer curso? —le pregunta a uno barriendo con la vista a los demás.

—Sí, hoy solo han citado a los de primero.

—Es que mi hija tiene solo doce años. —Se gira hacia ella—. ¿Te importaría echarle un vistazo de vez en cuando? Como es el primer día…

—No se preocupe, yo se la vigilaré.

La niña mira hacia otro lado.

—¿Es muy pequeña, no? —pegunta el muchacho mirándola con gesto amable—. No puede tener el bachiller ni el certificado escolar.

—Ya, ya, pero tiene el segundo de bachiller y se lo han convalidado.

—¿Por el certificado escolar?

—Sí.

El chico arquea hacia abajo la boca apretada.

Al fondo del vestíbulo, en el primer tramo de la escalera amplia, un panel de cerámica que muestra un texto ocupa gran parte de la pared:

Parte oficial de guerra del cuartel General del Generalísimo:

En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares.

La guerra ha terminado.

Burgos 1º de abril 1939. Año de la victoria.

El Generalísimo Franco.

El *hall* se llena de gente. La hija del hombre de la camisa verde es la más joven. Unas palmadas desde la zona interior acallan el susurro que llena la estancia.

—Arrimaos todos aquí —ordena desde el segundo peldaño de la escalera un hombre alto con gafas de concha.

El padre se separa de la niña y rápidamente se planta delante de él:

—He venido a acompañar a mi hija —le explica señalándola con el índice—. Es la más pequeña. No he querido dejarla hasta hablar con algún profesor. Es la primera vez que va al colegio lejos de casa.

—Aquí estará bien —le asegura el profesor con los ojos puestos en la niña que comienza a ruborizarse—. Puede irse tranquilo.

—¿No tendrás un lápiz o un boli para dejarme? —pregunta la adolescente de tez morena—. Se me ha olvidado coger algo para apuntar.

La niña castaña clara de melena corta y falda fruncida a cuadros azules posa la vista indecisa en su compañera durante un instante. Luego baja los ojos, abre las gomas de su carpeta azul y saca un lápiz. Se lo pasa ofreciéndole el extremo sin punta:

—Toma —deja caer con timidez. Y mete de nuevo la mano entre las tapas azules—. ¿Quieres una cuartilla?

La adolescente prende el lápiz y la cuartilla. Su pelo es negro y ondulado, sus labios gruesos.

—Gracias. Cuando acabemos te lo devuelvo, ¿vale? —Y su sonrisa abierta muestra una pala cuya punta se superpone un milímetro sobre la otra.

Dos hombres con chaquetas grises, sentados tras una mesa grande y oscura, se dirigen al grupo de sesenta y cinco chicas y chicos que de pie rodean la tarima formando un semicírculo.

—No olviden traer un lápiz duro, una goma de borrar que no engrase, un tiralíneas de calidad, repito —prosigue elevando la voz

—, de calidad, un cargador de tinta china Pelikan y… Bueno, en la pizarra lo tienen todo escrito. ¡Ah! Esto no lo pone, pero es imprescindible una carpeta de cintas mediana.

La adolescente morena está situada justo detrás de la que le ha dejado el lápiz. Cuando expira, el aire que sale por su nariz roza el cuello que la melena castaña deja al descubierto. La mirada de la niña de delante se pierde en las baldosas color ceniza.

El aula es inmensa. Tres filas de mesas de trabajo altas cruzan la estancia longitudinalmente.

—Otra cosa —añade el hombre cruzando los brazos sobre la mesa—: aquí se trabaja de pie, nos faltaría movilidad si estuviésemos sentados, no sería cómodo. En fin, ya se darán ustedes cuenta con la práctica.

Un murmullo recorre el arco de jóvenes.

—Vamos a pasar lista —anuncia el otro profesor, el de más edad. Lleva pajarita y huele a corcho. Se yergue, se acopla las gafas —: Milagrosa Briones Bartolomé.

—Servidora.

—Antonio González Más.

—Presente.

—Susana Blanch Crespo.

—Servidora.

Los ojos de la chiquilla de delante saltan del suelo abiertos como platos.

8 de octubre de 1966, sábado

La persiana de madera tamiza la luz del día. Una mujer de mediana edad, morena, con el pelo corto y suéter azulón se para delante de la puerta abierta, lleva ropa recién planchada sobre las manos. La niña duerme acurrucada bajo la sábana que apenas le cubre hasta la cintura.

—Vera —susurra la mujer—. Espabila, que hoy tenemos muchas cosas que hacer.

—Voy. —Y con un ojo mira el despertador rectangular de principios de siglo, que señala las ocho y media.

Se sienta en la cama, se sube el tirante del camisón y bosteza con la vista perdida en la pared de enfrente. Se levanta, mete los pies en las sandalias y sale de la habitación con las hebillas colgando. Entra en la salita:

—Hola.

—Se dice buenos días. —Una anciana, vestida de negro con el pelo pulcramente recogido, dobla una camiseta interior de hombre sobre la tabla de planchar—. Tu madre quiere que duermas sola, con eso del colegio nuevo… Dicen que ya eres mayor. Ya ves tú, doce años, si aún no has salido del cascarón. —Saca un pañuelo del bolsillo del delantal gris y se seca la frente.

En el banco de la cocina descansa un vaso de leche junto a una caja de Cola-Cao. Los pasos de Vera se acercan ligeros.

—Tómate el desayuno —dice la mujer del suéter azul en cuanto la ve llegar—. ¿Quieres galletas?

—Con mantequilla. Yo me las hago.

Coge una galleta María, la unta con mantequilla y la cubre con otra.

—Bocata di cardinali. —Y sumerge el sándwich en la leche; lo saca y rápidamente hinca los dientes en la parte blanda—. Dice la abuela que ya no voy a dormir con ella, ¿es verdad?

—Tu padre y yo hemos pensado que ya eres mayor y que debes dormir sola. —A la niña se le ilumina la cara—. Además, la escuela está lejos y tendrás que madrugar más. —Coge el delantal rojo de la perchita, se lo cuelga al cuello y se lo ata a la cintura por detrás.

—Mamá, lo único… ¿y si tengo miedo? Tú siempre has dicho que me pusiste a dormir con la abuela porque pasaba miedo.

—Bueno —contesta sin girarse con los brazos dentro de la pila de granito—, pero ya no eres pequeña. Dormirás en la salita. Luego te explicaré cómo tienes que hacer la cama y guardarla.

—No sé, a lo mejor sí que tengo miedo. —Se relame las

comisuras de la boca y deja el vaso vacío sobre el banco.

—Qué pesadita. —Y levanta la cabeza frente a la ventana con visillos de colores que da al pequeño patio interior.

—¿Pero, tenía mucho miedo de pequeña?

—Yo qué sé.

—Tú me lo dijiste.

—Qué perra has cogido. —Sigue de espaldas a su hija—. Qué más dará.

Guardan un momento de silencio.

—¿Qué tren tendré que coger?, ¿el de menos cuarto?

—Sí, porque con el de las ocho igual llegas tarde. Trae el vaso, que lo friego. —Extiende el brazo hacia atrás—. Pero primero tendrás que ir al horno para que te ponga el almuerzo con pan del día.

Vera arruga la barbilla.

—Vamos. —La niña estira a su madre de la cinturilla del delantal—: Explícame lo de la cama.

En la salita, bajo la ventana, un estante de madera clara recorre la pared de parte a parte. De él cuelga una cortina de diseño moderno. La madre la descorre. La cama apoyada en la pared con las patas plegadas descansa sobre uno de los largueros del somier.

—Ayúdame. Saca tú las patas de ese lado, ¡cuidado!, que te puedes pillar la mano. Ya está.

Mientras, la abuela sigue con la ropa tras la tabla de planchar:

—Elena, esta camisa de tu marido tiene una mancha.

—Vale, mamá, luego lo miro.

—¿Hacemos la cama? —pregunta la chiquilla—. ¿Hoy ya duermo aquí, no?

—En la mesa tienes las sábanas —le indica su madre—. Ve haciéndola, que vuelvo enseguida.

Un niño con el pelo negro cortísimo aparece enganchado a la reja de la ventana:

—¿Vas a salir a jugar?

—Ahora no puedo. Estoy arreglando la cama con mi madre. —Y sonríe abriendo mucho los ojos—. A partir de hoy voy a dormir

aquí sola.

—Súbete al estante —le sugiere el niño manteniendo los bíceps tensos.

—Mi padre ya no me deja, tiene miedo de que se rompa.

Elena regresa sin delantal y con un par de gomas de las de portaequipajes de bicicleta:

—Mira, Vera. —Levanta el brazo y las gomas penden verticales desde su mano, sonríe.

—¡Qué chupi, mamá! ¡Qué buena idea! —Coge una y la estira abriendo los brazos.

El colchón y las sabanas quedan bien sujetos con las gomas. Colocan la almohada a presión entre la cama y el estante. Elena pasa la cortina:

—Antes de ir a por el pan, tienes que dejarte la cama arreglada todos los días. Y ya sabes que has de quitar las sábanas y volverlas a poner; eso de estirarlas y ya está es de gente sucia y vaga. Bueno, ve a lavarte y a vestirte, que nos vamos al mercado.

La abuela sigue con la plancha. De vez en cuando mete los dedos en un cacito con agua para luego sacudirlos sobre la ropa.

Vera coge su vestido y se mete en el cuarto de baño. Se quita el camisón por la cabeza, las bragas blancas de algodón le llegan hasta la cintura. Se pone de puntillas apoyándose con las manos en la pila y sus pechos pequeños y puntiagudos aparecen en el espejo sin marco; la parte izquierda de su nariz se frunce un instante. Baja descansando de nuevo en los talones y pone la mano en el grifo, la retira. Aspira profundamente, se acerca al espejo con la boca abierta y expulsa todo el vaho que es capaz, con la punta del índice escribe sobre el cristal: Susana. Aprieta los puños con fuerza y contrae todos los músculos de la cara con los ojos cerrados. La zona empañada se esfuma y con ella la palabra. La niña abre los ojos, coge la toalla y frota el espejo a conciencia.

17 de noviembre de 1966, jueves

Cuatro chicas y un chico atraviesan pausadamente la puerta abierta del fondo del vestíbulo. En el cartel pequeño de madera pegado al marco se puede leer: Aula de modelado.

En la clase, los tubos de neón parpadean al encenderse.

—Qué frío. —La alumna con falda escocesa se estremece al quitarse el abrigo.

—Lo peor es la humedad —apostilla Vera.

Los muros están mojados hasta una altura superior a un metro y el suelo de cemento rezuma agua en alguna que otra concavidad. Vera entra en una de las calles que forman los caballetes alineados y acelera el paso con la vista fija en uno de ellos. Frunce el ceño.

—Está seco —refunfuña aplastando con la punta de los dedos un trapo rígido con manchas de color chocolate que descansa sobre la tarima—. Me lo han quitado los de la tarde, seguro. Esos no deben de comprarse barro nunca.

—¡Qué gentuza! —exclama la de la falda escocesa mientras destapa el barro del caballete de al lado—. El mío está intacto. —Y golpea a Vera con el codo—. ¡Vamos! Te acompaño a la pila. Coge el trapo.

Van hasta el fondo del aula y atraviesan una puerta estrecha. El lugar está oscuro, se distingue una especie de balsa de riego lleno de barro usado a remojo, y unos bancos de obra repletos de chuscos secos.

—Coge un trozo de la pila —le ordena la niña—. Busca que esté blandito, que algunos son prehistóricos.

Vera mete las manos en el agua y saca un trozo de arcilla viscosa:

—¡Qué asco!

Sujeta su presa con el jersey rojo arremangado y las manos plagadas de chorretones. A mitad de camino hacia su calle se para. Susana entra en el aula a paso rápido, lleva un abrigo verde jaspeado con cinturón. Están a punto de cruzarse.

—Hola —saluda Vera con la expresión estática.

—Casi llego tarde. —Susana sonríe y los ojos de Vera se van a sus dientes.

La niña llega a la altura de su pasillo, se detiene y gira la cabeza.

Susana cuelga el abrigo en la percha de la pared. Vera alcanza su sitio, quita el paño húmedo que cubre un relieve de barro fresco, da un vistazo a la muestra de escayola y con uno de los palillos rebaja el grueso de una de las hojas de ficus de su trabajo. Después, con la nariz arrugada, le arranca un pellizco al pedazo rescatado y lo amasa con la punta de los dedos. El rulito de arcilla se desprende de la mano de Vera, le roza la falda y deja una mancha que se confunde con los cuadros marrones del tejido de lana.

—Con esto no hay quien trabaje. En cuando salgamos me voy a comprar barro.

—Pues hay gente que se apaña muy bien. A ver si has cogido un trozo muy duro.

—No sé. Para un apuro vale, pero no se puede comparar.

Entre retoque y retoque con los palillos de madera, los ojos de Vera se mueven por los huecos que dejan los caballetes. Dos filas más adelante, Susana habla con su compañera, una chica corpulenta.

—Ya son menos cinco —comenta la alumna de la falda escocesa.

Vera coge el trapo con el que cubre su trabajo y sale disparada hacia el grifo. Cuando suena el timbre ya está plantada de espaldas a las pilas con el abrigo puesto mientras crece el número de alumnos dispuestos para lavarse.

—Toma. —Es Susana, perfilando una sonrisa.

Vera prende la sortija con la punta de los dedos y, en cuanto Susana se acopla en la cola, se aparta un poco de la gente. Guarda el pequeño aro de oro dentro del puño y con la vista puesta en la fila de turnos lo aprieta con fuerza. Susana está en quinto lugar. La niña abre la mano y observa el anillo sobre su palma, lo coge y, después de darle otro vistazo a la cola, introduce lentamente el dedo corazón en él; cierra la mano y la cubre con la otra.

Susana vuelve secándose con un pañuelo. Vera le devuelve la sortija pinzándola entre el índice y el pulgar.

—Voy a por el abrigo —dice Susana—. Enseguida vengo.

La niña se queda clavada en el sitio.

Salen juntas del aula. Vera camina con la vista en el suelo:

—¿Me acompañas a comprar barro? Es que me lo han robado.

—Qué jeta tienen algunos, de verdad. —Chasquea la lengua—. Vale, te acompaño, nos sobra tiempo de ir y volver mientras almorzamos.

—Así ya lo tengo para mañana. Sabes donde es, ¿no?

—Sí, en la plaza del mercadito.

Nada más pisar la calle las alcanza la compañera de Susana:

—¡Eh, chicas! ¿A dónde vais?

—¡Marga! Vamos a comprar barro para Vera, ¿te vienes?

Vera mete las manos en los bolsillos del abrigo y clava la vista en sus zapatos.

El día es limpio y frío. Cogen la calle Baja, una calle estrecha donde a esas horas del día el sol pisa la acera derecha.

—Vamos a cruzar —propone Susana bajando del bordillo en sombra—, estoy helada.

Marga se acopla el flequillo con la punta de los dedos y se gira hacia Susana:

—Llevas abrigo nuevo, ¿no?

—Sí, me lo compré el sábado. A mi me parece un poco de niña, pero a mi madre le gusta verme así. Dice que no se hace a la idea de que me haga mayor. —Le da un bocado al almuerzo y tapándose la boca con la mano añade—: Y eso que me quedan tres meses para cumplir quince.

—Pues chica, te queda muy bien —opina su compañera observándola de arriba abajo—. ¿Dónde te lo has comprado?

—En Galerías Todo.

Vera también la mira. Le mira el abrigo y luego desciende hasta los mocasines de empeine alto. Susana camina metiendo un poco las puntas de los pies hacia adentro.

Pasan por delante de un taller en cuyo escaparate se muestra un cartel solitario y destartalado: *Se reparan paraguas*. La puerta está abierta, las tres giran la cabeza y llevan la vista hacia el interior donde un hombre sentado en un taburete con un cigarro en la boca manipula un paraguas negro bajo la luz débil de una bombilla.

Cuando alcanzan la plaza de Mossén Sorell la atraviesan

bordeando el mercado y llegan hasta la alfarería. Entran. La nave es inmensa y está vacía.

—Parece que se oye algo por dentro —dice Marga cruzándose la cazadora.

—Sí, mirad —Susana señala con el brazo extendido—, por allí se ve gente. ¡Vamos!

Se adentran en fila india por el pasillo que dejan los miles de maceteros apilados. Al fondo la luz del día baña el patio de manzana. Un hombre con mono de color terracota se acerca pisando fuerte:

—Vamos a ver. —Y pone los brazos en jarras—. ¿Qué quieren estas pollitas?

Vera levanta un milímetro una aleta de la nariz a la vez que retrocede medio paso:

—Quería comprar arcilla.

—¿Cuánto quieres, guapa?

—Kilo y medio —le contesta rígida.

—Y vosotras, ¿no queréis nada? —prosigue el hombre clavando los ojos en las tetas de Marga.

—Nosotras solo venimos a acompañar —responde la muchacha levantando la barbilla.

Con la compra hecha salen las tres en bloque rápidas y en silencio.

—Qué asqueroso, ¿verdad? —murmura Susana en cuanto pisan la calle.

—A mí hasta me ha dado un poco de miedo —añade Marga mientras se cubre el trasero estirando de la goma del chaquetón—. Mira que si le da por tocarnos o algo. Con lo oscuro que estaba y la de rincones que había.

—Cómo nos miraba el sinvergüenza —concluye Susana.

Vuelven por la calle Alta. Vera camina con la cabeza agachada y esquiva uno tras otro los escupitajos que ensucian el asfalto. Levanta la mirada y busca a Marga que conversa desde el otro lado de Susana, lleva una falda corta y un jersey muy ajustado bajo la cazadora entreabierta.

—¿Y a ti te gusta algún chico? —le pregunta Marga a Susana.

—Sí, bueno, estoy saliendo con uno. Mañana hacemos tres meses.

—¿De verdad? —continua Marga, excitada—. ¿Cómo se llama?

—José Luís.

—¿Y cuántos años tiene?

—Dieciocho.

—¡Guuuaaaauuu! —Se para en seco en medio de la calle y le pregunta en voz baja—: ¿Te ha besado ya?

—Sí, alguna vez —contesta bajando los ojos.

Vera deja de respirar y estampa la vista contra la boca de Susana.

23 de Diciembre de 1966, viernes

—¿Te vienes a la feria? —Un chico canijo pasa corriendo junto a Vera y gira la cabeza al sobrepasarla—. Nos vamos toda la clase. —Y sigue a toda prisa hasta alcanzar a un grupo que avanza haciéndole señales con la mano.

Vera se queda parada en la acera durante unos segundos con el abrigo ocre desabrochado. Da la vuelta para entrar en la Escuela. En ese momento sale Marga con los labios pintados, perfumada y con una falda a mitad de muslos:

—¿Te has enterado? Se ha corrido la voz de todos a la feria. —Junta las rodillas y dobla las piernas—. ¡Qué frío!

Vamos dentro. He quedado aquí con Dori y Susana. Vendrán enseguida.

Un barullo de gente y voces inunda el *hall*.

—Ahora vuelvo —suelta Vera. Se pasa el cinturón de la cartera por la cabeza, y atraviesa el portalón. Corre a grandes zancadas hasta llegar al estanco. Resopla antes de entrar y pide una ficha para el teléfono.

—Papá, que toda la gente se va a la feria. ¿Puedo ir?… No, no se

queda nadie… Bueno, todo el mundo dice que va… Pues no creo que digan nada en especial, si es el último día de clase… Vale… vale, vale… Adiós.

En cuanto cuelga el auricular sale despedida de la cabina en dirección a la Escuela. Marga, Susana y Dori, una chica menuda con un abrigo entallado de color marfil. Conversan en la calzada frente a la puerta. Vera reduce la velocidad antes de llegar hasta ellas.

—¿Te vienes? —le pregunta Marga.

—No, no me deja mi padre.

—Qué pena —dice Dori con los brazos cruzados.

—Pero, Peque, si no se va a quedar nadie —prosigue Marga. Y le da una palmada en el brazo—. ¡Vente! No se lo digas a tu padre y ya está.

—No, da igual, me quedo. —Y desvía la vista hacia la oscuridad del *hall*.

—Entonces nos despedimos ya, que no nos veremos hasta después de las vacaciones —dice Susana mientras se ajusta los guantes de lana—. Qué pases unas felices Navidades. —Sonríe—. Y hasta el año que viene.

Vera se dirige a la entrada de la Escuela, se para en medio del vado de la puerta y se da la vuelta, su mirada alcanza a las tres amigas, que muy pegadas se alejan entre risas por el centro de la calle.

3
LA MUJER CIENCIA

20 de noviembre de 1974, miércoles

¿Y ahora qué? Me gustan las chicas, me gustan mucho, siempre me han gustado, siempre. Soy lesbiana ¿Y ahora qué? ¿Qué?

Se acercó hasta la fuente. Le gustaba pararse a mirarla cuando cruzaba por la Alameda. Allí estaban las dos mujeres de piedra. Conocía de memoria sus cuerpos, sus posturas, sus ropajes. Allí estaban, como siempre, potentes, francas y vigorosas flanqueando al doctor Moliner, un hombre enjuto y encorvado que envuelto en una túnica ocupaba el lugar más alto del monumento. Las ramas del ficus centenario que crecía por detrás se abalanzaban hacia las figuras dándoles un aspecto bucólico. Leyó la inscripción de letras grandes que rezaba en la parte frontal: Paz y Armonía Social. Por el Amor y la Ciencia. Cada vez que lo leía se emocionaba como la primera vez, o más, porque las palabras habían ido tomando cuerpo desde que las descubrió allí: ciencia, paz, amor, armonía social. Aquella fuente parecía un retazo de la República que alguien se hubiese olvidado de borrar. Pero no, la escultura la había fechado el maestro Capuz en 1919.

Se sentó en el banco que estaba justo enfrente y cruzó las piernas. Hacía rato que había caído la noche y unos focos bajo el agua iluminaban los caños pequeños y verticales que, alineados, expulsaban el agua marcando la base del gran pedestal. Se abrochó el anorak hasta el último botón, se levantó el cuello y metió las manos en los bolsillos. El Paseo estaba desierto. Miró a su derecha y a lo lejos vio acercarse a una mujer que no tardaría en pasar por su lado.

¿Y ahora que? ¿Qué voy a hacer? Daría cualquier cosa por bailar con una chica, por abrazarla, por besarla. Cualquier cosa, daría cualquier cosa: dos dedos de una mano, aunque fuese de la derecha,

o tres dedos, ¿qué son tres dedos?, o dos años de vida, sin saber siquiera los que me quedan; trabajaría quince horas diarias durante mucho tiempo; o haría una carrera difícil; iría andando hasta París, o hasta Rusia.

Se puso a contar los caños que seguían el trazado del pedestal: dos, cuatro, seis, ocho… Sí, no se había olvidado, eran cincuenta y seis. Volvió a mirar a la derecha, la mujer ya estaba tan cerca que sus miradas estuvieron a punto de cruzarse. Tenía aspecto de cansada.

¿Dónde habrá más chicas como yo? Tienen que haber, claro, alguna tiene que haber, pero ¿cómo voy a saber quienes son? Además, habrá poquísimas, yo jamás he visto a ninguna. Y ¿dónde estarán? Chicos sí, seguro que chicos hay más, alguno se ve, pero yo no conozco a ninguno, si conociese a alguno le podría preguntar algo; pero chicas no se ve ni una, bueno, una vez vi a una en la cola del Serrano que parecía un chico, no lo pensé, pero seguro que era lesbiana, seguro. A lo mejor hay más lesbianas de lo que parece, porque si a muchas no se les nota… como a mí… Si alguien me pudiese decir algo… A lo mejor podría hablar con las maestras de la calle de La Espada ¿En qué puerta vivirán? Puedo mirar en los buzones, o esperar a que salgan, ellas me conocerán de vista; mejor miro en los buzones, es un piso alto, y con los nombres busco en el listín de teléfonos y las llamo. No conozco a nadie más, tengo que ser valiente, a lo mejor ellas conocen a alguien o saben donde puedo ir o algo. Chasqueó la lengua: No sé, como son mayores…

No me atreveré a llamarlas ni a ir.

Se le estaba durmiendo la pierna de arriba y la cambió dejándola debajo. El ruido del agua fue aumentando en su cabeza hasta apoderarse del silencio del parque. Era un sonido frío que la envolvía haciéndole sentirse parte de aquellas piedras, de aquellas formas, de aquellas mujeres rotundas… Se le hizo un nudo en la garganta. Se levantó y fue hasta el borde del estanque. La mujer Ciencia, desnuda de cintura para arriba, sentada sobre una gran voluta, apoyaba, como siempre, su brazo izquierdo sobre un libro dispuesto en vertical; las telas que cubrían sus piernas caían con peso y dureza geométrica hasta el pedestal anunciando el Modernismo.

3 de diciembre de 1974, martes

¡Otra vez el sueño de la barba!

Desnuda, abrió el grifo de la alcachofa y esperó a que el agua saliese caliente antes de ponerse debajo. Hacía por lo menos medio año que no lo había vuelto a soñar. Siempre era lo mismo, el mismo sueño corto y agradable. Dejó que el agua le cayera como si estuviese bajo la lluvia. Se acarició las mejillas mojadas mientras intentaba atrapar cada paso de lo soñado. De todas formas se lo sabía de memoria: se palpaba la cara, se acariciaba una y otra vez la barba sedosa de color castaño claro. A continuación, hurgaba entre el pelo con las yemas de los dedos, se manoseaba las patillas, el bigote, la barbilla. Después se miraba en un espejo. La barba poco tupida apenas le cubría los pómulos; no era larga, pero sí lo suficiente como para poder mesarla con placer. Se gustaba. Ni parecía un chico, ni era una mujer barbuda como las de los circos antiguos, tampoco se veía extraña, y al parecer a nadie le llamaba la atención. Era lo más natural del mundo y se sentía bien, muy bien.

Seguía impasible bajo el agua y aún le parecía real el roce de las palmas de sus manos acariciando el pelo blando y suave de sus mejillas.

4 de enero de 1975, sábado

—¿Si?

—¿Vera?

—¡Hola, Gerda!

—¿Puedes hablar tranquilamente? Si no, ya me llamas cuando puedes.

—No, ahora estoy sola. Mis padres se han ido de compras y mi abuela está en su habitación.

Se miró el reloj. Eran las cinco menos cuarto. Su abuela aún

tardaría en aparecer.

—Quería decirte una cosa.

—Qué. —Se recostó en el respaldo estampado del sofá y acomodó los pies cruzados sobre la mesa centro de travertino. Inspiró.

—Anoche salí a tomar una copa con mi amiga alemana y hablando hablando le conté un poco tu historia. No te parece mal, ¿no?

—No. —Menos mal que casi no la conocía. También Gerda…, qué poco le costaba hablar.

—Ella decía que te iría bien que visitas a un psicólogo. A mi me parece muy buena idea. La verdad, no sé cómo yo no lo pensaba antes. ¿Qué te parece a ti?

—No sé. —Un cosquilleo le recorrió la boca del estómago.

—Es que mi amiga tiene un amigo que ha ido a uno y dice que es muy buen profesional y que se le puede hablar de todo, que es muy progre. No me acuerdo como se llama, pero es conocido en Valencia. Y además es homosexual. ¿Sabes por qué iba ese chico a la consulta? Es muy divertido.

—¿Por qué?

—Pues fíjate, cada vez que ve una chica gordita tiene necesidad de apretarla entre sus brazos, y si no lo hace se lo pasa muy mal. A veces ve a alguna por la calle y pide permiso para abrazarla. Y no te creas, muchas se dejan. Pero hay días que se tiene que reprimir.

Vaya tela.

—¿Y que le dijo el psicólogo?

—Pues me parece que dijo que, para curarse, lo mejor es que abrace a todas las gorditas que pueda, cuantas más mejor. —Carai.

—Mi amiga me acaba de llamar para darme el teléfono del psicólogo. Me parece buena idea que alguien te eche una mano. Bueno, tú piensa si quieres ir. Pero apunta el número, así ya lo tienes.

—Espera, que cojo un lápiz. —Se incorporó para alcanzar el bolígrafo que estaba sobre un crucigrama a medio hacer, cogió también la revista y cambió de página—. Vale, dime.

20 de enero de 1975, lunes

No necesitó sacar de su billetero marroquí el trozo de revista que llevaba plegadito desde hacía más de quince días.

—¿Diga?

—¿Es la consulta del doctor Barreda?

—Sí, es aquí. Dígame.

—Llamaba para pedir hora.

—¿Es su primera visita?

—Sí.

—Soy Jaime Barreda. Perdone, ¿cómo ha conseguido mi número de teléfono?

—Me lo ha dado una amiga que conoce a un chico al que ha tratado usted.

—Bien. De momento no tengo ninguna hora libre. —Hubo dos segundos de silencio—. ¿Necesita hablar con un psicólogo urgentemente?

—No, no, qué va.

Un resoplido casi imperceptible delató una sonrisa al otro lado del teléfono.

¡Seré ridícula!, y le subieron los colores —A ver… Un momento. Podría… Sí, podría hacerle un hueco el cinco del mes que viene, por la tarde. ¿Le parece bien?

5 de febrero de 1975, miércoles

Le abrió la puerta el propio doctor Barreda.

—Pase —le dijo tendiéndole la mano—. ¿Vera, verdad?

Era un hombretón de unos cuarenta años. La camisa de color caldera le combinaba más que bien con el pantalón beis de pana gruesa.

Ella le siguió por un pasillo corto y ancho que conducía al

despacho. La suela de crepé de los zapatones del psicólogo chirriaba cada vez que se despegaba del parqué. Al llegar a unas puertas correderas abiertas, justo antes de que él le cediera el paso, se fijó en que por detrás el pelo, algo largo, se le rizaba en la nuca.

El ventanal generoso, que daba a la calle del ensanche, iluminaba todavía la estancia a esa hora de la tarde en la que el sol ya decaía. El despacho era muy amplio y de techos altos. Una biblioteca repleta de libros forraba una de las paredes. La mesa escritorio, descaradamente grande, se enfrentaba a la librería. No encontró el diván, mejor, pensó, ¿o eso era de psiquiatras?

—Siéntate. —Barreda le ofreció una silla antes de pasar al otro lado de la mesa y sentarse él.

Sacó de un cajón varios folios y una Mont Blanc. Ella sabía que era Mont Blanc porque siempre se paraba a contemplarlas en los escaparates. Demasiado caras para su bolsillo. De todas formas las plumas eran incómodas, por lo de rellenarlas y todo eso. Si hicieran el mismo modelo en bolígrafo…

—A ver, me dijiste que te llamabas Vera Mateu. ¿Qué más?

—Porcellá.

—¿En qué año naciste?

—En el cincuenta y cuatro.

—Mil novecientos cincuenta y cuatro —dijo entre dientes mientras tomaba nota—. Entonces… tienes veintiuno —afirmó sin levantar la vista del papel.

Le hizo algunas preguntas rutinarias más y eso le ayudó a relajarse un poco. El psicólogo seguía tuteándola.

—Bien. —El hombretón cerró la pluma y la miró a los ojos—. Cuéntame, ¿qué te ha hecho venir aquí?

Las pupilas de Vera se quedaron enganchadas en las de él; se concentró en cómo salir de ahí sin que el psicólogo se diese cuenta. Quería mirarle a la cara en general, como cuando hablas con alguien y no eres consciente de lo que ves. El tiempo corría y cada uno profundizaba más en los ojos del otro, o al menos eso le parecía a ella. Tenía que empezar a hablar, el doctor Barreda le esperaba desde el otro lado de la mesa. Notó que le iban a subir los colores e

intentó repelerlos apartando por fin la mirada, pero no llegó a tiempo. Bajó la cabeza y se encontró con sus manos agarradas al pantalón, una en cada muslo. Los puños de la camisa blanca asomaban por las mangas del jersey gris, le gustaba. Alzó la vista y se encontró con la cara del psicólogo. Evitó sus ojos.

—He venido porque me gustan las chicas.

—Te escucho. —Tenía la pluma entre los dedos y, volteándola sucesivamente, daba golpecitos con cada uno de los extremos sobre la mesa.

Pero ella se había quedado sin palabras. Entonces él puso los codos sobre la mesa con los antebrazos en vertical, entrelazó las manos, apoyó la barbilla sobre ellas y levantó las cejas.

—Es que no sé que hacer, no conozco a nadie.

Las yemas de sus dedos, tensas, resbalaban sobre la tela vaquera.

—Bien. Vayamos por partes. —Dejó la pluma sobre los folios con un golpecito sonoro—. Debes de pensar que eres lesbiana, ¿no?

Vera asintió con la cabeza.

—Pues en primer lugar, eso no es exactamente así. Mira, una mujer es lesbiana siempre y cuando haya mantenido relaciones sexuales con otra mujer. De lo contrario no puede definirse como tal.

Se debía estar refiriendo a la definición de algún diccionario, porque ella sabía que era lesbiana al cien por cien.

—Doy por supuesto que no has tenido ninguna experiencia sexual con mujeres. ¿Es así?

Ella acercó apenas la barbilla al pecho.

—Bien. Y otra cosa: ¿has salido con algún chico? ¿Has tenido novio?

—Bueno, estuve saliendo cuatro años con un chico. Lo dejamos hace tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Hace casi dos años.

—¿Tuvisteis relaciones sexuales?

—Algo. Sí.

—Pobre chico —susurró para sí mismo.

Apretó los dientes con fuerza y empezó a preguntarse qué hacia allí, delante de aquella especie de troglodita.

—Quiero que entiendas que hasta que no tengas alguna relación amorosa con una chica no sabrás si eres homosexual, si eres lesbiana o no. ¿Te das cuenta de que todo está en tu cabeza?

¿Qué sabrás tú?, pensó mientras se estiraba las mangas del jersey: la franja blanca se había quedado demasiado ancha. El psicólogo continuaba con su monólogo, hablaba y hablaba y, cada vez más, era como si oyese llover.

—Imagínate que estás acostada en una tienda de *camping* con una chica que te abraza por detrás y sientes sus pechos contra tu espalda. Pensarás que te puede gustar, pero no lo puedes saber, te lo aseguro. Insisto en que…

Nunca había oído una cosa tan bonita. Nunca me había imaginado algo así. Solo pensar que eso era posible…

—Escucha, Vera, el hecho de que hayas decidido venir a mi consulta refleja claramente tu… tu obsesión. Tienes que tener claro que por el momento todo se ha desarrollado en tu mente, hasta podría tratarse de una paranoia, sí, podría ser. ¿Qué sabes tú sobre qué pasará, qué sentirás, cuando tus deseos pasen a un plano real?

El psicólogo se reclinó hacia atrás y el respaldo del sillón se movió como si fuese una mecedora. No lo había visto nunca.

El hombretón miró su reloj y se incorporó abalanzándose sobre la mesa. Puso sus dedos sobre la pluma y sin levantarla del papel la fue haciendo girar como unas aspas.

—Tienes que verlo así. En estos momentos tu lesbianismo no es más que una obsesión fruto de tu imaginación. Pero no tienes por qué preocuparte.

No, si ella no estaba preocupada, ni por su obsesión ni por su supuesta paranoia. Si por algo estaba preocupada era porque se iba a ir de allí con las manos vacías.

—Ahora bien, lo que tienes que hacer, y cuanto antes, es intentar satisfacer esos apetitos que no puedes apartar de tu cabeza. Es la única manera. De una forma u otra…

Ya no escuchaba. El psicólogo acababa de darle carta blanca para

estar con chicas y no quería saber nada más, estaba hasta el gorro.

—Creo que te ha quedado todo claro, ¿verdad? —Sonrió por primera vez—. Si en algún momento tienes algún problema, o simplemente necesitas hablar, no dudes en llamarme. ¿De acuerdo?

—Vale. —Y tensó los labios para devolverle la sonrisa.

—Muy bien —concluyó mientras enfilaba los folios en blanco al cajón.

Vera se despegó del respaldo con intención de levantarse, pero reprimió el impulso. Tenía que pagar.

—¿Cuánto le debo?

—Son dos mil pesetas.

Se levantaron a la vez, y cuando estaba apunto de atravesar la puerta se armó de valor y se giró:

—¿Y usted no sabrá dónde podría ir? ¿Hay algún sitio en Valencia?

Sin mediar palabra, el doctor Barreda se acercó a la estantería. Localizó enseguida un libro de tapas blancas. Lo depositó sobre la mesa y lo abrió a la vez que buscaba entre las hojas:

—Aquí está —dijo presionando el índice sobre la cabecera de una página—: Valencia. El Caballo Blanco en la calle Cuarte y El Balcón en la calle En Blanch. ¿Quieres apuntártelo? —le preguntó sin levantar la vista.

—No. Me acuerdo.

Cuando oyó cerrarse la puerta a sus espaldas supo que nunca volvería a traspasarla. Soltó el aire por la boca, a presión, apretando el labio de abajo contra los dientes; consiguió un sonido idéntico al de una tetera en ebullición. Miró el botón del ascensor pero pasó de largo. El primer tramo de escaleras lo bajó dando chocantes pasos de baile y el resto saltando peldaños de dos en dos. Lo tenía todo. ¡Lo había conseguido! Salía con permiso para lanzarse, y con dos direcciones.

10 de febrero de 1975, lunes

De repente en uno de los lomos de los libros entre los que estaba rebuscando descubrió la palabra homosexualidad. Sacó el tomo de color granate de la estantería y no miró más, ni se fijó en el autor, ni ojeó la sinopsis.

Había atado la bicicleta al poste de una señal de tráfico. Entró en la librería Soriano cuando faltaba media hora para cerrar. Había desechado las librerías de su barrio. Dio una vuelta por los expositores de novedades sin enterarse de nada.

Se acercó a un chico que detrás del mostrador puntuaba sobre un listado:

—¿Dónde puedo encontrar algo sobre sexualidad? —Le aumentaron las pulsaciones—. Bueno, mejor sobre homosexualidad. Estoy haciendo un trabajo…

—Busca al fondo, en Psicología —le cortó sin levantar la cabeza.

Con el libro en la mano se dirigió a la caja. No miró a los ojos de la chica de la registradora. Pagó y se fue rápido. Pisó la calle y buscó la bicicleta con la vista. Qué rollo, hace un frío que pela. Claro, que con el autobús no habría llegado a tiempo.

Veinte minutos más tarde ya estaba encima de su cama sin zapatos, apoyada en la pared y con el libro sobre las piernas dobladas. Lo abrió al azar. No era una novela, eso estaba claro, era un ensayo, pero fuese lo que fuese estaba segura de que iba a devorarlo.

LA PERSUASIÓN EMÉTICA

Un emético es una medicina u otra sustancia que provoca el vómito. La técnica de usar eméticos para tratar la homosexualidad u otras desviaciones ha sido muy popular desde hace años. Consiste en dar al paciente objetos fetiches, o mostrarle imágenes de hombres desnudos, al tiempo que se intenta producirle un fuerte malestar. A veces se le pide al

experimentador imágenes que lo exciten sexualmente, ya sean figuras recortadas de una revista o fotos tomadas a su amante. El objetivo es provocarle vahídos y náuseas, que él luego asociaría con las fotos o los objetos fetiches. El doctor J. C. Baker describe este procedimiento con uno de sus pacientes:

Se le sometió a 66 experimentos eméticos, uno cada dos horas, que consistieron en: 53 inyecciones intramusculares de apomorfina, una inyección intramuscular de emetina hidroclorhídrica, 5 dosis orales de emetina hidroclorhídrica en un vaso de agua caliente, una dosis de dos cucharadas de postre llenas de mostaza, disuelta también en un vaso de agua caliente, 3 dosis de 2 cucharadas grandes de sal en un vaso de agua caliente, y tres inyecciones intramusculares de agua esterilizada. También se le administró frecuentemente sulfato de anfetamina (5 mg), para facilitar el condicionamiento.

El doctor Baker asegura que el estado físico del paciente no presentó ninguna alteración durante gran parte del tratamiento.

Los vómitos reiterados no ocasionaron deshidratación. Aunque después de 68 experimentos, presentó escalofríos, una temperatura superior a los 37 grados y una elevada presión sanguínea, mostrando hostilidad hacia las personas que lo atendían. Pero se le administró anilobarbitone sódico, con lo cual todos estos síntomas desaparecieron después de cuatro horas de sueño. Ocho meses después de finalizado el tratamiento el doctor Baker escribe que no ha vuelto a aparecer ningún síntoma en el paciente, por lo que llega a la conclusión de que la recuperación ha sido completa.

Leía con el gesto contraído. Pero ¿qué era aquello? Dio un carpetazo sonoro al libro y su vista se fue hasta el cartel pop de la pared de enfrente donde un dibujo colorido que representaba a un guitarrista con blusa de lunares se mezclaba con las letras de la palabra *Blues*. Miró de soslayo el libro que seguía en su regazo. Lo volvió a coger y buscó en el reverso de la primera hoja el año de edición: *1ª Edición. Julio de 1971*. ¡Solo hacía cuatro años!

Regresó a la página donde había interrumpido la lectura y saltándose un par de párrafos continuó:

Más tarde, Baker se manifiesta decididamente partidario de administrar a los pacientes electroshocks como estímulo de castigo, en lugar de usar eméticos. De hecho inventó para este fin un dispositivo eléctrico. Desde 1965 el condicionamiento mediante electroshock ha ido sustituyendo el uso de eméticos, convirtiéndose en el método aversivo predilecto.

Retrocedió tres páginas:

TRATAMIENTOS DE CONVERSIÓN

La mayoría de los terapeutas de casi todas las escuelas, y no solo los psicoanalistas, afirman que la homosexualidad es una enfermedad. […] Veamos algunos ejemplos de los métodos más utilizados para convertir a los homosexuales.

CIRUGÍA CEREBRAL

El doctor Roeder detectó cuidadosamente una sección del hipotálamo que ocupa menos de un centímetro cúbico de materia neutral. Tras haberla localizado, la destruyó con una serie de descargas eléctricas.

El doctor Roeder piensa que la homosexualidad es una lamentable secuela de una programación cerebral defectuosa, a menudo ocasionada por una severa deficiencia andrógena en la temprana infancia.

La operación quirúrgica del hipotálamo realizada por el doctor Roeder se asemeja a la antigua práctica lobotomía prefrontal, ambas consisten en la destrucción de materia cerebral. En una evaluación de los resultados de las intervenciones, quince de diecisiete pacientes informaron haber sufrido una disminución de la intensidad de sus fantasías sexuales.

El doctor Roeder ha utilizado esta técnica quirúrgica con

travestidos, exhibicionistas y homosexuales, y según él, con excelentes resultados en lo que respecta a la eliminación de su conducta desviada.

Desde luego ella quería seguir siendo lesbiana, faltaría más, ahora que…

—¡Veraaa! —Su madre la llamaba desde el comedor—. ¡A cenaaar!

Cerró el libro y lo colocó entre los que tenía en la estantería. No volvió a abrirlo nunca. Y cuando lo buscó treinta y tres años después para citarlo en una novela no lo encontró.

4
EL GRIFO QUE GOTEA

19 de enero de 1967, jueves

La abuela anda con la cabeza bien alta mientras atraviesa la casa; sus pasos rozan silenciosos las baldosas negras con trazos blancos. Vera la sigue:

—¿Y la mamá? —Se quita el abrigo y lo deja al paso en el respaldo de una de las sillas cubistas del comedor.

—Se ha ido al almacén de patatas. Han pasado a primera hora de la tarde reclutando gente. —Habla con la vista al frente.

—Voy a ponerme la merienda, tengo un hambre… —Adelanta a su abuela antes de llegar a la cocina—. ¿Hay leche condensada?

—Busca en la despensa. —Le echa un vistazo a su nieta y mueve la cabeza—. Y a ver si vas más recta que te va a salir chepa.

Vera se pone de puntillas, saca un bote de La Lechera del último estante, lo agita y lo deja sobre el banco:

—¿Me pones tú el bocadillo? —Se acerca a una bolsa de tela que cuelga de la pared, mete el brazo y saca un trozo de pan que coloca junto al bote.

La abuela se lava las manos y se las seca con el paño que pende junto al fregadero; luego, abre el cajón de la mesa que está pegada a la pared, saca un cuchillo grande dentado y presionando el pan contra el banco lo abre por el lado. Un hilo de leche condensada sale de uno de los dos agujeros de la tapa del bote y va cayendo sobre la miga del pan.

—No me pongas mucho, que luego me da mucha rabia lamer lo que se sale.

—Toma. —La abuela le pasa el bocadillo a la niña acabándolo de chafar con los dedos—. Y la próxima vez te lo pones tú, qué ya eres mayorcita. —Coge un lebrillo repleto de habas con piel y dos

platos vacíos—. Vamos a la salita, que va a empezar la novela.

—Pero no enchufes el brasero que me picarán los sabañones —farfulla con la boca llena.

—Yo lo enchufo, qué hace mucho frío, y tú no te arrimes si no quieres.

Vera deja la merienda sobre el railite azul redondo de la mesa de cerezo. Levanta una de las sillas de skay rojo con las dos manos y la coloca junto al mueble de la radio; luego, hace girar el botón del aparato y se une a la canción que sale por la rejilla:

—… que cultivando cantaba la canción del Cola-Cao. Y como verán ustedes…

—¡Calla!

—¡La Orquídea! —irrumpe la voz poderosa del presentador—. Escrita y dirigida por…

El timbrazo largo de la puerta anula las voces de la radionovela.

—¡Vaya por Dios! ¿Quién será ahora? —reniega la abuela.

Vera se levanta de un salto y sale a abrir. Es el niño de pelo negro, lleva pantalón corto y jersey con coderas de piel:

—Vamos a jugar al fútbol —le suelta rascándose la rodilla—. ¿Sales?, somos cinco. Si quieres te dejamos de portera.

—Es que estoy oyendo la novela de la radio y luego tengo que estudiar. —Se calla un momento con la mano todavía en el picaporte—. Mañana no tengo colé por la tarde. Si salís, me llamas, ¿vale?

El ruido de la puerta al cerrarse llega hasta la salita.

—¿Qué quería Valentín? —pregunta la abuela en voz alta.

—Qué si salía a la calle —contesta entrando en la salita.

—¿Para jugar al fútbol?

—Sí.

—¿Le has dicho que no?

—Síííí.

28 de marzo de 1967, martes

—Chisss, ¡callad un momento! —Susana frunce el ceño y busca con la oreja algún sonido imperceptible.

Vera para en seco de masticar.

—¿Qué pasa? —pregunta Marga levantando la voz—. Yo no oigo nada.

—Chisss. Ahora. ¡Son gatitos!

Susana se acerca hacia donde salen los maullidos débiles. Vera y Marga van pegadas a ella.

—Yo, ni oigo ni veo nada —irrumpe Marga.

De repente, Susana se para en medio de la calle, se arrima al bordillo de la acera y se agacha. Dos gatitos recién nacidos maúllan desesperados desde el interior de un arbellón. Las tres se quedan mirando perplejas. Susana estira el brazo hacia atrás con el bocadillo en la mano. Vera se lo coge.

—¿Me dejáis un pañuelo? —pregunta Susana.

Vera saca rápidamente uno del bolsillo de su falda y se lo ofrece.

—Jolín, Peque, eres una mina —suelta Marga.

Susana recoge a uno de los gatitos y se lo coloca en la palma de la mano sobre el pañuelo extendido, luego, el otro. Las crías maúllan con más fuerza, se los arrima al pecho y los contempla con los labios fruncidos. Vera mantiene un bocadillo en cada mano y de vez en cuando da un vistazo a los mordiscos del pan de Susana.

—Chicas, qué pena, tengo que irme, no me puedo quedar a taller. —Marga sujeta un espejito con la mano mientras se retoca los labios con una barra de carmín claro—. Mañana me decís como habéis quedado con los gatitos. —Y acercándose a ellas les susurra —: Tengo una cita con un chico guapísimo. Lo conocí el domingo en Caniche. —Da media vuelta y comienza a andar, se gira—. Ya os contaré.

Los gatitos siguen gimiendo y Susana los cubre con la otra mano. Vera permanece al lado quieta y callada.

—Vamos al ultramarinos a comprar leche —sugiere Susana—, están muertos de hambre.

Vera la sigue, envuelve los almuerzos con sus respectivos papeles y los mete en la cartera que le cuelga del hombro. Luego se abrocha

dos botones de la rebeca y se sube los calcetines que no le pasan de las pantorrillas.

—Pero… ¿qué lleváis ahí? A ver… —La dependienta, con delantal blanco, se arrima—. Qué monada. ¿De dónde los habéis sacado? Parecen recién nacidos, deberían de estar con su madre, ¿no?

—Nos los hemos encontrado en un arbellón. —Susana se separa un poco a los gatitos—. Queríamos comprar una botella de leche. Pero, por favor, ¿nos podría guardar lo que sobre para mañana?

—Claro, no os preocupéis, yo os la guardo aquí. —Y señala el mostrador-nevera—. Luego me traéis la botella.

—¿Y ahora qué? ¿Dónde ponemos la leche? —pregunta Susana en cuanto pisan la calle.

—Yo tengo un trozo de huevera, el que utilizo en artístico. Está limpio.

—¡Qué maravilla! Sácalo, será perfecto.

Vera mete la mano en la cartera:

—Aún tengo aquí tu almuerzo.

—Da igual, ahora no puedo comérmelo, además, se me ha ido el hambre.

—Yo tampoco me lo he comido. —Le aflora una sonrisa.

Susana le acerca los gatitos a Vera:

—¿Quieres tocarlos?

Niega con la cabeza y se pone colorada.

Esconden la huevera con leche entre los matorrales del jardín del claustro de San Carlos, y Susana, en cuclillas, coloca a los gatitos al lado:

—Hasta mañana —les despide con un beso al aire.

Vera, de pie junto a Susana, mantiene los ojos clavados en ella.

—Mamá, ¿Qué labios son más bonitos, los gordos o los finos?

Su madre deja de batir los huevos y le da la espalda al banco de la cocina:

—Bueno, los gruesos son más sensuales, más atractivos, más sexis… pero los finos son más elegantes. —Y prende una cerilla para encender el hornillo.

—¿Qué vas a hacer para cenar?

—Tortilla de alcachofas. ¿No lo ves?

3 de mayo 1967, miércoles

Vera sube detrás de Susana por la escalera de la Escuela, van pegadas a la pared entre una avalancha de alumnos que circulan en la misma dirección. Cuando llegan al entresuelo, Susana se vuelve y coge a Vera por la muñeca:

—Ven un momento, acompáñame.

Susana suelta el brazo de Vera y empuja la puerta de color crema. El aseo, un rectángulo de tres metros por cuatro, está vacío. Susana se quita la rebeca y la cuelga junto con su bolso en la percha de la pared. Se desabrocha los primeros botones de la camisa celeste y le da la espalda a Vera, se descubre el hombro. Las mejillas de Vera suben de color.

—Se me ha soltado el tirante del sostén —dice Susana girando la cabeza—. ¿Quieres mirar a ver si me lo puedes arreglar?

Vera, de menor estatura, con los zapatos de colegiala, calcetines hasta la rodilla y falda plisada, se encuentra a un palmo de la espalda semidesnuda. Cierra los ojos durante un segundo.

Las baldosas pequeñas y hexagonales del suelo son blancas; las paredes, alicatadas hasta la mitad, suben blancas hasta el techo altísimo del que penden dos tubos de neón; a la izquierda de las niñas, bajo dos espejos pequeños, dos pilas blancas cuelgan de la pared. Uno de los grifos gotea. Frente a ellas se alinean tres puertas de vaivén estrechas y blancas; una permanece completamente abierta, repleta de nombres y corazones.

—¿Ves el tirante suelto? Tienes que ponerlo en la hebillita que estará debajo, ¿la encuentras?

—Sí, está aquí. —Con dos dedos de una mano sujeta la hebilla y con dos de la otra prende la punta del tirante. Roza la piel morena

de Susana y se le escapa la pieza de metal.

—Tienes que meter la cintita —la estira hacia la parte de atrás— por un lado de la hebilla y luego por el otro. Ya sabes lo antipático que es eso, ¿no?

Las puntas de los pies de Susana miran hacia adentro. Con las dos piezas de nuevo entre las manos, Vera se acerca más al hombro de Susana. Baja los párpados y respira hondo en silencio. Las manos le sudan y pierde el tirante.

—Se me ha escapado la cinta, pero ya sé cómo va.

Vera pasa una y otra vez el tirante del sostén por el sofisticado enganche.

—Ya está. —Su cuerpo se destensa.

—Pues venga, corre, que ya habrán entrado todos.

19 de mayo de 1967, viernes

La tarde declina. Vera entra en el zaguán de su casa y llama a la puerta marcando un ritmo con los nudillos. Luego, se arrima a la junta y silba; por último hace sonar el timbre. La madre de la niña entreabre apenas dejando a la vista parte de una sonrisa abierta. Vera sube una de las comisuras de sus labios y se mueve con el ceño fruncido mirando a través de la rendija. La puerta se abre de sopetón y el tronco de la niña se echa hacia atrás. Un montón de gente frente a Vera sonríe. Ella se queda clavada al otro lado de la puerta con la boca apretada. La abuela, su madre, su padre, un hombre con traje, una mujer maquillada y dos niñas en la pubertad se apretujan en el recibidor con los ojos puestos en la joven de la casa. El hombre, la mujer y las dos niñas se abalanzan sobre Vera, y, entre risas, la abrazan y la besan. Las manos de Vera se quedan colgando.

El hombre se coloca junto a Vera, la coge por el hombro y la aprieta contra sí:

—¿De dónde sales a estas horas, granujilla?

—He estado en la biblioteca de la plaza de La Virgen —contesta cabizbaja.

—¿Y que hacías tú allí?, si se puede saber.

—Los tíos han adelantado un día su viaje y nos han dado una sorpresa —interrumpe la madre. Y se gira hacia su hija—: ¿Has visto que guapas están tus primas?

Vera esboza una sonrisa y mira a las niñas con vestidos de lorzas color salmón; y luego, de reojo, el portafotos de la ménsula donde las dos posan con abrigos gemelos.

—Además están sacando unas notas buenísimas en el colegio. —Elena pasa la vista de una hermana a otra—. ¿Verdad que sí? —Luego busca con los ojos a su hija—: Vera, ayuda a la abuela a acabar de poner la mesa.

El hombre con traje coge a Elena del brazo y la arrastra hacia el comedor:

—El domingo vamos a comer una paellita a la playa, ¿eh, hermana?

Las alas de la noble mesa cubista pasada de moda están abiertas. Elena coloca sobre el mantel de tela a cuadros algunos aperitivos y botellines de cerveza:

—Menos mal que he pillado la tienda abierta.

—Siéntate un poco, Elena —le ordena su hermano mientras se afloja la corbata.

Todos picotean, ríen, beben y hablan sin parar quitándose la palabra unos a otros. La abuela, que permanece callada, da buena cuenta de los mejillones y las papas; de vez en cuando sus ojos negros se avivan observando a su hijo. Las hermanitas terminan por acercarse el plato de aceitunas rellenas mientras Elena pierde la mirada en ellas con una sonrisa dulce estampada en la cara.

En la sobremesa, los dos matrimonios siguen conversando con avidez. La abuela se va a oír la radio y las tres niñas siguen sentadas con la vista fija en los mayores.

—A Matteo le va muy bien en el taller, cada vez tiene más clientes. La gente no es tonta y valora el trabajo bien hecho.

—Bueno, Elena, tampoco exageres. —Matteo se acerca la taza

de café—. Lo que si que me gustaría es comprar algún localito por aquí, algo nuevo. —Y se gira hacia su cuñado—. Estoy harto del bajo de la calle de La Espada, en invierno no hay quien esté allí; y lo peor son las ratas, que te aparece una cuando menos te lo esperas.

La mirada del hermano de Elena tropieza con su sobrina, que esta sentada frente a él:

—¡Vera! ¡Pero bueno! ¿Aún te muerdes las uñas?

Las dos hermanas giran automáticamente la cabeza.

—No se las he cortado ni una sola vez desde que le salieron los dientes —Elena posa la vista en su hija—. Ya no le decimos nada, la hemos dejado por imposible.

—Y vosotros —irrumpe Matteo—, ¿cuándo os volvéis para Valencia?

—Ufff —resopla el cuñado—, estamos pensando en comprar el piso en el que estamos, es una ocasión. La verdad es que en Barcelona hay más oportunidades para todo.

La expresión de Elena se ensombrece:

—Pero de todas formas os pedirán mucho, ¿no? En Barcelona debe de estar todo carísimo.

—Bueno, también se gana más —justifica su hermano a la vez que se abre el primer botón de la camisa.

—Hablando de nuestra casa —deja caer la cuñada con una sonrisita picara mientras dobla la servilleta—. ¿A que no sabéis quien se ha puesto a vivir en el piso de al lado del nuestro? —De reojo le guiña un ojo a su marido—. Pues… una pareja de mariquitas. Pero no se les nota nada, ¿eh?; bueno, a uno sí, que cuando llevas un rato hablando con él… —Y sacude la mano.

Las hermanas dejan escapar unas risitas.

—Yo, es que por mucho que me esfuerce no lo puedo entender —interviene el cuñado—. Es algo que no me entra en la cabeza. No me gusta meterme con lo que hace la gente, cada uno que viva como quiera, pero que a un hombre no le gusten las mujeres… —Se quita la corbata por la cabeza y la mete en el bolsillo de la chaqueta que cuelga en el respaldo de su silla—. No es natural, a mi que no me digan. Qué aliciente puede tener eso de estar con alguien igual que

tú. No lo entenderé nunca. —Y niega varias veces en silencio—. Es superior a mí.

Vera agacha la cabeza y se acerca la uña del índice a la boca. Separa la silla con sumo cuidado y se arrima a la oreja de su prima la pequeña:

—Voy a preguntarle una cosa a la abuela, ahora vuelvo.

30 de mayo de 1967, martes

Se abre la puerta del lavabo y sale Vera con combinación. Cruza el comedor y entra en la salita. Del armarito de debajo del estante saca una falda a cuadros marrones y un jersey beis de manga corta. Los coloca extendidos sobre la cama, el bajo del jersey cubre la cinturilla de la falda. Se separa y mira el conjunto con los ojos entornados.

—Ve guardando la cama que quiero barrer —reniega la abuela, que acaba de aparecer con la escoba en una mano y el recogedor en la otra—. Mira como está el suelo, hay hasta papeles, no sé como puedes ensuciar tanto. —Los ojos se le van a las prendas que hay sobre la sábana—. Ya era hora que te pusieses el jersey que te ha hecho tu madre.

Vera recoge a toda prisa. Y con la ropa en la mano se mete en el dormitorio de sus padres. Se viste en un santiamén, entorna la puerta y se coloca delante del tocador de faldas satén rosa palo. La cornucopia hace juego; el mismo nogal y la misma talla. Se observa en el espejo y aprieta los dientes. El jersey de perlé se ciñe al cuerpo y marca las formas. Los ojos de la niña se clavan en los pechos de la imagen. Mete los puños por debajo del tejido y lo empuja con fuerza hacia un lado y otro repetidas veces. Agacha la barbilla y se mira el pecho desde arriba, vuelve al espejo, pellizca las costuras laterales y estira el jersey manteniéndolo tenso durante cuatro segundos. Después, lo agarra por la parte de abajo y encorvándose lo alarga

hasta la mitad del muslo; lo suelta de golpe, se pone de perfil y gira la cabeza hacia la cornucopia, aprieta otra vez los dientes, y los ojos. Su cuerpo vuelve frente al espejo, se mira un instante y comienza a golpearse el pecho con los puños cerrados, y las sienes, y las caderas, se ensaña con las caderas. Le da la espalda a la imagen y sale de la habitación sin volver la vista atrás.

Vera entra en la salita, la abuela, erguida, sigue barriendo:

—¡Vera!, haz el favor de ponerte recta. La barbilla te va a tocar la tripa. Por dios. Si por mí fuera te ponía unas correas para que no te pudieses doblar, como se hacía en mi época. —Apoya la escoba en la pared—. Mira, podrías empezar a caminar por la casa con dos o tres libros encima de la cabeza. —Y coloca las manos abiertas arriba de la cabeza como peinetas laterales—. Si le dedicaras un ratito todos los días, se te iría corrigiendo ese defecto tan feo que tienes.

Vera fulmina a su abuela con la mirada:

—La ahogaría, la ahogaría —susurra entre dientes—. La cogería del cuello… Siempre igual, siempre igual.

—¡¿Qué murmuras?!

—Nada. ¿La mamá se ha ido al taller?

El sol está en lo alto y cae a plomo sobre el puente del Real. Vera cruza el río por una de sus aceras mientras su vista se arrastra por el suelo a la velocidad de sus pasos. Llega a la calle de La Espada, un callejón sin salida cuyo trazado es un ángulo recto. Elena está trabajando en el último bajo de la derecha con la puerta abierta. Desde la fachada de enfrente Vera la ve antes de llegar:

—¡Mamá!

Elena levanta la cabeza y sonríe al verla. Lleva puesto un delantal de cocina limpio y, pegada a una mesita auxiliar, sujeta un trapo impregnado de una cera pastosa que huele a aguarrás.

—Uy. ¿Ya estás aquí?

Vera le devuelve la sonrisa.

—¡Hombre!, por fin te has puesto el jersey.

Su hija comprime apenas el entrecejo.

—¿No te gusta? Con lo bien que te está.

Vera levanta los hombros.

—Pues te favorece mucho. —Inclina la cabeza y fija la vista en el frontis del mueblecito—. Nos va a venir muy bien que eches una mano.

Vera atraviesa el umbral de la puerta y recorre con la vista el interior del taller:

—¿Y el papá?

—Ahora vendrá, se ha ido al bar con un cliente. Nos vamos a quedar a comer. He traído una tortilla de patata. Tienes que comprar el pan. —Mete el paño en el cazo de aluminio abollado, lo hinca en la cera y lo saca con un pegote—. Luego cuando vayamos a tomar café te puedes pedir un polo.

Vera se asoma a la calle. Matteo llega hablando con un hombre que lleva la chaqueta del traje de verano colgando del brazo. Se va secando el sudor de la trente.

—No se preocupe, el viernes lo tendrá todo terminado —le asegura Matteo con una mano en el bolsillo del pantalón hueso. La camisa es granate—. Yo mismo se lo llevaré a la tienda.

—¿Y esta niña tan guapa? —Pregunta el cliente al llegar.

Vera, que está apoyada en la jamba de la entrada, arquea la espalda.

—Es mi hija —contesta Matteo—. Ha venido a ayudarnos, como está de vacaciones…

—Qué trabajadora. ¿Y qué estás estudiando? —El hombre se cruza de brazos.

Vera cierra las manos y se dobla un poco más con la vista puesta en él.

—Está haciendo delineación en la Escuela de Artes y Oficios —irrumpe Elena dejando el paño grasiento en el cazo—. Su padre está ilusionado, dice que así le podrá ayudar en los diseños de los muebles.

El cliente se separa con ademán de irse:

—Bueno, hasta el viernes, pues. Ah, y encantado —Posa la vista

en la mujer y luego en la niña.

El hombre se aleja y Elena se acerca a su hija:

—No sé porque tienes que estar siempre tan agachada —le recrimina en voz baja—. Mira que eres rara. Hay que ir con la cabeza bien alta. Cualquiera que te vea se va a creer que tienes algo que esconder. Con lo que me gusta a mí la gente clara.

Matteo sigue con los ojos al comerciante hasta que este da la vuelta a la esquina:

—Mare de déu, me ha contado su vida. —Se arrima al trozo de pared en sombra—. Dice que su mujer tiene una depresión de caballo, que ni siquiera sale de casa, y que se tiene que preocupar él de las chiquillas, tiene tres hijas, y de la casa. Bueno, de todo, de todo. Aunque tienen una criada. —Arquea la boca hacia abajo—. No sé. —Entra en el taller, se para y se gira—. No entiendo eso de que uno se deprima. Yo no me puedo deprimir —mira a su mujer— ni tú tampoco. A mí que no me digan, eso es una enfermedad de ricos. En mi familia no se ha deprimido nunca nadie.

—¿Qué es estar deprimido? —le pregunta Vera a su madre acercándosele al oído.

—Pues… es cuando uno no tiene ganas de nada.

—Depresión, depresión —acaba murmurando Matteo.

Elena repasa la tapa de pino teñido con el paño untado, levanta la cabeza y pone la vista en su hija que sigue de pie reclinada en la jamba.

—Vera, me parece que ya necesitas sostén. Mañana por la mañana vamos a comprarte uno a la paquetería de la plaza.

1 de junio de 1967, jueves

Susana sale de la clase de dibujo artístico a toda prisa. Vera desprende su dibujo del tablero, lo mete en la carpeta y con las cintas desatadas corre detrás de su compañera. La sigue por las

escaleras:

—Susana, ¿te vas ya? —le pregunta a dos metros de distancia.

Susana se gira arrastrando la mano por la barandilla de madera:

—Sí, tengo prisa. A ver si cojo antes el tranvía.

Bajan disparadas picando peldaños. Vera pisa una de las aristas romas y se resbala, recupera el equilibrio al instante. Alcanza a su compañera en el vestíbulo:

—Te acompaño.

—Mi madre quiere que vaya con ella al mercado. Se ha empeñado en esperarme para que le ayude.

Salen a la calle soleada y la cruzan en diagonal. Caminan rápido. Susana lleva un vestido amarillo sin mangas, una rebeca blanca sobre los hombros que se le ahueca al andar, y unas sandalias blancas con las suelas inmaculadas. Vera, con zapatos de colegiala y calcetines, viste una falda azul marino de tablas y una blusa de color salmón con corte de cazadora. La cartera le cuelga cruzada y la carpeta bajo el brazo sigue con las cintas libres.

Sobrepasan la iglesia del Carmen a paso acelerado y calladas. Cogen la calle Roteros, estrecha y umbría. Bajan de la acera escasa y continúan por el asfalto distendidas.

Vera gira la cabeza hacia Susana:

—El otro día decía Dori que en el colegio de tu hermano se montó una buena, que estaban en plan revolucionario o algo así.

—Sí, se ve que el tema fue gordo. Llamaron a mis padres y todo. —Susana habla sin aminorar la marcha y mirando al frente.

—¿A qué colegio va?

—Al instituto de chicos.

—¿Al Luís Vives?

—Sí.

—¿Y por qué protestaban?

—Pues no lo sé. Pero en la clase de mi hermano rompieron hasta las sillas. —Se sujeta los delanteros de la rebeca con una mano y se gira hacia Vera—. Oye, ¿tú no tienes hermanos, verdad?

—No, soy hija única —contesta sin quitarle ojo a la Vespa aparcada que están a punto de sobrepasar.

Susana afloja el ritmo y fija la vista en Vera:

—Vera, me sabe mal que me acompañes —su tono es sereno—, que luego tienes que volverte sola.

—No, no. —Vera observa las puntas de los zapatos acordonados —. Prefiero pasearme que estar allí aburrida esperando a que se haga la hora. Me sobra tiempo. —Se muerde la mejilla y las puntas de los dedos presionan la carpeta hasta emblanquecer.

Llegan a las Torres de Serranos y Susana echa a correr hacia el tranvía:

—Me voy, que está a punto de salir —dice con la vista fija en el conductor.

Desde el estribo se gira y agita la mano en alto.

Vera sube al segundo piso. Se acerca al banco pegado a la entrada del aula y se deja caer en un extremo del asiento. Coge una libreta de la cartera y la abre por la última página, está en blanco. Mete de nuevo la mano en la cartera y rebusca, saca un bolígrafo. Comienza a dibujar cuadraditos. En el primero traza una diagonal y rellena uno de los triángulos.

5
SIMETRÍAS QUE SE REPITEN

14 de febrero de 1975, viernes

Tocó, como si fuese a quemarse, el timbre de la puerta retranqueada de la calle Cuarte. Agudizó el oído y le pareció oír un ding dong al otro lado. Se hizo un poco hacia atrás para volver a leer el letrero que bajo la luz de una diabla rezaba en la parte alta: El Caballo Blanco. Esperó veinte segundos contados mentalmente antes de volver a apretar de nuevo el timbre. La puerta era blanca con dos cuarterones, en el de arriba cuatro cortes dibujaban un rectángulo vertical, de 20x30 cm. aproximadamente, que se abrió y se cerró de sopetón dejando por un instante al descubierto el rostro recortado de un muchacho. Casi a la vez quedaba libre la entrada.

—¿Buscas a alguien? —El gay del postigo, sonreía mientras la invitaba a entrar abriéndole más la puerta.

—No. —Sintió el bombeo de la carótida izquierda.

—Pasa, pasa. —Y siguió hablando con el que tenía al lado mientras cerraba.

No tuvo que dar más explicaciones. Entró pausadamente sumergiéndose en una nube de humo denso. La iluminación pecaba de tenue y la música retumbaba a todo volumen. Mejor. Las yemas de sus dedos localizaron la arteria del cuello. Recorrió con la vista el local estrecho y profundo: la barra pegada a la izquierda se deslizaba casi de parte a parte. Pasó junto a dos chicos sentados en taburetes que se besaban, en un acto reflejo miró hacia otro lado. Continuó hacia adentro, a lo mejor había alguna chica, aunque no parecía probable. Llegaría hasta el final.

—¿Buscas a alguien?

¿Otra vez? Miró a su izquierda. Le hablaba un chico con barba, fornido. Talmente como los tíos apalancados en las aceras que

piropean a las chicas. De pie, con un codo en la barra y pegado a un vaso, sujetaba el cigarrillo entre las puntas de dos dedos estirados. Se preguntó si sería homosexual.

—No —contestó aminorando el paso.

—Tranquila, puedes pasar. —Y le regaló una sonrisita cómplice.

Al fondo, donde no llegaba la barra, el local-tubo se ensanchaba en una pequeña pista. Las parejas de chicos, más que bailar, se abrazaban y manoseaban sin pudor. Se enganchó a la mano que se deslizaba por el trasero de un pantalón ajustado. Qué sobada. El ambiente se hacía irrespirable en aquella zona. Apartó la vista del centro e intentó vislumbrar a la gente sentada alrededor. Por un momento pensó en buscar sitio, pero en aquellos bancos corridos no había un solo hueco. De repente, un calor sofocante le subió hasta el cuero cabelludo: en la pared de enfrente dos chicas sentadas se miraban acarameladas, una de ellas cogía a la otra por el hombro. El calor la estaba asfixiando y le pareció que las paredes se movían, un pelo, pero se movían. Cerró los ojos y los volvió a abrir. Tenía que preguntarles si conocían algún sitio de chicas, tenía que preguntar, lo que fuese. No podía desperdiciar la ocasión, a saber cuándo volveré a tener delante a una lesbiana. Respiró hondo, le dieron ganas de toser y carraspeó con la boca cerrada. Se pasó la palma de la mano por la frente mojada. ¡Ahora! Las volvió a mirar y se le aflojaron las piernas. Tengo que hacerlo. Iba a dar el primer paso cuando se dio cuenta de que las chicas la observaban con las cabezas muy juntas. ¡Joder! Se quedó clavada. Bajó los ojos, giró ciento ochenta grados y deshizo el camino hasta la entrada en menos de diez segundos. Idiota idiota idiota. Agarró la manivela de la puerta blanca de cuarterones sin darle tiempo al chico del postigo a echarle una mano.

En cuanto pisó la acera, inspeccionó a derecha y a izquierda. Nadie a la vista. Le echó una ojeada a su reloj, casi las doce, mañana iría al Baleó. Inspiró profundamente el aire limpio y helado y se fue corriendo en dirección a las Torres de Cuarte.

15 de febrero de 1975, sábado

El Baleó era un bar abierto, pequeño, iluminado y con todo a la vista. La verdad es que lo conocía de cuando iba al cine, pero nunca había entrado. Lo último que se imaginaba era que fuese un bar de gays. Pasó por delante, estaba vacío. Mejor le daba un par de vueltas a la manzana.

Cuando por fin se arrimó a la puerta, el local seguía desangelado. Su vista se cruzó con los ojos del camarero que estaba detrás de la barra. Dio media vuelta y pensó en ir a ver los fotogramas del Xerea. Eran más de las diez y ya había cola para sacar las entradas. Ojeó las fotos sin fijarse en lo que miraba y volvió sobre sus pasos con el ánimo de entrar en el Baleó sin pensárselo dos veces.

Ya había dos clientes en una mesita y otro en la barra. En cuanto estuvo dentro el camarero la recibió con un hola acogedor.

—Hola —contestó levantando apenas las comisuras de los labios. ¡Bien!

Se sentó en uno de los taburetes de madera y busco donde apoyar los pies.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó el chico mientras eliminaba un par de rodales del mostrador con un paño.

—Un té con limón.

—Enseguida.

En menos de un minuto tenía la taza humeante delante de ella. Se podía oler el limón. Se relajó, había tenido suerte con el camarero, seguro que podía preguntarle sin problemas, tenía muy buena pinta. Llevaba un suéter negro muy ajustado. Escrutó los bíceps, ¿haría pesas? Dio unos sorbitos al té esperando que se le aproximara. Iba a abordarlo cuando este se dirigió al muchacho de la barra:

—¿Has quedado esta noche?

—Sí, pero más tarde. En principio, a las once y media en Emperador. Luego cada uno llega cuando llega. Oye, ¿y mi cerveza?

—Ya voy. —Y sacó una copa balón helada que llevó hasta el

grifo dorado—. Igual me paso cuando cierre.

Siguió rebuscando manchas con el paño en la mano. Cuando Vera lo tuvo cerca el corazón le dio un golpe. Miró de soslayo a los de la mesita, esos no se enteraban de nada. Mejor que hubiese poca gente. Observó la madera barnizada, impoluta. El muchacho acercó la cabeza a la tapa del mostrador hasta casi rozarla con la sien, guiñó los ojos y alargó el brazo capturando una gota con el trapo. Ahora o nunca, se dijo:

—Perdona.

El chico levantó la mirada. Unos mechones de pelo acariciaban el cuello ancho y fuerte.

—¿Sí?

—¿Tú sabes si hay algún sitio para chicas? —La voz le resultó un poco débil y aniñada, ¡mierda!—. Solo para chicas —aclaró, modulando con más tino las cuerdas vocales.

—Aquí al lado hay uno. Al girar —Y extendió el brazo doblando la mano hacia atrás—. Das la vuelta a la esquina y a unos cincuenta metros lo verás. Está en la acera de la derecha.

—¿Cómo se llama? —No se lo podía creer.

—Carnaby. Es un bar con mucho ambiente.

—¿Cuánto es esto? —le preguntó señalando la taza de té con los ojos.

Dejó cincuenta pesetas en el mostrador y se bajó del taburete sin esperar el cambio.

—Y gracias por todo —atinó a decir antes de cruzar la salida.

Lo que aún no sabía ella cuando dirigía sus pasos hacia Carnaby era que fuese el local que más frecuentaban las lesbianas, el número uno del momento en Valencia y el más animado con diferencia.

En cuanto dio la vuelta a la esquina y cogió la calle Gobernador Viejo intentó calcular hasta donde llegarían los cincuenta metros. Cruzó a la acera de la izquierda para tener más perspectiva. La calle era estrecha y, a pesar de ser sábado, no estaba muy transitada. Enseguida distinguió el letrero gracias a una farola que desde la fachada iluminaba el antiguo edificio. La palabra Carnaby, en bronce y con carácter de manuscrito, resaltaba inclinada sobre la

pared. Intentó calcular la pendiente, cuarenta grados aproximadamente. Miró a ambos lados de la calle y esperó a que la zona quedase despejada antes de cruzar y llamar al timbre de la puerta lacada en granate.

—Hola, buenas noches. —La chica que le abrió dilató la frase de bienvenida todo lo que pudo para poder examinarla de arriba abajo.

—Hola. —Respondió con la mirada puesta en el interior y el corazón en un puño.

Avanzó tres pasos dejando atrás la entrada y alargó la vista. La luz era tan escasa que aunque llegaba de la noche sus pupilas tuvieron que adaptarse.

¡Dios mío!, aquello estaba lleno de chicas. Un trozo de cielo. ¡Un universo!, el cielo no existe. Un universo de mujeres lesbianas.

En cuestión de segundos se había hecho una idea, lo había captado todo a una velocidad de vértigo. Quería entrar rápido, llegar hasta el fondo y descubrir qué había allí. ¿Estarían bailando? Seguro, seguro que sí. El corazón le dio un golpe en el pecho. La música sonaba fuerte pero no tanto como en El Caballo Blanco. En ese momento la voz de José Luís Perales entonaba *Y te vas*, una canción lenta. Seguro que había chicas que bailaban cogidas, abrazadas. Intentó controlar sus pulsaciones y se fue adentrando despacio, sin mover el aire que rozaba, tenía todo el tiempo del mundo. Aunque sus cinco sentidos iban por libre y trabajaban a pleno rendimiento.

La barra, situada longitudinalmente en el centro del local, trazaba un óvalo alargado desde cuyo interior un chico y una chica se movían con rapidez despachando bebidas y sonriendo en todo momento. Unos cilindros dorados bajaban equidistantes desde la escayola ovalada del techo iluminando puntualmente el contorno del mostrador. Todo de diseño. Buscó un hueco entre dos taburetes vacíos antes de seguir con la expedición. Ya se había dejado ver demasiado.

—Hola. ¿Qué te sirvo? —La chica de pelo corto teñido de rubio acentuó su sonrisa. ¿Sería lesbiana?

—Un cubalibre.

—¿De Green Fish va bien?

—Sí, bien.

Claro que será lesbiana. Retonta.

Su vista fue recorriendo el perímetro del mostrador. Frente a ella tres chicas charlaban entre risas. Hubo un momento en que una la miró; por suerte fue solo un instante. Contabilizó catorce personas alrededor de la barra, de las cuales once eran chicas. Se saludaban, se acercaban unas a otras, y se hablaban todas entre sí. Tenía calor, pero no era momento de quitarse el chaquetón. Cuanto menos se moviese mejor. Casi enseguida decidió bajarse la cremallera, el jersey azul marino quedó al descubierto y sintió un ligero alivio.

La rubia de bote dejó caer un posavasos sobre el railite verde oscuro y encima colocó un vaso con hielos donde fue dejando caer el chorro de ginebra desde una altura considerable. No le iría mal el tanganazo. La camarera acabó la tarea con la cocacola y dejó la botella al lado. Vera acarició con la punta del dedo el borde del posavasos completando el círculo un par de veces. Giró la cabeza, al fondo, silloncitos, mesitas y algún que otro sofá se repartían el espacio apenas iluminado. Dio unos sorbos al cubalibre y con el vaso en la mano se dirigió hacia allí, donde la gente se amontonaba. Estaba lleno de chicas y todas eran lesbianas, todas, no hacía falta preguntarse si lo eran o no; si las hubiese visto fuera de allí, en una tienda por ejemplo, o por la calle, o en el cine, o en un mercado…, nunca lo hubiese sospechado de ninguna, ni siquiera de las que parecían un chico. Allí estaban, las podía contemplar, estudiar y hasta desear. La última palabra le chirrió un poco: estaba yendo demasiado lejos.

Cuánto lo había ansiado. Aquel momento. Este momento. Decide sentarse lo más escondida posible y observar, no da abasto. Quiere detenerse en cada una, ver cómo actúan, cómo bailan, cómo se tocan, ¿se besarán? Se desliza hacia un asiento arrinconado que queda libre en un sofá. Nunca ha visto tantas lesbianas juntas, ni juntas ni separadas. Los ojos en la pista de baile. Como un escenario. Se quita el chaquetón, lo dobla, palpa uno de los bolsillos donde tiene las llaves. No carga con el bolso si no es preciso, el

dinero en el pantalón vaquero. Se acopla en el sitio, la mente al frente. Un círculo de granito marca la pista. Tres metros de diámetro, no más. Abarrotada. Nueve parejas bailan abrazadas, una es de chicos. Las tres parlanchínas de la barra se integran, sueltas, fuera del círculo. La vista se le va a una pareja de chicas sentadas al otro lado de la pista, con el pelo a lo chico, se besan. No les quita los ojos de encima porque nadie la está mirando. Se le contrae el estómago, se le aceleran las pulsaciones. Vuelve a las parejas de baile. Dos chicas atrapan su atención, una canción tras otra, sueltas, cogidas, da igual, no deja de observarlas. La más alta viste pantalón azul marino de corte sastre, chaleco a juego, camisa celeste con pajarita, botines negros. El pelo castaño, liso. Como los niños de los wéstern, como cortado con cacerola. Su pareja, lo más femenina posible. Espectacular. Nadie le llega a la suela del zapato. De carnes apretadas, redonda. Viste de negro, ceñida, sin mangas. Escotada hasta mostrar parte de sus tetas. Generosas. Medias negras caladas y zapatos de tacón alto. Pelo negro, con mucha mata, largo, rizado, sensual. Su novia se lo retira de un lado, se acerca a su mejilla.

Llevaba sentada en aquel rincón casi una hora y la ginebra estaba cumpliendo. Se tocó la cara, le ardía. Podría salir a bailar, no pasaría nada. Más de una había salido sola, una canción o dos y se volvían a sentar.

—Me voy ya.

Vera giró la cabeza un momento, una chica delgada se ponía el abrigo frente a la pareja que estaba sentada a su lado.

—Aún es pronto, ¿no? —le dejó caer una de las chicas.

—¿Te vas a casa ya? —le preguntó la otra casi a la vez.

—Sí. No tengo ganas de nada. No estoy de humor.

—¿Vendrás el sábado que viene?

—Seguramente —contestó mientras se colocaba la bufanda—. Adiós.

—Hasta el sábado. Y no nos falles ¿eh?

Las dos chicas y ella la siguieron con la vista hasta que salió por la puerta.

—Pobrecita, aún lo tiene muy reciente.

—¿Cuántos años tenía su novia?

—Veintidós, como ella.

—Qué joven. Yo no vuelvo a subir en una moto en mi vida.

Dio los últimos tragos del cubalibre sin dejar de pensar en lo que acababa de oír. De pronto tuvo una sensación extraña. Una pareja de lesbianas, rota por un accidente mortal, cobraba un realismo tremendo. Carnaby dejaba de ser una burbuja.

Eran casi las doce y media cuando vio parpadear la luz naranja de encima de la puerta. Una chica de melena corta, clara y ondulada entró intercambiando alguna frase con la portera. Luego anduvo hasta el final de la barra y esperó a la rubia.

—Hola, Nuria. ¿Lo de siempre?

Le contestó con la cabeza y un ajá cerrado.

Era justo como hubiese diseñado ella a una chica, justo así.

La camarera no tardó en dejar caer el posavasos y servir un vodka con limón. Nuria lo cogió, se dio la vuelta y apoyó la espalda en el mostrador quedándose de cara a la pista de baile. Vera ya no le quitó ojo durante el resto de la noche.

Debía de tener unos veinte años, a lo mejor diecinueve, no se iría mucho con ella. Vio como se quitaba el anorak y lo dejaba en el taburete que tenía al lado. Llevaba un jersey grueso de color azul con una franja negra en la parte alta, un pantalón claro de pana y botas de montaña. Quedaba claro cual era su estilo. No la vio sonreír en ningún momento, a pesar de que algunas chicas la saludaron. Cuanto más la miraba más le gustaba, le gustaba mucho, además, era muy guapa; bueno, en realidad no sabía si era guapa o no, pero le atraía su cara, que, aunque de facciones finas y dulces, resultaba austera.

—¿Me cuidáis el sitio y el abrigo? —pidió Vera a las chicas de al lado—. Voy al lavabo. —No aguantaba más.

—Sí, claro. No te preocupes.

Se entretuvo un rato ante el espejo. El pelo lo llevaba más largo que la chica de las botas de montaña, Nuria, pero no mucho más,

apenas le rozaba los hombros, y aunque lo tenía agraciado como le decía su madre no llegaba a ondulársele. Se ladeó el flequillo. Demasiado largo. Cerró los ojos apretándolos y sin separarse del espejo contó hasta diez. Los abrió y clavó la vista en el cristal, se gustó. Siempre le favorecía tener las mejillas calientes y coloradas. Intentó verse de perfil; si no fuese por ese poquito de caballete… Mientras volvía al sofá levantó la vista de sopetón y se atrevió a mirar hacia la barra. Por un momento los ojos de las dos se cruzaron.

Cuando Nuria se fue, Vera salió detrás disparada. La vio alejarse hacia la calle de El Mar a paso rápido. La contempló durante unos segundos antes de emprender la misma acera en sentido contrario en busca de la bicicleta.

22 de febrero de 1975, sábado

Giró la llave en el candado y mientras la sacaba vio a lo lejos a un cliente del taller que se aproximaba por la acera. Qué casualidad. Enfrente estaba Carnaby. Se incorporó y antes de darle la espalda al tontorrón que se acercaba con más rapidez de lo previsto, comprobó que la bicicleta estaba bien atada a la canaleta. Sin mirar atrás se dirigió a toda prisa hacia el Xerea, se paró ante los fotogramas. Daría la vuelta a la manzana y ya está. No tardó nada en plantarse ante la puerta granate.

Todavía era pronto y el club estaba medio vacío. Se acercó a la barra y pidió su cubalibre.

—¿De Green Fish?

—Sí, sí. —La verdad es que el cubata del sábado anterior le había caído de cine.

Cerca de ella, una chica con gafas sentada en un taburete apoyaba los codos sobre el railite verde. Era delgada y llevaba el pelo recogido en una cola. Se miraron un par de veces medio de reojo.

Entre trago y trago le echó un vistazo rápido a los zapatos, siempre había pensado que decían mucho de una persona. Eran unos mocasines de suela gorda, los puntuó bien. Tenía buena pinta, parecía una chica noble, sincera, ¿cómo podía saberlo?, intuición, eso es una ridiculez, ¿experiencia?, experiencia de qué, de lo vivido y punto. Giraba sin parar el vaso pegado al mostrador. De repente, paró en seco, lo cogió, se levantó y se acercó a ella:

—Hola. —Le saludó antes de sentarse a su lado.

—Hola.

—Te vi el otro sábado.

—Ah.

—No te había visto antes. ¿Era la primera vez que venías?

Afirmó con dos golpes de cabeza y se acercó el cubalibre a los labios.

—Yo ya hace mucho tiempo que vengo. Aquí nos conocemos todas. —Se puso a limpiar exhaustivamente los cristales ovalados de las gafas metálicas con un pañuelo y añadió—: La gente es muy maja, ya verás.

—Aún no conozco a nadie.

—Claro. Bueno, ahora me conoces a mí. Me llamo Llum —y le tendió la mano.

Le recordó a Gerda, que siempre saludaba o se presentaba con ese gesto.

—¿Llum?

—Bueno, en mi casa me llaman Mariluz, pero a mi me gusta que me llamen Llum.

—Es original. Yo me llamo Vera.

—También es un nombre muy chulo.

En ese momento vieron parpadear la luz de encima de la puerta y las dos se quedaron mirando. Ojalá sea Nuria, pensó. Pero apareció la pareja que tanto le había fascinado la semana anterior. La chica de traje masculino cogía por detrás a su novia espectacular y sensual, que también esa noche vestía de negro. Cómo le atraían.

—Estas son las de Paiporta —le informó Llum—. No fallan ni una semana.

Ella movía la cabeza dando a entender que le seguía. A lo mejor viene más tarde, como la semana pasada.

—Oye, y ¿cuánto tiempo hace que vienes a Carnaby? —le preguntó Vera cambiando de tema.

—Casi dos años.

La música en ese momento era tranquila y no estaba excesivamente alta. Levantaron los vasos y bebieron en paralelo.

—Te voy a contar una cosa. —A Llum le había cambiado la expresión de repente—. No creas que se lo cuento a todo al mundo, a veces me da vergüenza. —Volvió a dar otro trago. Esta vez más largo.

Ella apoyó el codo sobre la barra y la miró fijamente invitándola a seguir.

—Pues, antes de entrar aquí por primera vez… —Se calló.

—¿Qué?

Tardó unos segundos en contestar durante los cuales Vera le quitó la vista de encima. Mejor no agobiar.

—Me costó tres meses, acercarme y llamar a la puerta. —Otra pausa, en la que hizo girar el vaso casi vacío—. Venía cada sábado y no me atrevía a entrar. Todos los sábados a lo largo tres meses, que se dice pronto.

Madre mía, menuda historia. Durante unos instantes, Llum perdió la mirada en la botella de ron que acababa de soltar el camarero un poco más allá. Luego, continuó:

—Llegaba hasta aquí, bueno, hasta la fachada, me daba una vuelta por la zona, volvía, me quedaba de pie en algún sitio medio escondida viendo a la gente entrar y salir, me daba otra vuelta… Así todas las semanas. Y nunca me atrevía. Me conocía la calle de memoria, los bajos, los patios…

—¿Y al final te hiciste el ánimo?

—Pues sí. Bueno. Un día me prometí a mi misma que si no entraba esa noche no volvería más. A las diez ya estaba en la acera de enfrente, y no me moví de allí hasta las once y media. Me fui hacia la calle de El Mar y en el primer sitio que vi me hice un cubata, después me hice otro en el bar que hay aquí al lado y en

cuanto salí fui directa al timbre.

—Jo.

En ese momento oyeron cerrarse la puerta y levantaron la vista.

—Mira, esta que entra es Nuria —le hizo saber Llum a la vez que levantaba el brazo.

—Ah, sí.

Nuria, con jersey crema de ochos y cuello alto, se les acercaba pausadamente con el anorak en el brazo. Cómo le gustaba. Se quedó de pie frente a las dos y metió la mano libre en el bolsillo del pantalón:

—Qué tal.

Ella soltó un hola pobre y al mismo tiempo comenzó a notar el bombeo de la sangre.

—Esta es Vera. —Llum la presentó señalándola con el pulgar, como si hiciese autostop.

—Estabas aquí la semana pasada, ¿no? —Y sin esperar la contestación, Nuria dirigió la mirada hacia la camarera que acudía.

—¿Vodka con limón?

—Sí, gracias.

El pelo de Nuria, encrespado, le daba volumen a la melena. Se lo habría lavado esa misma tarde. Imaginó su olor.

En cuanto el combinado de vodka estuvo listo, Nuria lo capturó y se separó de ellas:

—Hasta luego. Me voy hacia adentro.

La siguieron con la mirada hasta que se sentó junto a otras chicas. Sintió cómo su expresión perdía en segundos la viveza de la excitación. Había pensado que Nuria se quedaba con ellas. Miró a Llum, parecía no haberse enterado de nada.

—Tiene novia, ¿sabes?

—¿Quién? —preguntó Vera sin apartar la vista del grupo.

—Nuria. —Contestó con un implícito ¿quién va a ser?

Se fijó en cada una de las tres chicas que hablaban con Nuria:

—¿Y tú la conoces? ¿Está ahí?

—Sí a la primera pregunta, no a la segunda.

—Qué raro ¿no? —Y comenzó a repasarse una uña con los

dientes—. ¿No van juntas?

—Sí, a veces vienen las dos. Comparten piso y todo. Pero van de independientes.

—Ah.

6 de marzo de 1975, jueves

Llevaba más de una hora con el maldito vaso de tónica y la mirada fija en la puerta. Estaba sentada en una mesa de mármol redonda y diminuta de La Seu. Había salido del taller antes de lo habitual y en un tiempo record se había plantado allí. Era el tercer día consecutivo que consumía en aquel bar las últimas horas de la tarde.

Seguro que hoy tampoco viene, pensó Vera.

El sábado anterior había acudido por tercera vez a Carnaby. Nada más entrar había vislumbrado agitarse la mano de Llum desde el fondo. Estaba con una chica de pelo largo y lacio que no había visto antes. Se acercó y Llum le ofreció un silloncito junto a ellas.

—Luisa, esta es Vera.

Se parecía a María del Mar Bonet; y con el mismo estilo un poco *hippie*. Nada más sentarse hizo un recorrido con la vista por todo el local, estaba ya muy animado.

—Oye, ¿y tú no vienes los viernes o qué? —Llum reclamó su atención.

—Pensaba venir ayer —contestó volviendo a ellas—, pero al final me fui con una amiga al cine. —Había quedado con Gerda, quería contarle lo de Carnaby y hablarle de la gente y de todo lo que había visto.

Estuvieron un buen rato conversando las tres y hasta bailaron un par de canciones sueltas. Cuando ya no cabía un alfiler apareció Nuria. Vio que se les acercaba. Bajó los ojos hasta un rodal viejo de la mesita. ¿Dónde se meterá hasta estas horas?

—Qué tal —soltó al llegar.

—Bien —contestaron casi al unísono las tres.

Nuria miró alrededor, cogió el taburete libre de la mesa de al lado y se sentó cerrando el círculo:

—Cuánto tiempo sin verte, ¿no? —La pregunta era para Luisa.

—He tenido problemas en casa.

Se hizo un silencio que llenó Bob Marley. La canción terminó al minuto y Nuria reanudó la charla:

—Anoche tuve una pesadilla. No me la he quitado de la cabeza en todo el día.

—Cuéntalo. —Con el índice arriba y el pulgar debajo de uno de los cristales Llum se acoplaba las gafas—. Me gusta hablar de sueños.

Vera se arrimó un poco más a la mesita y se apoyó en el brazo del sillón.

—Venga, cuenta —insistió Llum.

—De verdad, qué mal. Me acuerdo de todo. Es que parecía real. —Cogió el vaso que acababa de dejarle el camarero y lo movió haciendo tintinear los hielos—. Estábamos mi hermana y yo en el terrado de mi casa. Llovía un poco y ella empezó a hacer el tonto sobre la barandilla, que está chapada. La barandilla es así de verdad, es bastante ancha y esta toda recubierta de azulejos brillantes. Y mi hermana riéndose y dando pasos de *ballet* por el borde. Yo veía que se podía resbalar, todo mojado que estaba… Y le decía: ¡baja!, ¡baja! Pero de repente se me fue la voz, quería gritarle y no podía. Me acerqué a la barandilla y miré hacía abajo. Si se caía no podría sujetarse con nada, no había ni cornisas, ni toldos, ni tendederos, nada. La fachada bajaba en picado hasta el suelo, y la altura de mi finca es de siete pisos. —Volvió a mover el vaso antes de dar un trago, luego continuó—. Me dio tanto vértigo asomarme que, del susto, me eché para atrás enseguida. Mi hermana…

—¿Es la pequeña? —le interrumpió Luisa.

—Sí. La que vive conmigo. Pues… ella seguía jugándosela cada vez más y me miraba como si se burlara de mí. Intenté chillar, pero nada, no me salía. Qué angustia. Se podía caer, y yo sin poder gritar.

—Se mordió el labio y bajó los párpados—. El caso es que no sé por qué no intentaba cogerla. Claro, al final pierde el equilibrio, porque ya me contarás con los azulejos mojados… Entonces se tambalea y cae al vacío. En ese momento siento pánico, como si se hubiese caído de verdad. Me acerco corriendo con la sensación de que aún la puedo coger, pero me viene justo para ver como se estampa contra la acera.

Las tres habían escuchado toda la historia sin pestañear.

—¡Qué bien lo cuentas! —exclamó Llum sin dejar de mirarla y sin moverse un ápice—. Parece una película.

—Ya, menuda película.

—¿Y luego? —intervino ella por primera vez—. ¿Pasa algo más?

—Claro. Entonces yo bajo corriendo por la escalera, no espero al ascensor ni nada. Llego enseguida, pero no me atrevo a acercarme a ella. No hay nadie por la calle. Solo su cuerpo contra el cemento, y ni una gota de sangre por ningún sitio. Me impresiona verla allí. La miro y me da mucha pena, mucha. Y empiezo a sentir una opresión en el pecho. De verdad, me daba tanta pena como si lo estuviese viviendo. Menudo sueño.

—A mi me parece un sueño de libro —apuntó Vera—. Si tú sueñas que tu hermana se muere es porque en algún momento te ha molestado. —Pierde la vista un instante en la pista de baile y enseguida la retorna a Nuria—. No es que quieras que se muera exactamente, es una forma simbólica de quitártela de encima. A lo mejor has reñido con ella, o le has tenido celos alguna vez, o te ha hecho una faena. No sé, que en algún momento te hubiese gustado que desapareciera del mapa. —Le echa una ojeada a Llum de soslayo y después añade—: Incluso puede ser que lo tuvieses en el inconsciente desde hace años, y te sale cuando menos te lo esperas.

Nuria, Llum y Luisa la escuchaban sin pestañear. Le subió de sopetón un calor hasta la cara, menos mal que había poca luz.

—Vale. Pero no creo. En este caso no debe de ser así porque me daba mucha lástima que se hubiese muerto. Me dolía mucho verla allí… mucho.

—Pero precisamente es lo contrario —dejó caer Vera.

En la pista bailaban, saltaban y coreaban a Georgie Dann a voz en grito.

—¿Qué dices, qué? —Llum se acercó a Vera sin despegar el trasero del asiento—. Collíns, aquí no se puede ni hablar.

—Han subido el volumen —apostilló Luisa.

Las tres cabezas se le aproximaron.

—Iba a decir que el dolor que se siente por la muerte de alguien en un sueño es directamente proporcional al sentimiento de culpa que se tiene.

Nuria le clavaba los ojos muy abiertos mientras la mandíbula laxa dejaba su boca entreabierta. Le pareció ver en su expresión… Admiración. Sí, la escuchaba con admiración. Me está descubriendo. A mí. Seguro que pensaba que era medio lela. Y ahora me descubre. Eso. No había más que verle la cara. Respiró hondo y le hincó una mirada directa:

—Tú misma acabas de decir que cómo ibas a desear en ese sueño la muerte de tu hermana con lo que te dolía —prosiguió con más soltura—. ¿Te das cuenta de lo bien que te has engañado?

—Bueno, ¿y por qué tiene que ser un engaño? ¿Por qué no puede ser un sueño en el que se mata mi hermana y a mí me duele? A ver.

—Pues te lo voy a decir. —Nuria permanecía inmóvil con los ojos estampados en ella. Se sintió pletórica. Dejó correr tres segundos antes de proseguir—. Sencillamente porque el sueño lo has fabricado tú. Tú has inventado la historia y tú has matado a tu hermana. Todo ha salido de tu cabeza.

Nuria siguió mirándola sin pronunciar palabra y ella pensó que a lo mejor la encontraba interesante. Dio un rápido repaso mental a su ropa, la misma que llevaba cuando la vio por primera vez: los vaqueros y el jersey azul marino, lo que mejor le estaba, todo discreto. A lo mejor ni se había dado cuenta de que iba igual.

—A mi me has convencido, Vera. —Luisa se dejó caer sobre el respaldo del silloncito.

—Y, ¿cómo sabes tanto? —soltó Llum.

—No, ha sido casualidad. La semana pasada termine de leer *La*

Interpretación de los Sueños de Freud.

Pasó los ojos por Nuria: Toma ¿Cómo te has quedado?

—¿Ah, sí? Qué interesante —opinó Nuria a dos palmos de su cara.

Vera corroboró asintiendo un par de veces con la cabeza.

—La verdad es que todo lo que dices tiene su lógica. Tendré que pensar en el tema. —Se llevó la mano detrás del cuello y lo masajeó durante unos instantes.

Llum, que estaba enfrascada en la limpieza de sus gafas, añadió:

—Yo nunca lo hubiese pensado. Pero tiene que ser así, está claro.

Más tarde le presentaron a algunas chicas y durante un buen rato estuvieron bailando en grupo. Ya era tarde cuando pidieron una segunda bebida, seguían hablando las cuatro. Hubo un momento, en medio de una conversación, en que Nuria le preguntó:

—¿Tú eres muy sensible, no?

Le pilló de improviso. Apenas consiguió contestar un creo que sí tímido.

A última hora, cuando ya salían de Carnaby, Vera se atrevió a abordarla:

—¿Vienes mucho por aquí?

—Sí, vengo casi todos los sábados.

—¿Hay más sitios donde ir? —continuó preguntándole mientras cruzaban la puerta—. Yo solo conozco esto.

—Sí, hay más sitios, pero también son de chicos. A veces vamos. De todas formas este es el mejor. —Ya en la acera colocándose el anorak añadió—: Entre semana solemos ir algún rato a La Seu, ¿sabes dónde está?

—Sí. Detrás de la plaza de La Virgen. ¿Qué vais, por la tarde?

—Sí, solemos quedar sobre las siete y media más o menos. Bueno, adiós, yo me voy hacia allá. —Y señaló el final de la calle con la cabeza. Dio media vuelta y se alejó con las manos en los bolsillos.

Vera se miró el reloj, eran las nueve y veinte. Desplazó el vaso, con 1 cm. de tónica, hasta dejarlo en el centro exacto del mármol redondo. El vaso debía tener 5 cm. de diámetro. Sacó un lápiz y un papel: $S = \pi . r^2 = 3'14.6'25 = 19'62$. Como el volumen es superficie por altura, tenemos 19'62 cm^3. de tónica. Le dio un último vistazo a la puerta, había anochecido.

De vuelta a casa siguió recordando la noche del sábado anterior. Y la pregunta de Nuria le acompañó hasta desgastarse: ¿Tú eres muy sensible, no?

18 de marzo de 1975, martes

Puede percibir en cada milímetro de sus labios la lengua que los humedece lentamente. Su boca es lo más suave y dulce que ha sentido jamás. Besos como nunca había podido imaginar. Como si el mar más dócil se la tragase. Y siente una presión delicada contra su cuerpo. Con los ojos abiertos y las manos colgando recoge todo el cúmulo de sensaciones. Escruta y desmenuza el estampado abigarrado sin dejar de experimentar el mínimo roce. Flores dieciochescas. Ribetes dorados. Hojas entrelazadas. Fondo granate aterciopelado. Simetrías que se repiten. Sombras de plata. Rosas grandes rojas, carmín, burdeos, bermellón. Un beso largo, infinito, que dura un instante.

Habían llegado a Tabú a las dos de la madrugada. Era el sitio que cerraba más tarde y fueron desde Carnaby en grupo: Llum, ella, Luisa, Nuria, su novia y una chica con la piel de porcelana y pelo oscuro que se llamaba Carmen y que le habían presentado esa misma noche. Eran un grupo de lesbianas, aún le costaba creerlo.

El local estaba repleto, el ambiente cargado y la música alta; aunque, eso sí, la iluminación era algo más generosa de lo que se

tenía por costumbre en esos sitios. Se fueron directas a la pista de baile, un rectángulo grande empotrado al final del bajo con las tres paredes que lo limitaban cubiertas por espejos. Chicos y chicas se contoneaban sin espacio. Ellas se pusieron a bailar prácticamente fuera de la pista formando un círculo apretado. Sus amigas levantaban la mano cada dos por tres saludando a unas y a otros.

De repente en la pared del fondo vio reflejada a una chica de Benimaclet, vecina de toda la vida, con la que había coincidido varios años en el colegio y con la que había jugado infinidad de veces en la calle. Me ha visto, seguro. Sabía que había apartado la mirada en el momento justo. Y sabía también que sus ojos no se cruzarían durante el resto de la noche.

—Voy a sentarme —le dijo a la oreja de Llum.

Acababa de quedarse libre un trozo de sofá y no se lo pensó, tenía los pies machacados. Los Yanko nuevos tenían más altura de lo normal.

Llum la siguió:

—Hazme un sitio. —Ya se había sentado y con el trasero empujaba el suyo—. Estoy molida.

Vera cruzó las piernas y se desplazó lo que pudo. Exhaustas, colocaron la mirada en el montón de gente triplicada por los espejos. Y cuando se vino a dar cuenta tenía la vista apalancada en la novia de Nuria. La había conocido esa noche, como a Carmen. Era bajita, con el pelo negro, rizado y corto; unos tirabuzoncitos le caían sobre la frente. Pero lo que más le llamaba la atención de ella era que no dejaba de hablar. Allí estaba, saludando a más gente que nadie con la sonrisa puesta.

Cuando Gerda le dijo, hacía dos años, que la veía introvertida, ella lo comentó en casa y a su familia no les gustó en absoluto:

—Tú eres normal —saltó su madre enseguida.

—¿Y esa palabra qué significa? —preguntó su abuela arrugando la nariz.

—¡Va! Histories de psiquiatras —contestó su padre mientras tocaba el café de la sobremesa con unas gotitas de coñac.

Sin embargo, a ella en el fondo le gustaba eso de ser introvertida.

Tenía algo de melancólico. Se sentía especial. Además, a fin de cuentas era su forma de ser.

Se giró y observó a Llum, que seguía con la vista puesta en la pista de baile.

—Oye.

—¿Qué? —Sacudió la cabeza.

—Te quería preguntar una cosa.

—Dime.

—¿Tú sabes a qué se refería Luisa cuando dijo la semana pasada que tenía problemas en su casa?

—Más o menos.

—¿Le pasa algo con su familia?

—Es que su casa es un desastre. —La vista se le fue hacia el corrito de las amigas que continuaban en la pista—. Pobreta, vivir así… A ella no le gusta mucho hablar del tema, ya lo viste.

—¿Pero qué sabéis vosotras?

—Mira, lo peor de todo es que su padre es alcohólico. Y lo típico, no trabaja, o trabaja cuando trabaja. Siempre está agresivo, maltrata mucho a su madre; creo que no le pega, pero le hace la vida imposible. Y nunca tienen un duro, claro. Todo se junta.

—Qué triste.

—Bueno, y ahora creo que su madre está enferma. —Sus ojos se clavaron en Luisa, seguía bailando—. Alguna vez nos cuenta cosas, según le pilla.

Se quedaron calladas. Vera aprovechó para observar a la gente, a los que estaban sentados y a los que estaban de pie. No conocía a nadie aparte de la chica de Benimaclet, ni siquiera dio con alguien de Carnaby. Llum se sacó el paquete de Nobel del calcetín y se encendió un cigarrillo. Después de la primera calada se giró hacia ella:

—¿Vives con tus padres?

—Sí. Aunque espero que por poco tiempo. Me gustaría irme antes del verano. Quiero alquilarme algo pequeñito por el centro. Algo que sea barato.

—Qué envidia.

—Tú también vives con tus padres, ¿no?

—Sí. Mientras esté estudiando…

Aún no se habían levantado los tres chicos de enfrente y ya estaban sentadas las cuatro amigas del grupo.

—Ufff —resopló la novia de Nuria. Se recostó en un extremo del sofá y estiró las piernas—. De aquí no me muevo.

Nuria se acopló en el otro extremo. Cómo eran. Iban de pareja liberal. Y en ese instante pensó que presumían de su tipo de relación.

—Podríamos seguir luego por la calle —propuso Carmen—. Habrá ambiente por todas partes. Y si os parece vemos alguna falla, que de día no hay quien se arrime.

—De fallas nada —saltó Nuria.

—No seas hortera, Carmen —apostilló la novia de Nuria—. Las fallas para los falleros.

A ella se le escapó una media sonrisa y en ese mismo momento se percató de que Luisa la miraba fijamente. Se le congeló la sonrisa y apartó la vista al tiempo que le invadía un sudor repentino.

Luisa se levantó, bordeó la mesita que las separaba y se dirigió hacia ella. El corazón le dio un golpe, uno.

—Ven —le musitó tendiéndole la mano.

Sintió en su espalda las miradas de las otras mientras se alejaban cogidas de la mano. Se dejó arrastrar sorteando a la gente por más de medio local hasta llegar a los lavabos. Luisa abrió la puerta de las chicas y Vera sintió la firmeza de su mano al entrar en un distribuidor amplio de paredes rojas estampadas con flores clásicas. Sin darle tiempo a reaccionar se encontró pegada a la pared con el cuerpo de Luisa presionando levemente el suyo. No cerró los ojos ni movió las manos, que le colgaban inertes.

6
LA VETA SALMÓN

5 de agosto de 1967, sábado

—Yo no hubiese tenido hijos. Porque Elena se empeñó… Tenemos a Vera y nos sobra una. —Matteo añade un chorrito de Soberano al café y enrosca el tapón de la botella—. Los hijos nacen y ya se están aprovechando de los padres. Mejor les hubiese ido al pare y la mare si no nos hubiesen tenido ni a ti —y señala con la barbilla a la chica rubia que tiene enfrente— ni a mí. Menos sufrimientos y menos problemas. Y menos hambre —concluye levantando la voz.

Vera, desde la cocina, sentada en una silla baja de anea con una sandalia en la mano, asiente una y otra vez con la cabeza.

—No seas bruto, Matteo —interviene su hermana—. ¿Cómo puedes decir esas cosas? —Alcanza la botella de Fonter y se sirve—. Tampoco puedes estar pensando siempre en el pasado. Esta época no es la misma que cuando tú y yo éramos pequeños, las cosas han cambiado mucho. —Se abalanza sobre la mesa—: Y ten cuidado, por favor, que te puede oír tu hija —apostilla en voz baja.

La esponja del Kanfor tiñe por segunda vez la sandalia consiguiendo un blanco uniforme.

—No, no, no se trata de épocas. Los hijos se aprovechan siempre, no hacen más que chupar, lo ves en el vecino de arriba y en el de enfrente. —Le da un sorbo al carajillo—. Yo me pongo malo cuando veo que llevan al chiquillo a un colegio de pago y luego no tiene para comer.

—Pero eso no es culpa del chiquillo.

Suena el timbre de la puerta y los hermanos interrumpen la conversación.

—¡Voy yo! —grita Vera. Sale disparada desde la cocina,

atraviesa el comedor y desliza el pestillo antes de que su abuela, desde la salita, acabe de levantarse.

Enmarcadas por la puerta aparecen tres niñas pegadas.

—¿Ya estás lista? —le pregunta la más alta y robusta, lleva el pelo cardado y tiene los pechos grandes.

—Hemos quedado con los chicos a las cuatro en el apeadero —le informa la delgadita de piernas como palillos.

La chiquilla con coletas que está junto a ella, más joven y de menor estatura, pisa el recibidor y pasea sus ojos avispados por el interior de la casa.

—¿Qué miras? —La de su lado le da una palmada en el brazo—. Como te portes mal se lo digo a la mamá.

Vera se da la vuelta dejando la puerta abierta:

—Enseguida salgo.

—Date prisa —le ordena la del pelo cardado—, que son menos cinco. A ver si no nos esperan.

Vera vuelve a cruzarse la casa a toda prisa hasta llegar a la cocina. Su madre coloca el plato que acaba de secar sobre los que tiene apilados.

—Mamá, me voy, que han venido Lola y Mariví a buscarme. ¿Me das quince pesetas? A lo mejor vamos al cine. —Agacha la cabeza y le da un vistazo a las sandalias.

—Cógelas del monedero. Está en mi habitación. A ver… —Elena mira a su hija—. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? —Le echa mano a las sienes y le va ahuecando el pelo hasta cubrirle parte de las orejas—. Así te queda mucho mejor.

—¿A que se me deshace la cola? ¡Ya, ya! —Se zafa de las manos de su madre y sale disparada.

—Pásate un día a vernos, ¿vale? —la hermana de Matteo sigue con la vista a su sobrina, que cruza el comedor como un relámpago —, que la yaya se alegrará mucho.

La niña de los pechos grandes y la de las piernas como palillos caminan por el centro de la calle tan deprisa que sus zapatos apenas

rozan el suelo. Vera y la pequeña de los ojos avispados las siguen a unos seis metros de distancia apretando el paso de vez en cuando.

—¡Venga! Daos prisa, que llegamos tarde —grita la más alta girándose.

—Qué pesada es Lola —murmura la pequeña.

Llegan a la esquina del apeadero del trenet las cuatro juntas. Dos chicos están apalancados sobre un lateral de la caseta con la pierna doblada y la suela del zapato pegada a la pared.

—¡Ahí están! —exclama Lola en voz baja.

Los muchachos se yerguen y comienzan a caminar hacia ellas. La niña delgadita levanta la mano y la agita con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Hola! —suelta Lola en cuanto los tienen al lado—. Os presento a Vera, es de nuestra pandilla.

El del pelo claro, le tiende la mano apuntando una reverencia:

—Encantado.

—Hola —El moreno levanta las comisuras de sus labios.

—¿Lleváis mucho rato? —irrumpe Lola. La pequeña se pone en el medio y se aparta las coletas—. ¡Ah! Esta es la hermana de Mariví, la carabina. —Y le da una palmadita en el hombro.

Los muchachos le muestran una sonrisa y ella aprieta la boca camuflando la suya.

—Bueno, ¿dónde os apetece que vayamos? —prosigue Lola.

—No sé, nos da lo mismo —contesta el rubio—. Lo que vosotras queráis. —Y lleva sus ojos a Lola.

—Pues a mí me gustaría ir al cine, ¿vamos al Alameda?

—¿Qué pelis hacen? —pregunta Vera.

La niña grandota le recrimina con la mirada:

—Eso es lo de menos. ¿Os apetece o qué? Si queréis votamos.

—No hace falta —interviene el chico de nuevo—. Me parece buena idea. Por mí, vamos.

—Vale —agrega Mariví—. Vámonos, rapidín, que me parece que la sesión empieza a las cuatro y media.

La acera es estrecha y caminan por parejas. Mariví va delante con el rubio, les sigue el moreno con la carabina, Vera y Lola van

detrás.

—¿Te gustan? —le susurra Lola a Vera—. ¿Cuál te parece más guapo?

—No sé, están bien.

—Están buenísimos. Qué suerte. Y se han vestido a conciencia. El otro día en los Viveros no iban tan arreglados. —La mira de reojo—. Me parece que César te ha hecho tilín.

—¿Quién es César? No me has dicho los nombres.

—El moreno.

—Bueno, me gusta como va vestido, le queda muy bien el niqui granate.

—Pues a mí me chifla la cazadora del otro. Está para comérselo.

—Menudo calor con cazadora en agosto. Va a sudar la gota gorda.

—Mira que eres aguafiestas.

Lola y Vera llegan a la avenida y se paran, dos coches pasan embalados. El resto del grupo espera al otro lado de la calle. Cuando las dos amigas alcanzan la otra acera Lola se pega al de la cazadora y se lo lleva hacia adelante entre cuchicheos. Vera, César, Mariví y la carabina les siguen todos en línea.

Desde la taquilla del cine fluye una cola larguísima de adolescentes que esperan para sacar las entradas. Los seis se posicionan enseguida.

—A ver si cuando nos toque no quedan entradas —dice la carabina.

—¡Cállate! —le espeta su hermana dándole un empujón.

El rubio y Lola siguen juntos mientras hacen la cola. Los otros cuatro no les quitan ojo. El muchacho saca una pitillera plateada del bolsillo de la cazadora, la abre y se la acerca a Lola:

—¿Quieres?

Ella coge un cigarrillo y se lo coloca entre los labios. Él coge otro, cierra la pitillera, golpea tres veces la tapa con la punta del cigarrillo y se lo lleva a la boca; acto seguido saca un mechero dorado, lo enciende y se lo acerca a Lola, la cual clava los ojos en el chico. La hermana de Mariví los mira con la boca abierta.

Arriba de la taquilla dos carteles anuncian las películas del fin de semana: *Los Chicos con las Chicas* y *Sola en la oscuridad*. Vera levanta la cabeza y se queda mirando fijamente el retrato de Audrey Hepburn.

Entran en el cine con la película empezada. Toda la sala canta con los Bravos. El aposentador los guía hasta la segunda fila. El rubio le da una propina. Vera y César son los últimos en sentarse.

Al cabo de media hora, César está tan cerca de Vera que los brazos y las rodillas se tocan. Sus manos, separadas por dos centímetros, permanecen inmóviles. El chico gira la cabeza y observa el perfil de Vera; ella continua con la mirada en la pantalla durante cuatro segundos más, luego se vuelve hacia él un instante con los ojos nerviosos y una sonrisa apagada.

A la salida del cine Vera y César marchan por delante:

—Podríamos quedar mañana en los Viveros —propone él. Y con la vista al frente señala con el pulgar a los que les siguen—. ¿Se lo decimos a estos?

Anochece cuando Lola y Vera vuelven juntas a sus casas. Van a paso ligero.

—Me lo he pasado genial —suelta Lola—. ¿Y tú?

—Bien. Las pelis eran muy chulas, sobre todo la segunda.

—Menudo suspense con la ciega. Que nervios. —Y se acerca a su amiga—. ¿Sabes una cosa?

—Qué.

—Me encanta Miguel. Y me parece que le gusto.

De repente, Lola se para en seco y se gira hacia Vera. Le pone la vista encima y se estira frunciendo el ceño:

—Oye, ¿tú no serás de la acera de enfrente, verdad?

Vera mira a su derecha y clava los ojos en la otra acera. Se encoje de hombros.

24 de octubre de 1967, martes

Susana cruza a toda prisa el vestíbulo de la Escuela y alcanza el portalón. Desde la parte alta de la escalera Vera la sigue con la mirada mientras baja pausadamente. De repente se aferra con fuerza el pasamanos y se queda clavada a seis peldaños del final. Un chico con las manos en los bolsillos, iluminado por el sol, sonríe a Susana desde la acera. Lleva chaqueta de pana y el pelo le cubre las orejas. Susana se le acerca y se dan un beso rápido en los labios. Se alejan. Vera se despega de la barandilla, sale disparada del edificio y recorre la calle con la mirada. Susana y su novio caminan cogidos por la cintura. Van muy pegados por la acera, en la que solo cabe una persona. Él inclina la cabeza y roza la de ella. De vez en cuando le da un apretón y se la acerca. Con el brazo libre sujeta un par de libros. Vera va tras los pasos de la pareja, siempre a la misma distancia.

Cinco horas antes coinciden los tres a primera hora llegando a la Escuela. Susana y su novio, muy juntos, se ajustan al tamaño de la acera. Vera, que anda por la calzada al lado de ellos, se sube al bordillo para dejar pasar a un coche y anda por delante durante unos metros, se vuelve a bajar y se pone de nuevo junto a ellos, pasa otro coche y esta vez se sitúa detrás. Llegan a la entrada, Vera camina por el asfalto al lado de Susana y su novio.

La pareja dobla la calle. Vera acelera el paso, tropieza con la tapa de una alcantarilla y se cae, se levanta al instante y mira a su alrededor. Empieza a sudar, se quita la chaqueta de lana y la guarda en la cartera. Susana y su novio se dirigen hacia el puente de Serranos. Vera se queda plantada junto a las Torres sin quitarles la vista de encima. Luego gira a su derecha y da tres pasos con la mirada puesta en el puente de madera, se para, arrastra los ojos hacia el de Serranos y sigue quieta hasta que los novios empiezan a cruzar

el río.

Rápidamente cruza la calle y se acerca hasta la baranda de piedra que limita el cauce. Agazapada, observa como se alejan abrazados. Vera permanece inmóvil hasta que las figuras muy pequeñas desaparecen en la lejanía.

8 de enero de 1968, lunes

Susana y Vera salen de la clase de modelado entre el resto de alumnos.

—Qué poca gente ha venido hoy —comenta Vera cruzándose la cartera.

—Sí, deben de pensar que aún no se han acabado las vacaciones. —Susana se ajusta el cinturón del abrigo. Se estremece—. Uf, qué frío. —Se acerca los puños cerrados a la boca y les echa el aliento, primero a uno y luego al otro—. Oye, ¿quieres que vayamos a almorzar al río? Mira qué buen día hace. —Y con los ojos señala la calle.

—Vale. —Vera apunta una sonrisa.

En cinco minutos se plantan en la rampa que baja al cauce. El sol es espléndido. Se acercan hasta el río. El caudal es escaso. Sacan los bocadillos, Susana da el primer mordisco y se tapa la boca con la palma de la mano:

—Se me han pasado las navidades volando, ¿a ti no?

Vera se encoge de hombros y levanta las cejas.

—¿Qué te han dejado los Reyes? —Traga y prosigue—. A mí me han comprado unos mocasines que me hacían mucha ilusión; y de sorpresa… un tocadiscos estéreo. En principio también es para mi hermano, pero bueno, lo hemos instalado en mi cuarto. Se oye de maravilla.

—A mí me han dejado un libro sobre las Civilizaciones Desaparecidas. Como mis padres saben que me gusta la Historia…

Es grande y tiene muchas fotos. Me lo escondieron y lo tuve que buscar.

—¿Y dónde estaba?

—En el armario de ellos. Lo encontré enseguida. —Le da un vistazo a su bocadillo—. ¡Ah! Y una bufanda.

—Mi novio, como sabía lo del tocadiscos, me ha regalado un LP de los Bee Gees.

Vera destapa su almuerzo. Susana se agacha y coge de la orilla una piedra pequeña, redonda y plana:

—Mira, ahora verás. —Estira el brazo hacia atrás y la lanza al río de tal forma que roza tres veces el agua.

Vera escarba entre los guijarros y se hace con dos piedras planas. Dobla una pierna, se apoya en ella y estira el otro brazo hacia atrás.

—Pareces el discóbolo de Mirón —suelta Susana.

Vera levanta una de las comisuras de sus labios. A continuación rasga el aire con un rápido movimiento horizontal del brazo y lanza la piedra a ras del agua. La china da cuatro botes. Tira la segunda y, ante los ojos muy abiertos de las dos, acaricia el agua cinco veces antes de desaparecer. Los abrigos descansan en el suelo y, sobre ellos, los bocadillos a medio comer. Mientras, las niñas en cuclillas, remueven los cantos rodados de la orilla. Vera coge uno blanco ahuevado con una veta salmón en el centro, se lo guarda. Se agachan una y otra vez y rien acaloradas, cada una espera su turno con la piedra retenida entre el pulgar y el índice.

Susana mira su reloj:

—¡Son menos cinco! —Coge el bocadillo y levanta su abrigo—. Corre, vamos.

Llegan en punto a la clase de artístico. Vera se sienta en el caballete de dibujo, abre su libreta por la última página y rellena completo el cuadradito correspondiente con esmero. Luego introduce la mano en el bolsillo de la falda y acaricia la piedra pulida.

7
EL PUNZÓN ERGUIDO

6 de junio de 1975, viernes

—¿Qué es eso? —Llum apretó con fuerza la muñeca de Vera.

Una luz pegada a la ventanilla del coche las sobresaltó.

Ellas y Carmen estaban sentadas en la parte posterior del Simca 1000. En el momento en que quedaron iluminadas, Gloria y su novia se estaban besando en la parte de delante. A la ráfaga de luz siguieron unos golpes fuertes sobre el mismo cristal. Vislumbraron un puño potente. Tanto las de delante como las de detrás se acurrucaron y como una piña se desplazaron hacia el lado opuesto a la agresión. Ella, apretujada contra la ventana, desempañó un trozo de cristal y pudo ver la silueta oscura de un uniforme contra el reflejo de la luna en el agua.

¡Joder!

—¡Son Guardias Civiles!

Gloria echó mano al radiocasete y lo apago *ipso facto*.

Habían salido de Carnaby a las dos y después de dar una vuelta por la Plaza de la Virgen y tomar una copa en El Negrito decidieron ir a la Malvarrosa en el coche para ver amanecer.

Estaban muy cerca de la orilla, a unos cuatro metros del agua. La arena mojada no nos dará problemas a la hora de salir, había dicho Gloria. Vera dio un vistazo al exterior y se percató de que la playa estaba muy solitaria. Solo divisó otro coche a lo lejos. Aquello pintaba mal.

La puerta del conductor se abrió. El murmullo del mar se coló en el interior del coche. La linterna seguía encendida, pero ya no les apuntaba y pudieron ver claramente a la pareja.

—Baja. —Espetó uno de ellos.

Así, sin más, ni por favor ni nada, pensó. Su yaya siempre decía

que la mayoría de los Guardias Civiles era pobre gente de las zonas más deprimidas de España que se enrolaban en el Cuerpo porque no tenían ni para comer. Lo malo era que el poder se les subía a la cabeza, y como no tenían cultura ni educación…

La conductora salió despacio y en cuanto hubo pisado la arena cayeron sobre ella nuevas órdenes:

—¡Documentación! ¡Venga! El carné de identidad, el de conducir y la documentación del coche. Y vosotras… —gritó acercando la cabeza al interior—, los carnés de identidad. ¡Todas!

Gloria, encorvada, buscó un hueco en la puerta:

—¿Me pasas una carpetita verde de la guantera? —Aún no la había acabado de pedir y su novia ya estaba soltándola en su mano.

—¿De quién es el coche? —Prosiguió el guardia civil mientras hojeaba los papeles—. De tu padre, ¿no? Pues ahora mismo vamos a llamarlo. —Se subió los pantalones estirando del cinturón—. ¡A ver, el número!

—¡Pero mis padres estarán durmiendo! —soltó Gloria—. Se van a asustar.

—¿Has oído hablar de la Ley de Escándalo Público?

Hasta ahí pudieron oír. El otro Guardia Civil cerró la puerta de un manotazo y se hizo el silencio. Ni siquiera se atrevían a respirar. Se hubiese oído caer un alfiler sobre la alfombrilla de goma. Miró a sus amigas de refilón, en menudo fregado se habían metido.

La pareja de la Benemérita condujo a Gloria hacia la parte de atrás dejando un buen trozo de distancia hasta el coche. Las documentaciones se quedaron sobre el techo del Simca. Las cuatro se dieron rápidamente la vuelta con las rodillas sobre los asientos.

—¿Y cómo piensan llamar por teléfono? —preguntó Carmen—. Por aquí no hay ninguna cabina.

—Con la radio, supongo —le contestó Llum—. O igual llaman desde la comisaría. No sé.

Vera tenía los ojos puestos en Gloria. Allí estaba ella aguantando mecha entre los dos guardias. Era corpulenta y tan alta como ellos. Tenía el pelo oscuro y lo llevaba corto. El cinturón ancho de siempre le quedaba bien. La verdad era que a esa distancia

y en medio de la noche bien podría pasar por un chico. Había salido en mangas de camisa y se protegía los brazos con las manos. A esas horas el frío húmedo debía calar lo suyo. El Guardia que apenas hablaba se mesaba el bigote negro. Le resultó repulsivo. Y el que llevaba la voz cantante no dejaba se subirse el pantalón, ahora con las dos manos, aunque se le atascaba bajo la barriga de seboso. Menudas ingenuas, cómo las habían pillado. Pardillas.

—¿Cuánto rato llevarán? —preguntó débilmente la novia de la que estaba fuera.

Ella se dio la vuelta y la miró. Era menudita y clara de pelo y piel. Su físico y su voz encajaban a la perfección.

—No sé —contestó—. ¿Nadie ha mirado el reloj?

—¡Qué vienen! —gritó Carmen por lo bajo a la vez que se daba la vuelta y se sentaba.

Llum se sentó también, bajó la cabeza y se tapó la cara con las manos.

Ella notó que le subían las pulsaciones y que le corría la sangre por el cuerpo entero. Pero sabía aguantar el tipo, nunca había sido una melindrosa. Se llevó la uña del pulgar a los dientes. Como les dé por llamar a los padres de todas… O nos lleven a la policía… Ahora que me estaba haciendo el ánimo de contarles a mis padres que me gustan las chicas… Vaya manera más infame de enterarse. No lo quiero ni pensar. Tiró de un repelo junto a la uña y le escoció como un demonio.

Gloria recogió la carpeta de las documentaciones y se metió a toda prisa en el coche.

—Nos vamos. —Mientras cerraba la puerta, con la otra mano le daba la vuelta a la llave del arranque.

—¿Qué ha pasado? —Su novia fue la primera en preguntar—. No han llamado, ¿verdad?

—Espera —masculló mientras maniobraba—. Ahora os lo cuento.

Los Guardia Civiles se alejaban por la orilla siguiendo supuestamente con su ronda.

A los cinco minutos cogían la Avenida del Puerto y Gloria

metió el coche en el primer hueco libre que vio:

—Qué trago. —Se giró—. Nunca me lo había pasado tan mal.

Las cuatro miradas expectantes se posaron en ella.

—¿Pero qué te han dicho? —le preguntó Carmen—. Estás blanca como la pared.

—Es verdad, estás lívida —corroboró Llum.

—Bueno, han empezado diciéndome que nos podían llevar al cuartelillo a todas, a pasar allí la noche, encerradas. Que se podían quedar con nuestros carnés y llamar mañana a nuestros padres para que viniesen a recogernos. También han hablado de multas. —Se sacó un pañuelo del pantalón y se secó la frente—. Dame la chaqueta —le mandó a su novia—, me ha entrado frío. Luego estuvieron un rato que si llamaban por teléfono a mi casa o que si no. Han conseguido que me pusiese nerviosa, de verdad. Al final, no sé si lo habéis visto, el chulo ese de mierda va y me pone la mano en el hombro, y me dice…

—Yo sí que lo he visto —le cortó la vocecita de su novia.

Gloria le cogió la mano y prosiguió:

—Y me dice el sinvergüenza, me dice: Pero esto tiene fácil arreglo. Nos vamos los tres allí detrás de la tapia y tú te dejas hacer. Te dejas que este y yo te metamos mano por donde nos rote. ¿Lo has entendido?, me decía. —Volvió a secarse la frente.

—Qué hijos de puta —apuntó Llum.

—Aún no me lo puedo creer. Os lo estoy contando tal y como ha sido, con las mismas palabras. Y lo decía en serio, el hijo de su madre. Quería que me fuese con ellos. ¡Venga, vamos, vamos!, me decía. Me mandaba aprovechándose del uniforme. Y el otro, el que no habría la boca, todo el rato tocándose el paquete. Con una mano dale que te pego al bigote y con la otra en el asunto. ¡Qué asco! No me lo he pasado peor en mi vida.

Apretó las muelas fuerte, con rabia. Menudo trago. Canallas mal nacidos. Con esa pinta de estar meneándosela todo el día. Nos lo teníamos que haber imaginado. La pobre Gloria sola con esos miserables. Deberíamos de haber salido todas. Aflojó la mandíbula. ¿Pero qué estaba diciendo? ¿De qué se iban a imaginar ellas una cosa

así? Les faltaba mundología por un tubo. Elucubraciones todo. Y ahora estarían de camino al cuartelillo.

—Y ¿qué les has dicho? —preguntó Carmen.

—Pues, no sé como, pero me he armado de valor y les he dicho que si no nos dejaban en paz la que les iba a denunciar era yo. Que me daba igual que me creyeran o no, pero que desde luego los denunciaba. Y mira por donde eso les ha cortado en seco. Empezaron a recoger velas y a decir que ojito con lo que contábamos, que a fin de cuentas tenían nuestros nombres y habíamos inflingido la ley por Escándalo Público.

Vera permanecía enganchada al brillo intenso de los ojos negros que tenía enfrente. Vale muchísimo, se dijo.

El Simca arrancó y abandonó la acera. Vera se asomó a la ventanilla. Aparecían las primeras luces.

19 de julio de 1975, sábado

Con los codos hincados sobre el mostrador verde y la barbilla apoyada en las cuencas de las manos, Vera contemplaba absorta como una chica de la otra punta de la barra se acariciaba las mejillas una y otra vez con la palma de la mano extendida. Cualquiera hubiese dicho que disfrutaba rozando los pelos incipientes de una barba. Llevaba así un buen rato, entre trago y trago, con la mirada ausente. ¿Sería un acto involuntario? En ese momento una voz a su espalda interrumpió sus cavilaciones:

—¿Me acompañas afuera?

Se giró. Era la novia de Nuria. Maldita la gracia. Lo que le apetecía a ella salir a la calle y nada… Menos mal que aún no le había pedido nada al camarero.

—Bien. —Se bajó del taburete y la siguió hasta la puerta.

—¿Ya os vais? —La chica que cuidaba la entrada era la misma que estaba allí cuando llegó por primera vez.

—No —contestó la novia de Nuria con una sonrisa—, volvemos enseguida.

Y en cuanto pisó la calle comenzó a andar rápido dejándola a ella detrás:

—Vamos, corre, date prisa.

—¿Dónde vamos? —quiso saber mientras intentaba alcanzarla.

—A la plaza de Tetuán. Quiero coger unas flores.

¿No te digo lo que hay?

La plaza de Tetuán debía de estar a unos ciento cincuenta metros de Carnaby. Llegaron en un tiempo record y se dirigieron a una isleta de césped donde en uno de los bordes había una rosaleda insólita y diminuta.

—¿Llevas alguna navajita o algo? Preguntó la novia de Nuria según se agachaba.

—No.

—Pues déjame un pañuelo. Esto está lleno de espinas.

Vera se sacó uno del bolsillo del vaquero y se lo alcanzó. Luego dio un vistazo alrededor. ¿Cómo se atrevía a coger rosas de allí? Si todo el mundo hiciese lo mismo no habría flores en ningún sitio.

—¿Para qué las quieres? —se atrevió a preguntarle.

—Se las quiero regalar a la amiga de Carmen. Me gusta mucho. Hace tiempo que no venía por Carnaby.

—¿Cómo se llama?

—Montse.

—Ah, ya, es la de la falda a flores, ¿no?

—Sí. Es una mujer muy guapa, ¿no te parece? —Y la miró como si quisiera adivinar el efecto que producían sus palabras en ella.

Será gilipollas.

Al llegar a la puerta de Carnaby las tres rosas ya estaban perfectamente entrelazadas, listas para entregarlas como un ramillete.

—Espera, Vera, ven un momento. —La cogió del brazo y cruzaron a la acera de enfrente, una acera estrechísima como todas las del barrio.

Vera se quedó de espaldas a la pared y la novia de Nuria se le

colocó delante, muy cerca. Era más baja que ella pero levantó la barbilla y su cuerpo se tensó.

—A ti te gusta Nuria, ¿verdad?

Se sintió acorralada y desvió la vista al tiempo que se tiraba hacia atrás empujando la pared con fuerza.

—Quería que supieras que por mí no hay problema. Sabes que somos una pareja abierta, ¿no? Ni yo soy de ella ni ella es mía. Somos pareja, o amantes, como quieras llamarlo, pero cada una es libre de hacer lo que quiera. ¿Lo entiendes?

Se le acercó un poco más. Un rizo negro le cayó sobre la frente y le clavó una mirada de la que no pudo huir. Redobló sus fuerzas y siguió presionando la fachada desconchada como si aquello se pudiese mover. Por un instante pensó en la espalda de su camisa azul marino.

—Mira, te voy a contar una cosa. —Seguía taladrándole con los ojos, y cada vez la sentía más cerca—. Yo me acuesto… mejor dicho, hago el amor con la hermana de Nuria.

Mientras le hablaba se sintió observada hasta las entrañas. Pero de repente se relajó: La novia de Nuria había querido impresionarla.

—Ahora ya tienes claro cual es nuestra filosofía de vida —añadió sin aflojar la guardia.

¿Con quién se creía que estaba hablando? ¿Con una pobre chica ignorante, o con una pánfila de ir a misa? No le había impresionado en absoluto, en absoluto. Qué ridícula. Estaba haciendo el ridículo.

—Hace más de un año que vivimos las tres juntas, ¿lo sabías?

—Sí.

Cómo se podía ser tan creída, tan pedante.

Por fin, la novia de Nuria se separó de ella y bajó de la acera. Su expresión cambió al instante. Apareció su sonrisa, levantó el ramillete y con un aire gracioso y dinámico se dirigió hacia el timbre. Toda su persona estaba diciendo ya: aquí te traigo estas flores.

5 de septiembre de 1975, viernes

—¿Cómo te va en el trabajo, Carmen? ¿Estás mejor?

—Sí —contestó sin mucha convicción—. Por lo menos ya me han apuntado a la seguridad social.

Carmen trabajaba en una fábrica de cartón a las afueras de Chirivella, una nave destartalada donde hacía mucho frío en invierno, según ella.

—Pero si encontrara otra cosa me largaría de allí —añadió—, te lo aseguro. Le tengo una manía al jefe… Imagínate, ahora ha despedido a una chica porque se ha casado, llevaba dos años trabajando, ¿tú crees? Me dice a mí: esa, el mes que viene, preñada. Las mujeres sois como las vacas, enseguida a parir, a parir. Y luego los hijos siempre están enfermos. Está obsesionado con eso. Dice que los hijos son como quistes.

—Vaya elemento. Qué bestia.

Vera se acordó de su padre. Él no empleaba la palabra quiste, le gustaba más parásito y siempre, después de utilizarla, explicaba su significado: organismo que vive a costa de otro ser vivo. También le gustaba la palabra chupóptero; ella la buscó una vez en el diccionario y más o menos significaba lo mismo. Su padre era culto para lo que quería.

El camarero de chaqueta blanca, decadente y rozada dejó los dos tes sobre la mesa. A continuación sacó el tiquet del bolsillo y esperó a que le pagasen.

Estaban en la terraza de la cafetería Roma, en la plaza de la Virgen. Había quedado allí con Carmen a las ocho. Todavía les daba el sol donde se habían sentado, hacía calor. Levantó la cabeza con los ojos entornados:

—En diez minutos ya tendremos sombra.

Luego barrió con la mirada todas las mesas, no había ni una libre. Reconoció a gente de Carnaby y también a un par de chicos que había visto en Tabú. Según sus cuentas y especulaciones el cuarenta por cien de los que estaban en la terraza de la cafetería debían de ser homosexuales. Y habría que añadir a los gays y

lesbianas que cruzaban por allí en dirección a la Seu, que estaba en la calle de al lado. Respiró hondo y soltó el aire como un querubín barroco. Se fijó en los que pasaban por la plaza y trató de imaginarse como verían ellos a los que estaban por allí sentados. No se percatarían de nada, seguro, como le pasaba a ella antes.

Carmen llevaba un buen rato removiendo el azúcar sin apartar la vista de la taza de cristal. Los ojos de Vera se posaron en el tirante del sujetador que asomaba por el hombro de la blusa naranja. Luego, se desplazaron hacia el pecho de su amiga. La seda de la blusa era fina y traslúcida. Y en ese momento le asaltó como un *flash* la imagen de cuando se probó su primer sostén. Tenía trece años.

Habían entrado en la paquetería, una tienda pequeña y abigarrada. A pesar de que la puerta estaba abierta, el calor era asfixiante y el ambiente estaba cargado con un penetrante olor a perfumes. La dueña, como si la estuviera viendo, una mujer con el pelo ahuecado en el que debía de haber vaciado un bote de laca, las había atendido tras el mostrador de madera entre dos columnas de cajas de pijamas. Su madre le pidió que les enseñase algo que no fuese muy historiado. La mujer le observó el pecho sin reparo y al poco apareció con tres sujetadores colgando del brazo. Su madre le echó mano al más sencillo. Aún recordaba el precio de la etiquetita escrito con lápiz: 127 pts. Entraron en la trastienda, un espacio reducido tras una cortina. La paquetera se quedó fuera. Ella le dio la espalda a su madre, se quitó el niqui rayado estilo marinero —se acordaba de todo, de todo—, se colocó el sostén y le pidió a su madre que lo abrochara.

Carmen, seguía ensimismada con los ojos puestos en el té mientras ella evocaba como si fuese ahora el impacto que le produjo el verse reflejada en el espejo de aquella trastienda.

¿Qué estaba pasando? Tenía ante sí dos tetas puntiagudas, provocativas. ¿De qué la habían disfrazo? Se hubiese arrancado la piel para quitarse de encima ese despiadado sujetador insolente y mentiroso que quería engañarla y trasformar su cuerpo en algo espantoso. Intentó controlar su dificultad al respirar. Tenía que salir de aquel *shock*. Se fijó en el sostén con detenimiento, demasiado

armado y demasiadas puntillas. Parecía una fulana. La imagen le resultó grotesca. Su madre se acercaba, se distanciaba, inclinaba la cabeza, le ajustó un tirante y le repetía una y otra vez lo bien que le sentaba. La dueña de la paquetería se asomó por la cortina:

—Te queda perfecto. Para tu edad ese está muy bien, es muy sencillito. Estás guapísima.

Vera volvió a mirar a su amiga y sus ojos se encontraron. Carmen sacó la cucharilla de la taza y la dejó en el platito, dos veces levantó los ojos bajándolos rápido:

—A mí los hombres me dan mucho asco —le confesó con la cabeza agachada—. Yo no sé tú, pero si por mí fuera —alzó la vista —, si no hubiese ninguno sobre la tierra, mejor.

—Lo único es que se acabaría la humanidad.

—Ya. Pero tampoco pasaría nada.

—También.

—¿Y como llevas tú lo de los chicos? —se interesó Carmen—. ¿Te molestan?

—Bueno. A mí no me molestan. Y algunos me caen bien. Aunque depende también de la persona, ¿no? Por ejemplo, yo no podría ni ver a un hombre como tu jefe.

—Claro.

—De todas formas, también te digo que nunca me enamoraría de ninguno.

Su amiga sonrió y ella se le quedó mirando el escote amplio enmarcado por la blusa naranja.

—Oye —prosiguió Vera—, ¿pero te dan asco todos los hombres?

—Todos. —Volvió a bajar la vista.

—¿Eso le pasa a muchas lesbianas?

—No creo. —Y sin despegar la mirada de la taza soltó—: es que yo sufrí abusos de pequeña.

—¿Sí? —le preguntó buscando sus ojos como si no acabara de creérselo.

Carmen asintió en silencio:

—Era el hermano de mi padre. Estuvo aprovechándose de mí

durante cuatro años. Desde el día que cumplí seis. —Posó la vista perdida en la fuente de la plaza—. El mismo día de mi cumpleaños. Menudo regalo.

—Madre mía —susurró Vera en voz baja. Qué hijo de puta—. ¿Y nunca se enteró nadie?

Negó con un movimiento de cabeza.

—Ya sabes que mi padre se murió cuando yo tenía tres años. Entonces él empezó a venir por mi casa. Y muchas veces se ofrecía para cuidarme porque mi hermano salía más tarde que yo del colegio y mi madre estaba trabajando. —Según iba hablando parecía cobrar confianza.

—¿Lo ves alguna vez?

—No, qué va, se largó a trabajar al extranjero cuando yo tenía diez años. Ahí se acabó todo. —Y descansó los ojos en el mármol blanco—. ¿Y sabes qué me pasa?

—Qué.

—Que cuando tengo un hombre delante no puedo dejar de imaginarme su pene. Y pienso en el de mi tío.

Sintió el té revoloteando por su estómago. ¿Cómo era posible? Posó su mirada en Carmen: el cutis de porcelana, los labios sonrosados, el pelo negro liso enmarcándole el ovalo perfecto. Recordó una foto colgada en la que, con la misma melena de ahora, llevaba el flequillo recto y muy corto. Era como una muñeca. ¡Joder! ¿Cómo era posible?

—Cuatro años de pesadilla —Carmen la rescató de sus pensamientos—, ya me contarás, para una niña tan pequeña, toda una vida, ¿no? —Se calló un momento, y luego, añadió—: Siempre he pensado que soy lesbiana por eso.

También ella tenía respuesta al porqué de su lesbianismo, pensó.

—Carmen, ¿sabes porqué creo que yo soy lesbiana?

Su amiga le miró a los ojos y negó con un movimiento suave de cabeza.

—Pues…, siempre he sabido que mi madre quería tener un hijo. Estoy convencida de que es por eso.

—Ya. No eres la única, ¿sabes?

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, es bastante corriente.

—Ah, claro. No lo había pensado. —Fijó los ojos en la fachada de la Basílica durante unos segundos y volvió a su amiga—. Ahora me estaba acordando… de una vez que estaba con mi madre en el mercado de Benimaclet haciendo cola en una parada. Mi madre se puso a hablar con una embarazada que llevaba un niño pequeño al brazo. Me acuerdo de la escena como si lo estuviese viendo ahora.

—¿Cuantos años tenías?

—Sobre diez, más o menos. —Recolocó la cucharilla en el plato—. La embarazada decía que su marido ahora prefería niña, pero que ella pensaba que eso era lo de menos que lo importante era que naciesen sin taras. Se me quedó clavado eso de las taras. —Respiró hondo—. Ahora, lo que recuerdo perfectamente es que mi madre dijo algo así como que a ella siempre le había hecho mucha ilusión tener un niño.

—No me extraña que te acuerdes de ese día —dejó caer Carmen acercándose al borde de la mesa.

—Y no creo que fuese la primera vez que lo oía. Aunque no lo recuerde. —Hizo una pausa—. Pero fíjate si soy tonta, que hasta hace bien poco pensaba que al nacer yo a mi madre se le había olvidado lo del niño, y que ella lo contaba como algo pasado, ¿me entiendes? Porque ¿cómo iba a decir algo así delante de mí? No me cabía en la cabeza. Y me cogí a eso para arreglarme la historia. ¿Sabes lo que te quiero decir?

Carmen asentía mientras la observaba con ternura y ella se sintió comprendida. Estaban en el mismo barco.

Permanecieron en silencio unos instantes con la mirada por la plaza. Aún no entendía cómo había podido ser tan tonta y engañarse así. Apretó las muelas. Un sistema de defensa como otro cualquiera. Le ayudó a sobrevivir y ya está.

Su amiga abandonó el trasiego de la plaza:

—La verdad es que todas nos preguntamos porqué somos lesbianas.

—Claro. Necesitamos una explicación. O mejor dicho, una

justificación.

—Mira, el descubrirse homosexual e intentar saber porqué, van en el mismo paquete.

Vera sonrió:

—Jolín, Carmen, cuanto sabes.

—Llevo mucho tiempo ejerciendo de. —Cruzó los brazos sobre la mesa y le devolvió la sonrisa.

—De todas formas, supongo que la cosa no es tan fácil —reflexionó Vera—. Yo misma me di varias explicaciones antes de pensar en lo de mi madre.

—Bueno, ya. Pero el caso es que necesitamos tener algo a lo que agarrarnos desde el primer momento.

Empezaba a anochecer y el camarero de la mesa se les acercó:

—¿Desean algo más?

—No, no —contestó su amiga—. Nos vamos enseguida.

—¿Sabes que te digo, Carmen? —soltó Vera con la chaqueta blanca y decadente todavía a un palmo de su mesa—. Que ni falta que nos hace saber porqué somos lesbianas. A ver si los heteros se preguntan porqué son heteros. —Frunció el ceño—. Estoy pensando… —se quedó mirando a su aliada—, que desde el momento que gays y lesbianas sentimos la necesidad de justificar nuestra orientación sexual es porque nos consideramos defectuosos, ¿no? —Jolín, qué lúcida estoy hoy. Y le asomó una media sonrisa.

—Tienes razón, Vera. Qué más da. Somos lesbianas y punto.

Llegaron a Carnaby casi a las once. Carmen llamó al timbre y antes de que les abrieran se les unió Llum, que llegaba jadeante:

—Os he visto de lejos. ¿De dónde salís?

—Hemos cenado en La Catedral —contestó Carmen—. No sabes la de gente que había hoy. Estaba a tope.

La hoja de la puerta les franqueó el paso y entraron las tres directas a la barra. La rubia de bote lucía una camisa roja ajustada. No les hizo esperar:

—¿Lo de siempre, guapas?

Hacía ya siete meses que había entrado allí por primera vez y se sentía como en su casa. Le gustaba que supieran cual era su bebida. Le gustaba conocer a la gente y que la conociesen a ella. Era una vida al margen de la suya, de sus padres, de su trabajo, de sus amigas de siempre, de sus familiares, de su barrio. O, quién sabe, a lo mejor, aquello era su vida y todo lo otro era lo que estaba al margen. Allí en Carnaby se sentía plena, y también en la plaza de la Virgen y en La Catedral, y en La Seu. Se fijó en Llum, pensó que había cambiado desde que la conoció. Ya no llevaba cola, se había cortado el pelo casi a lo chico. En ese momento se limpiaba las gafas. ¿Sería su mejor amiga? Le sonrió con los labios pegados. Llum le devolvió una sonrisa generosa.

Alargo la vista al frente, al otro lado de la barra dos chicos conversaban detrás de sendas cervezas. De cuando en cuando Vera los observaba, tenían muy buena pinta. El de la derecha, de facciones amables, llevaba el pelo castaño y lacio tapándole las orejas, y una barba despejada. Aquel chico trasmitía dulzura. Vera frunció el ceño: No sé, me recuerda a alguien. Con tan poca luz y la distancia… Volvió a mirarlo y en ese momento él levantó sus ojos redondos y grandes hacia donde estaban ellas.

—¡Arturo!

—¿Qué? —preguntaron sus amigas a dúo.

—El chico de allí enfrente. —Seguía con la vista enganchada en él—. El de la camisa negra. Es amigo mío. Hace años que no lo veo. —Se bajó del taburete y se hizo con el cubalibre—. Ahora vuelvo.

Dio la vuelta al mostrador en un santiamén mientras sus amigas la seguían con la vista. Él continuaba charlando con el muchacho que tenía al lado y no la vio llegar. Se aproximó en silencio:

—Hola.

Se giraron los dos.

—¡Vera! —Los ojos de Arturo se engrandecieron aún más. La abrazó y le dio un par de besos—. El caso es que… Estabas allí enfrente, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—Qué alegría. —La contemplaba como si no se lo creyese—.

¡Ostras!, qué alegría.

Vera le mostró una sonrisa franca y él, que seguía observándola con sorpresa, le sonrió también.

—¿Vamos a una mesa? —Se giró a su amigo que en ese momento se estaba encendiendo un cigarro—. ¿No te importa, verdad?

—En absoluto. Tranquilo.

Encontraron una mesita alejada de la pista con dos taburetes.

—Aquí estaremos bien —comentó Arturo mientras dejaba el vaso sobre la mesa.

Los pantalones también los llevaba negros, y los calcetines y los zapatos. Querría ser original. Pero la verdad es que le quedaba bien y no resultaba presuntuoso. Estaba mucho más delgado y hasta parecía más alto. A lo mejor había crecido, podría ser. La verdad es que le tenía aprecio… Cómo se alegraba.

—¿Cuánto tiempo hace que no nos veíamos? —preguntó él sin quitarle la vista de encima—. Hará por lo menos cuatro años, ¿no?

—Casi. La última vez que nos vimos fue para ir al cine. En Navidad, ¿te acuerdas? Fuimos al Artis a ver El Padrino. Pues no hace.

—Una eternidad, ¿verdad?

Ella asintió con un esbozo sonrisa.

¿Será gay, o acompañará al amigo? ¡Hay que ser tonta!, tonta de remate.

Tras un silencio breve Arturo le pregunto:

—¿Sigues trabajando con tu padre?

—Sí. Allí estoy bien y me gusta lo que hago. La verdad es que tenemos bastante trabajo. Ahora somos cuatro. Ya no lijo nunca, no sabes cómo lo odiaba.

—¿Qué haces exactamente?

Vera arrastró un palmo su taburete acercándose a Arturo:

—Mira, diseño los mueblecitos, eso es lo más importante. Luego dibujo los despieces. ¿Sabes lo que son los despieces?

—El mueble pieza a pieza, ¿no?

—Sí, eso. Primero los dibujo a escala y luego a tamaño natural.

Y también hago las plantillas para marcar las piezas en los tablones antes de serrarlos.

—Qué chulo. Un día voy a verte y me lo enseñas.

A Vera se le iluminó la cara:

—Cuando quieras. Me encantaría enseñarte el taller. De todas formas hago un poco de todo, según las prisas y eso. ¿Y tú como llevas la carrera? ¿La has terminado ya?

—Debería. Me queda Psicopatología, es la asignatura más difícil. Me examino el jueves que viene. En realidad no debería de estar aquí. Bueno, si la apruebo ya soy psicólogo. —Una mueca rápida le dibujó una sonrisa—. Pero no las tengo todas, el profesor es un hueso, con decirte que le llaman La Osamenta.

—Oye, cuando sepas la nota me llamas, ¿vale?

—Vale.

Vera llevó los ojos hasta su rodilla, donde la punta del índice repasaba la costura lateral del vaquero:

—Y ¿de César sabes algo?

—No mucho. Supongo que acabará medicina el curso que viene. La verdad es que cada vez nos vemos menos. Ah, sí, un amigo común me contó que salía con una chica de su curso.

—Yo hace mucho que no lo he visto. Me alegro de que le vayan bien las cosas. —Vuelve un momento a la costura pero enseguida levanta la cabeza—: ¿Te apuntas mi teléfono?

—¿Tienes un boli?

—No.

—Espera, voy a pedir uno. —Se levantó y se dirigió hacia la barra.

Vera llevó la vista hasta la pista de baile, donde Carmen y Llum bailaban cogidas, charlaban amigablemente dejando una línea delgada entre sus cuerpos. Y cómo no, allí en medio estaban las de Paiporta, radiantes. Tenía razón Llum cuando le dijo que no fallaban nunca. Aunque no eran las únicas, ella misma, por ejemplo, no faltaba ni un solo sábado.

Las dos chicas que estaban en la mesa de al lado se levantaron. Rápidamente ella y Arturo, que volvía con el boli, echaron mano a

los dos silloncitos y arrumbaron los taburetes. Él apuntó el teléfono en el posavasos sisado y se lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón. Y fue en ese preciso instante cuando la pregunta que flotaba en el aire desde que se habían encontrado aterrizó en sus oídos:

—¿Y que haces tú por aquí, Vera?

Ella se encogió de hombros.

—¿Hace mucho que vienes? —Sus ojos brillaban chispeantes.

—Siete meses. —No pudo evitar ponerse colorada.

—Yo vengo poco por Carnaby. Vamos más a Emperador, que es de chicos. ¿Sabes dónde está?

—Sí, fuimos una vez. —Apretó con fuerza los bracitos de madera del sillón a donde se agarraba como si estuviese en un avión a punto de despegar y sin pensárselo dos veces le preguntó—: ¿Eres gay?

—Pues sí. —Entonces él le miró directamente a los ojos—. ¿Y sabes quien fue mi primer amor?

Vera se quedó fría:

—Me lo imagino.

9 de octubre de 1975, jueves

Los operarios del taller acababan de salir y su madre ya se estaba quitando la bata. Siempre les ayudaba cuando tenían plazo de entrega en algún pedido y se les echaba el tiempo encima.

—Vamos a cerrar ya, que a tu padre se le debe de haber hecho tarde. —Se mira el reloj de pulsera—. Con la hora que es irá directo a casa.

—Ya, ya lo sé.

Su madre cogió el chaquetón gris a cuadros de la percha.

—Espera, mamá. Quería decirte…

—Me lo cuentas por la calle, que tengo que hacer la cena.

—¡No! Espera.

—¿Qué pasa? —le preguntó como si estuviese interponiendo un paréntesis a su prisa.

—Tengo que decirte una cosa.

—¿Qué?

Su corazón hizo un intento de ir por libre pero ella lo controló esforzándose en pensar que lo que iba a decir no era tan grave.

—Os lo tenía que haber dicho hace tiempo.

—Bueno, di.

Deslizó la vista hasta alcanzar los zapatos escotados de su madre y dejó pasar un par de segundos antes de contestar.

—Que me gustan las chicas. —Ahí el corazón le golpeó la garganta.

Su madre apretó los labios maquillados. Se apoyó en el banco de trabajo que tenía al lado y aunque la pelota estaba en su tejado no abrió la boca.

Por fin, soltó sin mirarla:

—Eso te pasa por ir tanto con Gerda.

Ella fijó la vista en la cara de su madre y esta le lanzó una mirada sesgada.

—Ya no ves a tus amigas de toda la vida. Siempre estás con ella. Tan liberal, tan moderna, tan independiente.

—Eso no es así.

—Pues a ver a qué viene esa volada.

—No es una volada. —Y bajó los ojos hasta el suelo—. Antes de conocer a Gerda ya me gustaban las chicas.

—No digas tonterías. De siempre has ido con chicos.

—Ya, por obligación —le replicó en voz baja.

—Nadie te ha obligado a nada.

Volvieron a quedarse en silencio. Ni siquiera se oían ruidos de la calle. Por un momento pensó en su abuela. Hacía más de un año que se había muerto. Si hubiese llegado a enterarse… Su madre alcanzó el punzón antiquísimo que descansaba al otro lado del banco y puso la mano extendida encima del mango de madera haciéndolo rodar, como cuando hacía croquetas.

—Vera… —Su madre hizo una pausa y la miró directamente a la cara—: A lo mejor no sabes muy bien lo que quieres. ¿Cómo vas a estar segura de una cosa así?

—Estoy segurísima. Lo estoy sufriendo desde hace más de diez años. —Se acercó al banco y cogió ella el punzón. No paró hasta meter la punta en una grieta del banco y dejarlo plantado—. ¿Te acuerdas de la chica que se casó cuando yo estudiaba delineación?

—Sí.

—Pues estuve tres años enamorada de ella. —De pronto sintió calor y notó como el sudor le corría por la cabeza.

—Pero eso son cosas de chiquilla.

—Y me lo pasé muy mal.

—No sé por que te ha dado ahora por acordarte de eso.

—No me ha dado ahora. Ahora te lo estoy contando. —Le echó un vistazo al punzón, que seguía de pie ajeno a la conversación, ¿o no lo estaba? Una de las comisuras de sus labios se elevó levemente —. Hace años que todos los días lo tengo presente.

—¿El qué?

—Que me gustan las chicas.

—Eso se te tiene que pasar, ya lo verás. No le des vueltas a la cabeza.

—Es que tú te crees que me ha dado ahora por ahí. Pero después de lo de la compañera de la escuela me he enamorado de más chicas. —Sus ojos volvieron de reojo al punzón—. Claro, como nunca he contado nada…

—Podrías dejar pasar un tiempo —Y se dirigió hacia el cuadro de luces—. Venga, vámonos, que tu padre nos estará esperando.

Mientras caminaban en silencio hacia su casa, sin apartar la vista del frente, su madre dijo entre dientes:

—Siempre has sido muy rara.

13 de octubre de 1975, lunes

—¿Me pones un café? —pidió su padre nada más entrar—. Tocadito de Terri.

—Un café —soltó Vera bajo la mirada del camarero.

—Marchando —se dijo a si mismo el chico mientras aflojaba el brazo de la cafetera.

Su padre, de perfil al mostrador, apoyó el codo en la tapa descargando el peso del cuerpo. Luego, puso un pie de canto arrimado al otro. Menudo figura.

—Vente conmigo al bar —le había propuesto nada más acabar con el almuerzo.

Durante un par de minutos estuvieron removiendo el café en las tazas blancas sin abrir la boca. A ver qué quería.

—Tu madre está muy preocupada por lo que le dijiste el otro día.

Lo sabía, sabía que iba a sacar el tema. A santo de qué le iba a pedir que le acompañase al bar.

—A ti te parecerá que está como siempre —añadió su padre.

Vera bajó los ojos y respiro hondo. Vaya rollo ahora.

—Tampoco se atreve a decirte nada. —Removió un poco más el café tocado—. Pero se pasa las noches llorando.

—Ya —musitó.

—A mí me da igual lo que hagas. Lo mismo me da que te acuestes con un chico o con una chica, o que te acuestes cada día con uno, o con cuarenta a la vez. O que portes bessons a la panxa. —Dio un sorbo al seudocarajillo—. De todas maneras a lo mejor tu madre tiene razón y se te pasa. Yo también pienso que vas demasiado con Gerda. Está como una cabra.

¡Hipócritas!, tan de izquierdas, tan tolerantes…

Vera dio un vistazo al interior de su taza: aún le quedaba medio café. Decidió dejarlo. El otro medio le ardía en el estómago.

8
LA MANO QUE SOSTIENE LA SUYA

28 de marzo de 1968, jueves

—A ver, señoritas, esas piezas tienen que quedar como los lingotes de oro del Banco de España. Tupidas y sin fallos, ¿de acuerdo?

El hombre alto de sienes grises da la vuelta a la mesa enorme donde cinco niñas adolescentes de pie depositan pausadamente unas finísimas láminas de metal sobre el bol mordiente que envuelve los prismas de madera.

—Tened cuidado, que no se os arrugue el oro. Ya lo sabéis, se puede romper, pero… ¡Susana! Que llevas la hoja torcida y no te lo va a cubrir. —Hace un barrido con los ojos al resto de los trabajos y se distancia de la mesa—. Bueno, ahora vuelvo, os queda casi una hora. —Se gira desde la puerta—. Lo tenéis que dejar terminado. Mañana ya le daremos la goma laca.

En cuanto el profesor desaparece, la alumna con rimel en las pestañas y sombra verdosa en los párpados batea el aire con la mano y todas se reagrupan en la esquina de la mesa.

—Ayer estuve en un *pub* de lujo con mi novio. Tenía reservados y todo —puntualiza bajando la voz.

—Será muy caro, ¿no?

—¿Dejan entrar a menores de dieciocho años?

—¿Y eso de los reservados qué es?

—¿Está oscuro?

Susana y dos niñas gemelas no cesan de preguntar:

—¿Y tu novio cuantos años tiene?

—Veintidós.

—¿Trabaja o estudia?

Los ojos de Vera van de una a otra siguiendo la conversación.

Una de las gemelas se cruza de brazos:

—Entonces… cuéntanos, ¿cómo son exactamente los reservados?

—Jolines, es que no sabéis nada de nada.

—¡Mujer! Que nosotras somos más pequeñas y no vamos con chicos tan mayores —suelta la otra hermana.

—Vale, vale, lo explico. —Se baja las mangas de la camisa—. Vera, te has dejado la caja del oro abierta. Oye… —y la mira apretando el entrecejo—. ¿Tú no hacías delineación?

—Sí, voy al taller por las mañanas. Lo que pasa es que me he matriculado de Dorado y Policromado como oyente. —La compañera la sigue mirando—. Es que mi padre hace muebles.

—¡Venga! —La gemela sigue con los brazos cruzados—. ¿Cuentas lo de los reservados o qué?

—Ya, ya. —Se acoda en la mesa juntando las manos—. Pues se parecen a los compartimentos de tren, pero muy coqueto muy coqueto; muy bien decoraditos, con su sofá comodísimo, su mesita, y sobre todo… tienen una pantallita que da una luz suave suave… tenue, diría yo.

—¿Y no te ve nadie? —interrumpe Susana.

—Pues se puede decir que no, porque hay una especie de entrada estrecha… —con las manos abiertas indica la anchura—. Bueno, es que es prácticamente un reservado de verdad. Y además, el camarero siempre avisa antes de entrar, ¿no sé si me explico? —Todas asienten con la boca cerrada sin dejar de mirarla—. Es una gozada, nos pusimos las botas que no veas. Menudo lote nos dimos. Se me ponen los pelos de punta de pensarlo. —Agita la cabeza con el cuello estirado y la melena morena se recoloca—. Aunque, eso sí, los límites los pongo yo; si digo hasta aquí, es hasta aquí. —Las otras cuatro la miran sin pestañear—. A mí me gusta que me besen y que me acaricien, pero hasta cierto punto, ¿no os parece? Hay que guardar algo para cuando una se case. Digo yo, ¿no?

Susana hace ademán de hablar. Cierra la boca y enseguida vuelve a abrirla:

—Mi opinión es que todo lo que se hace con amor está bien. —

Le suben los colores y dirige la vista hasta la otra punta de la mesa donde está su pieza de madera—. Qué más da si estás casada o no, al fin y al cabo el matrimonio no son más que papeles. ¿Qué tiene de malo que dos personas se quieran y se lo demuestren?

—Bueno, puede ser, pero creo que poquito a poco se aprecian más las cosas. Ya habrá tiempo para todo. Me parece a mí, no sé.

—Yo tampoco es que entienda el sexo por el sexo, la verdad, pero cuando dos personas se quieren… —Susana respira hondo—. En fin, me parece limpio.

—Vera, ¿qué te pasa? —se oye a una de las hermanas—. Tienes mala cara.

Vera retira los ojos de Susana justo antes de que esta la mire.

20 de septiembre de 1968, viernes

Cinco personas hacen cola delante de un ventanuco que atraviesa el muro de manipostería. Arriba del dintel, en letras negras sobre el encalado, resalta la palabra taquilla. Al lado, un cristal enmarcado con listones de hierro oxidado protege los fotogramas de cartón descoloridos. Y junto a la vitrina, el hueco desnudo de una puerta deja a la vista los árboles y setos del interior. Vera, apoyada en la pared desconchada de enfrente mantiene la cabeza girada con la vista puesta en la entrada al callejón.

—Que no llueva, que no llueva, por favor —clama uno de los dos chiquillos que están jugando delante de la puerta.

—¡¿Estás tonto?! ¿Cómo va a llover? —le replica el otro. Y levanta la cara mirando el cielo—. ¿No ves que están todas las estrellas?

Vera agacha la cabeza con el cuello estirado y entornando los ojos recorre los cuadros azules de la camisa. Luego desliza la vista por el pantalón vaquero y sigue hasta las zapatillas blancas de tenis; las comisuras de sus labios se alzan cuanto apenas.

Cuando levanta la cabeza, su mirada se cruza con la de su imagen en la vitrina de los fotogramas. Se contempla: el pelo corto, la camisa por fuera, las manos en los bolsillos. Vera separa un poco más los pies de la pared, se gira de nuevo y sus ojos van saltando entre la gente que se acerca al cine de verano. Durante una fracción de segundo su vista tropieza con la de tres mujeres que, desde el final de la cola, la observan.

—Te digo yo que es un chico —susurra una de ellas con la mirada torcida—. ¿No veis la planta?

—Qué va, qué va. Es una chica, seguro.

—A mí también me parece un chiquito. Lo que pasa es que tiene cara de nena.

Una sonrisa se escapa de los labios de Vera. Mientras, Valentín entra raudo al callejón.

4 de enero de 1969, sábado

Con el crepúsculo de la tarde la noria iluminada resalta por encima de todas las casetas. Lola aprieta el paso cuando se sumergen en la feria y se pone en cabeza. Sus tetas suben y bajan con cada paso que da:

—Daos prisa que los coches están en la otra punta. —Se gira un instante—. Y no os perdáis ¿eh? —les ordena a Vera y Mariví, que la siguen de cerca.

Llegan a los autos de choque, se paran en la primera esquina y Lola señala la opuesta con el brazo extendido:

—¡Mira!, es Luís. Está hablando con una chica. —Aguza la vista—. Qué acaramelados.

—¡Será sinvergüenza! No quiero saber nada de ese cantamañanas. —Mariví se cruza de brazos y tuerce la boca—. Yo me largo.

—Oye, que tú vienes con nosotras —le recrimina Lola

sujetándola del brazo—. Y además, hemos quedado con más gente, ¿vale?

Luís levanta la mano en cuanto las ve y se les acerca rápido:

—¡Helio!

—¡Hola! —responden Lola y Vera.

—Hemos venido mucha gente, ¿veis aquel grupo? —pregunta dándose la vuelta—. Somos ocho, con vosotras once. Nos lo vamos a pasar de miedo.

Tres chicas, una de ellas con pantalones, conversan con otros cuatro chicos, todos dirigen sus miradas hacia ellas.

—Vamos, que os presento a todo el mundo. —Luís no deja de sonreír—. Hemos pensado que estaría de narices subir todos al Tren de la Bruja. ¿Qué os parece?

Hacen una ronda de presentaciones. Lola recorre con los ojos el círculo que forman los once:

—Pero a ver, ¿sois todos de Ruzafa?

—Sí.

—Sí, claro.

—Por supuesto. Y a mucha honra —grita el más bajito sacando pecho y poniéndose de puntillas.

Una de las chicas levanta los brazos con las manos abiertas:

—¡Atención! Al grano. Habíamos dicho que íbamos al Tren de la Bruja, ¿no?

Luís atrapa la mano de Mariví:

—¡Venga! Nos cogemos todos, ¿vale? Así no se despistará nadie.

Al momento están todos preparados. Solo Vera se queda descolocada. La última de la cadena, la de los pantalones, le tiende la mano. Luís da un tirón y los diez restantes le siguen arrastrados. La chica que precede a Vera sujeta con fuerza la mano de esta. Vera la deja muerta, luego la cierra, aprieta la de la muchacha y al minuto la afloja manteniendo una suave presión. El grupo serpentea entre la multitud que se desplaza lentamente. Vera gira la cabeza al pasar junto a los espejos de un tiovivo. El reflejo la muestra con pantalones y chaquetón cruzado azul marino de botones dorados. Presiona un poco más la mano que mantiene la suya. La cadena de

los once se estanca entre el gentío y la chica con pantalón a cuadritos marrones se gira:

—¿Cómo has dicho que te llamas? —La mira a los ojos.

—Vera, ¿y tú?

—¡Ay! —Un tirón le hace volverse y perder la mano del último eslabón.

Se cogen de nuevo y las dos se aprietan con fuerza. Vera reprime el aliento.

—¡Ya se ve el Tren de la Bruja! —grita alguien por delante.

13 de enero de 1969, lunes

Valencia a 9 de enero de 1969

Hola Vera,

Te parecerá raro que te escriba después de casi un año sin vernos, pero tengo que decirte que desde que nos conocimos he estado muchas veces tentado de hacerlo (menos mal que te pedí la dirección).

El sábado te vi de lejos en la feria, ibas con mucha gente y no me atreví a acercarme, pero la verdad es que me quedé con ganas de saludarte. Desde entonces pienso mucho en ti, sobre todo cuando estoy solo, que es casi siempre (descontando las clases, claro).

Las veces que nos vimos el curso pasado me lo pasé muy bien, me gustaba estar contigo. Siempre me has parecido diferente a las otras chicas. Me gustaría volver a verte y seguir conociéndote, me gustaría mucho. Tengo la sensación de que nos dejamos algo a medias, ¿te pasa a ti lo mismo? Fue una pena que nos distanciásemos. Mis amigos empezaron a salir con unas chicas de por aquí y, yo solo, no me hice el ánimo de llamaros.

Estoy en sexto de bachiller (supongo que te lo imaginarás), así

que este curso tengo que estudiar bastante.

Bueno, no me quiero enrollar mucho. Te escribo sobre todo para decirte que había pensado que podríamos quedar. ¿Qué te parece el lunes que viene por la tarde? Te esperaré a las seis y media en la plaza del Caudillo, en la puerta de Correos. Te dejo mi teléfono por si no puedes venir. De todas formas si no acudes lo entenderé, y si alguna vez te apetece que quedemos ya sabes donde encontrarme.

Mi teléfono: 266366

Un abrazo

César

PD/ Recuerdos para Mariví y Lola

Vera dobla la cuartilla tres veces y se la mete en el bolsillo del abrigo. Se sube la manga y le da un vistazo a la esfera blanca con números romanos, las saetas forman una vertical.

—… pienso mucho en ti, sobre todo cuando estoy solo… —murmura mientras recorre la calle del Miguelete—… sobre todo cuando estoy solo, que es casi siempre…

La tarde es fría y húmeda. Vera lleva unos calcetines gordos y altos. Entre estos y la falda de lana le queda un palmo de pierna sin cubrir. Llega a la plaza de La Reina, se sienta en uno de los bancos de piedra, deja a un lado la cartera y se frota las rodillas con energía. Un pantalón a cuadritos marrones pasa por delante de Vera, que levanta la cabeza y sigue con la vista a la chica de pelo corto hasta que desaparece por la calle de San Vicente. Vera se pone en pie y comienza a caminar deprisa y alcanza el principio de la calle. Desde allí mira a lo lejos y aviva el paso. Marcha por la acera con los ojos puestos en la chica del pantalón. Esta roza la plaza del Caudillo y prosigue por San Vicente, se detiene ante un escaparate. Vera se queda clavada y la observa hasta que la muchacha se despega de la luna y gira por la primera calle de la derecha.

Más allá, César apoya la espalda en una de las farolas de la acera de Correos con las manos en los bolsillos verticales del abrigo corto gris oscuro. El pelo le cubre parte de las orejas. A su lado, dos libros reposan sobre el sillín de una Vespa. Vera atraviesa la plaza del Caudillo con la vista puesta en el muchacho. El reloj del Ayuntamiento marca las seis y veinticinco. Él gira la cabeza y sus ojos se tropiezan con Vera. Se separa de la farola, coge los libros y se le acerca sonriendo:

—No sabía si vendrías.

Vera arquea los labios durante medio segundo.

—Le he dicho a mi madre que me quedaba a estudiar con un amigo del instituto. Tengo hasta las nueve, ¿y tú?

—Yo no tengo problema. He dicho en mi casa que a lo mejor llegaba tarde.

César mira a Vera de arriba a abajo:

—Estás más alta.

—Tú también. —Lleva la mano al hombro y se acopla la correa de la cartera—. ¿Y si tu madre llama a casa de tu amigo?

—No tiene teléfono. Media clase va a estudiar con él todos los días. —Se retira el pelo de las sienes y sonríe abiertamente.

Vera lleva despasado el botón del cuello del abrigo, se lo abrocha:

—¿Qué hacemos? Está empezando a chispear.

—¿Vamos a la Estación?

—Vale. A mi me gusta mucho la Estación.

Pasan junto a una castañera que se cobija bajo un enorme paraguas negro atado al carro.

—¿Te apetecen? —pregunta César señalando con los ojos el hornillo de carbón.

Vera asiente con la cabeza.

—Póngame diez pesetas. —Y le alarga dos monedas a la mujer vestida de negro.

La vendedora construye en un segundo un cucurucho perfecto y lo pasa lleno de castañas calientes. César lo coge y se lo da a Vera, ella se aferra al papel de estraza con las dos manos.

—Vamos, que se está cogiendo. —El chico lleva la mano a la cintura de Vera y la empuja levemente—. Corre.

Cruzan la calle a toda prisa, atraviesan la verja de la Estación y entran en el vestíbulo; se quedan de pie recobrando el aliento. Varias capas desconchadas de barniz cubren el zócalo de madera que bordea toda la entrada. En el suelo, papeles y colillas se arremolinan cerca de las paredes. César levanta la cabeza:

—¿Has visto que mosaicos tan bonitos? Son modernistas.

—Sí, ya me había fijado otras veces. —Se sube los calcetines—. Mi abuela se acuerda de cuando estaban construyendo la Estación.

—¿Ah, sí? Sería pequeña.

—Sí. También se acuerda de cuando instalaron la luz eléctrica en las calles de Valencia.

—Vaya —exclama levantando las cejas.

Se acercan a los andenes. César tira del brazo de Vera:

—Allí tenemos sitio. —Y señala con la barbilla un banco de madera—. Vamos. Ya nos veía sentados en el suelo.

—Me gusta el olor de estación, ¿a ti no?

—Sí, a mi también.

Se quedan un buen rato en silencio mirando al frente mientras se comen las castañas. Vera arruga el cucurucho vacío, se levanta, lo tira a uno de los cubos para basura y se vuelve a sentar. César carraspea y se espolsa las solapas del abrigo:

—No me había dado cuenta de que no tienes agujeros en las orejas.

—Mi padre no quería que me los hiciesen. Siempre dice que eso son costumbres atrasadas, que es como cuando los negros de África se atraviesan la nariz con un palo.

—Tiene razón. Nunca lo había visto así. ¿Cómo se llama tu padre?

—Matteo. Se escribe con dos tes.

—Que raro, ¿no?

—Es que su padrino era italiano y le pusieron su nombre.

—Ah, ya.

Vuelven a quedarse callados. Los ruidos de la estación absorben

su mutismo. César coge sus libros y se levanta:

—¿Damos una vuelta? Nos estamos quedando helados. Parece que ya no llueve.

Caminan hacia la salida rebasando los vagones de un tren estacionado.

—Te encuentro muy cambiada. Claro, ha pasado tanto tiempo… Cuando te vi en la feria no estaba seguro de si eras tú. —El iris, tan negro como las pupilas, se pasea por la cara de Vera—. Llevas el pelo más corto.

—El verano pasado me lo corté muy cortito. —Se cuelga la cartera al hombro y mira al suelo—. Ya me ha crecido bastante.

Salen de la Estación. Es noche cerrada. Vera se encoje debajo del abrigo. Al cruzar la calle César coge la mano de su amiga y clava la mirada en el infinito durante un buen trecho.

—Espera. —El muchacho deja sus libros sobre el capó de un coche y, reteniendo la mano de Vera entre la suya, se sube el cuello del abrigo—. ¿Vuelves con el trenet?

—Sí.

—Te acompaño.

Llegan hasta el puente de madera cogidos de la mano, en silencio. Y cruzan el río entre la gente de paso rápido bajo la luz amarillenta de las farolas.

—Vera.

—Qué.

—¿Quieres que…? —Carraspea—. ¿Te apetece que quedemos el domingo para ir al cine?

—Vale.

César es de piel blanca, de mejillas tersas y limpias. Algunos puntos negros le afloran en el bigote y bajo las patillas de su cara adolescente. Suelta la mano de Vera, dobla el brazo y se mira la muñeca:

—Aún es pronto, ¿nos quedamos un ratito en la estacioneta?

—Bien. Yo no tengo prisa. A ver si a ti se te hace tarde.

—¡Qué va!, aún tengo tiempo. Desde aquí me planto en mi casa en un momento.

Se sientan en un banco del andén, al aire libre. El vuelve a coger la mano de Vera:

—¿No llevas guantes?

—No me gustan.

—¿A ver? —Se acerca las manos entrelazadas—. ¿Todavía te muerdes las uñas?

—Me las he mordido siempre. —Levanta la vista hacia el reloj de la estación que señala las cinco y cinco—. En el próximo tren me subo. Ya deben de ser casi las nueve, ¿no?

—Menos diez. Entonces… —Se acopla un mechón de pelo detrás de la oreja—. ¿Quedamos el domingo a las cuatro y cuarto en el Alameda?

—Vale. No sé qué pelis harán, pero da igual. —Y arrastra los ojos por la vía estrecha hacia lo lejos—. Ya viene.

Vera coge la cartera y hace ademán de levantarse. César la retiene sujetándola por el hombro, la mira un instante y le da un beso corto en la boca. Los ojos de Vera se pierden en el muro en ruinas del otro lado de las vías. Se oye el chirrido del tren al frenar y César vuelve a besar a Vera, lentamente. La lengua mojada se abre camino entre los labios y ella aprieta los dientes.

El revisor del tren hace sonar el silbato desde el estribo. Vera sube al vagón de madera y desde la puerta mira a su amigo:

—Adiós.

César se acerca y levanta la mano:

—Au revoir. Hasta el domingo.

9
EL ESCRITORIO EN MINIATURA

14 de noviembre de 1975, viernes

Esta noche lo pruebo, no quiero pasar por una mojigata. Seguro que no es para tanto.

Nuria estaba sentada en el bordillo de enfrente, despegó el trasero y sin llegar a levantarse le pasó el porro a Gloria, que estiraba el brazo.

—Gracias pero paso. —Y se lo acercó a Vera, que estaba a su derecha.

Esa noche eran seis las que compartían conversación delante de la puerta de Colors.

Retuvo un momento el canuto entre los dedos antes de atreverse a dar una calada. Le imponía fumar hachís, todo el mundo decía que las cosas se veían de otra manera, que te colocaba como nada, que te desinhibía, que mejoraban los reflejos y que se podían tener alucinaciones. Eso era lo que más miedo le daba.

Se acercó el porro a los labios y pensó que los últimos que habían rozado la boquilla de cartón habían sido los de Nuria. Le pareció notar cierta humedad reciente y disfrutó el instante. Inspiró con cuidado y enseguida le entraron ganas de toser. Tampoco tenía costumbre de fumar tabaco. Consiguió controlar la situación aunque se le empañaron los ojos. Al poco volvió a dar otra calada. Era lo que hacían todas, solo que esta vez no se tragó el humo; lo retuvo en la boca mientras se lo pasaba a Andrea, la chica de su derecha. Andrea siempre se movía sola por allí, aunque conocía a todo el mundo. Era de piel morena y vestía con ropa ajustada que hacía resaltar sus curvas de mujer. Eso es lo que pensaba, que Andrea tenía cuerpo de mujer, no de chica como ellas. Y a lo mejor por eso, de alguna manera, se sentía atraída.

—¡Qué corra! —Luisa, que estaba sentada junto a Nuria, reclamaba el porro estancado en Andrea.

Esta le dio una calada enérgica y el rojo luminoso de la punta del canuto se desplazó rápidamente. Y mientras aguantaba el humo en los pulmones se lo pasó a la chica que tenía enfrente, Reus.

—Gloria —Vera se le dirigió en voz baja—, ¿tú sabes si la chica que está al lado de Luisa se llama de verdad Reus?

—No, creo que no.

—Es que me parecía raro.

—Luisa me contó que había oído decir que Reus es la ciudad donde conoció a su primer amor y que no quería olvidarlo.

—Creo que el primer amor no se olvida nunca, ¿no te parece?

—Claro.

Se fijó en ella, en Reus. Era un personaje extraño. A lo que más se parecía era a un fontanero, sobre todo por su indumentaria: pantalón de un azul como el de forrar libros y cazadora de la misma tela y color. Era muy alta, más que Gloria, y su aspecto era duro. Su cara… no estaba segura, pero parecía tener cicatrices, era un rostro castigado. Reus sacó un gorro de lana de uno de los bolsillos del camal del pantalón y se lo caló hasta las cejas. En ese momento sus miradas se cruzaron un instante. Vera deslizó lentamente los ojos hasta alcanzar los pantalones lila de Luisa y tras un salto imperceptible se posaron en Nuria, que en ese momento permanecía con la cabeza gacha abrazándose las rodillas. El escorzo de su cara quedaba en sombra, apenas su nariz afilada recogía algo de luz de una de las farolas enganchadas a la fachada. Y aprovechó que su amiga perdía la vista en el asfalto para contemplarla. Lo que hubiera dado por cogerle la mano, por perder sus dedos entre la melena corta y abundante, por besarla. Sus ojos se detuvieron en sus labios unos segundos.

Luisa observaba el porro menguado entre sus dedos. Dio la segunda calada, expulsó el humo por la rendija de la boca cerrada y le pasó a Nuria lo que no era más que una boquilla medio apagada. A ella ya no le llegaba, casi mejor; aunque lo poco que había fumado no le había hecho ningún efecto, igual no era para tanto.

—Ahí está la Pepa —anunció Nuria señalándola con las cejas.

Gloria, Vera y Andrea se giraron. Un hombre vestido de mujer acababa de salir del portal que lindaba con el bar. Era como una abuela decorosa de principios de siglo con el pelo recogido cuidadosamente peinado. Llevaba un vestido negro y largo con la falda fruncida, y un delantal a cuadritos blancos y negros rematado con puntillas. Un cesto de mimbre grande le colgaba del brazo. Solo una cosa rompía el encanto: la barba negra y espesa que rodeaba unos labios gruesos pintados de rojo. Fascinante.

—Vive ahí arriba —les informó Andrea—, en ese balcón.

Ella levantó la vista hacia una casa que parecía estar en ruinas. Luego vio como la Pepa entraba en Colors.

Andrea se levantó y le puso la mano en el hombro:

—¿Vienes a tomar algo?

Entraron juntas en el bar. Allí estaba la Pepa vendiendo las manzanas que iba sacando del cesto. Eran manzanas espectaculares a las que les sacaba brillo con la manga negra antes de entregarlas.

—¿Nos partimos una? —Le preguntó Andrea sin dejar de mirar a la Pepa.

—Vale.

El local estaba lleno. Era pequeño y solo tenía un par de mesas pegadas a la pared. Recordaba las tabernas antiguas donde los hombres iban a hacerse un chato de vino. Igual lo era, desde luego aquello tenía sus años. Se hicieron un hueco en el mostrador altísimo y el chico de pelo largo del otro lado de la barra se les acercó:

—¿Qué va a ser? —preguntó quitando de en medio dos vasos vacíos.

—Dos tequilas.

—¿Con cervezas?

—Sí, sí, con cervezas —respondió Andrea. Y se giró hacia ella —: ¿Va bien?

—Sí, bien.

—Aquí es lo que se toma.

El camarero les sirvió los dos vasitos de tequila con el borde

cubierto de sal y a continuación las dos cañas con sus golpes sobre el mármol grisáceo.

—Nunca había visto lo de la sal.

—Es como se prepara en México. Está bueno. Te lo tienes que beber de un trago. Así. —Y con un movimiento rápido dejó caer el tequila en su boca.

Ella la imitó. ¡Joder! Aquello estaba fuertísimo. Y al momento se tragó medio vaso de la cerveza fría.

Andrea dejó cuarenta y cinco pesetas sobre el mostrador y cogió la caña:

—Pago yo. ¿Vamos afuera?

Volvieron a la acera, donde sus amigas ya socializaban el segundo porro.

—Te voy a dejar mi teléfono por si algún día te apetece pasar por mi casa —le propuso Andrea mientras sacaba un papel cuatro veces doblado y un boli corto del bolsillo del pantalón—. Vivo con unas amigas en la plaza de Honduras.

—Vale. —Y se escondió tras la manzana gigante y roja con el primer bocado.

20 de noviembre de 1975, jueves

Cortó en seco la línea que trazaba el lápiz bordeando el escalímetro.

—¡Callaos! ¡Callaos! —Vera se bajó del taburete y se dirigió atropelladamente al estante donde estaba el transistor.

Su padre y los dos operarios se giraron de sopetón. Ella se abalanzó sobre el aparato e hizo girar el botón del volumen.

El reloj de la pared marcaba las diez en punto cuando una voz empañada y algo entrecortada inundó el taller paralizado:

Españoles: Franco ha muerto.

—Han dicho que es Arias Navarro —informó Vera.

El hombre de excepción que ante Dios y ante la Historia asumió la inmensa responsabilidad del más exigente y sacrificado servicio a España ha entregado su vida, quemada día a día, hora a hora, en el cumplimiento de una misión trascendental. Yo sé que en estos momentos mi voz llegará a vuestros hogares confundida por el murmullo de vuestros sollozos y de vuestras plegarias. Es natural: es el llanto de España, que siente como nunca la angustia infinita de su orfandad; es la hora del dolor y de la tristeza…

¡Por fin!, ya era hora, canalla.

Miró a su padre, que con cara de pocos amigos perdía la vista en el infinito. Los otros dos parecían estar fuera de juego.

… puedo aseguraros que para vosotros y para España fue su último pensamiento, plasmado en este mensaje con que nuestro Caudillo se despide de esta España a la que tanto quiso y tan apasionadamente sirvió.

La voz enmudeció. El padre de Vera se acercó a la radio y la desenchufó de la pared con rabia:

—¡Venga, a trabajar! —Y se dispuso a aflojar un gato que sujetaba una pieza de pino suecia sobre su banco.

Ella se le acercó y le preguntó en voz baja:

—Papa, ¿voy a comprar una botella de champán?

—No. —Y siguió con lo que estaba haciendo sin mirarla—. Pues muchos amigos míos tenían una guardada en la nevera para cuando llegase este momento.

—¡Que no, xe, que no!

—¿La compro para casa? —insistió buscándole los ojos.

Su padre dejó el gato sobre el banco y la miró:

—Hoy no es fiesta, y no hay nada que celebrar. ¡S'ha acabao!

—Entonces, se muere Franco, ¿y no hay nada que celebrar? —le soltó con ironía.

—¿Qué quieres que celebremos? ¿Qué se ha muerto en su cama mandando y matando? ¿Qué ha arruinado la vida a toda una generación de españoles? ¿Qué ha estado cuarenta años reprimiendo la libertad? Y la cultura. Reprimiéndolo todo. El sexo también. —Su cara se contrajo—. Para mí hoy es un día triste. Debería de haberse muerto cuando yo tenía nueve años. —Apretó los dientes y miró a lo lejos—. Demasiados años esperando. —Y dio un golpe en la tapa de nogal con el puño cerrado—. Asesino fill de puta.

21 de diciembre de 1975, domingo

A las seis menos veinte llegó a la plaza de Honduras. Por miedo a llegar tarde había llegado demasiado pronto, como siempre. Benimaclet no quedaba lejos, pero no dominaba esa zona y temió liarse con las calles. Le pareció un barrio caótico y desangelado donde todas las fincas eran altas y nuevas, y para su gusto excesivamente amontonadas.

A primera vista no localizó en la plaza el número que buscaba, así que se acercó a una farola y ató la bicicleta con dos cadenas. Después de dar varias vueltas encontró el patio, que no estaba exactamente donde debería, porque la plaza de Honduras era una especie de plaza con subplazas, trozos de calle y recovecos.

Llamó al timbre desde el portal y acto seguido… vaya susto: un chirrido eléctrico estridente despasó el pestillo del zaguán. Empujó la puerta y enfilo sus pasos hacia el ascensor. Pulsó el sexto, era la altura más probable según sus cálculos. Se miró en el espejo mientras subía. Llevaba el pelo más largo que nunca, demasiado largo. De perfil al cristal comprobó que le cubría un tramo de la espalda. Se abrió el flequillo y se pasó la mano por detrás de las orejas. El ascensor rebasaba el piso número cinco cuando se dio el

último vistazo. Decidió abrirse el chaquetón *beige* y dejar a la vista la rebeca marrón. Se miró el reloj: las seis en punto. Si se descuida no llega a tiempo.

—Hola, Vera. —Andrea la recibió con una sonrisa—. ¿Siempre eres tan puntual?

Asintió con la cabeza.

—Ven, pasa. —Enfilaron el pasillo—. Estábamos en el comedor jugando a las cartas. ¿Quieres tomar algo?

—¿Qué tienes?

—Cocacola y cerveza.

—Pues cocacola.

Las tres chicas sentadas a la mesa con la baraja entre las manos le clavaron los ojos a la vez.

—Estas son mis compañeras de piso.

—Hola.

—Hola —le respondieron las tres. Automáticamente bajaron la vista y siguieron con lo suyo.

—Nosotras vamos a por algo de beber. ¿Queréis algo?

Rechazaron la oferta sin dejar de mirar las cartas.

Andrea le pasó el brazo por la cintura con suma delicadeza. La sensación del contacto le recorrió la espalda entera.

Finalmente las cocacolas acabaron siendo cubalibres poco cargados y con mucho hielo. Se sentaron en la mesita de railite celeste de la cocina después de quitar de encima un par de sartenes de la fregada. Sus ojos se posaron un instante sobre el jersey verde de pico de su amiga, tan ceñido y sin camisa. Se esforzó por colocar la vista en cualquier otro sitio.

—Si quieres nos metemos en mi cuarto. Estaremos más tranquilas, y tengo música.

—Vale. —El corazón se le disparó. Cogió el vaso y dio un trago.

—¿Te gusta Cánovas?

Antes de que pudiese contestar sonó el timbre de la puerta tres veces seguidas.

—¡Hostias! —exclamó Andrea entre dientes—. El Cojo.

Durante unos segundos las dos agudizaron el oído sin moverse.

Y ella sintió una opresión en la garganta sin saber porqué.

—¡Andrea! —una de las chicas la llamaba gritando.

Se levanto sin prisa:

—A ver qué pasa. —Y salió de la cocina.

Ella la siguió hasta el comedor y se sentó en un silloncito esquinado cerca de la puerta. Cogió un *Hola* del revistero y se dispuso a hojearlo. Durante el tiempo que duró la estancia del Cojo se sintió invisible, nadie reparó en que estaba allí.

Andrea y sus tres compañeras estaban de pie en el centro de la estancia rodeando a un hombre alto y fornido al que Vera solo pudo ver por detrás. No le quitó ojo a la espalda de la chaqueta gris perla, que parecía aumentar por momentos amenazadora.

—Os quiero bien guapas, como siempre. —Se dirigía a dos de las chicas—. Tenemos que estar en Castellón a las nueve.

Hablaba en voz baja y su tono era grave. La combinación le produjo escalofríos. Hubo un momento en que él levantó la mano y le pudo ver un anillo de oro desmesurado con un escudo; y en la muñeca un reloj de pulsera también de oro. ¿Se podía ser más chabacano? El cuello de la camisa marengo se solapaba sobre el de la chaqueta. Seguro que lleva la camisa abierta con una cadena, pensó, y con una cruz. Luego, el hombretón se giró unos noventa grados para dirigirse a Andrea y a la otra chica:

—A vosotras dos os necesito mañana por la mañana.

—¿Por la mañana? —preguntó la compañera de su amiga.

—Sí. Vienen con poco tiempo. Su avión llega sobre las doce. Hemos quedado en el hotel Azafata sobre esa hora.

—Bueno, nosotras vamos a vestirnos.

—Daos prisa. Os espero abajo en el Mercedes. Y vosotras —movió la cabeza hacia a Andrea—, estad preparadas mañana a la once. Bien arregladas, ¿vale? Quiero quedar bien con esa gente.

Vera optó por no comprobar si el Cojo estaba cojo o si llevaba una cruz de oro colgando del cuello, y antes de que nadie cruzase la puerta del comedor, ella ya estaba en la cocina junto al cubalibre aguado.

Al momento Andrea acudió en su busca.

—¿Vamos a mi habitación?

El dormitorio de su amiga era interior y muy pequeño, pero aún así resultaba agradable. Una manta de colores cubría la cama de noventa pegada a la pared. Y un cubo de plástico de color naranja que debía de tener cincuenta centímetros de arista, hacía las veces de mesita de noche; encima reposaba un radiocasete antiguo con cuatro cintas apiladas al lado. Contaba además con una mesa pequeña de pino y una silla. Pero lo que más atrajo su atención fue el papel pintado de las paredes: un papel infantil plagado de trenes, aviones y cochecitos, que a su paso por el armario empotrado lo camuflaba sin respeto.

Andrea conectó el radiador nada más entrar y a continuación se dirigió hacia el radiocasete, encajó una cinta y la canción de Cánovas llenó la habitación con una calidad de sonido inexplicable.

—¿Tienes frío? —le preguntó su amiga.

Se avergonzó de si misma al verse encogida con los brazos cruzados. Acertó a decir que no.

—Esto se caldea enseguida. Espera, voy a subirlo al máximo. —E hizo girar la ruedecilla del radiador hasta hacer tope.

Vera se sentó en la cama y repasó los casetes, se acercó el de Mendelssohn: *Sueño de una noche de verano*.

—¿Te gusta la música clásica? —Aprovechó para romper el hielo, su hielo. Cada vez estaba más tensa y le costaba controlar el ritmo de sus pulsaciones.

—Me gusta sobre todo esa pieza. ¿Quieres que lo pongamos?

Asintió con la cabeza y le pasó el casete.

Andrea cambió la cinta, subió el volumen y permaneció de pie a su lado escuchando, supuestamente, a la Filarmónica Checa. Ella se sintió atrapada. No sabía de qué hablar, ni era capaz de pronunciar una sola palabra, pero por nada del mundo hubiese querido escapar. Al primer quiebro de la Obertura, Andrea se puso delante de ella y la cogió de las manos invitándola a levantarse. Y allí, junto a la cama, permanecieron una frente a la otra durante unos instantes.

Su amiga comenzó a desabrocharle la rebeca, despacio y con precisión. Luego, se la quitó con dulzura y la dejó caer sobre la

cama. El corazón se le descontroló por completo. Con los brazos muertos se dejó desabrochar la camisa canela de algodón. No se atrevía a mover un solo músculo. Permaneció rígida como un palo con la mirada perdida en el suelo mientras los botones cedían uno tras otro a las manos hábiles de Andrea. Y se sintió protegida por el sujetador cuando esta la indujo a sentarse en el borde de la cama. Le desató los zapatos y la despojó de ellos como si tuviese todo el tiempo del mundo. Después, la asió con suavidad por los codos y ella se levantó. Se quedaron tan juntas que le llegaba el aliento de su respiración. Al llegar a ese punto, y sin dejar de mirarla, Andrea, le desabrochó el botón metálico, le bajó la cremallera y desde las caderas tiró del pantalón de pana hacia abajo.

—¿Me ayudas?

Las piernas le flojeaban, pero se quitó los pantalones y los dejó sobre el respaldo de la silla con toda la naturalidad de que fue capaz.

Y antes de que se diese cuenta, su amiga la había rodeado por la cintura atrayéndola hacia sí. Uno de los cochecitos rojos de la pared, seguido por el avión y el tren, parecía liderar un desfile. Por un momento creyó que avanzaban. Bajó los párpados, escondió la cara en el hombro que acogía el pelo rizado y negro y se apretó contra el cuerpo que la sujetaba. Las manos que acariciaban su espalda dieron con el broche del sujetador y lo abrieron sin dificultad. En ese momento se apretó más contra el inquietante jersey de cuello de pico. Andrea la separó con un gesto apacible, acabó de quitarle el sostén, y sin recrearse en su desnudez acercó su boca a la de ella. Se besaron con calma. Cerró los ojos mientras los labios carnosos acariciaban los suyos. Sus pezones rozaban la lana del jersey verde y sus muslos la tela basta de los vaqueros. Se sintió más desnuda que nunca, allí, de pie, en medio de la habitación entre los brazos de una mujer vestida.

—Eres preciosa —le susurró Andrea al oído.

Se ruborizó y se pegó más a ella.

Al momento, su amiga, la soltó y separándose cuanto apenas se sacó el jersey y el sujetador por la cabeza al mismo tiempo. Quedaron a su vista unas tetas grandes y firmes. Se despojó del

pantalón con la misma rapidez. Los ojos de Vera vagaron por la habitación sin saber donde posarse. Bajó la cabeza y se encontró con los dos pares de calcetines sobre el terrazo granate. Menuda foto. Guiñó un ojo ajustando el encuadre, clic. Andrea la abrazó con delicadeza y pudo sentir la presión de sus tetas contra las suyas. Le invadió un placer que ni en sus deseos más profundos había imaginado jamás. No sabía de donde había sacado el valor, pero sus brazos rodeaban a la chica. Se apretaron hasta juntar las pelvis y permanecieron inmóviles, en silencio. Intentó controlar la respiración que la delataba.

En ese momento saltaron los cabezales del radiocasete y la música de Mendelssohn se interrumpió. Sus cuerpos se distendieron.

—¿Nos tumbamos? —le sugirió Andrea en voz baja.

Vera se arrimó a la cama, apartó la manta y se dejó caer. Su amiga extraía la cinta para darle la vuelta. Desde la almohada se fijó en el cuerpo fuerte de piel morena. Pensó en las mujeres de Diego de Ribera. Despegó la cabeza y repasó el suyo, pálido y enclenque. Era delgada con las tetas pequeñas y las caderas estrechas.

Andrea le dio al *play* y se echó a su lado. La abrazó, comenzó a besarla pausadamente y posó la mano en su vientre, los dedos se deslizaron bajo la goma de sus bragas. Vera se estremeció y sin pretenderlo juntó las piernas.

—Tranquila —murmuró Andrea rozando con su mejilla la de ella.

La besó en el cuello. Y al poco sintió como sus labios blandos recorrían lentamente el escote hacia su pecho. Cerró los ojos. Cuando la boca sobrepasó su ombligo, Andrea se separó quitándose las bragas en un abrir y cerrar de ojos. Luego, echó mano a las de ella y las fue deslizando despacio.

Completamente desnudas se volvieron a abrazar. Sus dedos buscaron el pubis de su amiga y esta arqueó las caderas cuando ella posó la mano sobre el vello tupido.

Se centró en el placer de su compañera. El suyo le venía un poco grande. Andrea empezó a suspirar mientras su cuerpo se mecía al

ritmo de sus caricias. No tardó en llegar al orgasmo. Su mano estaba completamente mojada y los muslos robustos de su amiga también. Y la sábana. Andrea se relajó apenas unos segundos para volver a abrirse camino entre los labios húmedos de Vera. Pero ella se aferró toda entera y con todas sus fuerzas al cuerpo de Andrea y esta la rodeó con sus brazos.

Permanecieron un buen rato así, abrazadas, sin hablar. Y cuando ella respiró hondo su amiga se separó con suavidad, le apartó el pelo de la cara con ternura y le miró a los ojos:

—¿Cuántos años tienes?

—Voy a cumplir veintidós.

—Yo tengo veinticuatro. —Y siguió retirándole el pelo aunque ya no le hacía falta.

Los ojos de Andrea parecían querer hablar y tuvo la impresión de que iba a decirle algo.

Por un momento se sintió dentro de sus pupilas, como cuando se concentraba delante del espejo. No fue capaz de apartar la mirada y el estómago hecho una pelota pujaba por subir. Terminó por abrazarla y esconder la cabeza.

De pie junto a la silla, Vera se abrochaba la camisa:

—¿De dónde eres?

—De León.

—¿Sí? —Juntó las cejas—. ¿De la ciudad misma?

—Sí, sí. De León ciudad. Aunque aquello es casi como un pueblo. Nos conocemos casi todos.

—¿Por eso saliste de allí?

—Entre otras cosas —contestó con una media sonrisa forzada.

Vera miró su reloj mientras esperaba que su amiga se colocase los zapatos.

—Bueno, yo me voy a ir ya.

—Espera. Te quiero hacer un regalo. —Abrió el armario y sacó lo que podría ser una cajita de madera oscura.

—Toma. —Se lo acercó.

Ella lo cogió con delicadeza:

—Es muy bonito. —El iris de sus ojos revoloteaba a toda velocidad reconociendo el objeto.

Era un escritorio en miniatura con dos cajoncitos minúsculos que se podían abrir.

—Me imaginaba que te gustaría.

—Sí. Me gusta mucho —le dijo sin levantar la vista del mueblecito—. Está muy bien trabajado.

Cuando salieron de la habitación no quedaba nadie en la casa. Andrea la acompañó hasta la puerta.

El domingo siguiente volvió a la plaza de Honduras, a la misma hora. Llevaba en la mano un sobre. Dentro había una fotografía de 13x18.

El lunes se había llevado al taller su Pentax reflex con el trípode, un foco de estudio y un cartón rojo para el fondo, todo de profesional. Y se había quedado a mediodía para hacerle fotos a la miniatura que le había regalado Andrea.

Detrás de la foto había escrito con su mejor letra el final de *María y Amaranta*, una de las canciones de Cánovas:

… Se sumergieron en una liturgia
de mil caricias casi celestiales
y en la fascinación irresistible
que las atrajo desde que se vieron
como dos gotas de agua, se fundieron.

1 de Diciembre de 1976.

Entre dibujos infantiles.

Le abrió la puerta una de las chicas que había conocido la semana anterior.

—Hola. ¿Está Andrea?

—No, no está.

Las palabras resonaron en su cabeza como golpes. Se aflojó entera.

—¿Le podrías dar esto de mi parte? —le tendió el sobre—. Sí, claro. Se lo dejo en su habitación.

—Gracias. Adiós.

18 de enero de 1976, domingo

> *Te amo, Vita, porque he tenido que luchar duramente por ello. Te amo porque nunca me devolviste el anillo que te presté. Te amo porque nunca te darás por vencida. Te amo por tu refinada inteligencia, por tu ambición literaria, por tus coqueteos inocentes. Y te amo porque al parecer nunca has dudado de mi amor. Amo en ti lo que sé que también hay en mí, es decir, imaginación, don de lenguas, gusto, intuición y gran cantidad de cosas. Te amo, Vita, porque te he visto el alma.*

Cerró el libro dejando el dedo índice dentro. Se reclinó sobre el banco sinuoso de madera y cerró los ojos tratando de imaginar como sería Violet, la niña de dieciséis años que en octubre de 1910 le escribía aquella carta a Vita Sackville-West. Nunca había leído un libro que le apasionase tanto, nunca. Abrió los ojos y se acercó la portada donde en una foto sepia, Vita, alta, vestida de oscuro y con un sombrero de ala ancha, caminaba junto a otra mujer por una acera de Londres en 1913; dos hombres con sombrero de copa, los maridos, las franqueaban. Te amo, Vita, porque te he visto el alma, se repitió.

La hoja del palmito lustroso que crecía junto al banco pujaba por colarse entre una de las rendijas del asiento. Dos centímetros más y el que se siente se pincha, pensó. Giró la cabeza hacia el otro lado y entornó los ojos, el sol le daba en la cara. El suelo de tierra de la vasta explanada rezumaba una luz hiriente. Apartó la vista. El

guarda con abrigo de botones plateados se ajustó el sombrero tirolés al pasar por su lado. A lo lejos, frente a ella, una familia de domingueros con niños se abalanzaba sobre la baranda del estanque de los patos.

Volvió a abrir el libro y localizó enseguida el tramo de la historia que le interesaba. No era la primera vez que releía la novela.

> *Violet había sorprendido el secreto de mi dualidad; se centró en ello y yo no hice el menor intento para ocultarlo ni a ella ni a mi misma. Siguió leyendo. Fue infinitamente inteligente, no me atemorizó, no me apresuró, no me dejó advertir hacia dónde estaba dirigiéndome; por su parte todo fue consciente si bien yo solamente vivía la embriaguez de la liberación —la liberación de la mitad de mi personalidad. Recordó cómo le había conmovido este episodio cuando lo leyó por primera vez. Descansaba recostada en el sofá, yo estaba apoyada en el brazo del mueble. Me tomó las manos y me separó los dedos y contó las puntas mientras me decía cuánto me amaba. Nunca soñé tal arte de amar. Descendió un par de líneas. Me turbó infinitamente la suavidad de su tacto y el murmullo de su voz encantadora.*
>
> *Despertaba mis sentidos adormecidos. Sintió un cosquilleo en la garganta. Se enderezó, ahora venía el beso. Tiró de mí hacia ella hasta que la besé.* Vera cerró los párpados y respiró hondo. *Se abandonó pasivamente a mis brazos. (Todavía tiemblo al pensar en la experiencia que subyacía a su abandono).*

Apartó los ojos de la página y dio un repaso a su entorno cada vez más animado. La mimosa que tenía detrás comenzó a darle sombra. Se acabó de abotonar el anorak marrón y se levantó buscando con la vista un banco soleado. Se sentó en un carasol protegido por setos y dejó el libro a su lado boca abajo. De parte de mi amiga alemana, le había dicho Gerda cuando se lo entregó envuelto con un papel azul brillante. Qué cosas, nunca se olvidaría de la amiga alemana. Sus ojos se posaron en la contraportada de la

novela. El autor, Nigel Nicolson, hijo de Vita, la miraba desde una fotografía en blanco y negro. Cogió el ejemplar y lo abrió por donde lo había dejado. Se saltó tres páginas y prosiguió:

> *París… pasamos allí una semana, en un departamento que nos prestaron en el Palais Royal. Cómo de película… los atardeceres eran nuestros. Jamás he contado a nadie lo que hice. Vacilo al escribirlo aquí, pero debo hacerlo: eludir ahora la verdad sería jugar con mi paciencia incluso, y engañarme por añadidura. Me vestí de hombre.* ¡Joder! La frase nunca dejaría de impactarle. Dejando la mano entre las páginas, volvió a la tapa durante un segundo y releyó el título de letras rojas*: Retrato de un matrimonio. Debió resultar bien el disfraz, porque nadie me miraba con la menor curiosidad ni suspicacia.* Descendió media página de golpe… *anduve en taxi con Violet hasta Hyde Park Comer. Nunca me sentí tan libre como cuando bajé del coche y empecé a caminar por Piccadilly sola, a sabiendas de que si me encontraba con mi madre ella no se fijaría en mí. Andaba fumando un cigarrillo, y le compré un periódico a un niño que me llamó «señor». Las mujeres me asediaron.* Se rascó frenéticamente la cabeza por detrás. Acopló el libro en su regazo y se presionó los ojos con la zona almohadillada de las palmas hasta que aparecieron cambiantes formas abstractas de colores. *Y volvió a Vita. Me preocupaba el tono de voz, pero descubrí que podía desfigurarla lo suficiente. Fui con Violet hasta Orpington en tren, y allí encontramos una pensión con una habitación disponible. La dueña de la casa era muy benevolente y presenté a Violet como mi esposa.* Era increíble. Lo que estaba leyendo había transcurrido en la segunda década del siglo. Y ella, cincuenta años después, había llegado a pensar que era la única chica en el mundo a la que le gustaban las mujeres.

Levantó la vista y se topó con la cabina de teléfonos, la misma que le había subyugado una mañana, más fría que aquella, en que

había estado esperando a Susana. Se veía allí con catorce años, sentada en un extremo de la escalera alargada del restaurante, con la cazadora azul y los ojos clavados en la cabina. Si hubiese podido llamarla…, pensó entonces, pero le habría reconocido la voz, seguro.

Había ocurrido hacía ocho años. Recordaba que eran casi las once de la mañana y había estado esperando desde hacía más de una hora. Los domingos la explanada se llenaba de gente. Pero ese día era sábado y cuando había llegado no había un alma. Solo estaba la vendedora de alpiste preparándose el puestecito. Se sentó en uno de los escalones largos del edificio de una sola planta. Había quedado allí con Susana a las diez y media para ir a tomar apuntes. El próximo trabajo de modelado iba a ser un animal corpóreo. Susana le había propuesto ir juntas al zoo de los Viveros y quedaron en la puerta del restaurante. Se abrazaba las piernas dobladas sin quitarle ojo a la cabina novísima. Hacía frío. Debería de haberse puesto el abrigo nuevo, pero se gustaba más con la cazadora azul marino. Le encantaba la cremallera. Se levantó de la escalera y fue a sentarse a un banco de madera a donde daba el sol. Desde allí seguía viendo la entrada al restaurante. La plaza continuaba vacía y las palomas se iban dejando ver a cuentagotas. Miraba el reloj constantemente. A las once y cinco apareció en la explanada un anciano con abrigo largo, sombrero y el periódico debajo del brazo. Se dirigió a la zona soleada y se sentó en una de las sillas. Automáticamente apareció el guarda no se sabe de donde con el talonario de recibitos, le dio uno al señor y este le pasó la peseta. A las once y diecisiete minutos ella se levantó del banco y volvió a sentarse en las escaleras, temía que no se vieran si Susana pasaba rápidamente por allí. Dejó la carpeta de cintas en el suelo y metió las manos en los bolsillos de la cazadora. Cuando su reloj marcaba las once y veinticinco empezó a pensar en la posibilidad de que Susana no acudiese. Aunque todavía elucubró con lo lejos que vivía, con los retrasos de los tranvías y con la parada al otro lado del río. Empezó a notar una presión en la garganta. A las once y media se despegó del peldaño y se dispuso a pasear bajo el sol sin perder de vista ni un momento los cuatro accesos a la explanada. Una mujer joven con un racimo enorme de plátanos

cruzó la plaza en un santiamén. El anciano y ella la siguieron con los ojos hasta que desapareció tras una caseta. Volvió a la escalera y clavó la vista en la cabina. Si hubiese podido llamarla… Seguramente Susana ya no acudiría. Rebuscó en el bolsillo donde llevaba las monedas y sin sacar la mano comprobó que tenía una ficha de teléfono. Igual no le reconocía la voz si le decía enseguida que era Vera… El número se lo sabía de memoria desde que oyó como se lo dictaba a Magda hacía más de un año. No la había llamado nunca. Sin embargo sí que lo había usado en varias ocasiones suplantando a una chica imaginaria.

Cogió el libro de Vita, lo miró por delante y por detrás sin fijarse en lo que estaba mirado. Lo abrió al azar, puso la mirada perdida sobre un párrafo, lo cerró y alargó la mirada hasta la cabina.

Se puso a repasar mentalmente las veces que había marcado el número de casa de Susana. La primera vez fue desde un guateque con la intención de divertirse un rato. La idea había salido de Mariví y ella se ofreció para llamar. Susana no estaba y habló con su madre haciéndose pasar por una tal Pepita. Recordaba como sus amigas revoloteaban a su alrededor reprimiéndose las risitas. Las siguientes llamadas que hizo a casa de Susana fueron siempre desde una cabina. Volvió a marcar el número durante las vacaciones de Navidad de ese mismo año. Regresaba a casa desde el taller de su padre y nada más cruzar el río divisó una cabina en su camino, a lo lejos. Durante el tramo que recorrió hasta llegar a ella se pensó si entraría o no. Entró:

—¿Diga?

—¿Eres Susana?

—Sí, soy yo. ¿Y tú?

—Bueno, no me conoces. Te llamo en nombre de mi hermano. Él es el que me ha dicho que hable contigo. Quiere que te diga que está enamorado de ti. No se atreve a llamarte por si lo reconoces.

Como si fuese ahora recordaba como el corazón le iba a cien y le entrecortaba las palabras.

—Pero… ¿quién es?

—Es que no te lo puedo decir, se lo he prometido.

—Dame alguna pista, dime por lo menos si es del barrio o de la escuela. —Se había hecho un silencio corto—. ¿Lo conozco solo de vista?

—No, de verdad, no te puedo decir nada; se moriría de vergüenza si adivinases quien es, y se enfadaría mucho conmigo.

—¿Sabe que tengo novio?

—Sí que lo sabe, por eso le da también más apuro dirigirse a ti.

—Bueno, pues yo no puedo hacer nada. Lo siento por él.

—Ya, solo era eso, que supieras que le gustas mucho y que te quiere, dice que eres la mujer de su vida.

—¿Está ahí? Dile que se ponga.

—No, no, qué va, no está aquí. Voy a colgar, yo ya te lo he dicho todo. Adiós.

Al salir de la cabina se había secado la frente con la palma de la mano.

El día del zoo se habían hecho las doce menos veinte y no se atrevía a abandonar la escalera. Ya no se presentaría. Un par de niñas pasaron corriendo por delante de ella con la risa enredada por el esfuerzo. Volvió a pensar que a lo mejor se había retrasado por algo. Si pudiese llamarla… En total habían sido tres veces las que había hablado con ella, lo malo era que nunca había disimulado la voz. Se daría cuenta enseguida, la iba a reconocer en cuanto abriera la boca. Se estrujó las manos durante un rato, de eso también se acordaba. Por fin se puso de pie, se subió hasta arriba la cremallera de la cazadora azul y con la carpeta bajo el brazo dio la última mirada a las cuatro entradas a la explanada. Comenzó a andar lentamente en dirección al zoológico. Se paró, dio media vuelta y clavó los ojos en la cabina impecable.

—¿Diga?

—¿Susana?

—Sí, soy yo.

—Soy Vera.

—¡Ah!, hola.

—Te llamo desde los Viveros, como habíamos quedado… ¿Vas a venir?

—No, al final no puedo ir, y como no te podía avisar… Tengo que salir con mi madre. Y también quería aprovechar para lavarme el pelo.

—Bueno, pues hasta el lunes.

—Ya nos veremos. Y lo siento. Adiós, Vera.

—Adiós.

Nunca más había vuelto a marcar el número de Susana.

Ahora seguía con la vista pegada a la cabina de teléfonos. Uno de los cristales resistía en su sitio a pesar del agrietado concéntrico. El armazón metálico estaba plagado de rayas y golpes. La puerta permanecía abierta y el auricular pendía del cordón.

—¡Vera! —Llum la llamaba mientras se acercaba sorteando a las palomas que picoteaban por el suelo.

Se miró el reloj y sonrió.

10
EL CARTEL DE OLIVIA

13 de noviembre de 1969, jueves

Las dos hojas altísimas de la puerta de arco de medio punto de la sencilla portada barroca se abren acompañadas de un chirrido. Un chico cargado con enormes ramos de flores blancas que le tapan la cara cruza la verja y sube con rapidez los peldaños que llevan a la entrada de la parroquia. Se le tuerce un pie y da los siguientes pasos cojeando. Las luces del interior de la iglesia se van encendiendo por tramos. En el otro lado de la calle, Vera, apoyada en la tapia gris rata, se mira los zapatos de colegiala. Detrás de sus piernas, en el suelo, descansa su cartera. Una mujer que arrastra de la mano a dos niños repeinados pasa por delante de ella. El más pequeño lloriquea. Vera los sigue con la vista hasta que tuercen la esquina. En ese momento, un Citroen dos Caballos invade la calle vacía y la recorre despacio. Los ojos de Vera le acompañan. Al poco, un hombre con la calva cubierta con parte del pelo lateral y una mujer entrada en carnes caminan directos hacia la iglesia. Ella va delante, llega a la puerta, se asoma y da media vuelta:

—Vamos. Aquí no hay nadie.

El hombre estira de la punta blanca que le asoma por el bolsillo superior de la chaqueta de invierno y saca un pañuelo, se seca el sudor de la frente. Cruzan la calle cogidos del brazo y se acercan a Vera. La mujer se suelta de su acompañante y se planta frente a la niña:

—Buenos días, cariño. ¿Sabes si esta es la iglesia de San Pascual Bailón? —Y se cierra el escote estirando de las solapas de otomán verde.

—Sí, es esta. —Despega la espalda de la pared.

—Gracias, guapa. —Hace ademán de volverse. Se detiene—.

¿Tú también vienes a la boda?

—Sí, soy compañera de Susana.

—¿Y todavía no ha llegado nadie?

—No, *yo* no he visto a nadie y llevo aquí un rato. La iglesia la acaban de abrir.

—Bueno, esperaremos. —Se estira otra vez las solapas y vuelve junto al hombre—: ¿Qué hora es, Manolo?

—Las nueve y cuarto —contesta él mientras se pasa el pañuelo por la nuca—. Ya ves tú para qué tanta prisa.

Una mujer con falda gris, rebeca gris y medias gruesas grises, sale de la iglesia y barre los peldaños de la escalera.

—¡Peque! —grita Marga agitando el brazo desde la esquina. Lleva tacones, una falda crema plisada y una chaqueta azul plomizo. Va maquillada en tonos claros—. ¿Dónde está la gente? —pregunta a dos metros de su compañera.

—Solo han llegado estos señores —contesta girando la cabeza hacia su derecha.

Marga les sonríe a la vez que su vista los barre de arriba abajo:

—Buenas.

—Buenas —responde la pareja a dúo.

Vera se mira el abrigo marrón jaspeado, se lo abrocha hasta arriba y estira del cuello de la camisa dejando a la vista tres centímetros de la tela ocre, luego se tensa los calcetines:

—¿Sabes si va a venir Dori?

—Me dijo que sí. —Marga se mira el reloj—. Acompáñame a la tienda de allí enfrente. Estoy desmayada, no he tenido tiempo ni de desayunar.

—Yo te espero aquí, que estarán a punto de llegar.

—¡¿Qué dices?! Antes de las nueve y media no puede aparecer Susana. Eso es así. Vamos. —Y coge a Vera por el brazo.

En el ultramarinos no hay nadie comprando. Marga se arrima al mostrador y señala con el dedo unos pasteles redondos con un agujero en el medio:

—¿Me pone dos?

En la acera Marga le pasa uno a Vera.

—Ya verás que buenos están. Yo los probé por primera vez la semana pasada. —Da un bocado—. Mmm… Están riquísimos —farfulla con la boca llena.

—No los había visto nunca.

—Se llaman Donuts.

—Ya, lo ponía en la caja. —Y levanta la vista hacia la iglesia—. Date prisa, mira, ya hay gente.

Se acercan apresuradas hasta la puerta.

—¡Ves! Aún no han llegado los novios —exclama Marga con un brazo en jarras—. Tranquila.

—Ya.

—Oye, peque, ¿y si entramos y nos sentamos?

—Vamos a donde estábamos antes. —Vera traslada los ojos a la acera de enfrente—. Así los vemos llegar.

Cruzan al otro lado y se sitúan junto a la mujer de otomán verde y su compañero. Marga se enciende un Winston y se recuesta en la tapia. Cuatro chicos jóvenes conversan en la misma acera.

Un seiscientos gris claro irrumpe en la calle y se para junto a la puerta de la verja. El novio de Susana, que va junto al conductor, baja del coche con el motor en marcha, dobla su asiento y ayuda a salir a la señora que viaja en la parte de detrás. El vehiculo arranca y se estaciona más adelante. El novio y la señora, con chal oro viejo y vestido azul oscuro tornasolado que le cubre las rodillas, se colocan delante de la escalera de la iglesia. Los cuatro chicos de la acera de enfrente agitan los brazos mirando al novio. Este, rígido como una estatua, les envía una sonrisa débil. La señora de azul y el prometido de Susana permanecen de pie pegados al primer peldaño. Miran al infinito en silencio, aislados del resto de la gente. El chico lleva un traje marrón claro, con el cuello de la camisa blanca desabrochado, el pelo cortado a navaja y los zapatos relucientes.

En la acera y en el empedrado del otro lado de la verja se van formando grupos. El murmullo crece y todos giran la cabeza cuando se oye pasar algún coche. Vera y Marga continúan junto al muro gris. Vera se quita la horquilla esmaltada que le sujeta el flequillo, se aplasta el pelo sobre la parte alta de la frente y se la vuelve a

enganchar:

—Desde aquí lo vemos todo de maravilla, ¿no?

—Pues sí, la verdad es que no nos perdemos detalle. —Marga se pone de puntillas—. Pobre chico, se le ve nervioso, ¿verdad?

Vera se encoge de hombros y levanta las cejas.

Un mil quinientos blanco con flores blancas en los tiradores se acerca despacio a la entrada de la parroquia. El novio, bajo la mirada helada de la señora de azul, se acerca al coche y abre la puerta trasera. De ella sale Susana toda de blanco: el vestido corto, el abrigo tres cuartos sin botones, los zapatos y el tul minúsculo que le cubre la cabeza. El ramo de novia es un manojo de flores de azahar. Nadie se atreve a respirar. Al mismo tiempo, un hombre de pelo negro ondulado con traje oscuro y corbata plateada sale presuroso por la otra puerta trasera del mil quinientos. Alcanza a Susana y la coge del brazo.

—¡Lo ves! Va de corto —le espeta la mujer de la chaqueta escotada al hombre de su lado—. Ya te lo decía yo. Está preñada.

—¡Hostia! Haz el favor de no gritar, qué se va a enterar todo el mundo. —Y da una calada al resto de cigarrillo que sujeta entre los dedos—. ¡Yo que sé! —exclama dejando salir el humo por la boca —. A mí me dijo mi primo que se casaba el chiquillo y ya está. ¡¿Qué más te dará a ti?! ¡Cojones!

Vera se queda mirando a Marga con la expresión en blanco y esta frunce levemente el ceño:

—¿Qué pasa?

—Nada —susurra Vera bajando la vista.

—¿No lo sabías?

Vera mueve la cabeza con los ojos clavados en el suelo.

—¿Cómo puede ser? Si lo sabemos todas. —Repasa el cierre de su bolso de mano y luego se ahueca el pelo por detrás—. Bueno, venga, vamos, que ya está entrando todo el mundo.

Se sientan en una de las últimas filas. La nave, simple y carente de estilo, es de planta rectangular. En el testero un semicírculo a modo de ábside acoge al altar. Las baldosas marrones del suelo imitan al mármol. Un rincón del fondo acoge un órgano moderno y

pequeño. El taburete que le acompaña está vacío. Los novios, emparejados con los padrinos, avanzan hacia el altar en completo silencio. Todos los ojos están puestos en ellos.

La ceremonia se celebra sin misa. Susana y su novio, de pie, escuchan al sacerdote, que les habla de espaldas a la mesa de piedra. Ella se tambalea, pierde el equilibrio y se inclina hacia su pareja. Cuarenta y dos ays desembocan en un murmullo que invade la sala. Desde la primera fila, una mujer vestida de satén claro se levanta de un brinco. Llega justo a tiempo para ayudar a sostener a Susana.

Los cuatro amigos del novio, sentados delante de Marga y de Vera, cuchichean sin parar:

—No me extraña. Si cuando ha bajado del coche estaba más blanca que… ¿No os habéis dado cuenta?

—Bueno, en su estado… en fin.

Uno de ellos se acerca a la oreja del que tiene al lado:

—Pobre chaval, ha metido la gamba hasta el cuello.

—Ese ya no acaba la carrera.

—Chssss.

—Chssss. —Varias cabezas se giran hacia los chicos.

Susana se recupera y el cura acelera los trámites.

Los novios, cogidos de la mano, comienzan a recorrer el pasillo hacia la salida. Vera y Marga se levantan. Alcanzan el patio y se quedan de pie frente a la puerta.

Los recién casados salen de la iglesia y dos niñas lanzan con ímpetu puñados de arroz contra ellos. Susana, pálida como la cera, sonríe cada vez que alguien se le acerca.

—¡Vamos, ahora! ¡Venga! —Marga empuja a Vera. Esta se zafa de la presión en la espalda a tres pasos de Susana y se coloca en segundo puesto.

La expresión de la novia se ilumina al verlas:

—Hola.

—¡Princesa! Estás guapísima. —Marga la abraza y le estampa un par de besos—. Qué seáis muy felices. De verdad.

La mirada de Susana se desliza hasta Vera, que se mantiene retirada.

—Hola, Vera. —Le sonríe.

La joven se le acerca y le da dos besos:

—Enhorabuena. —Sus labios se curvan levemente.

—Me alegro mucho de que hayáis venido. ¿Y Dori?

—No sé. Ayer me dijo que vendría. —Marga abraza su bolso—. Bueno, pues… nosotras nos vamos. Qué tengas un feliz feliz día. —Y le lanza un beso al aire con la mano—. Adiós.

Vera levanta el antebrazo con la mano abierta.

Cruzan la verja y pasan por delante del coche blanco con flores blancas en los tiradores. Vera se para y lo mira por dentro.

—Bueno, niña, ¿qué hacemos ahora? —Marga se alisa la falda y se estira la chaqueta.

—Si nos damos prisa podemos llegar a la segunda clase.

—¡Uy! Lo último que haría yo ahora.

—Pues yo sí que me voy a ir para allá. —Se cruza la cartera.

—No sé qué hacer. No tengo ganas de nada. —Despega un pie del suelo y se lo mira—. Creo que me marcho a mi casa y me quito los tacones.

—Yo me voy corriendo. —Y se baja de la acera—. Hasta mañana.

—Adiós, peque.

Vera cruza la calle y se detiene junto a la tapia. Mira hacia la iglesia. El novio tiene a su mujer cogida por el hombro y la aprieta contra sí.

12 de abril de 1970, domingo

—Me voy, que hemos quedado en casa de Mariví a las cuatro. —Vera cruza el comedor mientras sus padres y su abuela terminan de comer.

Matteo se sirve el último dedo de vino que queda en la botella:

—Aún falta más de media hora.

—Pues si llego antes ayudaré a Mariví a preparar la merienda.

—Al final, ¿que le regaláis? —pregunta Elena mientras acaba con los restos de la ensalada común.

—Un disco grande de los Beatles. Lo compró ayer Mariví.

—¿Y cuantos vais?

Vera está con un pie en el recibidor:

—Me parece que cuatro chicos y cuatro chicas. —Da media vuelta—. Me voy, que aun se me hará tarde.

—¡Oye!

—Quéééééé.

Su abuela la mira con el cuchillo en una mano y una naranja a medio pelar en la otra:

—¿Y piensas ir a un cumpleaños con esos pantalones?

—Pues claro. Hoy en día la gente va como quiere, ¿aún no te has enterado? —Y se va directa hacia la puerta—. Hasta luego.

—Ponte recta. —Grita la abuela.

—Hola, Vera. —Una mujer con delantal gris abre la puerta mazacote de par en par—. Eres la primera. Pasa, pasa. Mariví está en el comedor con los preparativos.

Vera responde al saludo desde la acera y cruza el umbral.

—¿Y qué, cuándo os cambiáis al piso nuevo? —pregunta la mujer mientras cierra la puerta.

—Mi padre dice que a finales de este mes. Ya están llevando trastos.

—Ale pues —concluye con golpe lateral de cabeza.

Dos sillones de madera de olivo con asientos de cuerda franquean la entrada del vasto recibidor; el centro de la estancia lo marca una mesa grande de caoba oscura con un tapete de ganchillo sobre la tapa; y al fondo, dos mecedoras de rejilla encaradas limitan la puerta que da al patio. Las baldosas hidráulicas repiten dibujos geométricos de colores. A cada lado se alinean tres puertas. Vera dobla por la última de la izquierda, la única abierta.

Mariví, de pie en medio del comedor con los brazos cruzados,

recorre con los ojos una y otra vez la mesa, las sillas, el aparador… Se gira hacia la puerta:

—¿Ya estás aquí? Qué bien. —Su sonrisa amplia deja al descubierto una ristra de dientes perfectos—. Deja ahí la rebeca. —Y señala una de las sillas pegadas a la pared—. Entre las dos acabamos de arreglar esto en un momento.

Encima del trinchante reposan dos bandejas repletas de triángulos de pan bimbo rellenos de fiambres; también dos platos grandes con papas, un cuenco con aceitunas rellenas, ocho vasos vacíos y un paquete de servilletas de papel.

—Ayúdame a arrimar la mesa. —Mariví pone las manos debajo de la tapa—. Ya son las cuatro, ¿verdad?

—Menos cinco.

—Vamos a apartar también las sillas.

—Vale.

Mariví se asoma a la puerta y mira a derecha e izquierda:

—No hay moros en la costa. —Y se acerca a la oreja de su amiga —: El ligue de Lola va a traer una botella de ginebra para hacer cubalibres.

En ese momento suena el timbre de la puerta estridente como una alarma.

—Voy a abrir yo que mi madre no conoce a casi nadie.

Es César con un chico algo grueso y más bajo que él. Entran los tres en el comedor y Mariví se les arrima. Les susurra lo de la botella de ginebra. César le pone la mano a su amigo en la espalda y lo acerca hacia Vera:

—Vera, este es Arturo.

El chico le tiende la mano:

—Encantado. César me ha hablado mucho de ti. —Sus ojos son grandes y redondos.

Ella le ofrece un amago de sonrisa.

Vuelve a sonar el timbre, César y Arturo se convulsionan en un acto reflejo.

—Vera, ¿abres tú? —Mariví coge a Arturo por el brazo—: Acompáñame a por los discos y el tocadiscos. Los tengo en mi

habitación.

Lola y su ligue están cogidos por la cintura cuando la puerta se abre.

—Hola. —Vera les invita a pasar arrastrando el aire con la mano —. Venga, que son casi y cuarto.

—¿Ya ha llegado alguien? —pregunta Lola metiéndose en la casa.

—César y su compañero del instituto, se llama…

—¿Se lo mezclamos con los discos para que se lleve una sorpresa? —Le enseña un paquete plano y cuadrado envuelto en papel de regalo.

—Bien.

Lola se muerde los labios y luego se los humedece con la lengua:

—¿Y cómo es el amigo de César?

—Tiene buena pinta.

El ligue larguirucho de Lola, con traje crema y corbata, lleva la chaqueta hecha un ovillo en el brazo. Pasan bordeando la mesa de caoba y suena la campana del timbre desde muy cerca.

—¡Cuidado! —grita Lola.

El ligue, con las rodillas dobladas, hace malabarismos sujetando el gurruño de tela gris.

Vera da media vuelta:

—Voy a abrir. Será el novio de Mariví. O la compañera.

Vera llega al comedor acompañada de una chica grandota con falda y el pelo recogido.

—Esta es mi compañera de secretariado. —Mariví la presenta pasándole el brazo por el hombro.

La chica cuelga su bolso en el respaldo de una de las sillas pegadas a la pared y se sienta juntando las rodillas. El ligue de Lola se apoya en el trinchante y posa los ojos sobre los sándwiches triangulares.

El timbre de la puerta irrumpe de nuevo en la casa. La anfitriona sale disparada y al momento regresa al comedor con un chico moreno y fornido que le besuquea en los labios.

Las saetas del reloj de péndulo marca las cuatro y media. La

madre de Mariví asoma la cabeza recién peinada por la puerta del comedor:

—¿Ya estáis todos?

—Síííí, mamaaa.

—Bueno, nosotras nos vamos.

—Yo no voy, menudo aburrimiento. —La carabina entra y se sienta. Se cruza de brazos y baja la cara con el ceño fruncido—. Yo me quedo aquí en el guateque —refunfuña.

—¡Levanta! Y tira para afuera si no quieres que te de un bofetón aquí mismo delante de todos. —A la mujer se le escurre el bolso del hombro—. Venga. Qué ya hemos hablado antes.

La hermana de Mariví se levanta manteniendo los brazos cruzados y las facciones de la cara contraídas. Sale del comedor por delante de su madre.

La puerta de la calle se cierra, el tocadiscos comienza a funcionar y el ligue deja la botella de Larios sobre la mesa dando un golpe. César rodea a Vera por la cintura, se la acerca y empiezan a bailar. Él huele a after shave. Coge la mano de ella, la lleva junto a su pecho y la retiene allí. Suena *Magical mystery tour*. El muchacho separa su mejilla de la de Vera:

—¿Y tú celebras el santo o el cumpleaños? —Le mira a los ojos mientras le habla.

—El cumpleaños. En mi casa no se celebran los santos. —Y pone la vista en una de sus manos, que descansa sobre el hombro de César—. De todas formas no sé si tengo.

—¿No tienes santo?

—Que yo sepa, no.

—Pues no me invitaste a tu cumpleaños —le recrimina despegándose de ella.

—Es que casi no nos conocíamos. Además, este año nos fuimos Lola, Mariví y yo solas a merendar por ahí.

Los Beatles siguen con su canción a cuarenta y cinco revoluciones por minuto. El ligue se encaja un sándwich en la boca y lo sujeta con los dientes. Rodea a Lola con los brazos, ella se le cuelga del cuello y se aprietan.

Mariví va repartiendo los cubalibres mientras su novio ordena los discos.

—Yo soy el *disk-jockey*. Me encanta.

—Pero que sean todas lentas que mola más —balbucea el ligue con la boca llena.

Mariví le pasa el vaso lleno:

—¿Qué quiere decir eso de mola? —le pregunta torciendo la cadera.

—¿No lo has oído nunca? —Le da un trago largo al cubalibre—. En el almacén lo dice to cristo.

—En mi clase también lo dice mucha gente —corrobora Lola—. Quiere decir que una cosa es lo más de lo más.

El *disk-jockey* pincha a Simón y Garfunkel, separa los bailes que están junto al tocadiscos y sube el volumen.

—*¡Los Sonidos del Silencio!* Me encanta —hace saber Mariví con una caída de párpados. Al momento, coge a su novio por el brazo y lo arrastra hasta el centro de la habitación. Se le coloca delante, le pone las manos sobre los hombros y se le arrima—: Esta canción es larga.

Arturo está sentado junto a la nueva. Se ladea hacia ella:

—¿Bailamos? —le sugiere en voz baja.

César y Vera se mueven abrazados, despacio, al compás de la música. Él despega la cara del cuello de su chica, la contempla y le roza la mejilla con el dorso de los dedos:

—Estás guapa, tan rojita. —Arrima de nuevo su mejilla a la de ella y le susurra al oído—: Muy muy guapa. —Se vuelve a separar y la contempla, esta vez callado.

Entretanto, el ligue de Lola atrapa otro triángulo:

—¿Y no hay tarta de cumpleaños? —pregunta mientras escudriña el interior del sándwich.

—Sí, hombre. Con diecisiete velitas y todo —salta Mariví con los brazos en jarras—. Serás cursi.

—Vera, acompáñame a la cocina a por hielos, plis. —Lola sujeta con una mano la cubitera y con la otra atrapa el hombro de su amiga separándola de su pareja—. A este paso nos terminamos la ginebra.

Entran en la cocina y Lola mira detrás de ellas:

—Pon ahí la cubitera. —Con la barbilla señala el banco de granito pegado a las pilas mientras mantiene la bandeja de los hielos debajo del grifo—. Aquí, aquí, ven. —Le da un vistazo a la puerta —. Acércate. Oye —musita—, ¿te has dado cuenta cómo se les pone el paquete a los chicos? Duro como una piedra. —Su mirada vuelve a la puerta—. Es un escándalo cómo se clava. Pero duro duro, ¿eh?

Vera arquea la boca hacia abajo y mira hacia otra parte.

Arturo y la chica nueva bailan juntos una canción tras otra. Sus cuerpos se mantienen a un palmo de distancia.

Ha anochecido cuando desde el comedor se oye la puerta de la calle.

—¡Mi madre! —Mariví da un vistazo rápido al comedor—. ¡La botella!

—Yo ya me tengo que ir. —La chica nueva recoge su bolso y se lo cuelga.

La acompañan todos y salen de la casa. Se quedan hablando bajo la vieja higuera exuberante.

—Bueno, yo también me voy. —Arturo levanta la palma de la mano—. Ha sido un placer. —Y se acerca a Vera:

—Me ha gustado mucho conocerte —le confiesa bajando la voz —. Hasta la vista.

Se sonríen.

12 de mayo de 1970, martes

Anochece. Un par de chicas cuchichean arrinconadas en la penumbra de un portal. Mariví las observa desde el otro lado de la calle con la cabeza girada mientras camina:

—Mira aquellas. —Le da con el codo a Vera y suelta una risita —. Parecen tortilleras, o lesbianas, como se diga. Lesbianas, ¿no?

Vera arquea la boca hacia abajo, mira al suelo y aprieta el paso.

7 de junio de 1970, domingo

—Qué marabunta. —César se para en seco y se gira—. No empujes, por favor.

—Cómo es la gente. Lo mejor es levantarse cuando ya ha salido todo el mundo.

—Tienes razón, Lola, parecemos borregos. —Y continúa avanzando tieso como una estaca en medio de los apretujones.

—¡Va! Callaos y palante. —Refunfuña el ligue detrás de ellos.

Vera se despega del grupo y se adelanta deslizándose entre la marea humana.

—¡Vera, espera! Que nos vamos a perder. —El grito de César sobresale del murmullo que invade el vestíbulo.

Ella se vuelve:

—Estoy fuera —les informa levantando la voz.

Ocho fotogramas brillantes se exponen en la pared cerca de la puerta de salida. Vera se acerca al panel y se detiene a medio metro de las fotografías. Sus ojos saltan de una a otra demorándose en alguna mientras rechaza impasible los empujones.

—Vera. Por favor. —Lola, seguida del ligue, se aproxima a su amiga sorteando a la gente que se le cruza—. Que te estábamos buscando por la calle. No sé por qué te has tenido que ir por delante. —Y se coge del brazo delgado de su pareja—. Venga, vamos.

Vera sale la primera a la calle. César la sigue y busca su mano:

—Menudo llenazo.

Ella asiente con la cabeza.

Los cuatro cruzan la calle zigzagueando entre parejas de

adolescentes acaramelados que permanecen estancados en la calzada. Se suben a la acera. Vera libera su mano, se da la vuelta y levanta la vista hacia lo alto de la fachada del cine de donde pende un cartel enorme. Bajo los nombres de Olivia Hussey y Leonard Whiting, el retrato de una chica con atuendo renacentista ocupa la mayor parte del póster; un joven con ropa de la misma época aparece en segundo término. El título *Romeo y Julieta*, con grandes letras naranjas en cursiva, cruza la parte de abajo en diagonal.

—¡Que estos se largan! —César vuelve a atrapar la mano de su amiga—. ¿Qué miras? —Estira de Vera y comienzan a caminar—. Lola dice qué si vamos a la plaza del Collado a tomar algo.

—Vale —contesta con la vista clavada en el cartel.

—Oye, ¿te pasa algo? Parece que vengas de un entierro, ¡redéu!

Cogen el ritmo de sus amigos. Al llegar a la esquina ella gira la cabeza y levanta los ojos hacia la parte alta del cine.

—¡Venga! —César le da otro tirón.

La distancia entre los otros dos y ellos va en aumento. El chico presiona la mano de Vera y acelera la marcha:

—Voy a empezar los exámenes trimestrales —le anuncia con la vista puesta en Lola y el ligue.

—Yo también tengo exámenes.

Él se gira hacia su amiga:

—Estoy pensando en hacer medicina, ¿sabes?

Vera asiente con la cabeza.

—Cómo ahora me caiga alguna mi padre me mata. —Se acopla un mechón de pelo detrás de la oreja—. De todas formas intentaré salir un rato el sábado o el domingo.

—Bien.

—Desde luego… —refunfuña—, parece que re dé lo mismo que quedemos o no.

Llegan a la plaza del Collado cogidos de la mano y con las caras largas.

11
EL ROTHKO VERDE Y NARANJA

17 de marzo de 1976, miércoles

El silencio de la calle era amenazador.

El viento se había parado por completo. Una luz débil y fría luchaba por acabar con la noche mientras las farolas apagadas protegían el gris oscuro del asfalto. Las hojas de los árboles permanecían inmóviles. No había pájaros, no había gatos, no había pasos. El ambiente cargado y pesado como el plomo se podía cortar con un cuchillo.

Vera, asomada al balcón del primer piso, agarrada a la barandilla, permanecía inmóvil sin atreverse a respirar. Con los ojos como platos, sin parpadear, miraba fijamente la esquina donde comenzaba su calle, una calle estrecha. De repente apareció un gigantesco coche fúnebre tirado por cuatro caballos negros. Una figura lúgubre con chistera lo conducía. La carroza avanzaba lentamente tambaleándose. El traqueteo de las cuatro grandes ruedas de madera y el golpear de los cascos sobre el pavimento retumbaban con una nitidez siniestra.

Continuó inmóvil sin apartar la vista del espectro. Un sudor frío le recorrió la espalda y apretó con todas sus fuerzas el hierro que tenía entre las manos. Los caballos, erguidos, con sus penachos, arrastraban el féretro hacia su balcón. Según se acercaba parecía aumentar de tamaño. Una potente cruz se afianzaba en el montículo del techo de la carroza caoba oscura y dos ángeles casi corpóreos con las alas extendidas custodiaban la urna de cristal desde cada lado. Al pasar bajo sus pies el cochero levantó la cabeza y clavó sus ojos en los de ella sin mover un solo músculo del rostro. Se soltó de la barandilla y dio un paso hacia atrás. Tropezó con la puerta. Entro en su dormitorio. Las piernas le temblaban. Se miró los pies y frunció

el entrecejo: iba con zapatos y llevaba pantalones. ¿Cómo es que iba vestida a esas horas de la madrugada?

Volvió a acercarse al balcón pero se quedó paralizada antes de alcanzar la cristalera. Un mal presagio se apoderó de ella. Dio media vuelta. Comenzó a andar lentamente por el corredor que atravesaba la casa. Miró el interruptor de la pared y prosiguió caminando en penumbra evitando hacer cualquier ruido. De repente el suelo empezó a balancearse como si estuviese en un barco. Dando tumbos se apoyaba en una y otra pared con los brazos en cruz. Aguzó la vista: según avanzaba, el pasillo se alargaba, crecía. La luz que salía del dormitorio de sus padres se alejaba más y más con cada paso que daba. Apretó los dientes y se concentró en ir ganándole terreno a aquella angostura.

Exhausta, se quedó a un paso de la puerta por donde se colaba el día. El corazón se le salía del pecho y le costaba respirar. Se agarró al marco y sin soltarse asomó la cabeza. El alba inundaba la habitación. Donde debería estar la cama, el ataúd de la carroza fúnebre reposaba sobre dos caballetes. Le pareció enorme. En la pared de la cabecera se apoyaba vertical la tapa caoba brillante, en la que resaltaba un crucifijo de bronce. Se soltó del marco de la puerta, y pegada a la pared, encogida, se fue arrastrando hacia la caja. Cuando alcanzó a ver el interior, con los ojos fuera de las órbitas, se echó instintivamente hacia atrás. Sobre el terciopelo rojo acolchado yacía César, blanco como la cera y con el pelo más negro que nunca. Las manos cadavéricas le cruzaban el abrigo azul marino.

Aquella noche se había despertado a las cuatro de la madrugada sudando y muerta de miedo. Fue en el setenta y dos. Habían pasado… cuatro años. Entonces ella era la novia de César y Arturo el amigo inseparable. De aquel trío, si se podía llamar trío, solo seguían relacionándose los marginados: Arturo y ella. Ahora eran muy amigos. Y se podía decir que los dos habían encontrado su camino.

—El tren, con destino Barcelona —la voz amplificada se multiplicaba con los ecos— está estacionado…

Vera descruzó los pies y despegó la espalda del cartel de

Soberano. No había entendido nada, entre los ruidos y el vocerío… Se giró y buscó en el panel de salidas. Es el mío. Volvió a reclinarse y apoyó la cabeza sobre la mano gigante de la rubia impresa que exhibía la botella de coñac. Cerró los ojos. Al momento levantó la vista y le echó una ojeada al reloj modernista de la estación. Se acopló la chaqueta de tela de gabardina sobre el hombro, alzó la maleta roja del suelo y se encaminó hacia la vía número tres. Las fallas se quedaban al otro lado de la estación y Arturo la esperaba en Sants con su nuevo ligue.

27 de marzo de 1976, sábado

El Dianne 6 furgoneta de color crema estaba a punto de entrar en el pueblo de Chulilla. Las salpicaduras rosáceas de los almendros en flor iluminados por el sol de la tarde habían ido apoderándose de los campos según recorrían la carretera. El paisaje le recordaban a algún cuadro de Van Gogh. Se le hizo un nudo en la garganta y se le empañaron los ojos. Bello hasta el empalago, como una tarjeta postal. Respiró profundamente.

—Ya estamos llegando —le informó Carmen, que iba de copiloto. Y estiró el brazo—. Allí en el cruce tienes que girar a la derecha.

—¿Has estado muchas veces en el chalet de Nuria?

—Con esta, tres.

—¿Y sus padres no vienen nunca?

—Me parece que no mucho. ¡Gira! ¡Gira! Que te pasas. En dos minutos se plantaron delante de la casa, y mientras aparcaban se le alegró el cuerpo al ver en el jardín, sentadas alrededor de una mesa de *camping*, a Gloria, Nuria, su hermana y su novia.

—¡No sabía que estaba Gloria! —exclamó Carmen—. Qué guay.

—Yo tampoco. Mejor más gente.

La novia de Nuria fue la primera en levantarse y salir a su encuentro:

—Qué pronto habéis llegado. Os estábamos esperando para dar una vuelta. Pasad y os digo dónde tenéis que dejar las bolsas.

—Si salimos ya aún tendremos dos horas de luz —comentó Nuria animada—. Podemos llegar hasta el río. —Y se giró hacia su hermana—: ¿Coges tú las llaves?

Vera se colgó la Pentax y estuvo haciendo fotos entre los almendros: una con una flor en primer término y las amigas desenfocadas al fondo, otra donde una rama se recortaba sobre el cielo todavía azul. Encuadraba con el objetivo y ya veía la imagen en el papel.

Gloria y ella caminaban detrás del resto, y después de cada foto aceleraban el paso.

—¿No has vuelto a ver a tu novia? Bueno, la que era tu novia. —Miró el cinturón ancho de Gloria mientras le hacía la pregunta. La verdad es que le quedaba muy bien.

Algo, no sabía qué, le atraía de Gloria. O simplemente le gustaba su forma de ser, tan clara. ¿O era el cinturón? Su comisura izquierda se elevó por si sola.

—No, no la he vuelto a ver. No sé dónde se meterán. Para mí, que la sinvergüenza esa que me la quitó no está por ir a sitios de entendidas.

La novia de Nuria se giró desde unos veinte metros más adelante:

—¡Venga, chicas! —gritó agitando el brazo en alto.

Qué plomo de tía.

Arrancaron a andar rápido las dos a la vez. El camino iba pegado a un muro antiquísimo. De no ser por algún que otro ladrillo de barro que se adivinaba alineado entre el amasijo, cualquiera hubiese dicho que era una excavación en la montaña. Por un momento le pareció reconocer el lugar y le pasó por la cabeza que alguna vez había soñado que estaba allí. Pero ella no creía en esas cosas.

Era media noche cuando la novia de Nuria sacó la botella de Freixenet en una cubitera. ¿Se podía pedir más?: *champagne*,

chimenea, amigas de confianza… y lo mejor de lo mejor: ¡lesbianas todas! Las seis alrededor de la chimenea, Nuria tumbada en el sofá, su novia en el suelo pegada a las faldas, Carmen y Gloria bien repantigadas en los sillones, y la hermana de Nuria y ella habían optado por los puffs, algo raídos pero comodísimos.

Durante toda la velada no pudo dejar de pensar en cómo dormirían, quién con quién, en qué habitación, en qué cama. Tampoco sería tan raro que acabase durmiendo con Nuria, imposible no era. Volvió a repasar las opciones.

—Cada una que se acueste donde quiera —les había dicho Nuria al enseñarles los dormitorios antes de cenar.

Una habitación tenía una litera, otra dos camas pequeñas y la tercera una cama pequeña y otra de canónigo. Los tres dormitorios eran contiguos, dos a la derecha del pasillo y uno al fondo.

Nuria apoyaba la cabeza en el brazo del sofá. Las llamas de la chimenea le teñían el pelo del color de los hilos de la luz después de pelarlos. Recordó cuando cambiaba los plomos de su casa antigua. La observaba de refilón y su mirada volvía a vagar de un lugar a otro para volver a posarse en ella casi enseguida. Así una y otra vez. No creo que hoy duerman juntas, ¿no son tan abiertas? Apuró el último trago y se giró hacia Carmen, que tenía la botella al lado.

—¿Me pones un poco? —Levantó la copa.

Dio otro sorbo y dejó con cuidado el espumoso en el suelo.

No lo había pensado, pero cabía la posibilidad de que Nuria dijese: ¿Quién duerme conmigo? O ¿quién comparte habitación conmigo? El corazón le golpeó un par de veces el pecho. Ella diría: yo. Se atrevería, seguro que se atrevería. Volvió a vaciar la copa. En ese momento Nuria se incorporó y se quedó sentada en el sofá:

—Creo que me voy a acostar ya. —Se frotó los ojos con las yemas de los dedos. Luego, miró a su hermana—: ¿Cogemos tú y yo la habitación del medio?

Si le cae encima una piedra de las pirámides de Egipto no la habría destrozado tanto. ¿Cómo se había hecho ilusiones? Una mancha de aceite en el suelo era algo más que ella. A partir de ese momento todo le daba igual: dormir con Gloria, con Carmen, sola,

incluso no estar allí. Pensándolo bien estaría mejor en su casa.

Finalmente Carmen y ella durmieron juntas en la cama de canónigo y Gloria en la cama pequeña de la misma habitación. La novia de Nuria se fue a dormir sola a las literas. Carmen no se había traído pijama y se acostó con una camiseta. Su respiración se fue acompasando dulcemente. Olía bien. Ella estaba cansada pero no conseguía relajarse y conciliar el sueño. Recurrió al truco de dejar sola a su cabeza: camino forzado en silencioso barniz de necios venideros necios venideros en las ruinas de la nostalgia que duerme bajo la mesa rebelde con suflé carnoso y asteriscos de nieve híbrida noche corrupta en la arista insaciable de la barandilla luciérnagas y algarrobas de cinta siniestra sobre peldaños manidos después del convite la obscena correría del martillo deshuesado se balancea en el dominio y arriesga la lombriz del durmiente laminado de babas asustadas que arrastran la vaina de almidón y se sumerge en la tierra de goma deshecha por vendajes imposibles y colillas el invierno sucumbe en el charco de arena y el barro estriñe la benevolente discreción del archivo blando con supuestas matrices de jengibre negro…

Por la mañana después del desayuno la novia de Nuria y ella coincidieron un momento a solas en la cocina.

—Anoche, cuando dije que en mi habitación había una litera libre, lo dije por ti.

Se sorprendió a sí misma pensando que a lo mejor no habría estado mal.

3 de abril de 1976, sábado

Hacía justo una semana que había quedado con Llum en verse allí, en Colors, pero no aparecía. Tampoco había ido ninguna de sus amigas. Se acordó de Andrea, no había vuelto a verla. Decidió acercarse a la cabina que había junto a la puerta del Mercado

Central para llamar a Llum. Con lo formal que es… Dejó el dinero de la consumición sobre el mármol y atravesó la puerta. En la acera de enfrente estaba Reus hablando con una chica que ella conocía de vista, una chica menuda que siempre se movía pegada a otra tremendamente delgada y huesuda.

A un metro de la cabina esperó a que se le acabasen las monedas a la mujer que hablaba acaloradamente. Iba para rato. Pasó un cuarto de hora.

—Llum, ¿no vas a venir? —Estampó la pregunta sobre el auricular mostoso en cuanto le llegó el diga de su amiga.

—Te he llamado a las ocho y tu madre me ha dicho que ya habías salido.

—Sí, es que había quedado con Arturo. Pero, oye, ¿no sales hoy?

—No, no puedo salir. Se me ha echado el tiempo encima para terminar un trabajo. Lo tengo que entregar en la facultad el martes a primera hora. Mañana quiero madrugar. Y tampoco me encuentro muy bien.

—¿Qué te pasa?

—Nada, que estoy un poco resfriada. Si quieres quedamos el viernes que viene.

—Vale. —Qué remedio, pensó.

Cuando volvió a Colors ya había un grupito de gente sentada en la acera pasándose el porro.

—Ven. —Reus golpeaba el rodeno desgastado del bordillo con la palma de la mano invitándola a sentarse.

Dio un vistazo al interior del bar antes de acoplarse en la acera. El porro lo tenía la chica que había visto con Reus. Estaba sentada enfrente de ellas.

—Venga, Juana, pásalo ya —le espetó el chico que tenía al lado dándole un codazo.

—¡Calla, Coño!

La exclamación hizo que su vista se posara automáticamente en ella. Aprovechó para observarla con detenimiento. Llevaba un corte de pelo que no hubiese sabido si calificarlo de moderno; desde luego osado sí que era, largo por detrás, con patillas a lo chico, y un

flequillo casi a ras del nacimiento. El pantalón de punto se le ceñía a las piernas como si fuesen leotardos, y le estaban tan cortos que los botines de punta le quedaban completamente al descubierto.

—Oye, Vera —Reus reclamó su atención—. ¿Me puedes dejar quinientas pesetas para comprar chocolate? La semana que viene te lo devuelvo.

Sin pensarlo, sacó el dinero que llevaba en el bolsillo del pantalón y le pasó un billete.

—El viernes te lo devuelvo —insistió mientras se levantaba.

Seguro que no me lo devuelve. Soy tonta del culo. Tenía que haberle dicho que no tenía. ¡Gilipollas! Soy gilipollas. Con lo que cuesta de ganar. Bueno, igual aparece otro día con el dinero, tampoco la conozco tanto. La siguió con los ojos y vio como se acercaba al chico apalancado junto a la puerta de Colors. Le intercambió el billete por un trozo de hachís. Sus ojos volvieron a Juana, que en ese momento se estaba rascando los brazos con desespero por encima de las mangas del jersey, un jersey fino de cuello desbocado, que al contrario que los pantalones le estaba enorme.

—Toma. —Reus le ofreció a Vera el canuto recién encendido mientras expulsaba a bocanadas el humo por la boca—. Este chocolate está cojonudo.

Le dio una calada y se lo pasó a Juana estirando el brazo. Ahora se sonaba con un pañuelo enorme. Cuando no estaba fumando, porque se encendía un cigarro detrás de otro, se estaba rascando, y cuando no sonándose; incluso podía fumar, rascarse y sonarse a la vez.

En cuanto el porro terminó su ronda, Juana se levantó y se le acercó:

—¿Me acompañas?

—¿A dónde?

—A la pensión. Tengo que recoger una cosa.

—¿Está lejos?

—Qué va, esta muy cerca. Lo que pasa es que si voy sola se me hace largo.

Vera se levantó con desgana. Vaya rollo. Ni de pequeña le había gustado acompañar a sus amigas a los recados.

El olor a humedad y el aspecto decadente de la pensión calaron en ella en cuanto entraron. Se introdujeron en la escalera estrecha y vieja, y en un abrir y cerrar de ojos se plantaron en el segundo piso. Juana llamó a una de las puertas. Les abrió la chica huesuda. A partir de ese momento la obviaron por completo. De pie, con la puerta a la espalda, sus pupilas escrutaron el cuartucho en un santiamén: dos camas de setenta, un armario desvencijado de railite oscuro, una tulipa colgando del techo con una bombilla de pocos vatios y una mesita pegada a la pared con un flexo encendido, a la que se sentó la chica delgada. Podría ser una escena de la Nouvelle vague, en blanco y negro. Entornó los ojos. ¿O del Neorrealismo italiano?, no, de la Nouvelle vague.

—¿Ya has terminado? —le preguntó Juana a su compañera de habitación.

—Me falta un poco —contestó con una voz oscura sin levantar la cabeza del papel sobre el que trabajaba.

Tenía varias hojas de letraset sobre la mesa y, efectivamente, estaba traspasando letras a una cuartilla.

—¿A ver? —Juana se arrimó al escritorio mientras se rascaba el costado con desazón—. Está un poco chapuza ¿no? Te podías esmerar más.

—La próxima vez lo haces tú —le replicó en voz baja.

—¡Hostia! Bueno, vale. ¿Cuántas tienes?

—Esta es la tercera.

—Pues con tres ya está bien. Termina y me voy.

—Podías ir recortando esas dos —le sugirió señalando con la cabeza los papeles que esperaban en el canto de la mesita—. La cuchilla está en el cajón.

Juana terminó enseguida. El lomo de una revista le hizo de regla para dar un par de cortes a cada papel. Luego los dejó caer sobre la cama medio deshecha en la que Vera permanecía sentada.

Las cuartillas recortadas se iban de escuadra, se dio cuenta enseguida. Con discreción, se fijó detenidamente en ellas intentando

averiguar de qué iba aquello. ¡Jolín!, eran recetas. No lo podía creer, si parecían de verdad.

—Toma —la chica huesuda le pasó a Juana la tercera—, fírmalas tú y les pones el número.

Antes se encendió un cigarro que colocó *ipso facto* en un cenicero lleno de colillas. De sopetón, se quitó el jersey quedándose desnuda de cintura para arriba. Tuvo el tiempo justo para verle las tetas antes de bajar la cabeza, de adolescente. Después, le arrebató al respaldo de una silla una camiseta gris verdosa como la de los marines de las películas americanas y se la encajó en un abrir y cerrar de ojos. A continuación se puso el jersey encima.

En cuanto Juana cerró la puerta de la habitación tras ellas se acopló un cigarrillo en la boca:

—¿Llevas coche?

Vera pensó que era la primera vez que Juana le miraba al hablarle.

—Sí. Bueno, es una furgoneta.

—¿La tienes cerca? —El pitillo apagado se le bamboleaba entre los labios.

—Está aparcada detrás del mercado.

—Vamos a mirar en la farmacia de la esquina, a ver cuál está de guardia. Si queda lejos me llevas, ¿vale?

Le hubiese gustado volver a Colors y ver si había acudido alguna de sus amigas. Pero como sospechó, tuvieron que ir a buscar la furgoneta.

—Yo conduzco. —Juana puso la palma de la mano hacia arriba esperando recibir las llaves con las que ella acababa de abrir la puerta del coche.

El primer semáforo se lo pasaron en rojo sin disminuir siquiera la velocidad. Presionó el pie derecho contra el suelo. No tenía que haberla acompañado a la pensión. Siempre le pasaba igual. ¡Joder!, era la tonta de turno.

—¿Vamos bien por aquí? No llevo mucho tiempo en Valencia.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! —gritó chafando de nuevo la alfombrilla con todas sus fuerzas.

La furgoneta giraba para coger la perpendicular. Juana agarró la curva a demasiada velocidad y se metió en la calle haciendo eses. Se subió al bordillo. Un chico que caminaba por la acera se aplastó contra la fachada:

—¡Hija puta!

—¡Cabrón! —respondió Juana sacando la cabeza por la ventanilla. Y continuó en recto con una sola mano al volante mientras se encendía otro cigarro.

Vera la miró de reojo. En que mala hora le he dejado las llaves, hostia.

—¿Tienes carné de conducir? —Le hizo la pregunta en cuanto se imaginó la respuesta.

—No. —Dio una calada—. Pero no te preocupes, no es la primera vez que manejo un coche. —En ese momento cogieron la calle Guillem de Castro y se puso a ochenta sacando el brazo extendido por la ventanilla—. ¡Me encanta conducir!

Tenía el corazón en la garganta y rezaba por llegar cuanto antes a la farmacia. Su cuerpo resistía tenso y las manos le dolían de tanto aferrarse al asiento de skay. Volvería a casa con la furgo abollada y rallada, eso con suerte. Estaba sudando.

—¡Para! ¡Para! Que es por aquí.

Juana dio tal patada al freno que de milagro no salieron despedidas por la luna delantera.

En cuanto doblaron la esquina, vislumbró a lo lejos la cruz verde parpadeando. Resopló y se quitó el sudor de la frente con el anverso de la mano. ¡Joder! A la vuelta la cojo yo.

10 de abril de 1976, sábado

—¿Esa es la camisa que te compraste la semana pasada? —le preguntó su madre mientras dejaba la fuente de huevos rellenos sobre la mesa.

—Sí.

—¿No tienes una parecida?

—Sí, pero está muy gastada.

Su madre, que ese día lucía un suéter azul de cuello de barca fino y ajustado, se sentó y comenzó a servir:

—Con la de cosas bonitas que hay ahora. Ya podías haberte comprado algo más alegre. Además, parece que vas siempre con lo mismo. Estrenas una prenda y ni se nota.

—Bueno, a mí me gusta ir así, ¿vale?

—¿Cuantas camisas blancas tienes? Por lo menos cuatro.

—Porque me combinan con todo.

—¿Y esa no te está un poco grande?

—¡Collins!

Ya le había dado la comida.

—¡Xe! ¡Calleu-se ja! —se inmiscuyó su padre blandiendo el tenedor.

Le encantaban los huevos rellenos. Su madre le había puesto cuatro mitades sobre el lecho de lechuga troceada. Encima de cada una, sobre la mahonesa, reposaba una tirita de pimiento morrón con una aceituna negra hincada en el centro. Se quedó contemplando las simetrías del plato, uno de los medios huevos estaba un poco al bies, cogió el cuchillo y lo enderezó. Ya no sabía si tenía hambre. ¿Cómo era posible? Y se le habían ido las ganas de contarles lo del piso. El día anterior había ido a verlo con el propietario. Me tendré que hacer el ánimo. Lo mejor es que coma y que lo cuente pronto. No tengo ganas de historias. Sus padres aún estaban dando cuenta de la primera pieza y ella ya tenía el plato vacío.

—Ayer fui a ver un piso.

—¡Carai! Pensat i fet —soltó su padre.

—¿Por qué zona está? —preguntó su madre después de manchar el agua de su vaso con unas gotas de vino.

—Está en la calle Correjería. Es un tercer piso.

—Será una finca antigua, ¿no?

—Claro.

—¿Es pequeño?

—Sí, creo que está por los cuarenta y cinco metros.

—Sí que es pequeño —intervino su padre con la boca medio cerrada. Estaba a mitad del bocado.

—Pero es muy chulo. Tiene un balcón muy bonito. Y le da el sol casi todo el día.

—¿Y el baño y la cocina? —prosiguió su madre.

Jolín, esto parece un tercer grado. Bajó los párpados un instante. Mejor pasar.

—Bueno, el váter está en la galería. Es que el piso no debe de haberse reformado nunca y será de los años veinte por lo menos. La cocina tiene mucho encanto. Está pintada en un ocre fuerte. Y la pila de mármol… —extendió los brazos todo lo que pudo— es enorme, casi serviría de bañera. La despensa…

—Trae la fruta —le cortó su padre.

—¿No vas a tomar un poco de queso? —Su madre le arrimó el plato de manchego.

—Va, un trosset. —Y echó mano a una de las lonchas triangulares.

Vera se levantó y se hizo con el frutero de cerámica del aparador. Pesaba como un muerto.

—Pues en la habitación que da al balcón pondré el estar. Arturo me traerá el sofá de un amigo, que ya no lo quiere. Dice que es azul. Había pensado ponerle almohadones de azules diferentes.

—¿Ya tienes claro que lo vas a alquilar? —preguntó su padre con la vista en la fruta.

—Sí. —Bajó la cabeza, pinzó con los dedos un trocito de lechuga huérfano que le quedaba en el plato y se lo metió en la boca.

—¿Pero te has comprometido ya con el dueño? —Ahora le preguntaba su madre.

—Sí. —Levantó la vista y los miró a los dos—. Me parece que es una ocasión. Arturo vino a verlo conmigo y a él también le gustó mucho.

—¿Y cuanto tienes que pagar al mes? —quiso saber su madre.

Su padre, que estaba rebanando un plátano, se detuvo para mirarla.

—Cuatrocientas pesetas.

—Bueno. —Su madre se abandonó al respaldo de la silla.

—No está mal —corroboró su padre.

Ella cogió también un plátano, era lo más fácil de pelar.

—Cuando queráis os lo enseño, ya tengo las llaves.

24 de abril de 1976, sábado

Circulaban por la nacional III y acababan de pasar por el Pantano de Alarcón. Juana y ella se habían acoplado en la parte posterior de la cabina de la grúa que arrastraba al Dianne.

¿Me acompañas a Madrid?, le había preguntado Juana el domingo anterior. Irían el sábado para volver el domingo. Dormirían en casa de una amiga.

La furgoneta se había quedado parada en medio de la carretera y tuvieron que caminar hasta un restaurante que vieron a lo lejos para poder llamar por teléfono.

Cuando el conductor de la grúa las había recogido las examinó de arriba a abajo con descaro. Y ahora no les quitaba ojo desde el retrovisor. Ella bajó la cabeza y se acurrucó lo que pudo para desaparecer de su ángulo de visión. No tardaron más de veinte minutos en llegar a un taller que había a la entrada de Honrubia.

—Hay que cambiar el palier —les comunicó el mecánico.

Menos mal que había cogido dinero por si pasaba algo, pensó. Comieron en el bar de al lado mientras esperaban, y a media tarde prosiguieron hacia Madrid.

—En cuanto lleguemos tenemos que ir a un sitio —le dejó caer Juana con el codo fuera de la ventanilla—. Me están esperando. Pero terminaré enseguida. Luego te llevo a cenar a una tasca estupenda.

—¿Conoces Madrid?

—Cuatro años chafándola. Hasta que nos fuimos a Valencia —

contestó sin dejar de frotarse el brazo. Hacia rato que había comenzado y parecía no poder dejarlo.

—Yo he estado una vez, pero de pequeña.

—Mira ese. ¡Chulo de mierda! —gritó con los ojos en el deportivo rojo que estaba adelantándoles—. Pásale tú ahora. ¡Apriétale! Apriétale a fondo.

—Ahora no puedo que viene un camión de cara. —Joder, qué nervios.

En el momento en que entraban en Madrid anochecía. Y cuando llegaron a pie a la plaza donde Juana había quedado era completamente de noche. Tuvo la sensación de que entraban en algún sitio cerrado o, por lo menos, cercado. Cuánta gente por todos lados: grupos bajo las farolas, hileras de personas sentadas por las aceras, corros por el centro de la calzada impidiendo la libre circulación de los coches; y las entradas de los múltiples bares, taponadas por el gentío. El que más y la que menos se movía de un lugar a otro con la cerveza y el porro en la mano. Todo quisquí hablando y trapicheando parecía conocerse entre sí. La misma Juana, que encajaba a la perfección en el lugar, saludaba a unos y otros mientras iban atravesando la plaza: un hervidero que le recordaba a los mercados medievales que había visto en las películas. ¡Era Colors a lo grande! Y le gustó.

Se pararon delante de un bar de donde salía a todo volumen una canción en inglés que no supo reconocer. Una quincena de personas se agolpaba junto a la puerta.

—No te muevas de aquí. Vuelvo enseguida. —Juana dio media vuelta sin esperar comentario alguno.

La siguió con la mirada hasta que la vio unirse a un grupo que charlaba en el centro de la plaza.

En ese momento una chica rubia de pelo largo y falda corta salía del bar contoneándose. Mecánicamente, ella arrastró la atención hacia su propia acera. La rubia comenzó a bailar en medio de la calle. Otra chica se bajó al asfalto y se apuntó al ritmo, le faltó tiempo para abrazarla por la cintura. Y sin dejar de bailar la besó largamente atrayendo la atención de todo el mundo. Les haría una

foto. Una imagen única, allí en medio de la calle. Las contempló sin pestañear, hasta que alguien bajó el volumen de la música y se separaron. Se había olvidado de Juana, giró la cabeza y la localizó al instante, aún seguía con la misma gente. Menuda cuadrilla.

Un hombre de edad indefinida con barba larga pasó pisando huevos por delante de ella dejando un lastre de mal olor. No respiró durante treinta segundos contados. ¿Qué plaza será esta? Se dio la vuelta y buscó a derecha e izquierda de la fachada. A pocos pasos había una esquina. Se aproximó a ella al tiempo que agradecía separarse del follón. Con la cabeza levantada localizó la placa antes de llegar: Plaza de Chueca.

Volvió a controlar a su amiga y se sentó en el bordillo con el ánimo de esperarla. Se miró el reloj. Vaya rollo. En la esquina de enfrente dos chicos cuchicheaban apartados de la luz, tenían pinta de maleantes. De nuevo posó la vista en Juana, que seguía hablando con los mismos. En ese momento vio cómo el chico pegado a ella sacaba de la mochila pequeña que le colgaba del hombro un envoltorio del tamaño de un libro de bolsillo. Juana se lo cogió y lo embutió en la bandolera que escondía su cazadora tres tallas grande.

Al poco regresaba buscándola. Vera se puso en pie. Su amiga llevaba un porro entre los dedos y se lo pasó al llegar:

—Voy un momento con esta gente a la boca del metro. Enseguida vuelvo. No te muevas.

Qué mierda. Ya ves tú a qué van ahora a la boca del metro.

No había pasado ni un cuarto de hora cuando la vio volver con una sonrisa de oreja a oreja, raro en ella.

—Venga, vamos a tomar a algo.

Doblaron la esquina y siguieron por una calle estrecha poco iluminada. Pasaron por delante del hombre maloliente, que sentado en la acera se cubría con los brazos la cabeza apoyada en las rodillas.

La tasca seguía como debió de inaugurarse en los años treinta. Unas estrías verticales surcaban la madera oscura que forraba la parte frontal del mostrador, y la tapa de granito estaba tan desgastada que había perdido las aristas. El murmullo allí dentro era ensordecedor y no cabía un alfiler. Pero Juana no tardó en hincar el codo en la barra

y a los cinco minutos ya tenían su hueco.

—¿Qué va a ser? —les preguntó el camarero mientras pasaba con energía la bayeta por el mostrador. Su delantal blanco dejaba mucho que desear.

—Dos cañas, cuatro albóndigas y dos pinchos de tortilla —contestó su amiga. Y se giró hacia ella—: ¿Pedimos también una de callos? Son los mejores de Madrid. Están de cojones.

El camarero sonrió.

—Bueno. —No los iba a probar, de pensar en los despojos con los que lo hacían…

Devoraron literalmente lo que tenían en los platos. Nueve horas desde la comida de Honrubia.

—¿Cuánto es? —Vera se dirigió al delantal con manchas de varios días.

—Deja, ya pago yo —le atajó Juana.

—No, da igual. —Y arrastró quinientas pesetas sobre el granito.

Juana apartó el billete con la mano que sujetaba el cigarro recién encendido:

—Me toca invitar a mí, que estamos en mi terreno.

—Vale, como quieras. Si te empeñas, paga tú.

Jolín, qué morro. Qué cara tiene. Y encima se creerá que no me entero, que soy gilipollas. Bueno, un poco gilipollas sí que soy, sí.

La casa donde iban a dormir estaba a cinco minutos andando. Según Juana, su amiga pasaba el fin de semana fuera de Madrid. Encontraron la llave escondida en una cavidad que el marco de la puerta dejaba en la parte alta.

El piso era pequeño y solo tenía un dormitorio. En cuanto pisaron la alcoba, ella, se dejó caer en la cama y llevó la mirada al techo. Cogería la furgo y me largaría ahora mismo, yo sola. No sé qué hago aquí con esta. Aunque tuviese que dormir en el arcén.

Juana, que volvía del baño, entró en la habitación con un pañuelo mojado. Se sentó a su lado y empezó a limpiarse las narices. Vera se quedó con la vista enganchada en la pared de enfrente: un desconchado dejaba a la vista un rectángulo verde que resaltaba sobre el naranja uniforme. Bien podría ser un Rothko, pensó.

Se acordó de sus amigas, de todas. A lo mejor estaban en Colors. Entrelazó las manos nerviosas preguntándose que hacía allí. Parezco un paquete, ¡Joder! Es que no sé decir que no. Unas veces me va mejor que otras, pero a fin de cuentas, paquete. Paquete cobarde. Nunca propongo. Nunca pido. No elijo. Yo no elijo nada. No escojo mi propia suerte. De novela barata, pero me vale.

Volvió al Rothko. Se imaginó con una llave en la mano. Sacaría el blanco del enlucido para recuadrar una porción de naranja con el verde abajo.

Juana se sonaba exhaustivamente una y otra vez hasta que no debió de quedarle nada dentro. Se metió el pañuelo todo lo hondo que pudo y le dio más y más vueltas con el dedo. Luego, continuó expulsando aire con fuerza y, por último, insistió con el pañuelo repasando la parte más exterior de los orificios.

Cuando hubo terminado se tumbó a su lado.

—¿Te desnudas? —le propuso mientras se quitaba la camiseta —. Podríamos hacer el sesenta y nueve.

El despertador del suelo marcaba las dos y diez cuando se encontró haciendo el amor con un culo entre el olor agrio de unas sábanas que debían de llevar más de un año sin lavar.

12
CAMPOS DE TIERRA

1 de agosto de 1970, sábado

Elena transporta una maleta mediana de cartón forrada con papel-tela gris a cuadritos. Vera camina a su lado con un macuto escocés cruzado a la espalda. Doblan la esquina y cogen la calle de Colón. A cien metros, un grupo de gente se pega al autobús aparcado junto a la acera.

—A ver, ¿tú como te llamas? —le pregunta a Vera una mujer joven con camisa blanca en cuanto las ve llegar. Lleva una libreta en la mano y un lápiz en la otra.

—Vera Mateu.

La joven arrastra la punta del lápiz levantada por el borde del papel.

—Muy bien. Cuando quieras puedes subir. —Y traza una rayita en la lista junto al nombre de la niña—. La maleta ahí. —Mira a Elena y señala con el lápiz las tripas abiertas del autocar.

Vera y su madre permanecen plantadas entre los grupos de madres y niñas que parlotean.

—Métete la camisa por dentro del pantalón —le manda Elena a su hija. Y le echa un vistazo a la cintura—. Parece que no te has acabado de vestir.

—Pues a mí me gusta así.

Permanecen cinco minutos más junto al autobús, calladas.

—Bueno, me parece que aún tardaréis en salir. Creo que me voy a ir ya. —Elena le da dos besos a su hija—. Súbete y coge sitio, ¿no?

Vera asiente con un golpe de cabeza.

—Acuérdate de mandarnos una tarjeta.

La niña vuelve a asentir.

—Adiós —se despide Elena. Da cinco pasos, se gira, levanta la

mano y la agita.

Desde lo alto del autobús, asomada a la puerta, la adolescente sigue a su madre que se aleja por donde han llegado.

La mayor parte de las plazas están ocupadas. Desde el principio del pasillo los ojos de Vera recorren con rapidez las filas de asientos. Durante un segundo se detienen en la jovencita de pelo negro y lacio que está sentada junto a una de las ventanillas centrales. Se saca el macuto por la cabeza y se dirige hacia ella.

—Hola, ¿está libre? —pregunta con la vista puesta en el asiento vacío.

—Sí, sí. —La chica muestra una sonrisa generosa—. Puedes dejar eso ahí arriba —señala las redes que tiene encima—, que encara n'hi ha puesto.

—Gracias.

—¿Vas sola?

—Sí, ¿y tú?

—Jo també. Aquí es que muchas van en grupo porque son del mismo colegio.

El motor comienza a rugir y el autobús a vibrar.

—¿Eres de Valencia? —prosigue la niña.

—Sí.

—Yo soy de Sueca. ¿Sabes dónde está?

Unas palmadas les hace mirar hacia delante.

—¡Nos vamos! No quiero ver a nadie de pie. ¿Entendido? —El autocar da un tirón y la mujer de la camisa blanca se tambalea. Se agarra al respaldo del conductor.

—Es la mando —informa a Vera su compañera de asiento.

Un grupo de madres agitan sus pañuelos desde la acera con el brazo levantado, algunas se ponen de puntillas, y un par de ellas arrancan con el autobús acompañándole unos metros. Vera las observa a través de la ventanilla.

El murmullo en el interior se multiplica por momentos.

—Pararemos un rato en carretera para comer —continúa la mando elevando la voz—. Supongo que todas llevaréis bocadillo. ¡Silencio! —grita. Se calla durante unos segundos y luego añade—:

Llegaremos a San Rafael sobre las seis de la tarde.

Una de las niñas de las primeras filas levanta la mano:

—Señorita, ¿podemos cantar canciones?

—Dentro de un rato, ¿de acuerdo? Cuando salgamos de Valencia. —Y se deja caer en el asiento individual de cabecera.

La niña de pelo negro y lacio se gira hacia Vera:

—¿Es la primera vegá que vas a un albergue de la Sección Femenina?

—Sí, es que no sabía que existían. ¿Tú has ido a alguno?

—Qué va, ma mare no me dejaba. —Tira la cabeza hacia atrás y con una sacudida la larga melena se le acopla como un manto—. ¿Y cómo te enteraste?

—Pues que una chica de mi calle contó que había estado en uno.

—Ah. —Y clava los ojos en su compañera—. ¿Cómo te llamas?

—Vera. ¿Y tú?

—Ana. —Le da definitivamente la espalda a la ventana—. ¿Tienes novio? —le pregunta en voz baja.

—Bueno, salgo con un chico.

—¿Es guapo?

—A mi me parece que sí. No sé. —Y lanza una mirada hacia la parte de afuera—. Ya vamos a coger la carretera.

—¿Cantamos? —grita una niña del final.

Todas se giran y la mando se levanta:

—Chisss. ¡Callaos! Ya os avisaré yo. Qué aún no hemos salido de Valencia. —Se sienta—. Qué pesaditas —susurra.

—Pues hay un chico en mi pueblo que va raere de mi. —Ana vuelve a recolocarse aproximándose más a Vera—. El otro día en el baile de la plaça se me declaró. —Y se alisa la falda del vestido estampado sin mangas.

—¿Estabais bailando?

—Sí, cogido. Pero yo le dije que me lo tenía que pensar. —Otra sacudida de cabeza y la melena se desliza de nuevo—. No sé si me gusta. Además, ma mare diu que soy muy pequeña para ir con chicos. —Se levanta y abre la ventanilla apaisada de la parte alta—. Qué calor. —Vuelve al asiento y se frota los dedos que han tocado el

pasador contra la palma de la otra mano—. Pues, hace lo menos un año que lo llevo pegado: que si te duc la cartera, que si te acompaño, que si te'n véns al cine… La verdad es que me lo paso bien. —Y sonríe guiñando los ojos—. ¿Tu novio cómo se llama? ¿Llevas alguna foto?

—Se llama César, pero no es mi novio, solo somos amigos.

—¿No se te ha declarado?

—No.

—¿Y sales con él?

—Sí. —Se pone de pie y coge el macuto—. Tengo una foto.

Ana fija la vista en el libro que Vera deja sobre el asiento: *La vida sale al encuentro*.

—¿La llevas ahí?

Vera acopla el macuto en la red, coge el libro y se sienta:

—Mira. —Abre la novela por la última página y le pasa el retrato.

La foto en blanco y negro de sombras duras está tomada en la playa. César lleva el cuello del niqui claro despasado y el pelo mojado; mira a la cámara con los ojos entornados.

—¡A ver!, ¡a ver! —Dos cabezas se asoman por los respaldos de delante—. ¡Venga, pasadla!

Ana aparta la foto de la mano que se le viene encima:

—Un momento, que jo estic primer. —Se la acerca—. Pues sí que es guapo. Me encantan los chicos con el pelo largo.

La mano sigue revoloteando en busca del retrato.

—¿La paso? —pregunta Ana.

—Vale.

Las cabezas de los respaldos se juntan:

—¡Jo! Está cañón.

—Cañón, cañón.

La mirada de Vera se pierde entre los campos de tierra que desfilan rápidos por la ventanilla. El libro descansa junto a su pierna. Ana lo alcanza:

—¿Lo puedo ver? Una amiga mía me ha dicho que está molt bé. —Acaricia la portada con la palma de la mano—. Yo me he traído

el segundo. Se titula *Cierto olor a podrido*, acaba de salir. Si quieres cuando los terminemos nos los podemos cambiar. —Y pasa el índice por el nombre del autor—. ¿Sabes que Martín Vigil es un cura?

—Sí. —Los ojos se posan en la novela—. Me está gustando mucho. Casi lo he terminado. Me da pena que se me acabe.

—Pues nos los cambiaremos, ¿vale?

—Vale.

—¿Cantamos *Clavelitos*? —pregunta otra vez la voz del fondo.

—Piiiiiiiii… —El pitido resuena en medio del recinto extenso.

Ciento treinta y cinco niñas pululan por el césped plagado de calvas cerca de la fachada principal de la casona mientras las maletas se amontan en las escaleras señoriales que dan acceso al portón.

—¡Atención! Piiiiiiiii… —Las venas cobran relieve en el cuello de la mando de Valencia. Ahora lleva uniforme: la blusa blanca y una falda fruncida a rayas azules con un corpiño rojo en la cintura—. ¡Todas aquí! —grita—. ¡Ya! —Y agita la mano en lo alto con los ojos puestos en el grupo más lejano—: ¡Vosotras! ¡Acercaos!

Plas, plas… Otra de las mandos, también con uniforme, da cuatro palmadas:

—¡En fila! ¡Por edades! —ordena a voz en grito. Y con el brazo extendido les indica—: Aquí las de catorce, aquí las de quince y aquí las de dieciséis.

Ana se coloca en la segunda fila y Vera en la siguiente.

—Ahora cogéis vuestro equipaje y subís al primer piso, que es donde están los dormitorios. Las de dieciséis años al A, las de catorce al B y las de quince al C. ¿Está claro?

Una niña de la fila central levanta la mano:

—¿Las de quince adónde?

—¡Escuchad! No lo volveré a repetir: las de catorce al B, las de quince al C y las de dieciséis al A.

Dos palmadas más de la mando valenciana:

—Vamos niñas. Para arriba.

Vera sale disparada de su fila y se le acerca:

—¿Yo puedo ir con las de quince?, es que vengo sola y me he hecho amiga de una chica en el autobús.

La mando la observa unos segundos:

—Bien, pero primero tendréis que buscar a alguien de quince que se pase con las de tu edad.

Vera alcanza a Ana antes de que esta llegue al montón de equipajes:

—He pedido permiso y me dejan cambiarme a tu habitación. Como no conozco a nadie más…

—Qué bien. —Ana sonríe—. Me parece que hay literas, ¿prefieres arriba o abajo?

—Me da igual.

—Vais al C, ¿no? —interrumpe una niña que acaba de recuperar su maleta—. Me espero y subo con vosotras. ¿De dónde sois?

—Somos de Valencia. —Ana sesea con acento de la Ribera—. Bueno, yo de un pueblo que está muy cerca. Y tú, ¿de dónde eres?

—De Santander. —Y se queda mirándola fijamente—. Oye… eres clavadita clavadita a la chica de *Romeo y Julieta*. Te pareces un montón. —Y repite con la vista aún en la niña de Sueca—: Un montón.

6 de octubre de 1970, martes

Un muchacho robusto se dirige sonriente hacia Vera desde la otra punta del vagón. En ese momento ella aparta la vista de la ventanilla e instintivamente la lleva al frente. Sus miradas se tropiezan. La adolescente presiona la espalda contra el respaldo y esboza una sonrisa tímida. Coge la cartera que ocupa el asiento contiguo y se la coloca encima.

—Hola. —El chico le toca el hombro a Vera y se acomoda en la plaza vacía.

—Hola —responde ella a media voz.

—No te había visto desde la boda de mi hermana, ¿no?

La muchacha asiente con la cabeza.

—¿Vas a la Escuela? —le pregunta él.

—Sí, ¿y tú? Nunca te había visto en el trenet. —Toquetea el cierre de la cartera con los ojos puestos en la cremallera de la cazadora que tiene a su lado.

—Vamos siempre con el tranvía, lo que pasa es que hoy hemos quedado con unos amigos en la estacioneta para ir todos juntos.

—Ah.

El muchachote se reacopla en el asiento de madera y se gira hacia Vera ampliando la sonrisa:

—¿Sabes que el otro día estuvieron en mi casa Marga y Dori? Vinieron a conocer al nene. El lunes, me parece —sus pupilas se fueron al techo—, sí, el lunes. Se pasaron casi toda la tarde con mi hermana.

A Vera se le demuda la cara. Baja los ojos.

—Ya estamos llegando. —El chico pone la vista en el fondo del vagón y se levanta—. Bueno, me voy que me he dejado allí a mi amigo. —Y se gira desde el pasillo afianzándose en un respaldo—: Arrivederchi.

27 de febrero de 1971, jueves

—¡Arriba! —Matteo sujeta en alto un vaso con agua y deja caer un chorrito sobre la cara de Vera:

Vera pone los ojos semicerrados en el despertador:

—¡Si son las siete y media!

—¿No te quedaste anoche viendo la televisión hasta las tantas? Pues eso es que no necesitas dormir mucho. Venga, levanta, que te vienes conmigo.

—¡Que no! Ya iré a mi hora. —Y se sube la manta hasta taparse la nariz.

—En la cocina tienes la leche. —Sale de la habitación con el vaso en la mano—. Y espabila que nos vamos —grita desde el pasillo.

Matteo y su hija caminan uno al lado del otro en completo silencio. Él con chaqueta gris y el cuello levantado. Ella con un chaquetón de pana ocre con botones de madera. Doblan la esquina de la calle de la Espada. El muchacho que está sentado en el bordillo de la acera con un bocadillo envuelto en la mano se levanta al verlos. El mono de color serrín le viene enorme. Cada uno de los tres suelta un hola débil. El chico y Matteo se agachan, asen la persiana metálica por abajo y la arrastran hacia arriba. Del interior del taller se escapa una bocanada de aire con olor a humedad. El hombre le da al interruptor de la luz.

Al cabo del rato el chico amontona serrín, virutas y papeles con la escoba. El jefe se le acerca con una moneda de cincuenta pesetas en la mano:

—Toma, ve a comprar lija a la droguería.

—¿A cuál? —pregunta abandonando el peso de su cuerpo en el brazo horizontal que se clava en la pared empolvada.

—A la de la calle Serranos.

—¿No queda nada? —Y mira a Vera de reojo.

—Sabes muy bien lo que queda. —Matteo le pone la mano en la espalda—. Venga, marchando, que no podemos quedarnos sin lija. Y tranquilo que mi hija no se va.

—¿Cómo se llama la droguería?

—¿Será posible? ¡Blesa! Y no te hagas el despistado que sabes perfectamente dónde está. —Vuelve a ponerle la mano en la espalda y lo empuja hacia la calle—. Va, vete ya y no tardes, que hoy tenemos mucha faena.

A los diez minutos entra por la puerta una mujer joven, alta y rubia, con el pelo corto. Lleva gabardina. Se adentra en el taller y se dirige hacia el jefe, que trabaja en el banco de espaldas a la entrada:

—Buenos días, Matteo.

Este se gira:

—Hola, Gerda. Buenos días —contesta sonriente.

Ella le tiende la mano. Él se sacude las palmas y se la estrecha.

—Vengo para que me hace un trabajo. —Y descarga el bolso bandolera sobre el banco.

El hombre completa la sonrisa dejando al descubierto los tres milímetros de separación entre las palas superiores:

—¿Qué necesita?

—Quería que me prepara tres mesitas como las que hizo en julio, las plegadas. ¿Se acuerda? —Con la pregunta desvía la mirada hacia Vera, que sentada en una silla baja marca un frontis con una plantilla de cartón.

—Sí, sí, claro. —Matteo se frota la nuca—. ¿Le corren mucha prisa?

—No sé, ¿podría ser que están en quince o veinte días? —La joven remarca las erres.

—No hay problema. —Con el canto de la mano arrastra unas virutas hasta el borde del banco y las deja caer al suelo—. En dos semanas las puedo tener terminadas.

—Como tiene mi teléfono… —Y mira directamente a Matteo a los ojos. —Tenemos el mismo precio, ¿no?

—Por eso no padezca. A mi me cuesta mucho subir los precios.

—Cuando son preparadas viene mi amigo con el coche. ¿Es su hija? —La clienta vuelve a poner los ojos en Vera.

—Sí, me está echando una mano. Bueno, en realidad… está trabajando aquí. Ya ha terminado los estudios y conoce muy bien el oficio. Ya tiene diecisiete años.

Se acerca a la adolescente y esta levanta la cabeza desde la sillita:

—Hola.

La chica rubia le sonríe:

—Hola, ¿cómo te llamas?

—Vera.

—Tienes los ojos muy bonitos. —Se queda mirándola—. Qué brillo tan especial —sesea.

Se gira y se dirige hacia el banco de Matteo. Recoge el bolso y se

encamina hacia la salida. Desde el quicio de la puerta se despide:

—Adiós, Vera. —Le da el sol en la cara y guiña los ojos.

Vera levanta una mano y arquea los labios.

—¡Ya era hora! —Le suelta Matteo al aprendiz en cuanto lo ve llegar—. Va, que te estamos esperando para almorzar. Te has perdido a la suiza.

—¡Hostia! Con lo buena que está.

El chico deja el rollo de lija en el estante junto al transistor, se limpia el sudor de la frente con la manga y coge el almuerzo. Se sienta en una silla baja como la de Vera.

—Había mucha gente en la droguería, cola y tó. —En su boca aparece una sonrisa picara y los ojos se le arrugan—. He visto a las bolleras de la esquina, esas que son maestras. ¿Sabe las que le digo?

—Sí, las he visto alguna vez. —Matteo está sentado en el travesaño del banco.

El aprendiz desnuda el bocadillo y con el papel de periódico hace una pelota que encesta en el cubo de goma negro:

—¿Y tú las conoces? —le pregunta a Vera.

—No, creo que no. —Baja la cabeza y aparta el serrín de una de las baldosas con la suela de la zapatilla.

—Estaban comprando en la droguería, allí, como si ná. Iban delante de mí. Que si lejía, que si jabón pa la ropa, que si la piedra pómez esa…

—Pómez, piedra pómez —le corrige su jefe.

—No acababan de pedir cosas, las muy…

—Chisssssss. —Matteo le lanza una mirada recriminatoria.

El chico le da un bocado grande a la viena de cuarto:

—El otro día un chaval de la calle se puso a cascar de ellas —al hablar dejaba entrever el triturado de salchichón con pan— y decía que había oído que se lo hacían con el perro, con ese perro grandote alemán o de dónde sea, que siempre va…

—¡Xe! ¡No digas animalás! —salta el hombre.

—Pues luego, como he salido enseguida de la droguería, iba

detrás de ellas. Como era el mismo camino… —Da otro bocado y continúa—. Yo me he fijao y no se han tocao ni ná. Iban bien separaditas, y ni se miraban. —Traga—. Claro, con la fama que tienen ya irán con cuidao, ya.

13
LA ARISTA PEDREGOSA

6 de mayo de 1976, jueves

Vera apuraba la cerveza y por uno de los lados del vaso vio entrar a Andrea con la francesa, una chica espectacular. Había vuelto a ver a su amiga alguna que otra vez por allí, pero no habían pasado de un mero saludo. Se acercaban hacia su tramo de la barra.

—Hola —saludó en cuanto las tuvo al lado.

—¿Os conocéis? —Andrea miró primero a Vera y luego a la francesa.

—Sí, de vista.

La francesa lo corroboró con un golpe de cabeza. A continuación le clavó los ojos al camarero y esperó a tenerlo cerca:

—Dos tequilas, por favor. —Se giró hacia ella—: ¿Tú quieres otro?

El tono de su voz era dulce. Al hablar afrancesaba las erres y acentuaba la última sílaba de cada palabra. Debía de sobrepasarle unos seis centímetros, calculó, y lucía unos ojos azules casi transparentes a los que imponía mirar. Resultaba muy femenina a pesar de vestir con vaqueros y camisas amplias. El pelo rubio y ondulado se recogía en una especie de moño mal hecho.

—Tío, hoy ha salido El País. —Apoyado en el mármol a metro y medio de ellas, un muchacho habitual se dirigía al camarero.

Se giraron las tres.

—Es el periódico de la democracia, tío. Ya era hora, todo el mundo esperando. —Y se sacó un paquete de Ducados de la cazadora—. De izquierdas tío, de izquierdas, —apostilló levantando la voz.

El camarero, sin cambiar la expresión de no sé de qué me hablas, le colocó al lado una caña con la espuma chorreando por el vaso.

—¿Has visto a la brasileña? —La francesa se dirigía a ella—. ¿Sabes quién es?

—Sí, pero no la he visto.

—¡Elle m'a trompé! —se quejó frunciendo el ceño—. Me dijo que hoy vendría, es su día libre.

—¿Cuánto tiempo llevas en España? Hablas muy bien.

—Solamente cuatro meses. Pero estudiaba español en mi país. —Y le dedicó una sonrisa que competía claramente con sus ojos. Agudizó la vista entornando los ojos y miró a un grupo del fondo—. Perdón, ahora vuelvo. —Y se fue con la cerveza en la mano.

Andrea se le arrimó arrastrando el vaso por el mármol. Le adivinó los pezones bajo la camiseta ajustada y se le aflojaron las piernas.

—Me han dicho que vas mucho con Juana —le susurró.

—Sí. —Se lo confirmó sin mirarla, con la cabeza gacha.

—Aléjate de ella. No te conviene nada. No tiene nada que ver contigo.

—Ya. —No levantó la cabeza.

—No seas tonta y hazme caso.

En ese momento se acordó de Pepito Grillo.

Mucho más tarde, bien entrada la noche, la francesa y ella se besaron en medio de la calzada. Un beso largo, apasionado y dulce dulce. Un matrimonio de unos sesenta años pasaba por la calle transversal. Él con bigotito franquista y ella con collar de perlas sobre una rebeca Escorpión abotonada. Cogidos del brazo les clavaron los ojos cuchicheando. Respiró hondo y sin dejar de gozar de los labios de la francesa les sostuvo la mirada hasta que desaparecieron tras la esquina.

14 de mayo de 1976, viernes

Pour avoir si souvent dormí
avec ma solitude,
je m'en suis fait presqu'une amie,
une douce habitude.
Elle ne me quitte pas,
fidèle comme une ombre,
elle m'a suivi ça et là
aux quatre coins du monde.

—Me encanta esta canción. Me la podrías traducir. Lo entiendo casi todo, pero alguna cosa se me escapa.

—A mí también me gusta mucho Moustaky —le confesó la francesa—. Me sé todas las canciones de memoria.

Estaban las dos dentro de la furgoneta con todas las luces apagadas. Se habían acoplado sobre la acera de una calle próxima a la Estación del Norte. Pegadas a la fachada de una finca antigua las ruedas de la izquierda descansaban sobre la acera.

Quand elle est au creux de mon lit
elle prend toute la place
et nous passons de longues nuits…

—¿Qué dice ahora?

—Si quieres pon la canción desde el principio y te la digo entera. —De repente, se abalanzó hacia el cristal delantero—. ¡Attends! Sale gente.

Unos quince metros más adelante, en la acera de enfrente, aparecieron tres hombres tambaleándose y gritando entre risas. Salían del bar de copas.

—Sí que tarda —se quejó la francesa—. Ya debería de haber salido. Ella dice siempre que acaba a las dos. Más o menos.

—¿Pero seguro que está ahí dentro?

—Seguro. Solo tienen un día libre y no es posible en el fin de semana. —Se dejó caer sobre el respaldo del asiento y giró la cabeza

hacia ella—. ¿De verdad no es molestia llevarnos hasta mi casa?

—No, en serio. Si ahora no hay tráfico.

Moustaky se calló y Vera le dio la vuelta al casete. Otra vez *Le Métèque*:

Avec ma gueule de métèque
de juif errante de pâtre grec
et les cheveux aux quatre vents…

—Oye, ¿y por qué se vino de Brasil? Tendrá familia allí, ¿no?

—Es portuguesa —contestó sin quitarle ojo a la puerta del bar.

—¿Y por qué le llaman la brasileña?

—Porque ella dice que es de Brasil.

Et nous ferons de chaque jour
oute une éternité d'amour…

—No sabe que estamos aquí —le soltó con la vista inamovible.

—¿No? Yo creía que habíais quedado.

—No, no le gusta que venga a recogerla. —Dejó pasar unos segundos y prosiguió—: Me ha prometido mil veces que no va con hombres, que solo hace su trabajo del club. ¿Sabes que van desnudas por arriba? —Ahora sí que la miró.

Vera, meneó apenas la cabeza. Madre mía, vaya historia.

—Pues sí, sirven a los machos con las tetas al aire. Algunos las manosean y les meten billetes en el bolsillo de la faldita. Qué asco. Venga —dijo señalando el radiocasete con los ojos casi transparentes —, busca *Ma Solitudey* te traduzco.

—Espera, que está en la otra cara. —Volvió a darle la vuelta al casete y presionó el botón para retroceder con rapidez.

—¡Regarde! —A la francesa se le atragantó la voz.

Ella soltó el botón y levantó la vista. ¡Ostras! La brasileña salía acompañada por un hombre canoso de traje y corbata que la cogía por la cintura.

—¡Arranca, arranca!

—Un momento, que van andando. A ver qué hacen.

—¡Merde! Lo sabía, lo sabía. Arranca ya, que los vamos a perder.

—Espera, está sacando unas llaves. Van a coger un coche.

—¡Arranca! No enciendas las luces.

—No te preocupes que los sigo.

Manteniendo siempre una distancia prudencial, el Dianne seguía las huellas del BMW azul oscuro. Alcanzaron enseguida las calles principales y encendieron las luces cortas.

—¡Mira! —La francesa se echó hacia delante—. Se están dando un beso. Seguro que le está tocando la pierna.

Al poco recorrían el paseo de Valencia al Mar en dirección a la autopista de Barcelona. El BMW enfiló la carretera. Vera se quedó rezagada:

—¿Ahora qué hacemos?

—¡Sigue! ¡Vite, vite!

De Pobla de Farnals no paso. A unas malas, como mucho como mucho llegaría hasta Sagunto. A saber dónde irá esta gente. Igual los perdemos, como le dé por apretar… Miró el contador de la gasolina, por ese lado no tendrían problema. Puso la furgoneta a ciento diez y no necesitó correr más. Al pasar por la salida de La Pobla dudó si seguir por la autopista:

—¿Damos la vuelta? No sabemos hasta dónde van.

—Por favor, por favor, un poco más.

El coche oscuro se desvió en Puzol. Menos mal. Ya no faltaba mucho para Sagunto.

—¡Ya está! Van al Picayo —exclamó Vera.

—¿Qué es eso?

—Un hotel de lujo. ¿No lo has oído nombrar? Está en una montaña.

—No. Fait attention, no los pierdas ahora.

Siguieron por la ronda del pueblo hasta coger el camino que subía al hotel. El Dianne aumentó la distancia que le separaba del BMW al coger el paseo de cipreses diseñado con tiralíneas que

desembocaba en la entrada del edificio. Vaya historia, de película, de película todo. A unos cien metros de la fachada encalada con tejas rojas se ladearon y apagaron el motor y las luces. Vieron como el hombre de pelo gris le abría la puerta del coche a la brasileña y la volvía a coger por la cintura para entrar en El Picayo.

10 de agosto de 1976, martes

El portero de noche, el mismo que las había recibido cuatro horas antes, dormía en una mecedora tras el mostrador y ni se inmutó cuando atravesó el vestíbulo de la pensión para salir a la calle. Una débil voz metálica fluía del transistor que descansaba en su regazo. Ahora entendía por qué cobraba la habitación por adelantado. Miró el reloj que colgaba de la pared justo arriba de la cabeza del vigilante: una esfera blanca a la que le echó sobre la marcha unos cincuenta centímetros de diámetro. Las dos saetas bordeaban al número seis.

Reus le había preguntado que si dormían juntas esa noche y ella le había contestado que bien. Así que la llevó hasta allí, donde la placa oxidada pegada a la puerta mostraba una H con una estrella debajo. Nunca había reparado en aquel sitio de la calle de Las Barcas a pesar de haber pasado multitud de veces por delante.

—¿Pagas tú? —le propuso al entrar.

Por lo menos no era tan falsa como Juana. Aunque aún le debía las quinientas pesetas que le pidió para hachís hacía más de cuatro meses.

Subieron a la habitación, y en cuanto entraron, Reus se quitó los zapatones y el pantalón de fontanero y se dejó caer sobre la cama de matrimonio que ocupaba la mitad de la estancia.

—Voy al lavabo —le comunicó Vera con la mano en la manivela

de la puerta.

—Está al final del pasillo.

—Ya, ya lo he visto. Ahora vuelvo.

Regresó en menos de cinco minutos. Estaba molida. Reus continuaba tumbada boca arriba pero tenía los ojos cerrados y su respiración era sonora y acompasada. Se acercó al ventanuco que casi rozaba los pies de la cama y asomó la cabeza. Un vaho caliente que subía del fondo del patio de luces con olor a humedad envejecida la tiró para atrás. El calor era insoportable. Miró a Reus, la cara le brillaba por el sudor y en su camiseta gris habían aparecido un par de manchas bajo las tetas. Se quitó toda la ropa excepto las bragas y se tumbó junto a Reus. Al momento se incorporó para ver hasta dónde llegaban sus pies: apenas alcanzaban los gemelos de su compañera de cama. Es enorme, pensó, la más grande de todas. Apagó la luz y se quedó dormida pensando en qué tipo de bichos combatiría aquel olor tan fuerte a desinfectante.

Cuando salió a la calle amanecía, las farolas seguían encendidas y un viento suave dejaba atrás el calor de la noche. No se veía un alma. Con los ojos cerrados comenzó a andar por la acera contando mentalmente los pasos: uno, dos, tres, cuatro, cinco… once, doce, trece… veintitrés, veinticuatro…

15 de octubre de 1976, viernes

Había llegado la primera a La Catedral. Carmen y Llum no tardarían. Casi todas las mesas estaban vacías, eligió una cerca de la puerta. La casa de comidas, que solo abría para las cenas, se ubicaba en una calleja que desembocaba en la calle de Serranos. La calzada era tan estrecha que los coches no circulaban por allí. Así que, como en Colors, los tramos de acera próximos a La Catedral eran un lugar

para charlas y porros.

Al entrar se bajaban dos peldaños. En el comedor se podían contar hasta ocho mesas de hierro con tapa de railite gris claro. Las sillas iban a juego. En una de las paredes se abría un hueco rectangular y horizontal de 80x60 aproximadamente, según había medido mentalmente la primera vez que estuvo allí. Por esa especie de ventana salían los platos arreglados; y si te acercabas se podía ver cómo un chico y una chica trabajaban a contra reloj en un cuchitril sorprendentemente decente.

—¿Vas a cenar? —El camarero que se le acercó era gay, se sabía, y además él parecía orgulloso de serlo. En más de una ocasión lo había visto ella piropear a algún cliente.

—Estoy esperando a unas amigas. —Y miró hacia la puerta—. No tardarán nada.

—¿Te sirvo algo de beber?

—Pues… ¿me traes un tercio?

—Ahora mismo.

En ese momento entraba Llum, vestía un vaquero rojo y una cazadora crema de verano. Sonrió al verla:

—Hola, ¿llevas mucho rato? —Echó mano a una de las sillas.

—Qué va, acabo de llegar.

—Te veo muy guapa. ¿Esa camisa es nueva? Tiene un azul precioso.

—Sí —le contestó a la vez que empezaba a sonrojarse.

Había estado diez minutos ante el espejo antes de salir de casa abrochándose y desabrochándose el penúltimo botón de la camisa hasta decidir dejarlo abierto.

El camarero dejó la cerveza sobre la mesa y miró a Llum:

—¿Te pongo algo?

—Otro tercio, plis. —Hincó los codos sobre la mesa y se giró hacia ella—. ¿Por fin te vas a vivir a tu piso o qué?

—Pues sí. Ya se lo he dicho a mis padres.

—Ya era hora, porque desde que lo tienes alquilado… Y tus padres, ¿qué tal?, ¿cómo se lo han tomado?

—Nada. Les ha parecido bien. Yo creo que se lo esperaban.

—Buenooo, le digo yo a los míos que me voy de casa y me montan una…

—Por fin vinieron ayer a instalarme el termo del agua caliente.

—Qué bien, ¿no? —Se miró el reloj—. Oye, esta sí que tarda. ¿Tú que vas a pedir?

El menú siempre era el mismo, o arroz a la cubana, o longanizas con huevo y patatas, o ensalada de arroz blanco; y de postre yogurt o flan industrial de polvitos. Barato.

Carmen no tardó en aparecer. Iba con Montse, la chica que le gustaba a la novia de Nuria. No la había visto desde entonces, desde lo del ramito de flores, hacía más de un año. También ahora llevaba una falda larga.

—Hola —saludó Carmen—. ¿Os acordáis de Montse?

—Claro —respondió enseguida Llum.

Carmen sacó una de las sillas y se la ofreció a su amiga:

—Siéntate aquí.

—A ver, ¿pedimos ya? —propuso Llum—, estoy muerta de hambre.

Se acercó el camarero con un qué va a ser y las cuatro eligieron plato.

—¿Y para beber? —preguntó mirando a Montse y a Carmen.

—Yo quiero un tercio —contestó Carmen.

—Yo una gaseosa —pidió Montse. Luego dirigiéndose a Llum y a Vera les aclaró—: es que no puedo beber alcohol.

—¿Y eso? —soltó Llum al momento.

—Porque está en tratamiento —se inmiscuyó Carmen.

—No exactamente —dijo Montse.

En ese instante una figura imponente atravesaba la puerta: Reus. Pasó rozándolas y las saludó sin detenerse. Las cuatro la siguieron con la mirada hasta que llegó al fondo y se sentó con unas chicas. Madre mía, pensó, ¿cómo ha sido capaz de raparse así?

—¡Jopeta!, vaya cabeza le han dejado a la pobre —soltó Llum—, parece una bola de billar.

—Eso será porque ha estado en la cárcel —añadió Carmen—. Acabará de salir.

Montse asintió con la cabeza y ella volvió a mirar a Reus. Tampoco era de extrañar.

Al rato no quedaba ni una mesa libre y tres chicos esperaban de pie su turno junto a la puerta.

Ya con los platos a medias, Llum, retomó el tema que se había quedado en el aire:

—¿Pero estás en tratamiento o no? —le preguntó de sopetón a Montse.

—Prácticamente lo he terminado, digamos que estoy saliendo de él. Por eso no puedo beber.

—Yo de toda esta historia me enteré la semana pasada —confesó Carmen—. Cuando la llamaba a su casa —y miró a Montse—, su madre siempre me decía que no se podía poner.

—¿Por eso dejaste de salir? —quiso saber Vera—. No te hemos vuelto a ver ni en Carnaby ni en ningún sitio.

—Sí, he estado un año sin ir a ninguna parte. Solo salía con mis padres. —La vista se le fue al plato y removió los restos de la ensalada de arroz—. No saben que estoy con vosotras. No quieren que vaya a sitios donde haya entendidas. Dicen que es malo para mi salud.

—¡Pero eso es una barbaridad! —exclamó Llum.

—Ya se lo digo yo —apostilló Carmen.

—Pero, ¿por qué fuiste al médico? —se interesó ella.

En ese momento se les acercó el camarero. No necesitó preguntar.

—Un yogurt.

—Yogurt.

—Otro.

—Yo también.

El chico se retiró y las tres se quedaron mirando a Montse.

—Bueno, cuenta —le incitó Llum—, ¿por qué fuiste al médico?

Les hizo esperar unos segundos antes de contestar:

—Cuando le dije a mis padres que me gustaban las chicas, a los dos días me llevaron a un psiquiatra. —Bajó la vista y añadió—: Ellos pensaban que eso es una enfermedad, y todavía lo piensan.

—¡Qué barbaridad! —volvió a soltar Llum mientras Carmen movía la cabeza como si dijese no me lo puedo creer.

—¿Y el psiquiatra es el que te puso el tratamiento? —siguió preguntándole Vera.

—Sí. El primer día ya salí de allí con diagnóstico y tratamiento.

—Cuéntales qué te dijo exactamente —le sugirió Carmen.

—Pues dijo que yo tenía un trastorno de personalidad. Que tenía problemas para relacionarme con otras personas. Incluso dejó caer el término fobia social. Yo creo que mi padre ya había tenido una conversación con él. —Se calló unos instantes y luego continuó —. La verdad es que siempre he sido tímida y a lo mejor he padecido ansiedad y depresión como…

—¡No digas tonterías! —le atajó Llum—. Tú eres tan normal como cualquiera. Si salieses con chicas se te pasaría todo enseguida.

—Ya. Si yo también lo pienso.

—¿Y qué más te dijo? —le preguntó Vera—. ¿Te acuerdas?

—Sí, me acuerdo muy bien de todo. Más o menos me vino a decir que la gente con un trastorno como el mío son personas con mucho miedo al rechazo y a decepcionar. Por eso a veces preferimos estar aisladas y solas antes que correr el riesgo de no gustar. Porque además parece ser que nos creemos inferiores y poco atractivas. Por eso somos tímidas y retraídas. Eso es cierto, yo sí que soy tímida. Y también decía que deseamos con todas nuestras fuerzas recibir afecto.

Según la oía, Vera se identificaba con lo que estaba escuchando. También ella hubiese encajado en esa personalidad. Aún habría tenido suerte con sus padres. Hay que joderse.

—La verdad es que algunas cosas sí que coinciden con mi forma de ser —prosiguió Montse—. Pero yo que sé… Una de las veces que estuvimos en la consulta dijo que en trastornos como el mío se daban casos de suicidio. No sé, sobre todo, lo que repetía siempre es que somos antisociales.

—¿Pero todo eso es tan importante como para que no puedas hacer tu vida? —se entrometió Llum—. No lo entiendo, la verdad. Oye, ¿y siempre te visitaba con tus padres delante?

—Sí, a mí nunca me ha visto a solas. —Dejó de hablar un momento como si estuviese pensando y continuó—: En una de las primeras visitas me preguntó si encerrada en una habitación me sentía bien. Yo le dije que sí y él me dijo que eso… sí, que eso era clave para diagnosticar mi trastorno.

La de veces que le hubiese gustado a ella meterse en un cuarto pequeño y pasar la llave, pensó Vera. Muchas veces, muchas.

—¿Y cuál fue el tratamiento? —le preguntó.

—Antidepresivos. —Al contestar se le humedecieron los ojos y Carmen tomó la palabra:

—Ya me dirás, como si atontarla fuese la solución. —Y cogió la mano de Montse, que descansaba sobre la mesa—. A mí la verdad se me ha hecho duro estar tanto tiempo sin verla.

Montse sacó un pañuelo y se sonó con la cabeza agachada. Luego levanto la vista y siguió contando:

—Los cuatro primeros meses los pasé como en un sueño, no me acuerdo de nada, estaba todo el día zombi. Comía… dormía… —Entonces posó la mirada vaga a la pared de enfrente—. No me sentía capaz de ir a clase. Perdí el curso.

Vera cruzó los brazos sobre la mesa:

—¿Y qué estudias?

Montse pareció volver en sí y la miró:

—Magisterio. Podría haber acabado este año.

—¿Ibas muy seguido al psiquiatra? —Ahora le preguntaba Llum.

—Más o menos. Al principio íbamos cada quince días, después cada mes. Y siempre decía lo mismo, que iba mejor. Poco a poco me iba rebajando la dosis de los tranquilizantes. Y era verdad que cada vez estaba mejor porque según disminuía el tratamiento parecía que recobraba la vida. —Vera, Carmen y Llum escuchaban a Montse sin pestañear mientras los postres permanecían intactos—. La semana pasada comenzó el curso y ya he empezado a ir a la escuela. Me cuesta, me cuesta bastante. —Y envolvió el yogurt con las dos manos—. Se me hace un mundo, pero no quiero dejarlo. Si termino, a lo mejor puedo independizarme.

Vera apretó los dientes: qué increíble todo.

La recordaba con el pelo corto. Ahora llevaba una media melena que le hacía la cara más delgada, aunque pensándolo bien sí que parecía haber perdido algún kilo. La tenía a su derecha y podía ver cómo con los talones levantados conseguía un moviendo rítmico y rápido que le hacía subir y bajar las rodillas sin parar.

Se había hecho un silencio que rompió Llum, a la vez que destapaba su postre:

—Volveremos a quedar, ¿no? —Se dirigía a Montse—. Nosotras nos vemos todas las semanas.

—Sí que me gustaría. Pero tengo que ir con cuidado. Me da miedo volver a pasar por lo mismo.

—No les digas a tus padres con quien sales.

—Sí, ya.

Carmen le volvió a coger la mano y se la apretó con suavidad.

—¿Nos vamos a Carnaby? —propuso Vera—. Le dije a mi amigo Arturo que seguramente pasaríamos por allí.

—Por mí, bien —apuntó Llum.

—Yo tengo que estar a las doce en La plaza del Caudillo —les notificó Montse—. Mi padre viene a recogerme.

—Te acompaño —dijo Carmen sin soltarle la mano.

Montse le sonrió.

20 de diciembre de 1976, lunes

¿Cuántos años hacía que no veía a Susana? ¿Siete? A ver… desde el sesenta y nueve… sí, siete. Y todavía soñaba que la buscaba. No, no. La había vuelto a ver en la puerta de la Virgen cuando se casó Dori. Todo el mundo esperaba en la acera a que saliesen los novios y Marga y ella y la vieron aparecer a toda prisa. Llevaba un traje de verano amarillo de manga corta y falda. Fue al año siguiente de terminar los estudios. ¿Cómo era posible? Se le había olvidado.

De eso hacía… más de cuatro años. Llegó con el tiempo justo para felicitar a Dori. A ellas las saludó con un par de besos y un cómo estáis y se fue tan rápida como había llegado. Y qué curioso, no era tan alta como la recordaba.

La tercera vez que soñaba lo mismo. Cada año más o menos. Qué frustrante. Era un sueño frustrante porque nunca conseguía verla. Quería encontrarla pero… Tiene ante sí una colina alta y empinada por la que a duras penas consigue trepar. Sabe que al otro lado está el Cabañal, donde vive Susana con sus padres. Una vez arriba podrá divisar el barrio, buscar su calle y reencontrarse con ella. Sube arañando la tierra y la cima parece cada vez más inalcanzable. Cuando por fin consigue llegar arriba se encuentra con un precipicio vertical insalvable. Entonces, tumbada boca abajo se agarra a la arista pedregosa que forma la pendiente con la perpendicular, y asoma la cabeza al vacío. Desde allí escudriña impotente la maraña de calles del barrio marinero.

14
EL RESPIRADERO OSCURO

29 de mayo de 1971, sábado

Matteo empuja la puerta cristalera que da acceso al hotel. Elena le sigue. Vera, que camina detrás de ellos, se detiene y se da la vuelta: su mirada va directa al Renault 8 naranja aparcado junto a la acera. Alcanza a sus padres cuando estos llegan al mostrador. La recepcionista, con una sonrisa perenne, ojea los carnés de identidad, los deposita con delicadeza sobre el roble barnizado y levanta la cabeza:

—Pues han tenido suerte. Esta noche hay baile en el pueblo. Aún les queda tiempo para cenar. Si les apetece ir, claro. Si quieren les puedo explicar cómo llegar. Es en el almacén de patatas. A ocho minutos andando desde aquí.

—Bueno —Elena esboza una sonrisa—, igual nos hacemos el ánimo.

Matteo se ladea y sus ojos atraviesan el cristal de la puerta de entrada, se vuelve hacia el mostrador y coloca el codo encima:

—La verdad es que hemos venido a Peñíscola para hacerle kilómetros al coche. —Y mira otra vez hacia la calle—. Está en rodaje. Lo estrenamos ayer.

Vera mira hacia otro lado.

Las voces y la música retumban bajo el techo altísimo del enorme almacén de patatas. Ciento diez sillas de madera plegables se alinean junto a las paredes. El matrimonio y su hija cruzan el vano de la fachada de tres metros de ancho por tres de alto. Matteo se detiene al lado de los cubos de hielo con bebidas. Vera y su madre se adentran y ocupan tres sillas libres. La mirada de Elena se posa en

cinco niñas adolescentes que bailan en grupo. Vera se muerde las uñas. Su madre se gira y la observa:

—No sé qué amor le tienes a ese jersey tan oscuro. Mira esas chicas, ¿ves?, todas llevan camisas claras y fresquitas.

Vera arrastra los ojos hacia las adolescentes, después baja la cabeza y se mira el Lacoste azul marino, pasa por los vaqueros y se detiene en los zapatos. Observa a su madre de reojo y vuelve a los pies.

—Igual que los zapatos. Las sandalias muertas de risa, y tú siempre con esos zapatones de minero, tan cerrados. Solo de verlos me ahogo.

Vera aprieta la mandíbula.

La corriente de gente que entra por la puerta es continúa. La nave está abarrotada. Las paredes blanquísimas huelen a cal húmeda y el suelo de cemento brilla como un mármol pulido. Al fondo, sobre un entablado, cinco hombres con chaqueta blanca y pantalón negro hacen sonar animadamente dos guitarras, una trompeta, un saxofón y una batería. Detrás de los músicos se apilan palés de madera junto a un tractor.

Varios niños y niñas en corro se mueven como anguilas delante de la orquesta. Algunas parejas bailan con fluidez, se desplazan ágiles entre la gente evitando cualquier roce.

Elena se inclina hacia su marido con la vista al frente:

—Fíjate en esa pareja, Matteo.

Él mira a su mujer e *ipso facto* se gira hacia la pista: Una señora entrada en años, alta, con un vestido largo de tirantes y collar de piedras azules, se deja manejar por un hombre delgado y bajo.

—Lo mejor es el pelo del marido, a lo Gardel. —Y baja la mano hasta el *gin tonic* que tiene pegado a la pata de la silla—. ¿Has visto cuantas parejas de mujeres?

—Sí, es típico de los pueblos.

La mirada de Vera va saltando de un lado a otro de la pista. De repente sus ojos se clavan en una pareja de cincuentonas que bailan ensimismadas al son de la música. Las mujeres, acompasadas al milímetro y a la décima de segundo se mueven ligeras como si

fuesen un solo cuerpo. Una de ellas, la que se deja llevar, con zapato de tacón bajo, vestido a flores y labios rojos, apoya su mano izquierda en el hombro derecho de su compañera de baile. La otra mujer es la que marca el paso, la que arrastra, la que conduce. Ciñe a su pareja por la cintura con vigor y firmeza; con la otra mano aferra la de la mujer maquillada apuntando al techo con el brazo en ángulo. Su pelo es escaso y gris con corte a lo chico perfilado en la nuca. Viste una falda holgada azul oscuro que le llega a la pantorrilla y una camisa crema, desmesurada y flácida, embutida en la cinturilla y abotonada hasta el cuello. Los zapatos de punta estrecha son llanos y con cordones. Vera los persigue con la vista por el suelo brillante. Luego baja los ojos y observa los suyos.

—¿Bailas?

La muchacha alza la cabeza. Un chico rubio de pelo corto, con un cinturón que le frunce los pantalones, espera su respuesta. Ella se levanta callada y se dirigen juntos hacia el mogollón de gente. Elena no les quita ojo, una sonrisa dulce se estampa en su cara.

—Y aún recuerdo aquel ayer cuando estabas junto a mí… —El cantante se agarra al pie del micrófono con la alcachofa rozándole los labios—… .tú me hablabas del amor y aún podía sonreír…

—¿Te gusta Julio Iglesias? —pregunta el muchacho.

—No.

—A mi sí, es… —deja caer los párpados— muy romántico.

—Ya.

—… tu nombre… Gwendolyne. —El hombre se despega de la jirafa y se limpia el sudor de la frente con un pañuelo doblado.

Vera le dice adiós al chico y vuelve a su silla. La pareja de mujeres continúa impasible recorriendo la pista de baile una canción tras otra. En el descanso se dirigen hacia dos asientos libres y se dejan caer juntas. La del pelo corto mantiene las piernas separadas, el bajo de la falda le pende desde las rodillas como una cortina. La del vestido estampado estira de él para taparse los muslos pegados. Las dos tienen la mirada perdida en el entablado.

El grupo de músicos vuelve a su puesto y la pareja de mujeres acude al centro de la pista. Comienza a sonar un pasodoble. La de

los zapatos acordonados tensa el brazo que rodea a su amiga por la cintura y se la aproxima más a si. La otra aprieta una sonrisa. Vera las sigue con la mirada mientras se cruzan la pista atiborrada con soltura y destreza.

—¿Habéis visto a esa?, la de la falda azul. —Matteo señala con los ojos a la pareja de cincuentonas—. Parece una monja. —Se acerca el vaso a los labios, lo retira—. Mírala cómo maneja.

La hija alarga la vista hacia otro lado.

—¿Nos vamos? Estoy cansadísima. —Elena recupera la rebeca del respaldo de la silla y se la echa por los hombros.

Los ojos de Vera, de par en par, se pierden en el techo de la habitación. El mar suena acompasado y un filo de luz se cuela entre las cortinas.

20 de junio de 1971, domingo

Matteo se acerca la botella de Terry:

—Se va a notar que la chiquilla ha terminado de estudiar. —¿Lo dices por el taller?

—Claro.

—Sí que lo vas a notar, sí. —Elena encaja la taza de café en el círculo rebajado del platito—. Te ayudará mucho. Ella pone mucho interés en las cosas.

—Yaaaa. Por eso lo digo. Supongo que también podremos coger algo más de trabajo. Y además…

—¡Matteo! ¡No te pongas tanto coñac!

—¡Xe! ¡Collons! ¡Que hoy es domingo!

Están sentados uno frente a la otra en la mesa camilla junto a la ventana.

Desde el otro lado del salón, Vera, arrellanada en el sofá frente

al televisor con los pies descalzos sobre el centro de mármol travertino, gira la cabeza cuarenta y cinco grados y alarga la vista hasta sus padres. La están mirando. Sonríen los tres.

—Bueno. —Elena retoma el hilo—. ¿Qué ibas a decir?

—No, nada, que entre que a lo mejor sacamos más faena —se acerca la copa— y que en septiembre acabamos de pagar la universal… Tendrá que notarse económicamente.

Elena asiente suavemente un par de veces.

—Qué bien hicimos comprando esa máquina —prosigue Matteo con la mirada perdida—, la de trabajo que te quita. Ahora no me apañaría sin ella.

La mujer levanta la cafetera de metal y sirve un poco más de café.

—¿Y cuándo vamos a comprar la bici? —pregunta la hija compitiendo con el volumen de la película de vaqueros.

—¡Baja eso! —le ordena su padre.

Vera se levanta, se acerca al aparato y arrastra uno de los botones por su guía.

—El viernes podríais ir tu padre y tú a Abad a ver lo de la bicicleta. —Elena apunta una sonrisa—. Lo prometido es deuda.

7 de septiembre de 1971, martes

La cola se alarga hasta la esquina de la calle. Arranca en la fachada de una tienda de ropa en cuya entrada unas letras de acero componen las palabras Don Carlos. En los escaparates, tras el cartel de rebajas, se expone ropa de mujer y de hombre.

—¿Qué hora es? —le pregunta Vera a César con el hombro apoyado en el granito pulido.

—Menos cuarto. —El muchacho se separa de la pared y arrastra la vista hasta el principio—. Estos hasta las cinco en punto no abren.

—Menos mal que estamos en la sombra. —Vera se gira—. Mira, la cola dobla ya por Periodista Azati. —Se recuesta en la pared—. Ojalá quede algún Lewis Strauss en crema de mi talla.

César se saca la cartelera Turia del bolsillo trasero del pantalón y se abanica con ella.

—Podrías mirar qué pelis hacen este domingo —le propone Vera.

Él deja de abanicarse y abre la revista de pequeño formato:

—A ver… En los cineclubs… —Sus ojos se pasean por el papel a toda velocidad—. En el Colegio de Farmacéuticos hacen *El joven Torless*.

Ella le arrebata la cartelera y se dispone a repasar la página:

—Sí, esa, esa. Me encanta el tema.

Luego se separa del granito y estira el cuello. Sus ojos saltan de cabeza en cabeza avanzando hacia adelante.

—… Dieciocho, diecinueve, veinte… —cuenta entre dientes.

En ese momento, uno de los chicos de los primeros puestos se vuelve un instante. Es el marido de Susana. Vera se destensa y apoya otra vez la espalda en la fachada. Enseguida se separa y directamente clava los ojos en la nuca del muchacho.

—Vámonos.

—¿Qué? Si llevamos aquí más de media hora.

—Vamos —insiste separándose de la cola.

—¡Pero si la que querías comprar eras tú!

—En Grand Estyl habrá menos gente. Vamos allí.

—No hay quien te entienda, de verdad. —César guarda la cartelera y se coloca el pelo detrás de las orejas con las dos manos a la vez.

Vera da tres pasos y se gira. Su amigo la sigue refunfuñando:

—Si no falta nada para que abran.

27 de febrero de 1972, domingo

Vera sube por la escalera agarrándose a la barandilla de hierro forjado. Rebasa el segundo piso con la respiración agitada. César la sigue, casi la roza:

—Ya estamos —le susurra a tres peldaños del rellano—. Es la de la izquierda.

César da dos vueltas de llave a cada uno de los dos cerrojos con habilidad. Ella entra delante y él cierra la puerta despacio, sujetándola. Luego, enciende la luz. Vera se lleva la punta de los dedos a la garganta, se presiona la nuez. La casa está fría. Los muebles del recibidor son antiguos y oscuros. La luz mortecina acentúa la palidez de la piel de la adolescente. Una cornucopia de color nogal cuelga de la pared. Vera se mira en el espejo.

—¿Vamos a mi cuarto? —César coge a su amiga por el hombro.

—¿Y si vienen tus padres?

—Qué va. Ya te he dicho que cuando se van al chalet de mis tíos no llegan hasta las diez. No veas como se pone los domingos la carretera de Torrente.

Se introducen en el pasillo y él le da a otro interruptor situado junto al marco de una puerta. Entran en el dormitorio y se quedan plantados frente a la cama.

—Bueno —suelta César con las palmas de las manos hacia arriba—, esta es mi guarida.

La habitación es pequeña. En una de las paredes se ajustan al milímetro una cama de metal desgastado pegada al enlucido y un buró de persianilla con un flexo. Un respiradero se abre en la parte alta; la contraventana de madera deja una rendija. Debajo del ventanuco cuatro chinchetas sujetan un cartel con diferentes imágenes del cuerpo humano.

Se quitan los abrigos y los sueltan sobre la silla del escritorio.

El chico se sienta en la cama y da unos golpecitos sobre la colcha con los ojos puestos en Vera:

—Ven, siéntate aquí. —Y se levanta de sopetón—. Espera, voy a pasar el cerrojo de la entrada.

Vera vuelve a llevarse la mano a la garganta.

Se besan sentados en la cama, abrazados, envueltos por un

silencio encerrado y absoluto. Sus lenguas se mueven entre la saliva por los recovecos de sus bocas. El arrastra sus labios hasta la oreja, se la chupa, se la mordisquea, se la lame entera, y con la punta de la lengua la penetra rebuscando frenéticamente. Los ojos de Vera se van directos a la esquina superior derecha del póster: un oído seccionado deja al descubierto el tímpano y el martillo. Aparta la cabeza con suavidad y César se separa, está rojo como un tomate. El muchacho prende el jersey de su amiga por la parte de abajo y ella levanta los brazos.

—¿Nos tumbamos? —La voz de César suena entrecortada. Se levanta, carraspea—. ¿Quieres agua o algo?

—No. —Sentada en el borde del colchón se agacha y se desata los zapatos.

Con la punta del pie contra el talón del otro, César se saca los mocasines con un movimiento rápido. Y de un salto se tumba sobre la cama. Despega la espalda un instante y se quita la chaqueta de punto, luego se arrima a la pared. Vera se estira a su lado y él se le acerca. Le besa en el cuello, y en los labios, y otra vez en el cuello. Le desabrocha un botón de la camisa blanca y su boca recorre el escote. Vera permanece con los ojos abiertos. La mano de César se desliza lentamente por la tripa de la adolescente mientras el pecho de esta sube y baja desacompasado. Los dedos tropiezan con el botón del vaquero, lo desabrochan y bajan la cremallera.

—¿Te los quitas? —El muchacho se aparta.

Vera comienza a bajárselos. Él le ayuda. César se arrodilla en la cama y se saca la camisa abotonada por arriba. Su pecho es de piel suave y cálida. Huele a gel de baño. Se quita el pantalón y vuelve a ponerse de rodillas franqueando las piernas de la chica. La mirada de ella se posa en el calzoncillo de algodón blanco abultado por el pene, la aparta *ipso facto*. Él prosigue con los botones blancos, despacio. Y la muchacha, con la camisa completamente abierta, tiembla, le castañean los dientes, aprieta la mandíbula. César no aparta la vista del sujetador sencillo de color carne. Se abalanza sobre Vera, el pelo le cae hacia adelante. Ella se agarrota y el temblor se disipa. César le besa la tripa, la cintura… Le descubre los

hombros suavemente y le quita la camisa. El chico abraza a la muchacha. Ella cierra los ojos; respira a golpes, como una niña después del llanto.

—¿Tienes frío? —pregunta César apretándola contra él—. Estás temblando.

—No.

—¿Estás nerviosa? —le susurra con dulzura.

Vera mueve la cabeza.

Él se incorpora arrastrándola consigo en un abrazo. Le frota la espalda con suavidad y se quedan abrazados en silencio.

César arrastra los tirantes del sostén de Vera y comienza a besarle los hombros mientras sus dedos lidian con el broche. El sujetador se desliza. El muchacho se retira y contempla los pechos turgentes de su amiga. Ella, inmóvil como una estatua, aguanta la respiración mientras la yugular le golpea en el cuello. Sus ojos se clavan en la colcha de ganchillo. Después se desplazan hacia los calzoncillos y continúan hasta el pecho terso del joven. Él la ciñe con sus brazos y se dejan caer buscando la almohada. Permanecen un minuto quietos. Entonces César la besa en la boca mientras su cuerpo sobre el de ella comienza a moverse acompasadamente. Su respiración se agita. Los ojos de Vera se posan en el respiradero por donde llega el llanto lejano de un bebé. Cuatro movimientos incontrolados y un resoplido quedo. En el cuello de la muchacha se pierde un te quiero.

Se hace el silencio y las pupilas de Vera siguen enganchadas al ventanuco oscuro y callado.

15
LA MIGA DE PAN

31 de diciembre de 1976, viernes

Le había costado cara, pero era justo lo que quería. Introdujo los brazos por las mangas de la camisa blanca a rayas y se la abrochó hasta el penúltimo botón. Levantó la cabeza y sus ojos recorrieron el espejo alargado de arriba abajo. Le sentaba de cine. Se abotonó los puños con la vista al frente y se sintió como un noble pasándose los gemelos. Con las palmas de las manos se aplastó el pelo retirándolo hacia atrás. ¿Se ponía brillantina? La había comprado esa misma tarde en la droguería. No se iba a atrever. Mejor lo dejaba para el final. Fue remetiendo los bordes de la camisa por la cintura abierta del pantalón negro con pinzas y echó mano a la correa de cuero que colgaba en el respaldo de la silla. Se lo pasó por las trabillas. A continuación, metió las manos en los bolsillos y se puso de lado manteniendo la cabeza de cara al cristal. ¡Guay! Se cambió de lado. Me encanta. Le asomo una sonrisita y desplazó la vista hacia la silla. Ahora el chaleco. De color marrón, con la espalda de forro y hebilla, reposaba extendido sobre el asiento. Lo prendió con cuidado, se irguió y se lo fue colocando despacio. Examinó su imagen y después estiró de los delanteros antes de cerrar los tres botones. Se aplastó de nuevo el pelo y entornó los ojos. La silueta bien podría ser de un chico, sí, pero… ¿era eso lo que quería? No.

¡No! Lo que de verdad le gustaba era ser una mujer. Una mujer con clase vestida de chico. Eso. Eso era lo que le gustaba. Su mirada se perdió en el espejo y se distrajo pensando en aquella mañana de lluvia del segundo curso en la Escuela.

Fue durante la hora del almuerzo. Se había quedado sentada en

el banco que estaba junto a la puerta de modelado, al fondo del vestíbulo. Con el abrigo puesto y abrochado se apoyaba en la cartera que tenía pegada al muslo. La entrada se había ido quedando vacía. Llovía. Frente a ella, el portalón dibujaba un enorme y luminoso rectángulo gris que dejaba al vestíbulo en la oscuridad del contraluz. Contaba las baldosas del suelo cuando oyó el trote solitario de unos pies bajando por las escaleras. Era Dori. Su compañera se dirigía al bar de San Carlos y sin aminorar la marcha le invitó a que la siguiese. Ese día Susana no había acudido a clase y no le apetecía nada moverse de allí. Le dijo que se quedaba repasando un tema de historia. Sonó a excusa y se avergonzó. Los pasos vivos de Dori alcanzaron la calle. Y en medio del silencio se puso a recordar la tarde anterior: Había llevado a arreglar unas medias para su madre en la puerta cinco del patio cinco de su calle.

La mujer que subía los puntos le había abierto con una toca sobre los hombros. Aún no le había pasado ella el paquetito cuando apareció su hija parloteando por el recibidor. Eran amigas de la calle. Se emperró en que entrase para enseñarle su tocadiscos. Las tres juntas recorrieron el pasillo hasta llegar al comedor. La madre se asomó a la ventana y con una sonrisa de oreja a oreja les hizo acercarse para que viesen el arco iris. Su amiga refunfuñó y tiró de ella sin que hubiese podido mirar a través de los cristales. Pero la mujer las retuvo para contarles lo que según ella era una historia muy original:

—Pues dicen —se había sentado delante de una mesa minúscula y sostenía la aguja eléctrica—, que el chico que consigue hacer pipi donde empieza el arco iris se convierte en chica, y si es una chica se convierte en chico.

—¡Qué chorrada! Vamos, Vera.

—

—¡Venga!

—

—¡¿Estás sorda?! ¡Vamos!

—

—¡Vera! —había gritado estirándole otra vez del brazo.

Y se dejó arrastrar.

Continuaba sentada en el banco, medio a oscuras. Sacó el bocadillo de la cartera, destapó una punta y le dio un bocado al pan. Qué historia tan triste. Es triste porque es una mentira, se dijo. Odio las mentiras. Deslizó la mirada hasta la gran puerta. La lluvia arreciaba, había oscurecido y el chapaleteo del agua retumbaba en el *hall*, que permanecía vacío. Arrugó los dos ojos a la vez y alargó la vista hasta el rectángulo iluminado. Se imaginó que llegaba en un coche de lujo conducido por su padre. El coche paraba bajo la cortina de lluvia delante del portón. Entornó un poco más los ojos y casi consiguió verlo. Ella abría la puerta delantera pegada a la acera y bajaba. Pero… era un chico, un chico con traje claro y corbata. Los zapatos le brillaban de tan limpios, y el pelo corto mostraba un peinado impecable. Traspasaba la puerta a cámara lenta con la carpeta debajo del brazo. Era delgado, de manos finas y cara aniñada. Las chicas se giraban para mirarlo y se quedaban inmóviles hasta que él las sobrepasaba. Las de la escalera eran las más afortunadas porque podían disfrutar de todo su recorrido. Le gustaba a todas. Hasta Susana se quedó embelesada mirándolo. Nadie se atrevía a dirigirle la palabra, ni siquiera Marga, tan animada siempre. Pero todas suspiraban por él. Y él hubiese podido elegir.

Relajó los músculos de la cara y abrió los ojos de par en par. El rectángulo continuaba vacío y su rincón se había quedado en penumbra.

Vera enfocó de nuevo la imagen del espejo. Iba a tener frío con el chaleco. Se pondría una camiseta interior de manga larga. No, no sería lo mismo. Se quitó el chaleco y se enfundó un jersey ocre de lana gruesa con el cuello amplio, se desahogó el de la camisa. Por último, se calzó los zapatos de ante con cordón y fue a peinarse. Arturo no tardaría en llamar al timbre. Era la noche del treinta y uno de diciembre.

—¿Es en esta calle?

—Sí, un poco más allá. —Arturo estiró el brazo—. ¿Ves aquellos árboles que asoman por la valla? Es allí. Se entra por el patio.

—¿Entonces sí que es un colegio?

—¿Te dije que era un colegio?

—Bueno, no estabas seguro.

—Es un centro social para jóvenes o algo de eso, pero creo que antes sí que era un colegio.

—¿Y lo lleva el cura que me dijiste?

—Pues no lo sé. Ah, me parece que unos Boys Scouts le han cedido el local. —Se rascó la nuca y se giró para mirarla—. Esta va a ser la mejor nochevieja de mi vida. Te lo digo yo.

—¿Es gay?

—¿Quién?

—El cura.

—Sí, sí.

—Pues qué moderno, ¿no?

—La verdad es que sí. Dice que los chicos y chicas homosexuales tienen derecho a reunirse en sitios normales y no tener que estar siempre en locales a escondidas. —Cogió a Vera del brazo y la obligó a acelerar el paso—. Va, que son las diez. Seguro que Carlos ya está ahí. Tengo unas ganas de presentártelo…

Le echó una ojeada a su amigo por el rabillo del ojo, le enternecía verlo tan contento. Es como un algodón de azúcar, pensó.

Atravesaron el patio, por donde ya revoloteaba gente con vasos en la mano y con algún que otro gorrito de papel. ¿Serían todos religiosos? No tenían por que, Arturo y ella no lo eran. Dio una mirada rápida. No le sonaba nadie, ella que se creía que aunque fuese de vista conocía a todos los gays y lesbianas de Valencia… Volvió a repasar el recinto y por un momento le subió la adrenalina: igual esa noche conocía a chicas nuevas.

—Vamos dentro, aquí no está Carlos —murmuró Arturo, y se le adelantó.

La banda sonora de *Fiebre del sábado noche* traspasaba los muros. Al ir a cruzar la puerta, un chico se les abalanzó tendiéndoles una bolsa de plástico a cada uno:

—Aquí tenéis, el cotillón. Son cien pesetas por cabeza. La bebida está incluida.

En cuanto entraron Arturo empezó a girar la cabeza hacia un lado y hacia otro con los ojos muy abiertos:

—¡Allí! Mira, allí está. —Y le dio un codazo—. ¡Vamos!

Vera alargó la vista y sus ojos se encontraron con los de una chica pelirroja de piel blanca y figura esbelta. El corazón le dio un vuelco. De pie, con las piernas cruzadas y las manos en el bolsillo apoyaba la espalda y la cabeza en la pared. Vestía un pantalón negro tipo Cortefiel y un jersey ajustado turquesa oscuro que le hacía resaltar las tetas. Parecía salida de un anuncio de perfume de revista. La pelirroja sacó una mano del bolsillo y se la pasó por detrás de la oreja sin dejar de mirarla. La sangre recorría sus venas en oleadas efervescentes.

—Está con su amiga Beatriz —le informó Arturo mientras levantaba el brazo entre la gente—. Ahora mismo te la presento —añadió sin dejar de sonreírles.

—¿Pero entiende?

—Claro —le contestó sin apartar los ojos de Carlos—, aquí todo el mundo entiende. ¿A que es guapo?

Beatriz se separó de la pared en cuanto se acercaron y Carlos se apartó el flequillo con un golpe de cabeza.

—Vera, te presento a Beatriz —Arturo la señaló con la mano extendida.

—Hola. —La amiga de Carlos la saludó sin mover un solo músculo de su cuerpo.

Vera se sintió atrapada por la voz grave y por los ojos marrones algo rasgados que la taladraban. Le devolvió el saludo y apartó la vista con una expresión que cualquiera hubiese tildado de seca. Vaya manera de empezar. Cobarde.

—Y este es Carlos —prosiguió su amigo.

Los dos muchachos intercambiaron una mirada de refilón y

sonrieron.

—Hola —dejó caer Vera.

—Enchanté —le contestó Carlos, pidiéndole la mano con ademán de besársela.

Eran casi las once cuando Beatriz señaló con el mentón la puerta de entrada:

—Mirad, el que entra ahora debe de ser el padre Javier.

El hombre vestido de gris lucía un proyecto de melena ondulada.

Los cuatro, desde una de las mesas de colegio que se habían dispuesto alrededor del recinto, posaron la vista en el cura.

—Qué buena pinta tiene —opinó Vera sin quitarle los ojos de encima.

—Venga. Vamos a ponernos algo de beber —sugirió Arturo rompiendo el encanto—, que ya son casi las once.

Sobre la pared blanca, arriba de la mesa bar, unas letras grandes de papel formaban un arco amplio y colorido en el que se podía leer Feliz 1977.

Su amigo, que esa noche vestía todo él de marrón oscuro, cogió cuatro vasos de la columna de plástico y se hizo con la botella de ron:

—¿Quiere alguien un cubalibre de Negrita?

—Yo —contestó Carlos levantando el índice.

—Y yo —se sumó ella.

—Yo de ginebra, por favor —pidió Beatriz mientras los ojos de Vera se enganchaban en el perfil de proporciones perfectas.

La nariz recta, helénica. Como en las cabezas clásicas. ¿Estaba soñando?

Volvieron a la mesa custodiada por los abrigos. Se sentaron y fue entonces cuando ella se fijó en Carlos. No le extrañaba que Arturo estuviese tan enamorado de él: pómulos salientes, labios gruesos y pelo azabache con un flequillo largo y ladeado que se balanceaba a cada movimiento de cabeza.

—Vera. —Su amigo repiqueteaba sobre la mano de ella—.

¿Sabes que a Beatriz la conocía de la facultad?

—¿Ah, sí? —se interesó posando un instante sus ojos en ella.

—Bueno, solo de vista.

—Entonces… —Vera se dirigía a la amiga de Carlos—: ¿tú también has hecho psicología?

—Sí, terminé con ellos.

Hablaba y toda su cara se iluminaba, como si sonriese, pero no sonreía.

—¿Y tienes trabajo?

Tuvo que hacer un esfuerzo para seguir con la conversación. La cabeza se le iba detrás de lo que veía: la melena rectísima detrás de las orejas, ¿era caoba? ¿se decía caoba? Pelirroja oscura. Con raya al lado y sin flequillo. ¿Y los ojos? Marrones. A ver… estaban en sombra, marrones oscuros, más oscuros que los de ella, pero vivos, y sonreían, se le iluminaban, sí.

—De momento me apaño dando clases particulares, pero voy a preparar oposiciones para maestra. —Las comisuras de sus labios finos ascendieron con la última palabra y Vera bajó los ojos al railite verdoso.

—¿Y con tu carrera puedes acceder? —Apretó los puños bajo la mesa.

—Poder puedo, otra cosa es que apruebe. Me gustaría intentarlo. —Arrastró con la yema del dedo el mechón de la frente que ya le tapaba la ceja. ¡Las cejas! Las lleva depiladas, casi no se nota, pero las lleva depiladas—. Me gustaría tener un trabajo fijo —prosiguió Beatriz— y poder irme de casa.

—¿Pero con psicología…?

—Ya sé lo que me vas a decir, qué para que he estudiado psicología si voy a ser maestra. —Una línea negra finísima le contorneaba los ojos dándoles una fuerza espectacular. ¿Cómo no se había dado cuenta?—. Pues te lo aclaro enseguida. Soy psicóloga y lo seré siempre, es lo que he estudiado y es lo que me gusta, y haré lo imposible para que sea mi profesión. —Los labios pintados, aunque de color discreto, contrastaban con la blancura de su piel—. ¿Me escuchas? —La pregunta iba acompañada de una sonrisa.

—Sí. —Dio dos golpes de cabeza potenciando la afirmación.

—Pienso que lo de estas oposiciones es el camino más corto. —Y se aplastó el pelo por detrás con la mano.

—En realidad te quería preguntar cómo están las salidas en psicología, si está muy difícil. Como estos se lo van a montar por su cuenta… —Les echó un ojo a los chicos.

—Bueno, a ellos les va ese rollo. Lo del gabinete y tal. —Y movió la cabeza como si negara—. Son unos idealistas.

—Nosotros vamos a bailar. —Arturo, que había estado cuchicheando con Carlos hasta ese momento, se puso en pie y cogió la mano de su amigo obligándole a levantarse—. ¡Vamos!, que es mi canción favorita.

Sonaban los primeros acordes de *Let it be*. Arturo llevaba un sombrerito de soldado francés. Le recordó a Claude Rains en Casablanca. El gorrito de Carlos era de arlequín. Beatriz los siguió con la mirada hasta que se abrazaron. Luego giró la cabeza hacia ella:

—Debe de haber algún fan de los Beatles por aquí, ¿no crees?

Volvió a apretar los puños. Si no se comiese las uñas se las habría clavado.

—Seguro. Con la de años que hace que se separó el grupo. —Aflojó las manos, levantó su vaso y le dio dos sorbos al cubalibre. ¡Ahora!—. ¿Quieres que bailemos?

—Bien. —La amiga de Carlos abortó su sonrisa más espontánea tras unos labios apretados.

Contó las parejas que bailaban cogidas en el centro de la sala, diez; aparte, la suya. El barullo de la gente había subido de volumen y se enredaba con la música en una combinación armónica y acogedora que le hacía sentir bien. Beatriz la rodeaba por la cintura y ella posaba las manos sobre sus hombros. No debía de faltar mucho para las doce. La manga del jersey le tapaba el reloj y no era cuestión de mover las manos. Igual eran menos veinte, no solía equivocarse calculando la hora. El disco llegó a su fin y miraron a

sus amigos, que seguían bailando apretados. Ellas se sonrieron.

Una frente a la otra, con los brazos caídos, esperaban que el *discjockey* cambiase el LP. Optó por desviar la mirada hacia uno de los bailes negros y esconder una mano en el bolsillo del pantalón para frotarse los dedos. En ese momento alguien tuvo la feliz idea de apagar la mitad de los tubos del techo.

La música de Lluís LLach se adueñó del espacio, y en cuanto irrumpió su voz todo el mundo arrancó a aplaudir y a vitorear. El *discjockey* subió todavía más el volumen del tocadiscos:

… per fer el viatge cap a Ítaca,
has de pregar que el camí siguí llarg,
ple d'aventures, ple de coneixences.

Acoplaba las manos sobre los hombros de Beatriz cuando sin proponérselo le rozó el cuello. La mano se quedó petrificada en el hombro turquesa oscuro.

—¿Te gusta Lluís Llach? —Qué vulgar acababa de ser. Gilipollas más bien, gilipollas. Se acordó del chico de Peñíscola cuando le preguntó si le gustaba Julio Iglesias. No era lo mismo pero se parecía mucho.

—¿A quién no? —Y la observó de refilón.

Lo que faltaba.

Notaba los dedos de Beatriz moviéndose despacio por la parte baja de su espalda. La sensación de esas caricias se le instaló en los oídos en forma de hormigueo. Su pareja de baile era más alta que ella, un poco. Pasó los ojos por su boca durante una milésima de segundo: ningún problema para besarse.

Lo que de verdad le preocupaba mientras bailaban eran las tetas que tenía a medio palmo de las suyas. Si guardaban las distancias no habría problema, pero si llegaba el momento de acercarse más… no quería ni pensarlo. Por un lado le atraía la idea compulsivamente, pero por otro… No sabría donde meterse, sería lo peor. Empezó a notar el ambiente cargado, le corría el sudor por la nuca. Despegó

una mano del hombro y se ahuecó el cuello de la camisa ensanchando también el del jersey ocre. Alguien tendría que hablar, ¿no? Sí, estaba Llach, pero ellas estaban más solas que la una, allí, cogidas en medio de la gente. El cosquilleo seguía aferrado a los oídos, se le pasaría a la garganta y le presionaría la nuez. Tendría que decir algo.

—¿Vives en Valencia? —No pudo evitar que le subieran los colores. ¡Joder!

Un ajá gutural con la boca cerrada sirvió de respuesta. Beatriz separó un brazo de la cintura de Vera y dio una ojeada a la parte interior de su muñeca.

—Faltan diez minutos. —Y la miró directamente a los ojos con una expresión que a ella le pareció especial. Hubiese podido derretirse allí mismo—. Cuando acabe la canción cogemos las uvas y el *champagne* y salimos afuera, ¿te parece?

—Vale. —La idea era buenísima. Pensó en el frío del patio y lo imaginó romántico. Romántico a más no poder.

Por el jardín en penumbra se desperdigaba alguna que otra pareja. Beatriz señaló un banco de piedra arropado por un laurel:

—En aquel rincón estaremos bien. —Hablaba pausadamente, en voz baja y con ese tono tirando a grave.

Se abrochó el abrigo de paño café con leche y Vera la imitó con su trenca marrón. Se sentaron en el centro de la losa desgastada. Desde allí oían al locutor que retransmitía desde la Puerta del Sol. Algún manitas había conectado la radio a los altavoces.

Beatriz se ladeó en el banco y puso sus ojos en los de ella, en silencio, estática. Su mirada la penetraba hasta la garganta. Contuvo la respiración y aguantó el trance agarrándose al canto del banco. No podía creer lo que le estaba pasando. No cabía el disimulo. La tenía a dos palmos y se estaban mirando por dentro. Como un sueño.

—Los cuartos —susurró Beatriz sin apartar la vista de ella.

—¡Ahora! —gritó el locutor. Y comenzaron a oírse las campanadas como si estuviesen allí mismo.

Pensó en Arturo: esta va a ser la mejor nochevieja de mi vida. Asistió asombrada a la precisión con que Beatriz ingería con cada

dong su grano de uva. Ella, desde que cumplió los trece años, no había vuelto a ser capaz de acabárselas a tiempo. Y, aunque esa noche había hecho un esfuerzo, cuando Beatriz se le acercó para besarla, tenía un grano en la mano y la boca llena. Tragó tan rápido como pudo y al instante sintió la humedad de sus labios sobre los suyos. Fue un beso corto, casi de amigas, pero de una dulzura tal que le traspasó el estomago. Entonces, aprovechando el momento… ¿o a lo mejor solo pretendía esconderse?, se abalanzó sobre ella rodeándola con los brazos y la apretó con fuerza. Notó inesperadamente la presión de sus tetas mullidas contra las suyas. La retuvo así unos segundos, quizá un minuto, medio; ¿cómo contabilizar el tiempo? Se había metido en la boca del lobo. Después del beso, del abrazo, del roce, de todo… Aflojó los brazos con la vista puesta en el asiento de piedra. Su pareja se giró y cogió los vasos con cava que esperaban en el banco, le pasó uno y levantó el otro:

—Feliz Año Nuevo.

22 de enero de 1977, sábado

¿Se estaba mostrando o la reclamaba? Desnuda de cintura para arriba, Beatriz permanecía sentada en el borde de la cama. Las manos pegadas a sus muslos se clavaban en el colchón blando y la mantenían erguida. ¿La esperaba? Sonreía con la boca cerrada. Sí, la esperaba. Vera, de pie a metro y medio de ella, sostenía su mirada.

Sus ojos enganchados a los de Beatriz no se atrevían a deslizarse hacia su desnudez, ni tampoco a desviar la vista hacia cualquier otro lugar de la habitación, eso sería lo peor.

—Te has puesto colorada.

La frase rompió el momento y sin proponérselo sus pupilas buscaron el busto blanco y firme; marmóreo, como el de una escultura griega, se dijo. De repente entendió lo que era la belleza,

ella, que se había pasado media vida dudando entre si una cosa era bella o no lo era. Se acercó a la cama, se sentó y se quitó el jersey y la camisa por la cabeza, todo de una. Beatriz la abrazó y la tumbó lentamente sobre la colcha azul.

Estaban en la habitación de Carlos. Era fiesta en Valencia, día de San Vicente.

Habían quedado a las cinco en la Seu, y con un par de *gin tonics* estuvieron hablando casi dos horas. Se habían visto los fines de semana. Habían ido al cine, a comer a una pizzería, a cenar a La Catedral y dos veces a Carnaby, donde una de las noches había presumido de amiga ante Llum y Gloria. Habían bailado acarameladas, se habían cogido de la mano en el cine, se habían mirado con picardía en más de una ocasión y, sobre todo, se habían contado la vida. Vera sabía que Beatriz tenía una hermana dos años mayor que ella, que su familia disfrutaba de un chalet en Náquera, que su primer amor correspondido fue una profesora del instituto, que el color de su pelo no era natural, que Carlos era su amigo desde la infancia…

Y esa tarde en la Seu, Beatriz le propuso ir a casa de Carlos:

—Tengo que devolverle este ensayo. —Y frotando la tapa del libro le preguntó—: ¿Me acompañas?

—Sí, no tengo ninguna prisa. —Y temió que adivinase su excesiva alegría. Quería sumergirse en su vida, ser amiga de sus amigos… Se escudó con el vaso de tubo liquidando las cuatro gotas calientes. ¿Qué hacía bebiendo de un vaso vacío? Acabó con un súbito calor en las mejillas.

—Vive muy cerca.

—Por Na Jordana, ¿no? —atinó a preguntar.

—Sí, en la misma calle de Na Jordana.

—Oye —se recompuso—, tienes que conocer mi casa. —Arrastró el vaso hacia sí—. El sábado vienes a comer, ¿vale?

Cuando llegaron a casa de Carlos, él estaba a punto de marcharse.

—Yo me piro, pero vosotras tranquilas, os podéis quedar lo que queráis. Cuando os larguéis cerráis de portazo y ya está. —Y antes de echar mano al picaporte se giró—: Volveré tarde.

Con el golpe suave de la puerta se le aflojaron las piernas. Por primera vez estaban a solas.

La casa era tan antigua o más que la de ella y, a todas luces, más pequeña. El dormitorio, sin ventanas y con una puerta amplia sin hoja, daba al comedor cocina: una estancia de unos veinte metros cuadros con una galería al fondo donde se ubicaba el váter.

Llevaban un rato en silencio, desmadejadas sobre la cama, abrazadas, desnudas. Vera abandonaba la cabeza en el escote de Beatriz y uno de sus brazos reposaba sobre la cintura nivea. Contemplaba sus tetas sin ser vista, podía mirar cuanto quisiera, admirar, disfrutar sin prisa. Beatriz la envolvía con sus brazos. Pensó en las hojas de col. Levantó el brazo y fue acariciando con delicadeza la piel suave hasta alcanzar uno de los pezones. Lo cubrió con la mano. Si por ella fuese no se movería de allí en un mes, o en dos. No se movería nunca. Beatriz la besaba en la frente, en la sien, en el pelo.

—Eres muy tierna —le decía.

La felicidad existía. Siempre le había parecido una palabra vacía, vulgar, pero ahora estaba allí con ella. Aunque, quién sabe, a lo mejor ella era tan vulgar como todas esas parejitas que se paseaban los domingos por los Viveros con la palabra estampada en la cara.

Su amiga se incorporó y sin soltarla por completo estiró del gurruño que era la manta:

—Hace frío. —Y volvió a abrazarla bajo el cobertor.

Ella respiró profundamente. El olor dulzón de sus sexos se mezclaba con el perfume de las sábanas limpias. Apretó su pubis contra el muslo de Beatriz y colocó su pierna doblada sobre el de ella:

—Debe de ser muy tarde. —Le rozó el cuello con los labios—. A ver si vuelve Carlos.

—No creo. Pero tampoco pasaría nada. Tenemos mucha confianza. —Le sujetó la barbilla y la besó en la boca—. Dentro de diez días es tu cumpleaños, ¿no?

—Bueno, de once. El miércoles que viene no, al otro.

—Es verdad, cae miércoles. —Volvió a besarla—. Entonces seremos iguales, veintitrés años tú y veintitrés yo. Y en marzo, volveré a llevarte un año.

Vera hincó un codo en la cama, apoyó la mejilla en el cuenco de la mano y posó los ojos en Beatriz:

—¿Te gustaría tener hijos?

El semblante de Beatriz se endureció.

—No lo sé. No lo he pensado nunca. —Su mano se despegó de la cadera de Vera—. No, creo que no. Tampoco es que me maten los niños.

—A mí sí que me gustaría.

—¿Y cómo piensas tenerlos? —Se giró, dejó caer la mano sobre la mesita de noche y se hizo con el reloj de pulsera—. Son casi las once.

—Pues Arturo tiene un amigo gay que siempre me está diciendo que podríamos tener un hijo. No sé si lo conoces, es uno que trabaja en la Renfe.

—No.

—Y mira, con acostarte con uno que te guste y no decir nada…

—No, no me apetece ser madre. Ahora, también te digo que si estuviese con un chico pensaría igual. —Mentira, mentira cochina —. Eso lo tengo claro. —Y echó mano al sostén ribeteado de encaje —. ¿Nos vamos?

3 de marzo de 1977, jueves

Vio llegar a Beatriz desde la puerta del bar; llevaba una bolsa del Corte Inglés. Su amiga aligeró el paso al verla y le sonrió.

—Se me ha hecho un poco tarde —se excusó a dos pasos de ella. Luego le dio un par de besos y le dijo al oído—: Me gustas.

Iba impecable, como siempre. Llevaba un pantalón claro ya primaveral con una camisa marrón y un chaleco acolchado del color del pantalón que hacía pensar en un anorak sin mangas.

—¿A qué hora has quedado con tu amiga? —le preguntó Beatriz mientras se miraba el costado derecho del pie derecho de sus mocasines crema. Se sacó un clínex, lo chupó, se volvió a mirar el pie y lo guardó.

—A las nueve menos cuarto —le contestó mirando también ella los zapatos—. ¿Son nuevos? —Y se fijó en que aunque las suelas eran deportivas la altura del tacón era la de siempre.

—Los acabo de estrenar. ¿Te gustan? —Y antes de que ella abriese la boca dio un sí por respuesta y prosiguió—: Bueno, aún es pronto, ¿entramos a pedir algo?

Aquel lugar frecuentado por Gerda era un auténtico buchinche. Estaba en un callejón estrechísimo y corto que enfrentaba con un lateral de la misma Basílica de la Virgen.

—Cuánto negro, ¿no? —apreció Beatriz mientras dejaba su cocacola sobre el hule vacío.

—Cada vez que vengo me pregunto de dónde salen, porque en Valencia no se ve ni uno. —Vació medio botellín de cerveza en su vaso antes de sentarse—. Yo solo conozco al de la gasolinera de Primado Reig.

—Pues deben de estar aquí todos.

—Igual. —Y se dispuso a contarlos; cuatro en la barra y los cuatro de afuera. Eran hombretones que no sabía porqué pero le imponían. Demasiado machotes. Negras no había.

A renglón seguido se miró los zapatos y la ropa, completamente de invierno. Aún hacía frío, y de todas formas a ella le gustaba ir así.

La otra mesa ubicada más al fondo, a duras penas cabían las dos mesas, estaba ocupada por tres chicos blancos.

—Anda, que el de la barra… —comentó su amiga en voz baja —, qué pinta.

Vera lo miró. La verdad es que era un espécimen, parecía un

español de los años cincuenta: camisa blanca con el cuello abierto, moreno, engominado, bigotito… y la edad… indefinida. Cómo era Gerda, todo aquello le debía de encantar.

—¡Mira quién está ahí! —exclamó Beatriz.

Ella se giró y sus ojos se cruzaron con los de la Blanquita. La saludó con la cabeza y un amago de sonrisa. La Blanquita tenía el tamaño de una niña de diez años aunque su cara, tirando por lo bajo, reflejaba más de sesenta. Vestida toda de blanco recordaba a una comulgante de principios de siglo. La falda con encajes a duras penas le llegaba a los tobillos y una torerita repleta de bordados blancos le dejaba a la vista el fajín apretado; las medias blancas eran tupidas y los zapatitos con algo de tacón también eran blancos. Se sujetaba el moño canoso con una pequeña peineta plateada, y un bolsito de tela blanca colgaba atado de su muñeca. Le vino a la cabeza la Bette Davis de *¿Qué fue de Baby Jane?*

—¿La conoces? —le preguntó Beatriz sin dejar de mirar a la Blanquita.

—Sí. ¿Y tú de que la conoces?

—De verla por la plaza de la Virgen.

—Pues yo nunca te he visto a ti por ahí.

Beatriz se encogió de hombros y levantó las cejas.

Qué guapa es.

El que se parecía a Armando Calvo se dirigió a la Blanquita:

—¿Te pongo una mistelita, guapa?

—Sí, muchas gracias —le contestó con una voz de acuerdo con su tamaño.

Los de la otra mesa la llamaron.

Al pasar junto a ellas se rezagó un momento. Entre los coloretes de sus mejillas apareció una sonrisa que mostraba los huecos negros que dejaban sus escasos dientes amarillentos. Beatriz le hizo esperar mientras hurgaba en su monedero. A la vuelta, la Blanquita se arrimó al mostrador y como chica educada que era degustó la mistela sorbito a sorbito a la vez que se encorvaba protegiendo el vestido.

—Son casi las nueve. ¿Tu amiga Gerda es puntual?

—Sí, bastante. Me hace mucha ilusión que te conozca. —E intentó cubrir con su mano la de su amiga, que en ese momento seguía con un dedo el dibujo del mantel. No llegó a tiempo. Bajó los ojos y se centró en no ponerse colorada.

—El domingo quiero ir a Meliana a ver a una amiga —le hizo saber Beatriz volviendo a colocar la mano sobre la mesa—. Creo que no te he hablado de ella.

—¿Es lesbiana?

—Yo nunca utilizo esa palabra. —Su gesto se endureció—. No me gustan las etiquetas.

Vera inspiró y torció la vista. ¿No te digo lo que hay?:

—A ver, yo no lo veo así. Lesbiana es una palabra que sirve para definir a un determinado tipo de mujer. Exactamente a la que le gustan otras mujeres. —Obvio. El tema le ponía de los nervios—. Afortunadamente disponemos de un vocabulario que nos permite llamar a las cosas por su nombre. Está bien, ¿no? Saber lo que somos y como nos llamamos. —Se le habían disparado las pulsaciones. Estoy de las etiquetas y de los guetos hasta el gorro. Y encima te miran por encima del hombro. Es que me puede.

—Yo no me considero lesbiana.

—¿Ah, no?

—Pues no. Yo me enamoro de la persona. Me da igual que sea hombre o mujer.

—Vaya, a lo mejor eres bisexual. —Ahora le ardían las orejas.

—A lo mejor. Pero esa palabra tampoco me gusta. No pienso etiquetarme, ni etiquetar a nadie. Ni tengo porque colgarme un cartel que diga que soy lesbiana, o bisexual o heterosexual. No soy de esas.

—Pero eres psicóloga, ¿no? —y la miró directamente a los ojos —. Esa etiqueta si que te gusta, ¿verdad?

—Mira, yo ante todo soy mujer.

—Ya. Española. Y blanca.

—Esa que entra debe de ser Gerda. —Beatriz volvía a sonreír con la mirada puesta en la puerta.

Vera se levantó.

26 de marzo de 1977, sábado

Excelente, para un diez. La mesa plegable de haya estaba abierta y Vera daba el último repaso a la cena expuesta sobre el mantel rojo. La tortilla de patata, las lonchas de jamón recién cortado en el ultramarinos de abajo, las rebanadas de pan con tomate y aceite, las endibias con roquefort, la cazuelita con almendras. El cuchillo a la derecha sobre la servilleta roja, a la izquierda el tenedor, y delante del plato azul marino, toda su vajilla era azul marino, la cucharilla para el suflé de limón, receta de Gerda. Arrimó las copas al plato y desplazó las almendras a un lateral. El Barbadillo blanco estaba en la nevera.

Miró el sofá con los almohadones, una bonita combinación de azules. Enderezó uno. Pasó a la cocina, tan grande como el saloncito. Quizá debería haber puesto la mesa allí. Volvió al saloncito y le dio un vistazo. No, ahí estaba mejor. Pasó los visillos del balcón y volvió a la cocina. Metió la cabeza en el dormitorio, que era poco más que un armario empotrado. La ventana daba al patio de luces. Un colchón grueso de espuma en el suelo y un chifonier lo amueblaban. Cerró casi del todo las puertas correderas que habían confeccionado en el taller. No hacía ni un mes que las había instalado con su padre.

Le echó un ojo al reloj redondo de acero que colgaba en la pared ocre: ya era la hora. Pero la puntualidad no era precisamente unas de las virtudes de Beatriz. Se palpó las llaves en el bolsillo, colgó el paño de cocina que estaba sobre el banco y se colocó frente al espejo vestidor que tenía en la cocina junto a la puerta de entrada al piso. El pantalón marrón de pana era el de siempre, pero estrenaba jersey, un jersey plagado de cenefas marrones de diferentes tamaños y dibujos. La melena aún húmeda le rozaba los hombros, se le ondularía un poco en cuanto se acabase de secar y le quedaría perfecta. Se la ahuecó con los dedos y se abrió el flequillo. En los últimos años se le había oscurecido el pelo. Aproximó la cara al espejo y clavó la vista en sus ojos; se acercó más, seguían marrones tirando a miel, eso no cambia nunca.

El timbre la sobresaltó. Salió al rellano y abrió el portal estirando de la cuerda. Volvió al espejo, se guiñó un ojo y chasqueó la lengua:

—¡Requeteguay! —Y se dirigió a toda prisa hacia la estantería del saloncito. Cogió un velón que tenía sin estrenar y antes de que Beatriz llegase arriba ya estaba encendido en el centro de mesa.

—Ummm, está todo buenísimo, de verdad. —Beatriz se acercó la copa de vino y bebió hasta dejarla casi vacía. Ella se la volvió a llenar—. Hacía tiempo que no comía un jamón tan bueno.

—¿Saco un poco más?

—No, no, por favor. —Se acarició la tripa.

Vera se levantó a recoger los platos.

—¿Te ayudo?

—No, si ya está.

Enjuagó las copas y después de secarlas las devolvió al mantel:

—Tenemos *champagne*.

—Qué bien —exclamó Beatriz frotándose las manos—. ¡Vera! —levantó la voz. Ella la oyó de camino a por la botella—. ¿Te ha gustado el cartelito que te he traído?

—Mucho. —Le contestó con la nevera abierta. No se giró.

—Me parece a mí que esas cosas no son de tu estilo.

—Sí que me ha gustado, en serio. —Se palpó otra vez las llaves.

El cartelito era una postal horizontal tamaño cuartilla. Reposaba en el banco de la cocina y con el Codorniu en la mano la cogió para volver a mirarla. Sobre los naranjas y azules de una puesta de sol en el mar se estampaba una frase de letras blancas: *El amor es consuelo en la tristeza, serenidad en el tumulto, reposo en la fatiga, esperanza en la desesperación*. Levantó las cejas abriendo mucho los ojos. No sabía que era peor, si la foto o el texto. Lo llevó consigo a la mesa.

—Lo he visto en el kiosco de la plaza de la Reina y me ha encantado la frase. —Movió la cabeza hacia un lado y hacia otro recorriendo las paredes—. ¿Dónde lo vas a poner?

—No sé… —Miró al frente—. ¿Al lado del balcón?

—Sí, ahí quedaría bien —aceptó girándose.

—Espera, lo pongo ahora. —Cogió dos chinchetas de un tarro de la estantería y lo clavó en la pared.

A Beatriz le sonrieron los ojos. Estaba guapísima.

El vino se dejaba notar. Respiró hondo y soltó el aire con fuerza. Los suflés parecían de restaurante de lujo. Llenó las copas, se sentó y alzó la suya.

—¡Por nosotras! —exclamó Beatriz haciendo sonar los cristales.

Guapísima, guapísima.

Acarició el relieve del bolsillo. ¡Ahora es el momento! Se sacó las llaves y las puso sobre la mesa arrastrándolas hacia su amiga.

—¿Son para mí? —le preguntó clavándole los ojos.

Ella asintió con la cabeza:

—Son tuyas. —Y reprimió la respiración, expectante.

Beatriz sonrió. Sus dientes destacaban blancos y alineados tras el carmín de color casi natural, y deseó compulsivamente pasar su lengua por ellos, pasarla una y otra vez; y chuparle los labios, y mojárselos; y buscar su lengua y acariciarla con la suya, acariciarla hasta el fondo.

Allí seguía su sonrisa y allí seguían sus dientes como perlas. ¿Cómo había caído tan bajo? Hacía una hora se hubiese dejado matar antes que comparar dientes con perlas.

Beatriz se levantó, dio la vuelta a la mesa y rodeándola por detrás la besó en el cuello. Ella liquidó de un solo trago el cava que le quedaba y se puso de pie. Abrazó a su amiga con fuerza y sujetándole la nuca se abrió camino en su boca. Cogieron la botella y las copas y se dirigieron hacia el colchón de espuma.

Amanecía, se acababan de despertar y se contemplaban en silencio. Las últimas cuatro horas las habían pasado así, durmiéndose y despertándose, besándose y acariciándose, mimándose.

Beatriz la abrazó y Vera sintió la tibieza de su cuerpo desnudo, se apretó más contra ella y escondió la cabeza en su cuello:

—Te quiero —susurró.

Beatriz acarició su espalda:

—No me puedes querer. —Su voz, aunque dulce, sonó firme—. Solo hace tres meses que me conoces.

5 de abril de 1977, martes

Había pasado por las floristas de la plaza del Caudillo y tuvo que darse prisa para llegar a la hora convenida. Pero de eso hacía ya un buen rato. Las farolas alumbraban ya la caída de la noche. Llevaba casi una hora sentada en las escaleras que bordeaban la plaza de la Virgen. Esperaba a Beatriz con una rosa de tallo largo en la mano.

De tanto en tanto miraba la flor roja que parecía marchitarse por momentos. Si tardaba mucho más se le iba a ir hasta la ilusión por el viaje. Habían planeado salir para Semana Santa a algún lugar de la costa de Almería, y ella tenía medio atado un hotel en San José. Harían tres noches por buen precio. Podrían comer y cenar comprando en algún súper, y a lo mejor hasta les daba para tomar algo por el puertecito.

En un santiamén barrió con la vista las seis calles que desembocaban en la plaza. Nada. Y pensar que había salido una hora antes del taller. Se estaba arrugando, como la flor.

Levantó la cabeza cuando Beatriz comenzaba a cruzar la plaza desde la cafetería Roma, sus pasos eran de marcha atlética. Se levantó, de buena gana habría tirado la flor a una papelera. Demasiado tarde.

—No he podido avisarte —se excusó con la voz entrecortada por el esfuerzo—. He tenido que acompañar a mi madre al médico.

—Podrías haberme llamado al taller.

—Es que no creía que saldríamos tan tarde. —Vera le pasó la rosa—. Qué bonita —Se la acercó a la nariz—. Teníamos hora a las seis y nunca nos hacen esperar.

—¿Vamos a tomar algo a la Seu? —le propuso con la vista en las baldosas rojo cehegín del suelo.

—Me tengo que ir enseguida. —Volvió a oler la flor.

—¿Pero ya?

—He dejado a mi madre un momento en el bar que hay enfrente de la Diputación. —Se giró alargando la vista—. Si la llego a acompañar a casa no llego aquí hasta las diez.

—Quería explicarte lo de Semana Santa. Tengo visto un hotel con muy buena pinta que no está mal de precio. Hay que confirmar antes del jueves. He localizado el pueblo en la enciclopedia de España que tienen mis padres. Hay unas fotos muy chulas, sobre todo del puerto.

—¿Qué pueblo?

—San José, ¿no te acuerdas que lo estuvimos hablando? —Será posible.

—Ah, sí. —Se acercó de nuevo la flor y aspiró largamente con la nariz dentro. No encontraría el perfume porque no tenía, ella lo sabía muy bien—. De todas formas —prosiguió—, no tengo claro lo de salir en Semana Santa. No me viene muy bien.

—Pero… sí ya lo teníamos medio planeado. —Su voz tenía un tinte lastimero. Qué asco, ¿por qué tenía que ser tan débil?

—Ya. Bueno, me lo tengo que pensar, ¿vale? —Hizo una mueca que quería pasar por sonrisa—. Me voy, no puedo quedarme más. Le he dicho a mi madre que volvía enseguida. —Le pasó la rosa y se abrochó dos elees del anorak sin mangas—. Te llamaré para quedar.

Dio media vuelta para volver a cruzar la plaza. Aún no había dado dos pasos y se giró. Ella no se había movido un ápice.

—Se me olvidaba —le soltó acercándose—. Le he dicho a mi madre que el domingo vendrás a comer al chalet. Así los conoces.

Asintió con la cabeza dándose por enterada. La flor le colgaba de la mano.

—¡Ah! Otra cosa, ¿tienes alguna falda o algún vestido?

Ahora movió la cabeza para negar.

—Bueno, tú intenta arreglarte lo más femenina posible para venir a Náquera, ¿vale? —Se giró con la última palabra y comenzó a

andar rápido.

La flor roja de tallo largo se deslizó de la mano y cayó sin peso, lenta y suave como una pluma, hasta posarse junto a sus pies.

21 de mayo de 1977, sábado

Evitó la calle del horno. La dueña, que la había visto crecer, seguía teñida de rubio y con el moño a lo Tippi Hedren. Ya no cambiaría de *look* en la vida. Siempre había sido simpática y cariñosa con ella, y seguía siéndolo, pero últimamente la miraba de otra manera, estaba segura. Para hablarle se le acercaba guiñando los ojos y sonriendo con la boca apretada. Y en cuanto tenía ocasión la desnudaba con la vista examinándola de pies a cabeza.

Echó una ojeada a la acera de enfrente. La chica de la tintorería estaba limpiando los cristales del escaparate por fuera. Como si la hubiese olido se giró en el momento justo, levantó el mentón y le sonrió. También ella debía de saberlo. Ojalá pudiese llegar a casa de sus padres sin tener que patear aquellas calles. Apretó el paso. Giraría la esquina y enseguida podría refugiarse en el patio. Aún tenía las llaves. A punto de entrar se tropezó con el cura del tercero, que salía en ese momento. Ella le saludó, pero él le clavó los ojos sin contestar. Ahora a ver quién subía en el ascensor, el hombre del alzacuellos dejaba siempre una mezcla de olor a sudor viejo, pelo grasiento y sexo.

Solía comer con sus padres un día o dos a la semana. Siempre en jornada de trabajo. Pero hoy quería hablar con ellos, era sábado y no tendrían prisa en la sobremesa.

—¿Quieres un poco más de arroz? Queda algo en la cocina.

Su madre lucía una camisa de manga corta con lunares de colores y una falda blanca. Le pareció ver más canas en su pelo y se

extrañó de no haberse dado cuenta antes.

—Sí, me voy a poner un poquito. Está buenísimo. —Hizo ademán de levantarse pero su madre la atajó:

—Dame el plato, yo te lo pongo.

Le encantaba el arroz a banda, y le gustaba sobre todo cómo lo hacía su madre. Ella no era de arroces melosos, más bien los prefería secos, pero este… Exprimió un poco más el trozo de limón ya estrujado y consiguió que cayesen algunas gotas sobre el plato. Dio una cucharada.

Al poco apareció la fuente con cabuts, un pescado que no recordaba haber probado nunca.

—Yo no sé cómo te comes eso, Elena. —No era la primera vez que le escuchaba a su padre esa frase. Ahora dirá que la sustancia está en el arroz—. Pero si la sustancia se la han dejado toda en el arroz.

—A mí es lo que más me gusta, ya lo sabes. —Se arregló un cabut en el plato y lo roció con aceite crudo.

Con los años entendió que aquello era un regalo para el paladar. Giró la cabeza hacia el aparador sobre el que relucía la cafetera de brazo:

—¿Vas a hacer el café con la máquina nueva? —le preguntó a su padre.

—Claro, ya no gastamos la otra. —Y se quedó contemplando la nueva adquisición.

Vera se levantó con el plato vacío en la mano y al paso cogió también el de su padre.

—Esos pantalones son muy bonitos. —Su madre la examinaba con atención—. Y te sientan muy bien.

—Ya es primavera en El Corte Ingles. —Se sonrió la broma. Inexplicablemente los pantalones le gustaban, y eso que les faltaba el casi para ser azul parchís.

Con las tazas de porcelana de la abuela sobre la mesa, habían decidido utilizarlas después de toda una vida durmiendo en vitrinas

y aparadores, pensó que era el momento de abordar el tema.

—Quería deciros una cosa.

—¿Ara qué passa? —preguntó su padre sin apartar la vista de la mano con la que desenroscaba el tapón del Magno.

Los ojos de Vera acompañaban al chorrito de coñac que caía sobre el café. Su padre llevaba una camisa granate. Desde que ella recordara siempre lo había visto con camisas de colores oscuros. Algún día le tenía que preguntar de qué color eran las de las fotografías antiguas.

Su madre, con los dientes apretados, permanecía inmóvil. Ella la miró de soslayo y luego bajó la vista a la taza ribeteada en oro:

—Lo más seguro es que Beatriz se venga a vivir conmigo.

—¿Tan amigas sois?

—¡Mamááá!

—¿Pero ella trabaja? —intervino su padre.

—Ahora está dando clases particulares.

—¿Y con eso se podrá mantener? —insistió.

—Bueno, el mes que viene tiene las oposiciones para maestra y a lo mejor aprueba. —Su voz comenzó a sonar dura.

—Piénsatelo bien —le aconsejó su madre.

Se limpió las comisuras de la boca con la servilleta y los miró a los dos:

—¿Y que pasaría si no le llegara el dinero? —Sus ojos se posaron en su madre—. No sería la primera vez que el papá te ha mantenido a ti, ¿verdad?

—¡Vera! Lo mismo no es —le soltó evitando gritar.

—¿Ah, no?

—¿A ti que te parece?

—A mí me parece que sí. Yo no tengo la culpa de no poder casarme. —El corazón le iba a cien.

Su madre se levantó y arrastró las tazas usadas hacia sí. Puso los platitos uno sobre otro y las tazas encima, una dentro de otra. Pero no las levantó sino que se apoyó con firmeza sobre la mesa y dijo:

—¿Qué necesidad tienes de llamar la atención? —Se puso colorada y le aparecieron las manchas rojas en el cuello, como

siempre que se alteraba—. ¿Qué es lo que quieres? —Bajó la voz y se le humedecieron los ojos—. ¿Qué se entere todo el mundo? —Cogió la pila de porcelana y se dirigió a la cocina.

—Fes lo que vullgues —espetó su padre bruscamente al levantarse.

29 de mayo de 1977, domingo

Después de darle una ojeada a la carta del atril en el retranqueo de la puerta se dispuso a entrar en el restaurante. El Condestable era uno de los sitios donde mejor se comía, según le explicó Arturo cuando se lo recomendó; y con una decoración de ensueño, ideal para una cena romántica, le había asegurado bajando los párpados.

Empujó la puerta verde inglés y se adentró en el local a la vez que crecía el diámetro de sus pupilas. Avanzó con lentitud y dos armaduras que cruzaban sus espadas en lo alto la flanquearon. Buscó los ojos en el yelmo y, efectivamente, no había nadie dentro. Dio un paso más y se tropezó con el que debía ser el maítre, que con traje negro y corbata gris perla acudía en su busca.

—Buenas noches. —La espalda elegantosa se arqueó levemente —. ¿En qué puedo servirle?

—Tengo una mesa reservada.

—A nombre…

—Vera Mateu.

—Para dos, ¿verdad? —Creyó intuir cierta picardía en sus palabras y no pudo evitar ruborizarse.

—Sí, para dos. —Seguro que el maítre daba por hecho que su pareja era un chico.

—Sígame, por favor. —Y avanzaron por el restaurante de dimensiones generosas entre mesas de manteles marrón chocolate. Se paró y le señaló un rincón—. ¿Aquella estaría bien? —Otra vez la picardía y otra vez el rubor.

—Muy bien, sí. —Era el sitio que ella hubiese escogido. De luxe.

Se dirigieron hacia la mesa. Sus labios se arquearon ligeramente mientras seguía al caballero. Se aproximó a la silla desde la que podría observar la entrada.

—Por favor. —El asiento tapizado se desplazó hacia afuera y luego hacia dentro. Justo lo que necesitaba para quedar perfectamente encajada en la mesa—. ¿Le apetecerá algún aperitivo mientras esperamos?

Se miró el reloj:

—Sí, un Martini rojo. —Y justificando anticipadamente la tardanza de Beatriz añadió—: He llegado algo pronto.

En cuanto se quedó a solas paseó sus ojos por donde le alcanzaba la vista. Dos escudos heráldicos gigantes tallados en madera y policromados cubrían prácticamente la pared granate que tenía enfrente. Sobre cada mesa pendía una lamparita de hierro forjado con cristales azules y rojos. Sin embargo, su mesa recibía la luz de una pantalla crema instalada en la hornacina pegada a su hombro. El vermouth llegó con un platito de aceitunas rellenas y un camarero con pajarita. Arturo era único para estas cosas, no podía haberle recomendado nada mejor.

Las mesas ocupadas, contando la suya, sumaban justo la mitad del total. Había tres parejas heteros independientes; un matrimonio mayor con su hija y su nieta, o al menos es lo que parecía; la mesa más cercana a ella la ocupaban dos mujeres y dos hombres cincuentones que en ese momento daban buena cuenta de un Chateaubriand con guarnición; y por último, seis chicas emperifolladas, que no cesaban de parlotear, rodeaban la mesa circular ubicada en el centro del local.

Se podría hacer un pasatiempo como los de los periódicos, pensó. Sacó una libretita de gusanillo y un bic de su bolso de cuero.

Si en un restaurante todas sus mesas excepto la del rincón están iluminadas por una lámpara colgante, y si la mitad menos una están ocupadas —tres, por parejas; una, por dos ancianos con

su hija; otra, por dos matrimonios cincuentones; otra, por una chica lesbiana, se sonrió; y una redonda, por seis chicas parlanchínas—, ¿cuántas lámparas colgantes hay en el restaurante?

Demasiado fácil. ¿Y si le pusiese dos lámparas a las chicas de la mesa redonda? Soltó el bolígrafo y lo releyó.

Aún estaba enfrascada con el escrito cuando algo le hizo levantar la cabeza: Beatriz se acercaba acompañada por el camarero. No pudo evitar que se levantaran las comisuras de sus labios mientras su amiga le ofrecía una de sus más amplias sonrisas. Cómo le gustaba.

—¿Algún aperitivo? —le preguntó el chico de la pajarita después de ayudarle con la silla.

—Sí. Otro Martini —contestó Beatriz con los ojos puestos en los del camarero—. Pero blanco, por favor.

En cuanto el chico les dio la espalda Beatriz pinchó una de las aceitunas:

—Cuánto lujo, ¿no? —Se la metió en la boca y sacó el palillo con los labios fruncidos.

Ella asintió sin dejar de mirarla.

—¿Y a qué se debe esto?

—No sé. —Se encogió de hombros—. Me apetecía una cena romántica contigo. —La punta de sus dedos prendieron el pie de la copa de coctel y sin levantarla del mantel la arrastró hacia sí—. Aunque la verdad es que quería decirte una cosa.

—¿Ah, sí? —le preguntó abriendo mucho los ojos.

Vera se quedó mirándola sin pestañear durante un par de segundos:

—Lo dejamos para luego, ¿vale?

Beatriz se trajinaba un buen lenguado con salsa tártara relamiéndose a cada bocado:

—Exquisito. —Se limpió los labios, más subidos de tono de lo habitual, con varios toquecitos de servilleta, y a continuación le dio

un trago al Viña Esmeralda. Al dejar la copa le echó una ojeada al plato de Vera—. ¿Y tu lubina qué tal?

Tragó rápido:

—Está buenísima, la compota de tomate le va de cine. —Levantó la vista y se encontró con los ojos de Beatriz, que la miraban fijamente, casi con descaro.

—Esta noche estás preciosa. —La intimidó—. Llevas un colgante muy bonito.

—Es lapislázuli. —Vera bajó la cabeza y se miró el escote que le ofrecía la camisa de seda azul—. Me lo compré en Bombay, la tienda de los misioneros, ¿la conoces?

—Te sienta muy bien.

La mirada seguía allí impasible y sintió un calor sofocante.

Ella sí qué está guapa. Durante un instante posó los ojos en la camisa naranja de punto que se le adaptaba a la perfección. Podía adivinar sus pezones. Imaginó la tibieza y el olor de su cuello esbelto. El color subió a sus mejillas y hubiese querido cerrar los ojos. Siguió el recorrido de la mano, que se levantó a cámara lenta y colocó un mechón de pelo caoba tras la oreja. ¿A cámara lenta?, ¿qué estaba diciendo? Miró la botella, estaba casi vacía. Y sin saber cómo tropezó con la sonrisa ancha y relajada de su amante, que la desarmó.

—¿Han pensado que desean para el postre? —El camarero la devolvió a la realidad del restaurante mientras comenzaba a retirar los platos.

Beatriz se recolocó en su asiento y pidió con la frescura de una recién llegada:

—Para mí, el helado de higos chumbos.

—Yo lo mismo. —Qué más daba.

Y en ese momento una idea cruzó su mente: a lo mejor habría estado bien regalarle un anillo. Quizá fuese esta una noche muy especial. Por un instante imaginó que su ¿novia?, allí donde estaba, frente a ella, abría un estuche pequeño de madera barnizada y fijaba su vista en el interior donde un anillo sencillo con un brillante se incrustaba en el tapizado de terciopelo. Luego la miraría a ella con

los ojos empañados. ¿Pero qué le pasaba? Reprimió lo que pudo una sacudida de cabeza. A ver si ahora le iban a gustar las fotonovelas.

Beatriz se aproximó a ella apoyando los dos brazos sobre la mesa. La cadena fina de oro que le colgaba del cuello se balanceaba.

—Bueno, ¿de qué me tenías que hablar? —La pregunta le cayó de improviso y se miraron durante un par de segundos—. Estoy intrigada.

—Pues… —Se aclaró la garganta con suavidad—. Pues había pensado pedirte que te vinieses a vivir conmigo.

Los músculos de la cara de Beatriz se distendieron y su expresión quedó tan desnuda como nunca la había visto. En ese momento, una opresión se le instaló en el pecho.

—Vera —su amiga hizo una pausa y prosiguió—, me parece que es pronto para hablar de eso.

—¿Por qué? —Frunció levemente el ceño.

—Porque todavía no gano lo suficiente para mantenerme.

—Eso no importa. —Lo dijo en un tono más que positivo—. Con mi sueldo sobra para cubrir los gastos de la casa. Ya lo sabes. Necesitas muy poco para venirte conmigo, o nada.

—De verdad, creo que no es el momento.

—A lo mejor apruebas las oposiciones. —Empezó a notar que el corazón le dolía con cada latido.

Se hizo un silencio. Si seguía insistiendo se arrepentiría. Ya había hablado demasiado. De repente, los helados aparecieron sobre la mesa.

—Gracias. —Dejó caer Beatriz.

Ella, completamente estática, observó cómo su amor surcaba, con la cucharilla de pala, la bola que rebosaba la copa de cristal tallado.

—Está bueno —comentó Beatriz. Y sin soltar el utensilio, le clavó los ojos—. Hace exactamente cinco meses que nos conocemos. Solo cinco meses. ¿No crees que es poco tiempo para tomar una decisión así?

—No lo entiendo. —Sus manos se frotaban nerviosas bajo la mesa—. Si nos queremos y estamos bien juntas… ¿Qué miedo

tienes? —Beatriz negaba con la cabeza mientras le escuchaba—. Nadie dice que sea para toda la vida.

—Mira, somos muy diferentes. —Arañó el helado y dejó la cucharilla manchada sobre el plato—. Te quiero mucho, me inspiras mucha ternura… —Hizo una pausa que a ella le pareció eterna—. Hay que dejar que las cosas discurran por sí solas. Es mejor no precipitarse.

No entiendo nada. ¿Qué está diciendo? Bajó la vista y con la yema de un dedo aplastó una miga de pan que había sobrevivido al cepillo del camarero.

—No es buena cosa forzar los acontecimientos —dijo todavía Beatriz a modo de conclusión—. No insistas.

Seguía ensañándose con la miga y sin levantar la cabeza dijo en voz baja:

—Daría cualquier cosa por tenerte cada noche en mi cama. —Se ruborizó antes de terminar la frase.

Lloviznaba cuando volvía caminando hacia su casa. Quería llorar y no podía. Le temblaba la barbilla, tenía un nudo en la garganta, la respiración entrecortada y espasmos en la tripa. Era un llanto seco.

16
EL CARACOL TRANQUILO

13 de enero de 1973, sábado

—Anoche ligué con una chica. —César aprieta la mano de Vera mientras confiesa su aventura con la cabeza agachada. Sus labios apuntan una sonrisa petrificada.

Están sentados en un banco plano de granito en los jardines del Paseo Valencia al Mar. Ella sostiene la vista al frente durante unos segundos. Luego, se sube la manga del anorak oscuro y se mira el reloj. Un caracol grande que se arrastra sobre la tierra húmeda deja a su paso una sinuosa línea blanquecina y viscosa. Vera lo sigue con la mirada hasta que desaparece bajo un montón de hojarasca.

César se yergue, mira a su amiga de reojo y la coge por el hombro. Ella deja de escudriñar el suelo y pone los ojos en el cuello de la camisa del muchacho:

—¿La besaste?

—Sí.

Cinco segundos de silencio.

—¿La vas a volver a ver?

—No lo sé. —Y baja los párpados.

—¿Cómo es? ¿Es morena o rubia?

—Castaña oscura. Bueno, morena. Y como tú de alta más o menos.

Se quedan otra vez callados, los dos con la vista al frente.

Vera coloca las manos debajo de sus muslos, con las palmas sobre el granito:

—¿Te gusta?

—No, no creo.

—¿Es de la pandilla de tu primo?

—Sí, de los que veranean en Torrente. Ya la conocía, pero hará

por lo menos cuatro años que no la veía. Como no voy nunca al chalet de mi tío… Está muy cambiada.

Vera lo mira un instante:

—¿Y bailasteis y eso?

—Claro, era una fiesta.

—Vale. Me refería a si bailaste con ella.

—Sí.

Permanecen de nuevo en silencio. Vera se gira y observa el perfil de César:

—¿Cómo tiene los dientes?

—¡Yo qué sé! No me fijé. Qué cosas preguntas.

—¿Tiene el pelo liso?

Asiente con la cabeza:

—Más o menos.

—¿Y la piel la tiene suave?

—Ni me acuerdo —responde frunciendo el ceño.

—La de la cara, la piel de la cara, te arrimarías bailando, ¿no?

—Supongo que la tendrá suave, como todas las chicas. —Resopla—. La verdad, Vera…

La muchacha vuelve a mirarse la hora:

—Pues acaba de contármelo, ¿no? Además de bailar y besaros, ¿qué más hicisteis?

César carraspea un par de veces. Saca un pañuelo de la larga gabardina azul oscuro y se restriega con él la punta de la nariz:

—Tampoco fue nada del otro mundo. Cuando se acabó el baile dimos una vuelta por las afueras del barrio y ya está.

—¿Solos?

—Sí, solos.

Vera sostiene la mirada.

—Bueno, nos paramos en una calle oscura y estuvimos besándonos.

—Y, ¿no la tocaste ni nada?

César respira hondo:

—Si quieres te lo cuento todo. —Vuelve a frotarse la nariz con el pañuelo—. Sí que nos tocamos. Sobre todo le toqué las tetas.

Ella baja la cabeza y clava los ojos en el suelo:

—¿Por dentro o por fuera?

—Primero por fuera, y después por dentro.

Vera arrastra los ojos hacia el montón de hojarasca. Un camino de babas recientes sale de él y se pierde en el seto de hojas frescas.

—¿Nos vamos? —La chica se mete las manos en los bolsillos del anorak y se levanta.

Comienzan a caminar y él la coge por el hombro. La mirada de ella se pierde en la oscuridad del jardín.

3 de mayo de 1973, jueves

Gerda cierra con llave la frágil puerta de madera y cristal. Acto seguido levanta los brazos y alcanza la puerta metálica estacionada a mitad de recorrido. Vera la imita.

—Gracias. Entre las dos es más fácil.

El chirrido de la persiana termina con un golpe seco sobre el alféizar.

—Tienes la tienda muy bonita —deja caer Vera mientras su amiga cierra el candado del suelo—. Me encanta como te ha quedado el techo pintado de granate.

—¿De verdad? —Gerda se abrocha la gabardina beis—. Menos mal. Por lo menos tú entiendes la decoración.

Vera levanta las cejas.

Empiezan a caminar por la acera de la tienda. Recorren la calle de Caballeros hasta llegar a la plaza de San Jaime.

—Ya estamos cerca. Verás que sitio tan especial. —Sesea—. Ponen a Nat King Colé, a Machín, a los Platers. —Inspira hondo cerrando los ojos y concluye soltando el aire—: Me encantan.

El *pub* es el único bajo abierto en el callejón. La anchura del local mide poco más que la puerta de entrada. Pegada a la izquierda se sitúa una barra panzuda de dos metros y medio con cuatro

taburetes de escay rojo. Más adentro, en el rincón de la derecha, cuatro sofás minúsculos hacen juego con los taburetes. Tres pantallitas de tela roja cuelgan bajas en la barra, y una en cada mesita de los sofás. Sentados al fondo, dos chicos conversan y sonríen.

—¿Qué tai vais en el taller nuevo? —pregunta la suiza levantando la copa de vino blanco que acaba de dejar el chico de barba recortada y camisa ibicenca.

—Estamos muy bien, menuda diferencia. Allí no hay humedad, como es un bajo nuevo… —Mientras habla, Vera posa los ojos en la esquina rota del cristal de la mesita—. También hace menos frío. —Se calla un momento—. Ah. ¿Sabes qué, Gerda? —prosigue levantando la vista—. Al final he conseguido la mesa de dibujo. Tampoco es que vaya a gastarla demasiado, pero me hacía mucha ilusión.

—Es una lástima que ahora estamos más lejos. —La suiza sigue arrastrando las erres.

—Mi padre quiere comprar una furgoneta. Cuando necesites algo podemos ir enseguida. —Su mirada se desvía a los dos chicos del último sofá que en ese momento se miran fijamente a los ojos en silencio.

En los altavoces termina una canción y empieza otra:

Cachito, cachito, cachito mío,
pedazo de cielo que…

—¡¿Lo ves?! —salta Gerda entusiasmada—. Nat King Colé. Está muy romántico. —Y se acerca la copa a los labios.

Vera la mira levantando una de las comisuras.

—Ahora hablo de otra cosa. —La suiza se ladea hacia su amiga—. Y mientras tanto, ¿cómo tenemos las cosas con César? —Se esfuerza con la c de César sacando la punta de la lengua entre los dientes—. ¿Aún lo ves?

—Pues de momento, no. —Sus ojos vuelven a la esquina rota.

—¿Nada, nada?

Vera se encoge de hombros:

—No sé, no es que hayamos reñido. Le tengo mucho cariño, pero es que… Me parece que empezamos demasiado jóvenes y…

—Eso digo yo siempre —le interrumpe Gerda dejando el vino con ímpetu sobre la mesa—. Hay que conocer a más personas antes de coger la media naranja, ¿se dice así?

Vera apunta una sonrisa:

—Después de volver del viaje a Portugal —prosigue la muchacha— quedamos para hablar y decidimos dejar de vernos un tiempo. Queremos saber como estamos el uno sin el otro. A ver qué pasa. Nos hemos dado un par de meses.

—Claro. Tienes que salir y vivir. Lo mejor… Ya está: un curso en el extranjero para que aprendes a pintar o algo así. Tú pintas muy bien. En Roma o en París está mucha gente de Europa que estudia. Estaría estupendo que vas lejos de esta ciudad tan… —Y mueve la cabeza como si negara.

La mirada perdida de Vera se acopla en el roto del cristal. Gerda saca un paquete de Dunhill del bolso y se enciende un cigarrillo:

—En fin, quién sabe. A lo mejor vivas lo que vivas César acaba tu pareja. Ya sabes que me cae bien.

—La verdad es que no me imagino con él. —Se calla y coge el vaso con cocacola—. Lo que te quería decir… Bueno, yo lo quiero como a un hermano. Lo aprecio mucho, pero… Empezamos a salir cuando éramos unos críos… y no sé.

Gerda cabecea con la vista perdida en sus rodillas. Cuando vuelve en sí pone la mano sobre el brazo de Vera:

—Por lo menos no estás virgen. Así tenemos algo adelantado. —Y clava sus ojos almendrados en los de la muchacha—. Mejor que conoces más gente.

El camarero seca unos vasos haciéndolos girar hasta que el trapo toca fondo. Y Nat King Colé dice que está ansioso por tenerla entre sus brazos musitándole palabras de amor. Los chicos del sofá del fondo se levantan; uno de ellos acaricia la nuca del otro. Se acercan al camarero y este les sonríe. Pagan y salen del *pub*.

—Oye, Gerda. —Vera ha bajado la voz—. ¿Cuándo rompiste con tu amigo… te lo pasaste muy mal?

—No. Creo que no. Es duro sin la pareja, a veces. Pero ahora estoy feliz. —Alarga la vista desorientada hasta la puerta—. Tenía clase pero era machorro. Siempre decía: qué guapa estás cariño, cuánto vales para todo, qué graciosa eres cuando hablas. Pero jamás trabajaba para limpiar o cocinar. —Vuelve con los ojos a Vera—. Y cuando quería una camisa limpia venía detrás con besitos para que la plancho. Y yo a veces planchaba, ¿sabes?

Vera se rasca con la uña la rodilla del vaquero:

—Y te quedaste en España por él, ¿no?

—Sí. Ya sabes que venía con vacaciones hace siete años con…

—¿Tenías veintiuno?

—Sí, veintiuno. Mis amigas se marcharon y yo me quedé aquí, enamorada. Pero bueno —esboza una sonrisa—, me encanta el sur. Este país es como mi carácter: La playa, el calor, las terrazas de bar por la noche… —Se recuesta en el sofá con el segundo vino en la mano—. Me parece que te conté lo que más me atraía de Valencia cuando llegaba, ¿verdad? Ese ambiente antiguo, como la posguerra, tan gris, tan triste, tan… tan… decadente. Sí, decadente, y romántico. —Se despega del respaldo y se gira hacia su amiga—. Y mientras tanto, ¿cuántos años tienes tú?

—Diecinueve. —Vera desplaza la vista hasta el reloj de detrás de la barra—. ¡Son casi las diez! Me tengo que ir.

La muchacha se apoya con las dos manos en el asiento y hace intención de levantarse. Se queda quieta y mira de reojo a la suiza. Abre la boca y la cierra. Vuelve con los ojos a la esquina desportillada y, durante un instante, otra vez a su amiga. Gerda se levanta y se dirige a la barra. Se gira:

—Invito.

Salen a una noche cerrada con el callejón iluminado por dos luces débiles.

—Me voy corriendo, a ver si cojo el tren de y veinte.

—Tschau. —Gerda agita la mano en el aire.

Vera llega al margen del río:

—Gilipollas, gilipollas —masculla entre dientes—. Me lo he pasado muy bien hablando contigo. Me lo he pasado muy bien hablando contigo. Me lo he pasado muy bien… Gilipollas.

7 de agosto de 1974, miércoles

La joven alta y delgada con el pelo castaño corto y ondulado y unos ojos verdes claros se bate al tenis con otra mujer de menor estatura que lleva el pelo teñido de rubio. Las dos van equipadas con falda corta blanca y niqui blanco. De repente, la del pelo castaño deja el juego y dice que no puede más y que parece que no tenga piernas, que no se las nota; se sienta en el suelo, las dobla y abandona la espalda en la pared. Entonces su contrincante se le acerca y le dice que sí que tiene piernas y bien bonitas, y le acaricia las rodillas y los muslos. La chica se levanta y la rubia la abraza e intenta besarle en el cuello. Ella se separa con suavidad y se desplaza hacia una de las paredes del recinto donde se apoya una escalera de mano alta y blanca. Se recuesta sobre ella. La otra se pone delante y con la toalla va secándole el sudor de la cara. Le levanta la camisa y le seca el estómago. Sigue subiéndole el niqui y aparece el pecho desnudo. Le seca las mamas y se queda mirándolas. Comienza a besarlas. Después, una mano de mujer entra por la cinturilla de una de las faldas y la joven de ojos verdes, cuya cara ocupa toda la pantalla, baja los párpados y comienza a suspirar.

Vera sale de los multicines y enfila la calle cabizbaja con la mirada perdida en la acera. Dobla una esquina y luego otra.

—¡Regarde, maman! —Un niño cogido de la mano de una mujer señala con la barbilla y los ojos a una pareja de mujeres que camina por delante.

Las palabras Le Champs Elysees destacan impresas sobre una placa de la fachada. Vera, que recorre la misma acera ancha de la avenida, levanta la vista. Las dos señoras cogidas del brazo pasean

apaciblemente. Una de ellas, de edad madura, viste con traje *beige* de falda y zapatos del mismo color. La otra mujer, más joven, se contonea con cada paso. Lleva una camisa entallada azul eléctrico y un pantalón blanco muy ajustado con camal de elefante rozándole el suelo. Al andar deja al descubierto parte del tacón de aguja. El bolso que le cuelga del hombro le golpea la cadera. El pitido estridente de un automóvil le hace girarse. Su cara es de hombre. Automáticamente Vera aminora el paso.

El niño y su madre sobrepasan a las dos mujeres. Vera las sigue a distancia con los ojos puestos en ellas. Un hombre con maletín las adelanta a paso rápido y las mira con descaro. La pareja sigue hablando amigablemente por el centro de la acera en dirección al Arco de Triunfo. La transexual mantiene sus contoneos. Vera despega, acelera la marcha y rebasa ligera a la pareja. Camina cincuenta metros y se para frente a un escaparate protegido por un toldo granate con letras doradas. Las mujeres avanzan lentamente. La señora madura lleva prendido un broche plateado en la solapa y la joven de labios rosados y párpados azules, un collar blanco y largo que le péndula al andar. Pasan junto a Vera y su reflejo recorre el escaparate largo. Las pupilas de la muchacha las acompañan por el cristal.

Las mujeres se alejan. La muchacha se mira el reloj. Da media vuelta y desanda lo andado alejándose del Arco de Triunfo.

—Un, s'il vous plaít. —Vera pasa un billete de diez francos por la ventanilla y recoge el tíquet con el cambio.

Se adentra en el vestíbulo y camina rápida hasta el fondo.

Va directa hacia una de las cuatro puertas de doble hoja que, equidistantes, se alinean en la pared. Echa mano al tirador de acero.

Junto al marco de la entrada cuelga un cartel donde la chica de pelo castaño, corto y ondulado, está sentada en un pomposo sillón de mimbre. Varios collares largos se acoplan sobre su pecho desnudo. Abajo, en letras grandes, la palabra *Emmanuelle*. Y más abajo, Sylvia Kristel.

17
LAS KICKERS EN LA ACERA

22 de julio de 1977, viernes

—¿Cerveza? —Llum se levantó de la butaca dejando sobre el asiento el bocadillo envuelto con papel de plata.

—Prefiero cocacola. —Sus labios se curvaron en una media sonrisa—. La noche es larga.

Era la primera vez que subía a un barco de línea y aún podía sentir el cosquilleo en el estómago por la emoción del viaje. Se habían sentado hacia delante, cerca de la televisión. Aquello era como un autobús gigante parado no se sabía donde. Se giró agarrándose al brazo de la butaca. Estaba todo lleno.

Colocó el Fotogramas en su regazo, sobre este un clínex y encima un par de sándwiches. Uno era de tortilla de queso, fácil de hacer, y el otro de salchichón, más fácil todavía. La manzana estaba en el bolso, la acababa de ver. Su madre la había machacado toda la vida con la amenaza del escorbuto, en la que cada vez le recordaba cómo los niños ricos de la edad media morían intentando salvarse de la peste.

Con el primer bocado a la tortilla apareció Llum con dos botellines de cocacola. El asiento de Vera daba al pasillo. Menudo agobio si hubiesen tenido que sentarse por el centro. Llum pasó rozándole las rodillas y se sentó a su lado:

—¿No piensas dormir esta noche?

—Sobre la marcha. —Y se giró hacia ella—. ¿No querrás quedarte aquí viendo la tele?

—No lo había pensado.

Volvió a marcar los dientes en el pan Bimbo mientras le echaba un vistazo a la tortilla de patata de su amiga. Tenía muy buena pinta.

—Oye, ¿tú sabes como se llama este barco?

Llum negó con la cabeza:

—Es de la serie Albatros, pero el nombre…

—Cuando acabemos de cenar podríamos salir a dar una vuelta por cubierta.

—Vale —dijo su amiga tapándose la boca llena con la mano. Tragó—. ¿Y las mochilas?

—Nos las llevamos, ¿no? —Sacó el botellín de entre los muslos y dio un par de tragos—. ¿Has visto que hay maletas atadas a los asientos con candados?

Su amiga asintió con la mirada perdida:

—¿Sabes de qué me estaba acordando ahora?

—¿De qué?

—Me ha venido a la cabeza cuando he pasado por delante de ti para sentarme.

—¿Y?

—Pues que el último día de clase en el insti —se ahuecó la camiseta blanca de Lewis pellizcándola por debajo de las tetas—, iba yo por el pasillo y dos compañeras de seminario estaban de charreta en el medio. Y entonces, una de ellas, una con una pinta de carca que no veas, se apartó en cuanto me vio. Como si fuese a mancharla, vamos.

—¿Quieres decir que ya se saben tu vida con dos meses que llevas de sustitución?

—Claro, seguro. Se lo comenté a un chico de filosofía medio *hippie* muy majo y para mí que de lo que se entera uno se entera todo el instituto. —Le dio un buen mordisco al bocadillo. Masticó rápido y continuó.

—¿Sabes lo que más rabia me da de todo esto?

—¿Qué?

—Que se creen que como eres lesbiana te gustan todas las mujeres, y que además te las tirarías a todas a cualquier hora y en cualquier sitio. Y no se ha parado a pensar la muy lerda que a lo mejor ella no me gusta nada. Porque, vamos… una maruja vestida de señorona con rimel a tope y collares… Ni pagándome. Lo último

que haría yo es rozarla. —Vera se fijó en como apretaba con los dedos la punta de pan que le quedaba—. Tenías que haberle visto la cara de susto. Porque claro, si se descuida, no le da tiempo a apartarse.

—¡Ya se ve Mallorca!

La voz que provenía de la cubierta más alta la despertó. Sin moverse entreabrió un ojo. Se había quedado dormida sentada y medio falcada por la mochila en un rincón metálico con remaches. Empezaba a amanecer. Los dos carretes gigantescos de amarras seguían allí enfrente. Miró a su amiga, que dormía encogida sobre el suelo pintado de verde con la cazadora vaquera cubriéndole medio cuerpo y la mochila de almohada. Estaba frita. Dudó si levantarse a buscar la isla en el horizonte. El barco atracaba a las ocho. Aún debía de faltar bastante. Cerró el ojo.

¿Cómo habían conseguido llegar hasta aquel rincón? Porque seguro que estaba prohibido pisar esa zona que a todas luces era de trabajo. La cocacola y el café de después las había despejado a base de bien. Recordó cómo dieron con aquella escalera arrinconada que bajaba y cómo abrieron la puertecita metálica que la defendía metiendo el brazo por arriba hasta hacerse con el cerrojo. Serían cerca de las dos cuando se instalaron en aquel escondite donde a la luz de una luna menguante compartieron un buen rato de confidencias.

Llum le había contado su última experiencia sexual.

—No te imaginas lo mal que me lo pasé.

—¿Pero la conocías?

—Qué va. Era la primera vez que la veía. —Se acopló las gafas, que seguían siendo ovaladas, subiéndose el puente con un dedo—. Nos enrollamos bailando y me llevó a su casa. Habíamos bebido lo nuestro, yo llevaba dos cubatas en el cuerpo.

—¿Dónde vive?

—Pues en una calle de esas viejas cerca de las torres de Cuarte.

Ella se cambiaba los *shorts* por un pantalón a rayas rosas y grises

con la cintura de goma. Se estremeció:

—Hace fresco, ¿no?

—Sí. Bueno, pues la tía intentó meterme la mano.

—¿La mano entera?

—Sí, sí. Ya tenía media dentro y seguía empujando. —Juntó las puntas de los dedos y los observó.

—Yo he oído que hay gente que lo hace.

—Ya. Si yo no es que sea retrógrada, es que me hacía daño. Delicadeza, cero.

—¿Y qué hiciste? —Sentada a lo indio y sin descruzar las piernas arrastró el trasero hacia su amiga.

—Empecé a estirarle del brazo, pero ella tenía más fuerza que yo y nos tiramos un rato forcejeando, no te creas. Al final desistió, pero de malas maneras, ¿sabes? Me dio un empujón a lo bestia y me dijo: ¡Eres una estrecha!, así, gritando y con mucho desprecio.

Jolín, qué historia, a Llum le pasaba cada cosa…

—¿Y que pinta tenía?

—Pues la verdad es que daba en niña pija, ropa de marca, pelo de peluquería…

—Qué raro que viva por esa zona, ¿no?

—Es que aún está con sus padres. Creo que viven en la calle de Colón ni más ni menos. Me contó que compartía el cuchitril con una amiga.

—Un picadero, vaya. ¿Y luego qué? —Se frotó los brazos protegiéndose del relente—. ¿Te largaste?

—En cuanto pude. Pero no fue tan fácil. Enseguida me volvió a abrazar y empezó a exigirme que se lo hiciese yo. —Bajó la vista hacia sus vaqueros cortados por la rodilla y se dispuso a estirar del borde deshilachado—. No sé… no recuerdo una noche peor. Llegué a sentir miedo. —Arrancó un hilo de cuajo y sin levantar la vista prosiguió—: Le dije que no me apetecía y que me iba de allí. Entonces me dio dos bofetones que me dejaron paralizada.

—Jo. Qué pesadilla. Si que te lo pasarías mal. —Y se acercó a Llum con el ceño fruncido—. ¿Se la metiste?

—Lo intenté para acabar pronto y pirarme, pero no era capaz de

penetrarla a lo bruto. —Sonrió—. Te vas a reír, pero en el momento en que se levantó para ir al baño cogí mi ropa en un montón, me metí los mocasines y me largué por piernas. La puerta ni la cerré para no hacer ruido.

—¿Saliste desnuda? —Los ojos se le agrandaron.

Llum asintió despacio tres veces con la cabeza.

—¿Y dónde te vestiste?

—En el patio, no tardé ni diez segundos

Volvió a abrir el mismo ojo. Estaba nublado. Su reloj marcaba las siete y diez. Solo se oían los motores y el surcar del barco en el agua. Le echó una mirada a Llum: es una auténtica monada, pensó. Y se abandonó al rincón.

Después de la historia de Llum ella se había despachado bien con el tema Beatriz. Hacía veinte días que lo habían dejado y necesitaba hablar de todo lo que le bullía en la cabeza.

—Fíjate, por ejemplo, estando en público no consentía que la cogiera de la mano, ni que se la tocara siquiera. Pero en público me refiero a Carnaby o a la Seu, no te creas. Y es curioso, para bailar no tenía problemas. Seguramente le parecería más íntimo lo de la mano. Igual sí.

—Y qué me dices de lo de todos los domingos paella. Lo sabes, ¿no?, ¿te lo conté? No he comido con ella ni un solo domingo en los seis meses y medio que hemos estado juntas. Ya es gordo, ni un solo domingo. Bueno, sí, uno que fui yo al dichoso chalet. No puedo faltar, es una costumbre, decía cada vez. Es que su padre hacía paella todos los domingos en el chalet, a leña, claro, faltaría más. Aún me acuerdo de la sonrisita que puso cuando dijo: y las costumbres se hacen leyes. Es que no lo podía entender. No sé, podía haber intentado hacer más su vida o lo que sea, digo yo.

—Mira, ahora me estoy acordando de una vez que habíamos quedado con un grupo grande de lesbianas para ir a comer a un merendero de la playa. Y el día de antes me dice que ella no va. Empezó con que si no le iban los guetos… con que si no le gustaba llamar la atención… Yo tampoco fui, claro. Luego me dio rabia. Qué obsesión tenía con los guetos. Menuda excusa, ¿no?

—¿Y el día que me quedé por la noche en su chalet? Si es que no se cómo he tragado tanto. No estaban sus padres y, ¿sabes dónde me puso a dormir? En el sofá del comedor. Porque como estaba su hermana… Ya ves tú si la hermana no estaría al loro de todo. Tenía que haber cogido la furgoneta y haberme largado. Yo qué sé, la de veces que me he sentido mal con ella, de verdad.

Era un quiero y no puedo. En el fondo tenía mucho de reprimida. Y yo eso lo puedo entender, porque la que más y la que menos… Pero lo que me repatea del asunto es la falta de humildad, ¿me entiendes?

Entonces, Llum se abrazó las piernas y apoyó la cabeza en las rodillas sin dejar de mirarla:

—Si quieres que te diga la verdad, nunca ha sido santo de mi devoción.

—Gerda me dijo cuando la conoció que tenía ojos de rata.

—Vera.

—Qué —contestó sin abrir los ojos.

—Creo que estamos llegando.

6 de febrero de 1978, lunes

Caminaba por la acera vacía a buen paso. La calle era larga y

recta. Las casas, todas de una altura, planta baja y piso. Casas de pueblo que competían en forma, tamaño y cuidados. Se fijó en la parte alta de una de las de la otra acera: una cornisa de envergadura remataba el último tramo de la fachada ocre. Más arriba, dos copetes que se alzaban buscando el cielo mantenían en equilibrio sendas bolas de tamaño considerable.

Muy a lo lejos divisó una figura que avanzaba hacia ella. Intentó distinguir si era mujer u hombre, pero no pudo.

Al poco notó que se le aflojaba el zapato. Sin dejar de andar miró hacia abajo. El cordón suelto iba dando bandazos. Bajó al asfalto y puso el pie en el bordillo. El ante de la bota tobillera estaba cada vez más rozado. Le gustó.

Siguió caminando y con la vista al frente se percató de que era una chica la que se le aproximaba en sentido contrario. En ese momento tuvo la sensación de estar inmersa en un poblado desierto de película. ¿Qué distancia habría entre ellas?, ¿ochenta metros? Por ahí.

La sombra se había apoderado por completo de la acera y el viento suave y húmedo se enfriaba por segundos. Si cruzaba la calle podría seguir apurando los últimos rayos de sol. Se apartó el flequillo hasta pasar la mano por detrás de la oreja y aguzó los ojos en dirección a la chica. Se abrochó la trenca y continuó su camino. Un olor penetrante a algarrobas se escapaba de un portalón abierto. El interior era un negro sin matices. Inspiró profundamente.

Ahora alcanzaba a verla con más detalle. Era una chica recia de paso firme y algo más alta que ella. Llevaba un chaquetón de piel vuelta con el cuello de borreguito, pantalón vaquero y un jersey negro de cuello alto que se adivinaba grueso. No distinguía bien los zapatos pero parecían de cordones. Una melena muy corta y alborotada le daba un aire inconformista. Si tuviese que apostar por si era lesbiana o no, no dudaría.

Aminoró la marcha y repasó mentalmente su aspecto, tal cual lo había visto reflejado en el espejo de su casa antes de salir. El jersey de cenefas con una camisa marrón oscura y el pantalón negro con pinzas con tan solo dos lavados. El conjunto le gustaba, aunque con

la trenca abrochada… El pantalón le quedaba casi todo a la vista. Además, lo más chulo eran las vueltas de los bajos. Y el cuello oscuro de la camisa con el del jersey… todo marrones… le quedaba con clase. ¿Se desabrochaba la trenca? Mejor sí. Le daría un aspecto más desenfadado. Tampoco hacía tanto frío. Con el último alamar levantó la vista. Debían mediar unos veinticinco metros entre ellas. En ese momento la chica se levantaba el cuello del chaquetón, luego se abrochó el botón del centro, metió las manos en los bolsillos y levantó la cara clavándole los ojos. Apenas podía distinguir con claridad sus facciones pero… ¡La estaba mirando! La miraba fijamente. Y ella aguantó la embestida.

Aflojó aún más el ritmo de sus pasos procurando que no resultase evidente. El corazón empezó a golpearle fuerte y rápido, pero no iba a ser ella quien apartase la mirada. ¡Aguanta!, tú puedes. Sintió que las piernas le flojeaban y dio un traspiés casi imperceptible. Recuperó el ritmo sin apartar la vista del frente. Cuanto más se acercaban más le gustaba. Nunca había pronunciado esa frase pero en ese instante le cruzó la mente: era su tipo.

—¡Idiota!

El grito era de un hombre y venía de la parte alta de una de las casas todavía soleadas. Ninguna de las dos giró la cabeza.

Sería de su edad. Fijo que no se llevaban más de un año. ¡Kickers!, los zapatos eran Kickers. ¿Cuántos metros habría ahora? Dos casas las separaban. Seguramente más de catorce, trece, como mínimo. Estaban ya tan cerca que no podían esconder la expresión de sus caras. Y en ese momento supo que ninguna de las dos abandonaría el reto.

Avanzó tres pasos más, que eran seis los que las acercaba.

Sintió como una caricia el aire arrastrado por una bicicleta que la sobrepasó a velocidad de *tour*. La chica de enfrente se apartó del bordillo y se acercó a la pared.

Entre ellas, dos medias casas. Lo adivinaba sobre su desenfoque lateral. El corazón se le desbocó.

Pensó en las Kickers en busca de sus botas de ante.

Dos pasos más, que eran cuatro.

Podía imaginar lo que sentía. Compartían el mismo trance, el mismo bucle de miradas. Ella también se sintió desprotegida ante aquella chica que en segundos formaría parte de su pasado.

Sus ojos eran castaños, como el color de su pelo. Ya no había acera, ni casas, ni cuello de borreguito, nada. Solo el abismo tras aquellas pupilas.

Un paso más, que eran dos.

Sin ningún atisbo de sonrisa sus miradas tenían algo de trascendental.

Disimula la respiración agitada. La cabeza rígida. Las dos. Las facciones tensas, inmutables. Los ojos como cuchillos. Rebasa la medianera. Los latidos le golpean la tripa. La distancia comprimida. Su garganta. El iris de otoño. La penetra. ¡Resiste!

No dejaron de mirar al frente ni en el instante en que se rozaron sus abrigos.

La espalda de piel vuelta quedaba tras ella. Cerró los ojos y apretó los párpados.

No se volvió, sabía que ella tampoco lo haría.

Recordó aquella tarde cuando al cabo de diez años vio la película póstuma de John Huston, *Dublineses*, basada en el cuento *Los muertos*, de James Joyce.

18 de octubre de 1978, miércoles

—Hola, papá.

—¿Ya estás aquí?

Entró la bicicleta y antes de cerrar la puerta del taller levantó la cabeza hacia el cielo gris. ¿Estaba nublado? Habría que esperar a que el día se hiciese con la calle.

—He venido antes para decirte una cosa ahora que estás solo. —

Se quitó el abrigo y lo colgó en la pared junto al de su padre.

—¡Xe!, sempre amb històries. —Sujetaba el formón con la mano izquierda y la maza con la derecha. Un golpe seco y la gubia se hincó en la tabla sujeta con gatos.

Ella se colocó al otro lado del antiguo banco de nogal, justo enfrente de él. Lo que daría por no tener esta conversación. Trago saliva.

—¿Te acuerdas que te dije que buscaban un diseñador de muebles en Marino Mundina? —Su padre alzó la vista de sopetón —. Ayer me hicieron una entrevista.

—¿Cuándo?

—Fui después de salir de aquí. —Descargó su peso en el canto de la tapa del banco, que le llegaba a la altura del estómago.

—¿Tan tarde?

—Sí.

—¿Y qué?

—Pues… me dijeron que me lo confirmarían. —Con el índice acariciaba una de las grietas del nogal.

Su padre abandonó la herramienta sobre el banco:

—Que te confirmarían qué.

—Si me contratan.

—Pero tú no eres diseñadora de muebles.

—Ya, pero soy delineante y entiendo del oficio. Me dio la impresión de que le daban bastante importancia a la experiencia. De todas maneras, creo que tienen a alguien de toda la vida. A lo mejor lo que necesitan es un ayudante, no sé.

—A ver si luego te ponen a lijar. —Sopló en el rebaje que tenía a medias y salieron despedidas varias virutas.

—No creo.

—¿Y solo con una entrevista te van a coger?

—Bueno, ya habíamos hablado por teléfono.

—No habías dicho nada. —Se subió las mangas del jersey gris.

—No quería preocuparos sin saber nada seguro. De todas formas ya te dije que a lo mejor me telefoneaban.

—¿Qué te han dicho que te van a pagar? —Su cara se tensó.

—Un poco más de lo que gano aquí —soltó bajando los ojos—. Pero bueno, que tampoco me voy al fin del mundo. Me tienes para lo que necesites, si hay que dibujar algún despiece o algo…

Hubo un silencio en el que cada uno miraba hacia otro lado. Lo rompió su padre:

—No te olvides de que aquí estás en tu casa y de que el día de mañana todo esto será tuyo.

—Papá, quiero ser independiente.

—No lo entiendo. —Apretó las muelas y se le marcaron los músculos de la mandíbula—. Si mi padre me hubiese dejado a mí un negocio en marcha… He levantado todo esto de la nada, con mucho sacrificio…

—Ya lo sé, papá.

—No tenía nada, absolutamente nada. —Movió los ojos recorriendo mesas, máquinas y bancos—. Y tú que lo tienes todo, lo echas a rodar.

26 de diciembre de 1978, martes

—¡Vera!

Reconoció la voz del grito. Apretó el manillar y giró la cabeza durante un instante. Arturo corría tras ella bajo la noche de la plaza de la Reina. Hizo uso de los dos frenos y se quedó clavada.

Apoyaba los dos pies en el suelo con la bicicleta entre las piernas cuando su amigo se le abalanzó rodeándola con los brazos:

—¡Vera!, ¡ya no somos peligrosos sociales! —Las palabras le salían entrecortadas, no sabía si porque había llegado corriendo o por la emoción.

—¿Pero, qué pasa? —Despegó una mano del manillar y se aflojó la bufanda marrón de lana.

—¿No te has enterado? Nos han borrado de la ley de Peligrosidad Social. —Sus ojos vidriosos parecían más redondos que

nunca.

—¿Desde cuándo?

—Desde hoy. Las Cortes han aprobado la eliminación de varios artículos.

Vera pasó la pierna por encima de la bici y dejando esta a un lado trasladó una de las manos al sillín:

—¿Me acompañas?

—Sí, pero volvemos enseguida, ¿vale? Cuando te he visto iba a buscarte a tu casa. Venga, vamos. —Y se agarró también al sillín—. Tienes la mano helada.

—Hace frío, ¿sabes? Estamos en diciembre y son las ocho y media de la noche. —Se sacó un pañuelo del bolsillo del abrigo y se lo pasó por debajo de la nariz.

—No sé cómo vas en bici sin guantes. Mira —se giró a punto de entrar en la calle Correjería—, he quedado con unos amigos, son aquellos. —Y señaló con la barbilla a un grupo de chicos que hablaban delante de la verja de la puerta barroca de la catedral. Un par de ellos los estaban mirando. Arturo levantó el brazo con la palma de la mano abierta:

—Un momento —masculló entre dientes.

Ella lo miró apuntando una sonrisa dulce: nunca lo había visto tan emocionado.

—¿Y Carlos?

—Se ha ido hacia la Seu. Ya verás la de gente que va a acudir. Tenemos que celebrarlo. Va, date prisa.

Varias mesas juntas configuraban una larga que prácticamente cruzaba el local. La bordeaban cincuenta y tres personas apiñadas, cuarenta y dos sentadas y once de pie. Los conocía a casi todos, aunque fuese de vista. El guapo de Carlos, Arturo y ella se habían colocado en el centro de uno de los lados largos de la mesa, de espaldas a la cristalera que daba a la calle.

—Esta Ley la implantó Franco en los años cincuenta, ¿no? —preguntó uno de los que tenía enfrente. Sujetaba un cigarrillo

apagado entre los dedos.

—No, la del cincuenta y cuatro es la de Vagos y Maleantes —contestó el de la cabecera de la mesa.

Arturo le dio un codazo y se le acercó al oído:

—Al loro, que este es abogado.

El chico, con pelo largo y barba, recordaba mucho a John Lennon; las gafas ayudaban.

—¿Entonces hubo otra ley entre medias? —intervino de nuevo el de enfrente.

—¿Entre medias, de qué? —soltó el que tenía al lado.

—A ver, que no tenéis ni idea —se inmiscuyó Carlos. Se apartó el flequillo con un golpe seco de cabeza y miró al que parecía presidir la mesa—. Creo que lo mejor sería que el Píter nos aclarara las cosas, ¿no os parece? —Y barrió con la vista a la gente de su derecha y de su izquierda buscando aprobación.

Brotó un murmullo de asentimientos y el Píter tomó la palabra después de darle un trago al botellín de cerveza:

—Bien. Si estáis conforme hago un breve resumen de las leyes que nos conciernen. Así todos sabremos por donde vamos, ¿de acuerdo? —Se hizo un silencio tan potente que hasta unos heteros que estaban en la barra se giraron. El Píter le dio otro sorbo al tercio y se irguió respirando hondo—. En el treinta y tres la República…

—¿Puedes hablar más alto? —pidió una chica desde la otra punta de la mesa. Tenía pinta de franca.

El abogado afirmó con la cabeza, carraspeó y continuó elevando la voz:

—Pues os decía que fue la República la que aprobó la Ley de Vagos y Maleantes. Lo hizo con el fin de controlar a mendigos, proxenetas, rufianes, etcétera. A nivel de calle se le llamaba La Gandula. —Con los dedos a modo de peine se echó el pelo hacia atrás desde la frente—. En esta Ley del treinta y tres ni se nos menta.

—¡Chssssss! ¡Callaos por favor! —La voz salía del que estaba frente a ella, el de la primera pregunta. Seguía con el cigarrillo sin prender.

El Píter se calló un momento y prosiguió en cuanto se apaciguaron los murmullos:

—En julio del cincuenta y cuatro el régimen franquista la modifica y es cuando se incluye a los homosexuales. Se sigue llamando de Vagos y Maleantes. Pero la Ley que realmente nos ha hecho daño, y mucho, ha sido la de Peligrosidad y Rehabilitación Social, de la cual a partir de hoy estamos fuera.

Un rumor sordo recorrió la mesa y Arturo se separó de Carlos para darle otro codazo. Vera inclinó la cabeza hacia él:

—El Píter este es una mina —susurró.

—Ya te digo…

—La Ley de Peligrosidad Social —siguió el Píter— se aprobó en agosto del setenta y sustituía a la de Vagos y Maleantes. Desde entonces, hasta ahora, muchos de nuestros compañeros y compañeras han sido encarcelados y maltratados en instituciones especiales y cárceles. —Uno de los camareros se acercaba secándose las manos, se arrimó a una esquina de la mesa y se echó el trapo al hombro dispuesto a escuchar—. Porque lo peor que aportó esta ley… Lo que de verdad la diferenciaba de la de Vagos y Maleantes del cincuenta y cuatro fue la implantación de los centros de rehabilitación para homosexuales. —Cerró un puño y lo envolvió con la otra mano—. Y las penas podían ser hasta de cinco años. Penas durísimas.

—Yo tengo un amigo —irrumpió un chico de voz débil con cazadora de cuero y jersey sin camisa— que estuvo tres años preso en el centro de Huelva. Pasó mucho, mucho. Seguramente la mayoría de vosotros no sois conocedores de lo que ha supuesto para algunos de nosotros estar internos. —Hablaba inspirando bocanadas pequeñas de aire a cada momento—. Como dice el Píter, lo peor de la ley de Peligrosidad ha sido querer tratar y curar la homosexualidad. —Hizo una pausa en la que solo se movía el humo de los cigarros—. A mi amigo le aplicaron el electro *shock*. —Bajó los ojos y no volvió a abrir la boca.

A ella, la mirada triste del chico le había traspasado la garganta.

El que estaba junto a él le pasó el brazo por el hombro y se

dirigió al resto:

—Yo quería comentar una cosa que a lo mejor tampoco sabe aquí todo el mundo, y es que por el simple hecho de ser gay se te podía detener, porque somos… bueno, o se nos consideraba, propensos a delinquir. —Estas últimas palabras las pronunció a conciencia—. Y según la ley de Peligrosidad Social, solo por eso éramos delincuentes. No hacía falta que te pillaran in fraganti.

—Es verdad —se inmiscuyó un chico rubio que permanecía de pie detrás de Carlos. Hablaba alto y claro—. A más de uno han encerrado porque alguien lo ha denunciado. Esto es como en la Alemania nazi, que la gente denunciaba a los judíos. —Estiró el brazo y se hizo un hueco entre Carlos y Arturo para apagar el cigarrillo en uno de los ceniceros de la mesa—. Conozco un caso de primera mano en que una madre le contó en confianza a una vecina que su hijo era gay. Se desahogó, la mujer —dijo subiendo los hombros—. A la vecina le faltó tiempo para ir al cuartelillo y denunciarlo. A la semana siguiente el chico estaba en la última planta de Carabanchel.

Era la primera vez que oía hablar de todo aquello y pensó en cuán al margen había estado ella. Aquella mesa era lo más enriquecedor que había vivido en mucho tiempo. Se estaba empapando hasta la médula. Le interesaba todo, todo. Le pasó por la cabeza que aquella reunión tenía mucho de histórica. Volvió a mirar al chico de la cazadora de cuero, seguía cabizbajo: cuánto cargaban sus espaldas.

Levantó los ojos, allí estaban los globos de cristal de siempre. Ahora teñían con su luz amarillenta los hilos de humo de los cigarrillos encendidos y de los que se consumían en los ceniceros abarrotados. Se fijó en un par de quemaduras viejas que marcaban la madera barnizada y pasó el dedo por encima. Luego, estiró la vista sobre la mesa y vio que no eran las únicas. El ambiente estaba cargadísimo y con tanta gente junta y tanta emotividad hasta hacía algo de calor. Arturo se quitó su abrigo negro impecable y ella le segundó.

Entonces el Píter levantó los brazos y se dispuso a agitarlos en lo

alto:

—¡One moment! —comenzó diciendo. Y se oyeron varios shsssss repartidos por la mesa—. Quería comentaros —miró fugazmente hacia los ventanales— que con la ley de Peligrosidad el calvario no acababa con la puesta en libertad. Casi siempre iba acompañada de la pena del destierro. —Se calló un momento y barrió con la mirada a todos los presentes—. ¡Rediós! —gritó—. Para los franquistas todos éramos maricones o desviados. —Sus mejillas enrojecieron—. Y la mancha que suponía el haber sido detenido y encarcelado tenía sus consecuencias, como por ejemplo el ser rechazado una y otra vez a la hora de buscar trabajo. Así que esta ley ha sido además —levantó la voz— una condena al desarraigo familiar, a la marginación y al ostracismo social.

Con la piel de gallina, Vera miró a Arturo, que escuchaba con la boca abierta. Entonces fue ella quien le dio un codazo y lo miró sonriendo:

—Qué bien habla, ¿eh?

En ese momento, la chica que le había pedido al Píter que hablase más alto se levantó:

—Lo que no entiendo es que no se acordaran de nosotros con los indultos y amnistías de la transición. —Se sentó con la mirada dispersa.

Desde luego, tenía buena pinta.

—Nadie lo entiende. —El Píter retomó la palabra—. Somos personas de poco peso, invisibles, muchas veces.

—Lo curioso es que a Franco le molestásemos tanto —irrumpió el chico rubio que tenían detrás—. Para mí que era gay, o transexual, vete a saber. No había más que oírle hablar. Aunque pensándolo bien… —se acarició la patilla— quien sabe, a lo mejor precisamente por eso.

Vera se giró: qué arrestos tiene este. Es magnífico. No pudo evitar mirar hacia la puerta por si se había colado algún gris en el último momento.

Un montón de cabezas asintieron con energía y los cuchicheos se multiplicaron.

—Es posible —intervino de nuevo el abogado—, pero os recuerdo que Hitler y Mussolini tomaron la misma política de represión contra los homosexuales.

—Ya —apostilló el chico—, pero estamos hablando de los setenta. Y sin lugar a dudas ha sido la época más dura para nosotros, la de mayor represión, la de mayor número de penas. —Carlos, Arturo y ella mantenían la cabeza girada—. Hemos estado perseguidos como nunca antes en la historia de España. Más de ocho años. Quién lo iba a decir, con el final del franquismo y el principio de la democracia. Atacados desde la Iglesia, desde las escuelas, desde los juzgados…

Cuando se calló se podía oír el vuelo de una mosca.

—Bueno —soltó Arturo poniéndose en pie—, que yo sepa hemos venido de celebración. Desde hoy ya no somos peligrosos para la sociedad, ya no estamos fuera de la ley, ya no somos delincuentes.

—Un momento, por favor. —El Píter se levantó también—. Solo quería deciros que esto se ha conseguido gracias a grupos como el Front d'Alliberament Homosexual del País Valencia, al cual yo pertenezco, que han centrado sus esfuerzos en la derogación de la ley de Peligrosidad; y sobre todo en los artículos que castigan la homosexualidad. —Se sentó y se agarró al botellín de cerveza vacío.

Arturo, que seguía de pie, dio una palmada a la que todos se sumaron *ipso facto* haciendo retumbar la Seu en un aplauso estremecedor.

—¡A ver! —Su amigo levantó la voz—. ¡Hay que celebrarlo! Que alcen la mano los que estén de acuerdo en pedir *champagne*.

Y a ella se le hizo un nudo en la garganta cuando levantó el brazo junto a todos los demás.

25 de febrero de 1979, domingo

Acababa de llamar con los nudillos cuando una de las hojas del portón de mobila se abrió de sopetón y apareció Calabuig:

—Hola, Vera. —Apuntó una sonrisa—. Pasa. Ya está casi todo el mundo. Estamos al fondo. —Y se adelantó marcándole el camino.

Tuvo que acelerar el paso para no perderle. Calabuig era alto y delgado. Llevaba gafas de concha y el pelo negro engominado. Siempre parecía recién peinado.

—Por ahí habrá alguna silla —le informó casi sin girarse al llegar donde estaba la gente.

La casa se ubicaba en las afueras del pueblo de Alboraia y seguro que había sido habitada por familias de labradores. Ahora no era más que una especie de nave destartalada. En el techo y en el suelo unos surcos como heridas delataban el recorrido de los tabiques originales.

Según le contó una de las figurantes del corto, el alquiler de la casa lo pagaban entre siete estudiantes de la Escuela de Interpretación.

—Para quien no la conozcáis, esta es Vera —informó Calabuig con las manos puestas ya en el proyector—. Ella nos ha hecho las fotos fijas para la película.

Sonrió entre varios holas y un amago de calor le subió a la cara. Nada de que preocuparse. Trasladaba en vilo una silla pintada de color lila que había conseguido en lo que quedaba de cocina y la dejó caer junto al actor principal: el novio de Calabuig, un chico espectacular alto y fornido con unos enormes ojos rasgados y sonrisa profident.

—Hola.

—¿Qué hay, Vera? —Arrellanado en la silla con las piernas estiradas y las manos en los bolsillos, hizo gala de su sonrisa.

—¿Qué tal ha quedado?

—De puta madre. Te gustará. Anoche aún estaba haciendo algunos cambios. —Y miró a Calabuig, que seguía manipulando el proyector—. Si por él fuera no terminaría nunca. Es un perfeccionista.

Colgó la bufanda en el respaldo de la silla y se dispuso a contar los asistentes. Así por encima, debía de haber unos treinta. Su vista saltaba de uno a otro intentando no repetir. Sobrepasó a una chica adjudicándole el número once y pasó al doce. Pero volvió atrás como un resorte. Era la chica que se levantó para hablar el día que celebraron lo de la ley. Le gustó entonces y le gustaba ahora. Sostenía entre sus manos un Interviú abierto. La tenía completamente de frente. Si llevase la cámara… Veía el encuadre. Su busto se recortaba sobre el azulón de la pared desconchada que tenía detrás. El cuello levantado del chaquetón negro hacía resaltar el óvalo algo alargado de su cara. Tenía la punta de la nariz enrojecida y unos mechones finos se le escapaban del pelo castaño claro peinado con raya al lado y recogido. Le llamó la atención la línea sinuosa que separaba sus labios. Para dibujarla. Las cejas suaves y rectas, para dibujarlas también. Y los ojos… su expresión era dulce, pero bueno, estaba leyendo. Se volvió a imaginar tras el objetivo. Qué tontería. Aunque tuviese la cámara cómo le iba a hacer una foto allí.

—¡Esto no hay quien lo entienda! —se oyó gritar a Calabuig con el rollo de celuloide entre las manos.

Un chico muy joven, que ella tenía visto de los rodajes saltó de su silla:

—¿Te ayudo?

El galán se giró hacia el proyector:

—Ese trasto debe de ser de antes de la guerra —refunfuñó por lo bajo—. Está para tirar a la basura.

—¿Es vuestro?

—Qué va, es alquilado. —Se incorporó un poco y sacó las manos de los bolsillos—. Y cobran lo suyo, no creas.

—¿Es de la tienda de la plaza del Collado?

—Sí, claro. —Sacó un paquete de Fortuna del bolsillo de la chaqueta y con un movimiento de muñeca hizo asomar un cigarrillo que le acercó a Vera. Ella negó con la cabeza y lo cogió él.

Volvió a mirar a la chica que en la noche de la Seu quería saber por qué la recién nacida democracia se había olvidado de los

homosexuales. Fruncía el ceño, ¿qué estaría leyendo? Aguzó los ojos y se fijó en la portada, donde en unas letras grandes y rojas que pisaban a una mujer semidesnuda se podía leer: *Dolores Ibarruri: sigo siendo la misma*. Levantó un poco la vista y la pilló desviando la mirada, también ella la apartó enseguida. Por poco.

—¿Sabes cómo se llama aquella chica del abrigo negro?

El barullo de voces había solapado la pregunta de Vera.

—¿Qué?

—Qué si sabes como se llama aquella chica del abrigo negro —repitió más alto.

—¿Cuál? —preguntó paseando los ojos entre la gente.

—La del Interviú.

—Ah, sí. Es Laura. —Y le dio una calada al cigarro entornando los ojos—. Es muy amiga de la que sale desnuda en el corto.

—¿Son novias?

—No, te aseguro que no. —La miró con una sonrisita picara—. Su novia es aquella, la que tiene tanta pluma. —Y la señaló con los ojos—. ¿La ves?

Asintió con la cabeza:

—Ya, ¿pero de cual de las dos es la novia?

—De la que sale desnuda. —Y chasqueó la lengua—. Que no te enteras, Contreras.

El frío húmedo de aquella casona le iba calando. Qué horror. Se frotó los muslos de pana marrón con las manos abiertas, a continuación se las metió rápido en los bolsillos del anorak y se inclinó hacia el novio de Calabuig:

—Oye, ¿qué es eso de la pluma? —le preguntó en voz baja.

—¿No lo sabes?

—No lo he oído nunca. —Miró a Laura de refilón. Seguía con la revista.

—No es posible. —Tiró la colilla al suelo, la aplastó con el zapato sobre una de las baldosas de colores y luego fijó la vista en ella—. Pues por ejemplo tiene pluma el que es muy mariquita o la que es un marimacho. —Remató el filtro aplastado—. Al que se le nota, vamos. Como a esa. —Y volvió a poner los ojos en la novia de

la que salía en la película, en ese momento se reía a carcajadas rodeada de tres chicos.

Ella se quedó mirándola. Era gordita con el pelo muy corto, y llevaba un jersey pardo de caja por el que asomaba el cuello de una camisa blanca. Aunque lo que más la delataba eran sus ademanes. No desentonaba nada en el grupo.

—Pues no lo había oído nunca —repitió casi para sí.

Buscó con la vista a la que salía desnuda. Estaba de pie conversando con la otra actriz del rodaje. Giró la cabeza unos grados y posó la vista en Laura, que en ese instante se levantaba con el Interviú en la mano para dejarlo sobre un montón de revistas viejas apiladas. Cuando volvía a su silla casi la pilla observándola. ¡Jolín!

—¡Venga!, ¡apagad la luz! —gritó Calabuig con las manos pegadas al proyector—. Esto ya está.

Los chirridos de las sillas y un murmullo general invadieron el caserón. Estuvo en un tris de acoplarse al lado de Laura, pero con lo que tardó en pensárselo… Se hubiese tenido que descarar para hacerse un hueco con la silla. Finalmente acabó en un extremo de lo que sería la segunda fila, si es que se podían llamar filas. Delante, tres puestos a su izquierda, se acopló la espalda del chaquetón negro. No estaba mal. En cuanto se oscureció la estancia brotó la música de Debussy, y a duras penas consiguió ver cómo Laura se giraba despacio.

Todas las cabezas apuntaban al lienzo que clavado a un bastidor de 1'50 x 1'50 —medía eso con toda seguridad— reflejaba una luz blanca y virgen.

Los espectadores enmudecieron ante unos adoquines mojados en blanco y negro por los que rodaron sus ojos hasta tropezarse con una jaula de pájaros grande y vacía.

El traqueteo del carrete de la película y el rugido del ventilador, que enfriaba la bombilla, se confundían con las delicadas notas impresionistas de *Claro de Luna*. Desvió la vista hacia Laura y pudo ver el perfil de su mejilla iluminada en gris. Diez segundos con la cámara fija frente a la jaula y cambio de secuencia. Algún que otro cuchicheo por lo bajo rompió la comunión de los presentes, lo que

hizo saltar a Calabuig desde detrás del reflector:

—¡Por favor! —Era una orden.

Sin perderse ninguna de las imágenes que se paseaban por el lienzo, Vera controlaba cada movimiento de la cabeza de Laura. Le llegó olor a porro de la parte de atrás. Con la yema del índice rozó una pielcita junto a la uña del pulgar y se la llevó a los dientes. Intentaba cortarla cuando irrumpió sobre la pantalla la chica desnuda. Rígida frente a una cornucopia más alta que ella se tapaba el sexo con las manos cruzadas. Vaya suerte la de la pluma. La cámara la recogía por detrás y el espejo se la devolvía por delante. Laura se giró buscándola y sus ojos tropezaron por fin. Un calor súbito le invadió la cara. Sin problema, con tan poca luz… La chica se apartó un mechón de pelo translúcido y esbozó una sonrisa antes de volver a la película.

Debussy encajaba a la perfección, Calabuig no tenía un pelo de tonto. Un nuevo encuadre mostraba las manos que cubriendo el pubis ocupaban los más de dos metros cuadrados de tela. Nadie se atrevió a respirar. Las manos comenzaron a abrirse lentamente como alas y apareció un pene pequeño y flácido. Después, un fundido en negro más largo de la cuenta. Se recostó en el respaldo de la silla y buscó la nuca de la chica. Volvieron las toses y los cuchicheos y todavía en penumbra la cabeza que apenas podía distinguir se giró. La luz volvió con las imágenes y sonrieron a la vez. En cuanto esto acabe la busco y me pongo a hablar con ella.

La película era surrealista, eso estaba claro, no se podría haber realizado sin haber visto antes *Un perro andaluz*. Aquello no era nuevo. Se había inventado hacía cincuenta años. Pero tenía que admitir que el presumido de Calabuig había conseguido un buen film: rudimentario, mudo y en blanco y negro, pero bueno a fin de cuentas.

Encaró el cristal de su reloj a la pantalla, la película estaba a punto de terminar. Un hombre con pijama a rallas caminaba despacio hacia un balcón abierto. La cámara fija y algo baja lo observa por detrás hasta que apoyó las manos en la barandilla y su figura quedó recortada contra el cielo. Fundido en negro y aplausos.

El jovencito se levantó *ipso facto* para encender la luz; y a continuación, tan rápido como pudo, se acercó hasta la mesa del tocadiscos y levantó la aguja. Se oyó el clac del interruptor del proyector, la pantalla oscureció y el ventilador perdió fuerza hasta enmudecer.

—Me gustaría que me dieseis vuestra opinión. —Se giraron todos—. Esperad, me pongo delante. —Y cogió una silla.

Vera se miraba en el espejo, desde allí oía a Calabuig hablar y hablar sobre su obra. Llevaban más de veinte minutos con el coloquio, aunque más bien era un monólogo. Estaba blanca como la cera por el frío. Se pellizcó las mejillas y se mordió los labios. Luego, se repasó el pelo con los dedos.

Las paredes del aseo estaban chapadas con azulejos verdes hasta una altura de metro y medio. La parte alta y el techo lo habían pintado de naranja, explosivo, pero tenía su gracia. A ver si acaba este. Absolutamente nadie se había movido de sus sillas al terminar el corto y ella se había tenido que quedar donde estaba. ¿Cómo habrá llegado hasta aquí? Se lo podría preguntar y si venía al caso ofrecerse para llevarla a Valencia con su Fiesta de trinqui. Se miró un momento a los ojos antes de abandonar su imagen. Hinchó el pecho hasta no poder más y expulso el aire a presión haciendo ruido. A continuación despasó el cerrojo.

—¿Te ha gustado la película? —Miró de reojo la pantalla.

Los que todavía no se habían ido permanecían de pie liquidando conversaciones y despidiéndose. Había abordado a Laura cuando esta ya le había dado un par de besos a Calabuig e iniciaba su tercer paso tranquilo hacia la salida.

—Me ha encantado. La verdad es que no esperaba que fuese algo tan extraño. —Su voz era cálida y su dicción madura. Comenzó a abrocharse el abrigo—. ¿Entonces son tuyas las fotos fijas?

—Sí. —Metió las manos en los bolsillos del pantalón desplazando el anorak hacia atrás—. Oye…

Laura la miró a los ojos. A ella se le encogió el estómago, y sin

darle tregua a sus pensamientos dijo:

—¿Te apetece dormir conmigo esta noche?

7 de octubre de 1966, viernes

La niña castaña clara de melena corta y falda fruncida a cuadros azules posa la vista indecisa en su compañera durante un instante. Luego baja los ojos, abre las gomas de su carpeta azul y saca un lápiz.

EVA PERARNAU MATEU (Valencia, 1954) A lo largo de su vida profesional se ha dedicado a su propio negocio de enmarcación, la empresa más antigua del ramo en la ciudad. Su interés por la escritura la llevó a participar en cursos y talleres de narrativa. Aceras es su primera novela.